

PORQUE PARA SER FELIZ HAY QUE DEJAR DE SER...

CIEGA, SORDA Y MUDA



ESTEFANÍA SCIOLI

**Porque para ser feliz hay que dejar de
ser...**

Ciega, muda y sorda.

Estefanía Scioli

Para nuestra dulce Anat.

Sinopsis

En nuestra vida nos topamos con personas que no quieren escuchar, otras que no quieren hablar y otras que no quieren ver. Sordas, mudas y ciegas, en cualquier orden, no interesa cuál. Lo importante es saber llevarlas, seguirles la corriente, ir para donde disparen; o podemos contradecirlas, esquivarlas... o mejor aún, tenerlas de amigas.

Así son ellas. Pilar, la sorda. Catalina, la muda. Malena, la ciega. Tres amigas que se complementan, inseparables, casi hermanas, por poco almas gemelas. *“Somos nuestro tercio de la naranja”*, sí, porque a veces la media naranja no existe, solo a veces, la naranja también se parte en tres pedazos iguales.

Tres caminos, tres historias que, a pesar de todo, luchan por el amor. Porque ese sentimiento se hace, se construye, se vive, se siente y a la vez se odia.

¿Podrán aprender a escuchar, ver y hablar mientras tratan de conseguir que todo a su alrededor funcione? ¿Se puede cambiar por amor?

“Ciega, sorda y muda” es una historia un tanto complicada, pero te va a enamorar y a atrapar porque así es el amor, la fuerza más poderosa y el sentimiento más noble y transparente, imposible de disimular.

Prólogo

Hay una canción que dice algo así como que no importa el lugar, porque el sol es siempre igual, no importan los recuerdos o si es algo que vendrá. Dice que la vida es un camino para andar y que siempre, esos buenos momentos estarán en nuestros corazones. Que si hay algo que esconder o algo que decir, un *amigo* es el primero en enterarse porque los momentos vividos son los que perduran en el tiempo. Dice que un amigo es una luz brillando en la oscuridad y nunca va a importar nada más...

Entre nosotros, es en los momentos más importantes y hermosos de nuestras vidas, incluso en los peores, cuando caemos en la realidad del enorme significado de la palabra "*amigo*". Así les pasó a Malena, Pilar y Catalina. Esa mañana en la cual Pilar las llamó y les dijo que ya estaba preparada, lista para ir a parir. Sus amigas salieron corriendo, porque sabían que Pablo no estaba en la ciudad y que seguramente, como era Pilar, el bebé seguía sus pasos e iba a hacer lo que quería, sin importar la fecha probable de parto. Se había adelantado dos semanas, contracciones espaciadas durante la madrugada y ya cuando llegaron sus amigas, alrededor de las nueve, Pilar estaba en la puerta de su casa esperándolas con las dos valijas en las manos y feliz. Muy feliz. Irradiaba emoción, contagiaba buen humor, y a pesar de estar nerviosa, transmitía una paz tranquilizadora.

Sus amigas, en cambio, no sabían qué hacer: si agarrar las enormes valijas o sostener de los brazos a Pilar porque parecía que iba a explotar y además, nunca habían estado en un momento así. Sentían que las que iban a parir eran ellas.

– Tranquilas, mujeres, estoy bien. ¡Muy bien!

Las tres sonrieron y fueron directo a la clínica. Al llegar, la revisó su obstetra y haciéndole tacto, les informó que tenía nueve de dilatación. ¡Nueve! El trabajo de parto había sido excelente... bueno, casi.

– Pilar, tu bebito viene en camino. ¿Contenta, mami?

- ¡Muy contentaaaaa! ¡Aaaaaaaaay! ¡Sacameloooo! ¡Sacalooooooo!.

A ese punto, con contracciones cada un minuto, no transmitía tanta paz.

- Tranquila, mami. Tranquila.
- ¡Tranquila las pelotas! ¡¿Vos tuviste un hijo?! ¿Tuviste contracciones alguna vez? ¡¿Tenés idea la intensidad del dolor que siento en mi vagina?!

Bueno, tal vez estaba un poco eufórica por la situación, había que entenderla.

- No, no tuve.– respondió el médico.

Sonreía, acostumbrado a que las mujeres lo increpen de esa forma como si él tuviera la culpa de que ellas se hayan embarazado. Sin embargo, la peor parte se la llevaba el padre que en ese entonces estaba ausente, para su mayor suerte. Y como los buenos amigos son los que se quedan aún cuando perdemos la cabeza...

- ¡Doctor, haga algo!– gritó Catalina, desesperada.
- ¡Está sufriendo!– agregó Malena, muerta de miedo.

Lo que le faltaba.

- ¿El papá no va a venir?

Al segundo, se arrepintió por su pregunta.

- ¡¿Usted ve al padre de mi hijo en esta puta habitación?! ¡¿Lo ve?!
- No, mami, no lo veo.
- Entonces...– le apretó la mano y lo acercó a ella–: ellas son mis mejores amigas y van a estar conmigo en la sala de parto, le importe o no. ¿Queda claro?
- Clarísimo. Vayan a vestirse, chicas. No se habla más.

Minutos después, luego de un gran alboroto y gritos, Catalina se ubicó a la derecha de Pilar y Malena a su izquierda, las tres estaban conectadas por sus manos, soportando el dolor que les provocaba el apretón de Pilar.

- Bien, mami, a la cuenta de tres... uno, dos, tres.
- ¡Aaaaaaaaah!– gritó Pilar, haciendo el mayor esfuerzo posible para traer su hijo al mundo.

Mientras tanto, Catalina y Malena también hacían fuerza y gemían,

tratando de pasarle a su amiga la energía que necesitaba. ¿Qué podían hacer en un momento así?

Cuando la contracción pasó y estaba por empezar la siguiente, el médico le volvió a pedir que haga fuerza otra vez.

– ¡Vamos, Pilar! Ahora.

– ¡Aaaaaaaaah!– gritó al mismo tiempo en que ejercía fuerza y...

Fue en ese preciso instante en el cual Pilar comenzó a escuchar lo que siempre estuvo esperando: el primer llanto de su hijo, convirtiéndola en la mejor canción del mundo y en mamá. Malena empezó a ver, porque mirar a su sobrinito de corazón cubierto de sangre y algo blanquito, le pareció lo más hermoso de la vida. Y Catalina, dejó de esconder sus sentimientos y emociones y expresó:

– Bienvenido al mundo de los mortales, pequeño Valentino.

A veces, solo a veces, hay que ver y escuchar los milagros de la vida y dar respuestas con palabras. *Porque para ser feliz hay que dejar de ser ciegas, sordas y mudas.*

Capítulo 1

Voy a contarles una historia. Tres, en realidad. Puede que se trate de un cliché, hasta incluso se parezca a muchas que hayan leído o nada tenga que ver con lo que hasta ahora conocen. Y voy a empezar con Malena, *la ciega*.

En una semana se casaba su mejor amigo, Diego Palacios, ese amor de la

infancia que perdura a través de los años y que a pesar de conocer todo de él, nunca dejó de quererlo. Y peor aún, jamás se lo dijo porque estaba acostumbrada a no prestar atención al mundo que la rodeaba, a las señales que él le daba. Vivía el día a día, pero lo vivía mal. Tan mal que después de enterarse que su amigo iba a pasar por el registro civil con una chica que dejó embarazada después de tres meses de relación, su mundo, esa perfecta cajita redonda en la cual tenía todo organizado, se desparramó. La tapa se abrió y sus sueños, sus deseos, hasta incluso su corazón, salieron volando y ni siquiera ella pudo atraparlos.

Entonces, cuando su amigo le dijo que deseaba que la despedida de soltero la pasen juntos, ella no pudo negarse. ¡¿Cómo?! Era su mejor amigo, aquel que dejaba escapar flatulencias delante de ella y eructos, porque decía que por algún lado tenían que salir; y si caminaban por la calle, era capaz de frenar y hacer pis contra un árbol, porque la confianza que había entre ellos, era superior a la de cualquier par. Esa frase que dice: “*nada como ir juntos a la par*”, los definía de pie a cabeza.

¿A dónde podía llevarlo? ¿Qué podía hacer en su última salida como soltero? Lo que sea. Lo pasó a buscar por su casa, no tenía ningún disfraz preparado y toda la gracia que siempre la caracterizaba, se había esfumado. Pero de algo estaba segura, esa noche de verdad iba a ser una despedida. **Des-pe-di-da**. Y cuando lo vio, tuvo que respirar, tomar muchas bocanadas de aire y tratar de sonreír, por más que su corazón estaba hecho trizas. Disimular.

Él iba a ser papá y se iba a casar. Tenía que tener eso en mente todo el tiempo para poder sacárselo de su cabeza y decirle adiós. Porque sabía que esa noche iba a ser la última, a partir de ese entonces, ya no iban a ser ellos dos, seguramente iban a empezar a juntarse con su nueva mujer y su hijito que estaba por llegar, y sus largas noches de cervezas iban a convertirse en cenas en su casa con un bebé llorando, pañales llenos de caca y pis, y unos celos atroces que iban a terminar con su paciencia. Y Malena sabía que, tarde o temprano, iba a alejarse de él porque ya no iba a sentirse cómoda.

Lo miró. Su metro ochenta de altura y su cuerpo tan flaco como un palo, y esa forma encorvada al caminar... su pelo oscuro un poco largo que se lo tiraba hacia un costado porque le tapaba sus ojos marrones. Y esa nariz larga y puntiaguda, y esos labios finos que se tornaban morados cuando tomaba más de la cuenta. Y ni hablar de esos dientes chuecos que tenía, pero que sonreían más de sonreír. Mucho más que una simple sonrisa simpaticona.

Podría haber usado ortodoncia de chiquito, u operado su nariz, pero iba a dejar de ser él. ¿No? Porque los rasgos que tenía Diego siempre definieron su personalidad. Vestía una camisa roja mezclada con cuadraditos negros, un jean oscuro y una remera blanca... y esas *Converse* grises que iban a cumplir ocho años el día que él cumpliera treinta y uno, lo sabía porque se las había regalado ella.

Cuando Malena observó cómo estaba vestida, se quiso morir. También llevaba una camisa roja a cuadritos negros, una remera blanca y un jean azul... y sí, unas *Converse*, pero negras. Se miró en el espejo de su auto y peinó su flequillo oscuro hacia un costado, pellizco sus mejillas para que estén un poco rojas y se pasó la lengua por sus labios rosa pálidos. Pasó sus dedos por el lagrimal de sus ojos celestes, por si tenía lagañas.

¿Por qué estaban tan mimetizados? ¿Por qué tenían que parecerse tanto?

El grupo de *WhastApp* que compartía con sus amigas comenzó a sonar y lo silenció por un año, deseando estar con ellas, poder escapar e ir a buscarlas para refugiarse.

– Muñeca.– dijo él, mientras entraba al auto golpeando la cabeza contra el parante, y riendo por su torpeza.

¿Qué tenía esa que ella no?

– Hola.– le respondió el saludo.

¡Por Dios, Malena! Se suponía que tenías que parecer feliz, tu mejor amigo iba a casarse.

– Hey, ¿qué pasa? Ya sé, estás triste porque es nuestra última noche solos. ¿No?

Sí, era la verdad.

– No, qué va. Solo que, no sé... me siento rara.

– Ya sos rara, Male.

Sonrió, quitándole importancia al asunto y encendió el auto. Puso primera y emprendieron el camino hacia el bar *Ana Bolena*, en Lomas de Zamora.

– Male, ¿no se te ocurrió otro lugar? Venimos acá desde que lo abrieron.

Por eso mismo, ese bar era su lugar.

– Es que, me gusta la cerveza artesanal.

– Lo sé... mirá, si no le ponemos onda, prefiero irme con mi vieja y

jugar a la lotería. Creo que voy a pasarlo mejor que con vos.

Sí, eso también era verdad. Iba a pasarlo mejor con su mamá porque ella estaba triste, sabía que iba a perder a su mejor amigo y al amor de su infancia.

– Perdón, te prometo que vamos a pasarlo bien. Lo juro. Y mañana, cuando te despiertes, no vas a recordar nada del pedo que nos vamos a agarrar.

– ¡Así me gusta! Vamos.

Bajaron del auto y caminaron hacia el lugar. Mismo sillón, el de siempre. Ese que estaba en una esquina iluminado con una luz muy tenue que apenas dejaba ver sus rostros. Se ubicaron uno al lado del otro y...

– Male, quiero que seas la madrina de mi hijo.

¡Lo que le faltaba! ¿Podía ser peor?

– ¿Yo? ¿Por qué me elegirías a mí? Sabés que no me gustan los nenes y menos los bebés. Ni siquiera puedo mantener un pez vivo por una semana y querés que le prometa a Dios guiar, cuidar y proteger a tu hijo el resto de su vida, darle amor y enseñarle valores que no tengo...

– ¡¿Qué te pasa?! Malena, ¡por favor!

Justo llegó la mesera y Malena se encargó de pedir dos cervezas artesanales y una picada. Ah, sí, y un tequila doble sin limón ni sal.

– Bueno, otro para mí.– sentenció Diego, entendiendo muy poco lo que estaba pasando.– ¿Vas a decirme qué es lo que te tiene tan mal, muñeca?

– Problemas en el laburo...

– ¿Problemas en el laburo? Malena, vos no trabajas.

Entonces, Malena se echó a reír por la estupidez que había dicho.

– Bueno, mi papá tiene problemas en el laburo... si él tiene problemas, yo tengo problemas porque significa que voy a tener que achicar mis gastos y...

– ¿Estás segura? Yo... Male, le llevo la contaduría a tu viejo y jamás vi un problema... el balance de fin de año dio redondo y...

– Ya... no es eso.

– Dejá de mentirme.

– ¿Cómo sabés que estoy mintiendo?

Diego sonrió y le acarició la ceja derecha. No, no, que no la acaricie.

– Porque se te levanta la ceja cuando mentís. Revoleas un ojo para otro lado y empezas a dudar. Además, te tiembla la pierna y te pones colorada.

¿Por qué la tenía que conocer tanto? ¡No era justo! Ellos tenían que estar juntos.

– ¿Estás seguro que querés volverte fiel para toda la vida?

– Male, es más que eso. Voy a ser papá.

Dios, sí, ella lo sabía. Eso era mucho más importante.

– ¿Y si no es mujer para vos? Tal vez te estás apurando...

– ¿Tenés miedo que no sea la mujer indicada para mí?

Hasta se sentía como en la película *“La boda de mi mejor amigo”*. Es que era casi igual.

– Un poco.

– ¿Y quién lo es?

– No sé... busquemos otra.

– ¡¿Busquemos otra?!– preguntó Diego, riendo.

Sí, a pesar de todo lo que estaba escuchando, se reía.

– No estás enamorado.

– No... no estoy enamorado, pero supongo que con el tiempo va a pasar.

– ¡¿Va a pasar?! Diego, pasa o no pasa, punto.

– Malena, solo trato de hacer las cosas bien. Es lo que me enseñaron y sé que voy a ser feliz. No puedo estar otra vida esperando...

– ¿Esperando qué?

Diego negó con su cabeza.

– Nada. Nada, Male.

La mesera llegó y les entregó su pedido.

– ¿Me traes otro tequila?– Le pidió Malena, aún con el vaso de tequila lleno en su mano.

– Y otro para mí. Por favor.

Ni siquiera esperó a que Diego cuente hasta tres, se lo tomó de un trago, hasta el fondo, sin hacer asco.

- Antes éramos más divertidos, muñeca.
- Eso era antes de que seas papá y te cases.
- Todavía no me casé.
- Es lo mismo.
- Salud.

Malena observó el cuello largo de Diego cuando él tiró la cabeza hacia atrás y se bebió el tequila de un trago. Y cuando quisieron darse cuenta, ya habían bebido más de la cuenta en solo una hora y media. Cinco tequilas cada uno y dos porrones de cerveza artesanal. Bastante borrachos, como siempre.

- Te acordás cuando... cuando le robamos los tampones... a tu mamá... y los despechulamos y estiramos...

Diego estaba casi acostado sobre el cuerpo de Malena que no paraba de reír, porque él ni siquiera podía mantenerse erguido.

- Y te lo... te lo... pusimos en la bombacha... todo estirado. Ni siquiera sabíamos qué era.

Reían a carcajadas porque recordaban situaciones de su niñez, eso hacían cada vez que se ponían borrachos. Recordar.

- Y cuando escupíamos a... las personas que pasaban por la vereda...
- Muñeca, eras vos quien las escupía.
- ¡¿Yo?! Silencio, no me hagas hablar más...
- Y cuando te sentaste en la silla de ruedas de mi abuela y... yo te llevaba por la calle...

Malena lo recordaba. Sí, cómo olvidarlo. Y en ese entonces, pensó que nunca más iban a tener anécdotas suyas... de ellos dos. Ahora, Diego iba a tener anécdotas con su familia. Con su hijo. Con su mujer.

- Si en esa fiestita de tu cumpleaños... cuando di vuelta la botella... y...- Malena se puso seria, tan seria que Diego la imitó-. Muñeca, si me hubieras dado un beso... ese día cuando te lo pedí... ahora seguramente tendríamos cinco o seis hijos.

¿Por qué Diego siempre pensaba en formar una familia?

– Ay, yo no te gustaba.

Diego enderezó su espalda y observó los labios de Malena como si fueran afrodisíacos. Algo que jamás haya visto en su vida. Es que siempre le habían gustado. De un rosa pálido y con formita de corazón.

– Me gustabas... mucho. Siempre. Pero, ¿cómo una chica tan linda como vos iba a meterse con un feo como yo?

– No sos feo. Bueno... vamos. ¿Nunca te diste cuenta?

Diego se alejó un poco para observarla mejor y negó con su cabeza. ¿El alcohol le había subido a sus oídos o era su imaginación?

– ¿De qué me tenía que dar cuenta?

– Diego, siempre me gustaste... bueno... no así como... no sé... es más que gustar...

– ¿Es más que gustar?– susurró él, porque casi no podía hablar.

Si no lo hacía ahora, no iba a tener otra oportunidad. Ya no iban a ponerse tan borrachos y al otro día, olvidar todo, como siempre pasaba. Entonces, Malena tomó aire y se le tiró encima, chocando sus labios contra los de él. Y cuando se dio cuenta de lo que acababa de hacer, se separó y...

– Yaaa... no lo hagas, Malena...

– Perdón... perdón.– repetía, agarrándose la cabeza con ambas manos. Miró a Diego, quien rozaba su boca con la yema de sus dedos, como si estuviera sintiendo el eco de su beso–. Perdón, Diegui. Perdón...

Se puso de pie y corrió hacia el baño. Uno de los cubículos estaba vacío, así que se metió y bajando la tapa, se sentó en el inodoro agarrándose la cabeza por segunda vez en la noche, y no estaba arrepentida de besarlo, porque al día siguiente Diego iba a olvidarse de todo, como siempre. Pero Malena había confirmado lo que sentía. Lo quería más. Sabía que era el indicado para ella. Siempre lo supo... la puerta del baño se abrió de golpe y ella se puso de pie, enfrentándose a él.

Y le dio miedo. Nunca lo había visto así, tan perdido, tan desencajado... ido.

– ¡¿Cómo no me lo dijiste antes?! ¡Toda mi puta vida esperándote y me lo venís a decir hoy! Justo hoy.

– Yo... perdón. Perdón...

– ¡¿Perdón?! ¿Vos querés volverme loco?

Malena se acercó y volvió a besarlo. Otra vez. Veinticinco años queriendo besarlo y en una noche lo hacía dos veces. Entonces, sintió las manos de Diego en sus hombros, tratando de separarse de ella.

– Te dije que no lo hagas. ¿No me escuchás? No me beses más, Malena.

– Tenés razón... perdón.

Hizo falta un segundo para que sus ojos se encuentren y esa vez, fue Diego quien cerró el poco espacio que los separaba para besarla como llevaban décadas deseándolo. Se querían y ninguno de los dos nunca dijo nada. ¿Por qué debían hacerlo en ese instante?

Diego la empujó con brusquedad contra la pared y ubicó su mano en la cabeza de Malena para que no se golpeará y de esa forma, enroscar su cabello entre los dedos y tirar... lo había imaginado tantas veces. Y su otra mano, más traviesa e inquieta, se metió bajo la remera y apretó la cintura de Malena, que no paraba de moverse y pegar su cuerpo contra él porque estaba encendida, excitada y jamás imaginó que Diego podía llegar a ser tan...

– ¿Cómo no me di cuenta antes de lo que sentías por mí?

Bueno, tal vez Malena no era la única ciega, ¿no? Oh Dios, estaba mareada, Malena estaba tan mareada... borracha por el alcohol, por sus sentimientos, por Diego.

¡Diego iba a ser papá, se casaba en una semana!

– No.– trató de separarse, empujándolo, pero no lo logró.– Diego... no. No.

– ¿No?– Le preguntó él, jadeando contra sus labios.

– No.

– ¿No?

– Te dije que no.– volvió a repetir, esa vez sonriendo.

– ¿Por qué no me lo dijiste?– hablaba en voz baja, mientras su manito traviesa comenzó a meterse por la parte trasera del jean de Malena, enganchando la bombacha, tirando hacia arriba, provocándole un dolor en su vagina que...

– Estás borracho... yo estoy borracha... no...– hasta se le patinaba la lengua.– no podemos... vas a ser papá...

- ¿Por qué no me lo dijiste antes?
- No.- ni siquiera sabía qué responder.
- ¿No qué?
- Es tu despedida...
- Por eso... es mi despedida y yo hago lo que quiero.

La agarró de la mano y salieron del baño. Y sin soltarla, fueron hasta la caja y le tiró varios billetes de cien... demasiados. Muchos, en realidad. Se fueron del lugar y le quitó las llaves del auto, tuvo que hacer fuerza para sentarla en el asiento porque ella se resistía. Sí, Malena, aún queriendo eso, se resistía porque sabía que iba a ser peor si llegaban a tener sexo. Y además, sus sentidos estaban un poco apagados.

Logró atarla con el cinturón de seguridad. Malena durante todo el camino le dijo que no. Repetía no, no, no, no; que estaba mal; que no era justo para ninguno de los dos; que mañana iba a ser más complicado... pero cuando llegaron al departamento de Diego, se olvidaron todo.

Malena borró de su cabeza que él iba a casarse, que iba a tener un hijo e hizo lo que llevaba toda su vida deseando.

Besos... chupones... mordidas... jadeos... gritos... mareos... besos... embestidas fuertes... placer... abrazos... más besos... más. Mucho más. Y se quedaron dormidos.

Cerca del mediodía, cuando Malena se despertó, tuvo que volver a cerrar sus ojos por el dolor de cabeza, pero de un impulso se sentó en la cama y en cámara lenta miró hacia su derecha. ¡¿Qué mierda habían hecho?!

Diego dormía, desnudo... estaba completamente desnudo y ella no podía dejar de observarlo porque era tan hermoso, tan especial y extraño, y teniendo sexo con él solo había confirmado sus sospechas, lo que sentía su corazón desde hacía más de veinte años. Lo quería tanto que le dolía el pecho saber nunca iba a poder ser de ella, que iba a vivir su vida con otra mujer, que a pesar de que no le gustaban los nenes, tal vez tenerlos con él hubiese sido diferente y lindo... porque con él todo era diferente y lindo.

Entonces, se acercó y besó sus labios por última vez, luego se levantó de la cama, buscó su ropa que estaba desparramada por todo el piso de la habitación, de la cocina, del living, oh Dios... ¿qué habían hecho? Salió corriendo del departamento de su ex mejor amigo porque lo que había pasado la noche anterior de verdad había sido una despedida. Malena sentía que a

través de besos y caricias le había dicho adiós a ese amor de la infancia que traspasó el tiempo, pero que a partir de ahora, iba a tener que empezar a ocultar mejor sus sentimientos... tal vez tenía suerte y Diego no recordaba nada. Para ser sincera, Malena tenía como flashes de... no importaba. Ya no importaba porque él iba a casarse y ser papá, y el alcohol servía para eso, para no recordar.

Sí, Malena era tan ciega que ni siquiera con hechos contundentes se dio cuenta de que los sentimientos de Diego por ella eran iguales, y peor aún, eran gigantes al lado de los de Malena.

“Te prometo que vamos a pasarlo bien. Lo juro. Y mañana, cuando te despiertes, no vas a recordar nada del pedo que nos vamos a agarrar”, Malena se había confundido, porque cuando él despertó, recordaba absolutamente todo.

Capítulo 2

Pilar, *la sorda*.

Pilar era de esas chicas que estaba acostumbrada a hacer lo que quería, cuando quería y cómo quería. Caprichosa, individualista, y hasta un poco egoísta. No le importaba lo que podían llegar a pensar los demás y los consejos que le daban le entraban por un oído y le salían por el otro, porque simplemente no escuchaba. O no quería escuchar, que era algo muy diferente.

Nunca oyó a su mamá, ni a su papá y era bastante caprichosa cuando algo se le metía en la cabeza. No era sumisa, ni avergonzada. Se dejaba llevar por su intuición, por cómo latía su corazón y nunca jamás le hacía caso a su cerebro.

Ese mediodía, tenía una entrevista de trabajo en una empresa de bienes raíces, el puesto era de asistente, tenía mucha experiencia y... se había quedado sin trabajo hacía un mes porque la fábrica donde trabajaba había cerrado. Entonces, se encontraba sentada al lado de una chica, supuso que también estaba para la entrevista.

– Pilar Santos.– la llamó una mujer y la hizo pasar a una sala de conferencias.

Tomó asiento y esperó, mientras observaba cómo la mujer repartía hojas en diferentes carpetas y las separaba con ganchitos de muchos colores. Dios, hasta el colorete que tenía en sus mejillas le llamaba la atención.

Entonces, mientras ojeaba a la señora sin perder cuidado, la puerta se abrió y un hombre de unos treinta y largos se acercó a ella y le tendió la mano. Pilar no lo dudó, estrechó con fuerza y se animó a mirarlo a los ojos de un oscuro increíble, mejillas con una sombra de barba recién crecida, labios gruesos... cejas tupidas y mandíbula cuadrada. El primer botón de su camisa estaba abierto y miró el bello que se asomaba... ¿se parecía a Alberto de *Velvet*? ¡Catalina y su estúpida novela! El tipo le sonrió y...

Fue ahí cuando su corazón comenzó a latir con fuerza y soltó su mano. Sí, su corazón le estaba hablando, avisándole que esto no iba a resultar nada bien.

- Pilar Santos, espero que no haya esperado mucho.
- No... no, está bien.
- El currículum, por favor.- la señora de mejillas rojas le pasó la hoja que contenía todos sus datos.
- Mi nombre es Pablo.
- Hola, Pablo.

Dios, hasta se sentía en una de esas reuniones de alcohólicos anónimos, aunque sabía que nada tenía que ver.

- Tenés experiencia... de seis años, bien. ¿Qué pasó?
- Cerró.
- Lo lamento. Pilar, no me gusta dar vueltas, podría preguntarte cómo te describirías, cuáles son tus mayores virtudes y defectos, pedirte que me hables de tu formación académica, si te crees con la suficiente formación para este puesto, o admitir que no tenés experiencia, mi mayor requisito... entonces, voy a ir al grano. ¿Por qué tendría que contratarte, Pilar? ¿Por qué debería elegirte a vos y no a la chica que está afuera con catorce años de experiencia en el ámbito de bienes raíces?

Wow, nunca nadie había sido tan directo con ella o le había preguntado algo así. No quería dudar, no quería tartamudear, así que, respiró y...

- Soy eficaz, muy ordenada, sé administrarme bien... siempre encuentro algo para hacer, mantengo limpio mi lugar de trabajo, si eso importa. Y aunque no lo creas, sí tengo experiencia, pero no hablo de los años, Pablo. Sé seguir contratos; controlar las compras, el seguimiento a proveedores, cargar facturas, recibos, pagos y sé

liquidar sueldos. Clasificar y archivar documentos es una pavada; conciliar los proyectos con el sistema administrativo y contable. Sé comunicarme con los demás; control de reserva y emisión de pasajes... podría mostrarte cómo hago un armado de rendición de cuentas, parcial o final y te mantendría informado todo el tiempo sobre la actualización de la información en la base de convenios.

El empleador achinó sus ojos, como si de esa forma pudiera mirar a través de ella. Apoyó su espalda contra el respaldo de su sillón de cuero y dijo:

- Mis requisitos fundamentales son: estudiante o graduado universitario de administración de empresas, contabilidad o similar... y esto sí es excluyente.

Ella quería ser sincera.

- Nunca tuve tiempo para estudiar y menos ahora.
- Bien, cualquier cosa...

Pilar no había terminado, así que lo interrumpió.

- Necesito el empleo. Necesito trabajar porque tengo que vivir y... he pasado por situaciones complicadas en mi trabajo anterior y supe resolverlas rápidamente. No sé qué más decir... pero, deberías contratarme. Soy muy buena en lo que hago, cero conflictiva, no me gustan los problemas y no soy de discutir... obviamente tengo mi personalidad como todos, pero... de verdad necesito el trabajo. Y puede probarme... un mes, o dos semanas, el tiempo que sea, y prometo no defraudarlo.

Pilar de verdad necesitaba el trabajo, no podía dejar de ahorrar ese monto de dinero todos los meses. Entonces, la señora se detuvo y miró a Pablo.

- ¿Y si te necesitamos un fin de semana?– preguntó la mujer.
- Puedo trabajar un fin de semana.
- ¿Por qué trabajarías un fin de semana, Pilar?– volvió a preguntar la señora.
- Porque puedo... además, tengo licencia de conducir, auto propio... si llega a haber paro de trenes o subtes, no sería un problema para mí.

Pablo y Mirta intercambiaron una mirada, de esas que hacen preguntas sin decirlas en voz alta.

- ¿Qué opinás, mamá?

¿Era su madre?

- Lo hablamos y después te llamamos. ¿De acuerdo?
- Claro, sí. Y gracias por su tiempo, les agradezco que hayan... en fin, gracias.

Estiró la mano y después de estrecharla con ellos, salió de la oficina. Caminó muy rápido hacia afuera del edificio y fue directo a su auto. Un escarabajo del año '89. Casi tenía su edad. Cuando fue a meter la llave para abrir la puerta...

- ¿Y crees que ese auto es más efectivo a que los trenes no funcionen?

Pilar se dio vuelta y encontró a Pablo, se pie junto a ella, observando su auto.

- Nunca me falló.- respondió, con una tímida sonrisa.
- Pilar, ¿podés empezar hoy?
- ¿Ahora?

Pablo no contestó, solo asintió con su cabeza y metió sus manos dentro de los bolsillos de su pantalón de vestir.

- Claro... es decir, ¿me vas a dar el trabajo?
- Mirá, Pilar... mi mamá ya está grande y quiero que empiece a disfrutar su vida, que se aleje de mí y viaje, a donde sea... pero, quiero que seas igual o mejor que ella. No me fío de las personas, y vas a tener que trabajar muy duro para ganar mi confianza. No es fácil, no soy fácil de llevar.

Pilar no sabía qué contestar. ¿Qué estaba admitiéndole en realidad? Entonces, su corazón comenzó a latir tan fuerte...

- Creo que podría con eso... ¿te gustaría avisarme de algo más?

Pablo sonrió... no, no estaba bueno que sonría de esa forma.

- Trabajar conmigo es arriesgarlo todo. Todo.
- ¿Hasta mi vida?- Preguntó Pilar, en broma.

Pero cuando Pablo se puso serio, ella lo imitó.

- Especialmente tu vida.

Ya estaba avisada, pero como siempre, ella prefirió no escuchar. Él era un hombre sincero y eso significaba un arma de doble filo para Pilar. Tuvo que

prestarle más atención, porque... ¡vamos! Él estaba confirmándole que iba a hacer imposible su vida... tan imposible hasta el punto de odiarlo y tal vez, enamorarse de él, porque Pablo estaba acostumbrado a arrasar con todo. Y tal vez eso era lo que los unía, encapricharse con algo hasta conseguirlo.

- Gracias, voy a hacer lo posible para que confíes en mí.
- Después de usted, señorita Santos.– dijo él, mientras estiraba su brazo para que ella ingrese al edificio.

Y lo hicieron. Caminaron hasta su oficina, donde Mirta los esperaba con tres café.

- Pilar, bienvenida a nuestra empresa.
- Gracias, señora. De verdad, gracias.
- Sentate, por favor. Quiero que hablemos un rato.

Pilar se sentó, miró a la mujer, luego a Pablo y le dio un sorbo al café esperando a que uno de los dos le hable. Pablo aclaró su garganta y le dijo:

- No trabajamos bajo un lema en específico, solo te pido honestidad y transparencia, para mí son indispensables.
- Sí, creo que me quedó claro.

Entonces, Pablo se rió y bajó su cabeza como si estuviera avergonzado por su comentario. Fue ahí que el corazón de Pilar comenzó a latir con fuerza otra vez.

- Nuestra empresa es una de las más grandes en el rubro de lo inmobiliario. Tenemos más de cuatro mil propiedades para la compraventa, alquiler, permuta, cesión de bienes inmuebles y de sus derechos correspondientes, siempre incluyendo la constitución de estos derechos. ¿Es mucho pedir que la leas?
- Para nada... salgo de acá y lo compro. Hoy mismo empiezo a leerlo...
- Tengo uno en mi despacho. No tendría problema de prestártelo... ¿tenés idea lo que significa un *bróker* hipotecario?

Oh, sí, claro que lo sabía.

- Es un intermediario entre las instituciones financieras y las personas que solicitan créditos hipotecarios, asesoran las solicitudes, indican en qué consiste el préstamo y recomienda el que mejor se adapte a sus posibilidades de pago y...

Pablo subió su mano, indicándole que haga silencio.

- Bien, creo que tenés más experiencia de lo que pensás...
- Eso pasa cuando estás toda la vida alquilando y decidís comprar algo... entonces, aparecen estas queridas personas y...
- Yo hago eso. Además de lo que te conté hace unos segundos, también soy un *bróker*.

Oh, bueno.

- Perdón.
- Ay, Pilar, nunca le pidas perdón a mi hijo porque suele usarlo a su favor...
- Mamá, por favor.

Mirta sonrió tan dulcemente que Pilar se tranquilizó.

Durante una hora estuvieron conversando de las tareas que Pilar debía realizar, hasta que el teléfono sonó, avisándole a Pablo que su novia ya estaba preparada para almorzar.

- Mi hijo va a pedirle casamiento... es tan enamorado como lo era su papá. Y al fin encontró a esa mujer, y es buena chica, no digo lo contrario. Solo que... me gustaría que sea un poco más... sencilla.
- ¿Sencilla?

¿Y por qué Pilar se ponía a hablar de esas cosas con su jefa?

- Sí, ya sabés... ella quiere tiramisú todas las noches, mientras que vos tal vez preferís un postrecito de dulce de leche.
- ¿Postrecito de dulce de leche? Bueno, Mirta, perdón, pero el tiramisú también es rico.
- No sé si me explico...

¡Escuchala, Pilar!

- Sí, entiendo. Entiendo... de verdad.
- Bueno, terminemos con todo esto así empezás mañana vos solita. Mi hijo va a entretenerte bastante, pero escúchame una cosa: nunca dejes que te manipule, no permitas que te eche la culpa de sus errores porque los tiene... y aaaah, ¡tiene muchos! Pero es muy buen chico, ya vas a ver.

Su celular comenzó a sonar, miró la pantalla y era Malena. Silenció el

volumen y se puso a trabajar a la par de Mirta. A Pilar le tocó dividir las nuevas propiedades: casas, departamentos, quintas, cocheras, terrenos limpios y pasar todos los datos a un Excel, subirlos al programa de la empresa y cargarlos en la página Web: “Nosotros somos el cambio”, Inmobiliaria Ferroa y familia. Cuando terminó esa tarea, Mirta le pidió que vaya al segundo piso para sacar fotocopias de la agenda de todos los dueños de las propiedades, así también podía tenerla ella.

Bajó por las escaleras y entró al sector de los agentes inmobiliarios, que eran los encargados de mostrar las propiedades a los clientes que querían comprar o alquilar. Caminó por el largo pasillo que estaba rodeado de escritorios y trató de no subir su mirada porque sabía que sus compañeros de trabajo la estaban observando. Llegó a la fotocopidora y comenzó a hacer las copias de la agenda de Mirta como ella se lo había encargado.

Cuando volvió a su escritorio, Mirta la esperaba con una ensalada para almorzar. Obviamente, eso no la llenó y pasó todo el día con un ruido en el estómago que no podía silenciar. Tenía hambre y además, Pablo, su jefe, había dado un portazo en su oficina cuando llegó. ¿Mal humor el primer día de trabajo? ¿De verdad iba a hacerle su vida imposible?

Ese día, Pablo se dirigió a ella de una forma a la cual Pilar, lastimosamente, estaba acostumbrada a saber llevar porque vivió con sus padres el suficiente tiempo para convivir con el maltrato. Era una pena que el ambiente laboral sea igual, pero necesitaba el dinero, por lo menos hasta encontrar otra cosa. Casi al finalizar el día, se enteró por qué Pablo estaba de tan mal humor.

- No lo veo muy bien... no sé qué habrá pasado con su novia, pero intuyo que nada bueno. ¿Es mucho pedir que vayas a verlo antes de irte? Sé que es tarde, pero estoy preocupada y conmigo no va a querer hablar.
- No hay problema, Mirta. Estoy a tu servicio.
- Gracias, querida. Más tarde te llamo.

Cuando Mirta se fue, se acercó a la oficina de Pablo y golpeó la puerta. Cuando abrió, él estaba de pie frente al enorme ventanal, con un brazo apoyado en uno de los tirantes y su otra mano en la oreja, sosteniendo el teléfono.

- ¿Y qué proponés? No sé si podría darme el lujo de hacer una

inversión como esa... no, solo digo que tal vez no nos conviene en este momento. Ese country recién está empezando a... lo sé, Jorge, lo sé. Sabés que no me fío de... sí, sé cuál es tu función... ¿acaso dudas de mis conocimientos? ¡Vamos, Jorge! Ni siquiera tiene dos casas construidas y querés que invierta dos millones y medio... no, no... definitivamente no. Tengo que dejarte, estoy ocupado... bien.

Lo vio guardar el teléfono en el bolsillo de su pantalón y cuando escuchó el suspiro que largó, Pilar aclaró su garganta para recordarle que estaba ahí.

- ¿Qué necesitás?
- Quería saber si quería un café o...

Pilar dejó de hablar porque vio una cajita de terciopelo rojo sobre el escritorio, estaba abierta y un anillo de oro brillaba entre un paño blanco de seda.

¿No iba a pedirle casamiento a su novia?

- Podés irte...
- ¿Estás bien?— se animó a preguntar.

Fue ahí cuando escuchó el suspiro más extenso que un mortal podía dejar escapar. Entonces, se preocupó.

- Pablo, si necesitás hablar...
- Yo solo... soy un idiota. Soy un... ¡pelotudo!— dio la vuelta, enfrentándola como si ella fuera la culpable de todo. Sus ojos estaban rojos, cargados de tanta furia contenida.
- ¡Largalo!— gritó Pilar, animándolo para que se desahogue.

Esa era la primera vez que Pilar se disponía a escuchar a alguien más. Entonces, Pablo se pasó las manos por su cabeza y habló:

- No tuve que precipitarme, no tuve que pedirle que se case conmigo, ¡sabía que estaba dando un paso enorme!

¿Su novia le había dicho que no?

- Pablo, es que a veces el amor es eso, precipitarse. Hiciste lo que sentías y si ella no fue capaz de...
- ¡¿Por qué?! Soy dueño de una empresa, tengo estudios, dinero, vivo solo, quiero formar una familia con ella... ¡hasta me considero un puto romántico!
- A veces no alcanza.

– ¡Dejá de decir “a veces”!

¿Y por qué le gritaba a ella?

– ¿Por qué estás enojado conmigo? El desamor duele, pero lo cura todo. No te preocupes, ya vas a estar mejor.

– Es que... duele tanto. Tanto...– Pablo tocó su pecho y fue ahí cuando Pilar se enojó.

– ¡Ay, por favor! Déjalo el amor para los cuentos y para las princesas, un matrimonio no deja de ser un maldito acuerdo, tendrías que saberlo más que nadie.

Dios, ¿por qué ahora parecía ella la enojada? ¿Qué estaba pasando? Entonces, Pablo abrió tanto sus ojos...

– ¿Quién sos? ¿Un anti-amor?

– Ay, Dios.– mantener una conversación con él iba a ser difícil–. Pablo, un matrimonio es algo así como dos personas que están conformes a pasar su vida juntos, pero a la vez...

– ¡¿A la vez qué?! Falta que me digas que de los cuernos y de la muerte...

– ¡Exacto! Nadie se salva ni de los cuernos ni mucho menos de la muerte. Nadie, Pablo. A veces, es mejor seguir como están y no tener un papel guardado en un cajón que corrobore...

– No, Pilar, no es así. ¿De qué sirve un te amo si las palabras se las lleva el viento? En cambio, las escritas no. Quedan para siempre...

Oh Dios, de verdad estaba frente a un romántico destructivo.

– A ver, ¿vas a decirme que ella iba a escribir un “te amo” en el acta matrimonial? No, jefe, no...

– ¡No podemos seguir hablando de esto! Pensamos muy diferente, Pilar. Pero, sos mujer, tendrías que darme una respuesta. ¿Qué quiere? ¿Es que ya no me ama?

Tal vez era hora de sincerarse.

– No sé mucho sobre esto, pero creo que el problema está ahí, cuando uno ama no tiene que esperar nada a cambio. Supongo que, tal vez, solo te quiere, pero...

– ¡¿Qué quiere?!

– ¡Es que no lo sé, hombre! Ni siquiera le conozco la cara a tu ex

novia.

Pilar se dio cuenta que su comentario no había sido tan bueno cuando lo vio agachar su cabeza y encoger su espalda, ¡pero es que ese hombre era insoportable! Lo prefería mil veces tratándola mal, antes de verlo con el ánimo por el piso, tratando de entender al amor, pensando que el dinero lo podía todo... y no, ella lo sabía más que nadie. Uno podía tener mucha plata, los mejores autos, una casa enorme situada en unos de los barrios más ricos de Buenos Aires, pero si uno no tiene a nadie a su alrededor, no sirve de nada.

Entonces, miró hacia una esquina de la oficina donde había un mueble lleno de botellas de bebidas alcohólicas. “*Jack Daniel’S*”, whisky. Bien, eso podía ayudar. Caminó hasta la estantería, agarró dos vasos de vidrio y vertió bebida, cuando iba a dejarla en su sitio, cambió de idea y se metió la botella bajo el brazo.

- Al piso.– le ordenó a Pablo.
- ¿Qué?
- Te dije que al piso, vamos a sentarnos.
- No mezclo el trabajo con...
- Ay, pero vos y yo sí vamos a mezclarnos. Vamos a ser buenos amigos, Pablo. Bien, ¿nunca escuchaste que el alcohol ayuda a desahogar las penas?– le preguntó, mientras se sentaba contra el ventanal y pegaba su espalda al vidrio.
- No... en realidad, yo no tomo...
- ¡No me importa! Vamos, sentate.

Pablo dudó, pero se sentó al lado de Pilar.

- ¿Qué vamos a hacer?
- Tomar, hombre.– le entregó un vaso y luego de chocar contra el de él, dijo–: salud, por esos amores que nos van a dejar marcados por siempre, por aquellas personas que un día nos van a salvar y por nosotros, por la amistad.

Pilar le guiñó un ojo y entonces, Pablo sonrió, negando con su cabeza mientras observaba el líquido ámbar y mostrando unos dientes blancos, puros... mostrándose cómo era en realidad. Parecía duro, frío hasta incluso desconfiado, pero no era así. A veces, solo a veces, necesitaba estar sentado

en el piso, tomando un vaso de whisky junto a una mujer que le hacía ver las cosas cómo eran. Porque nadie nunca murió por amor, y él no iba a ser la excepción. Pilar, en cambio, no sonreía, solo observaba a su jefe porque sonriendo parecía más joven, relajado y no tan romántico.

Entonces, su corazón comenzó a latir con tanta fuerza... para distraerse, bebió de un sorbo los cuatro dedos de bebida y cerrando sus ojos, respiró. Respiró porque Pablo le llamaba poderosamente la atención. Sintió su vaso más pesado y cuando subió los párpados, Pablo estaba sirviéndole más bebida. Volvió a tomar con rapidez y comenzó a ver nublado.

Oh Dios, ¿por qué? ¿Por qué tenía que gustarle? Si no era más que un tonto romántico que creía en el amor, en Cupido, en el casamiento, en los anillos... era de la vieja escuela y a ella nunca le habían gustado ese tipo de hombres. Prefería otra clase de...

- ¿Pilar?
- Sí. Sí... ¿qué?
- Tengo una idea y vos vas a ayudarme.
- Ah, ¿sí?

Pablo asintió con su cabeza y se puso de pie. Corrió hasta el escritorio y cuando volvió, llevaba la cajita de terciopelo en su mano. ¿Qué pensaba hacer con eso?

- ¿Vas a quemarlo?– le preguntó Pilar.
- No, algo mucho mejor. Voy a usarlo.
- ¿Te entra?

Pablo volvió a reír.

- No, tonta, a mí no. A vos.
- ¡¿A mí?!

¿Qué carajo?

Entonces, Pablo se arrodillo delante de ella, poniéndose a su altura y le tomó la mano derecha.

- Ella se va a enterar que estoy con otra mujer, que voy a casarme con alguien más, que pude rehacer mi vida, entonces, va a querer volver conmigo. ¡Se va a dar cuenta que yo siempre fui el hombre para ella, el padre de sus hijos!

Estaba loco. No, de verdad, ese tipo estaba loco, completamente loco.

¡¿Qué mierda le pasaba?! Si en ese entonces Pilar no aprendía a escuchar todo lo que él le decía, no iba a aprender nunca más. Entonces, agudizó sus oídos para poder entenderlo y comprender la situación.

- Perdón, no estoy entendiendo...
- Pilar, ¿te querés casar conmigo?
- ¿Qué? Ni loca, hombre.

Se puso de pie, pero fue empujada hacia la pared y encajonada entre sus brazos duros cubiertos por la tela fina de una camisa blanca.

- Soy tu jefe.
- ¡Lo sé! ¿Y te crees que por eso voy a meterme en esto? ¡¿Estás loco?!
- Tenés que ayudarme, Pilar. Prometo compensarlo... ¿querés más plata? Te doy más plata...
- Que no, hombre. Que no quiero ser tu esposa.
- ¡Pero es mentira!- gritó Pablo, riendo, casi pegado a su cara.

Pilar revoleó la mirada por el rostro de su jefe y cerró sus ojos porque era hermoso. Era precioso y que él le esté pidiendo casamiento de mentira, la hacía sentir una estafadora.

- ¿Y qué va a decir tu mamá?
- A mí mamá... ya veo cómo la manejo. No te hagas problema por eso. ¿Querés ser mi esposa, Pilar?
- Pero, no nos vamos a casar.
- No sé... tendremos que aguantar hasta que mi ex se dé cuenta que me ama y que quiere estar conmigo.
- Pero, no nos vamos a casar de verdad, frente a un juez ni frente a un cura...

Pablo torció sus labios.

- No sé cuánto tiempo vamos a tener que mantener esta mentira. ¿Podrás mentirle a tu familia?
- A mí familia no le importa nada de lo que yo haga con mi vida, Pablo.

Fue ahí que él cayó en la realidad de que nunca le había prestado atención, que había sido egoísta.

- Pilar, ¿quierés ser mi esposa y contarme tu vida mientras elegimos fecha de casamiento?

No podía creerlo. Pilar no podía creer lo que iba a decirle.

- Quiero ocho mil pesos más por mes. Es eso o nada.
- Trato hecho.

¡¿De verdad?!

- ¿Sí?
- Sí. Lo juro. Puedo darte un poco más.
- ¿Estás loco?
- No... solo quiero casarme con vos.

Entonces, Pablo paseó su mirada por el cuerpo de Pilar, dándose cuenta de que era la primera vez que la miraba como una mujer.

- Entonces, sí, quiero casarme.

Él sonrió y se arrodilló a sus pies. Abrió la cajita y sacando el anillo, se lo puso en su dedo. ¿De verdad le quedaba bien? Oh, carajo.

- Prometo hacerte muy feliz, Pilar.
- ¿No era que ibas a hacerme la vida imposible?
- No, eso era antes de pedirte que seas mi esposa.

Esa noche, Pilar tuvo que aprender a escuchar a la fuerza. Cuando él le había confesado que iba a tener que resignar hasta su vida para trabajar con él, no estaba mintiendo. Y ella, por primera vez, estaba tranquila, alguien que no era ni su mamá, ni su papá, iba a manejar su vida otra vez, prometiendo hacerla feliz. Pero todo era mentira, Pilar. Todo... ¿o de verdad se lo estaba creyendo?

Pablo estaba jugando con fuego, escondía cartas bajo la manga y mentiras que no dio a conocer. ¿Y si Pilar se enteraba de la verdad? ¿Y si ese “más” salía a la luz? Pero, ¿quién de los dos ocultaba más secretos?

Capítulo 3

Catalina, la muda.

Catalina, al contrario de sus amigas, nunca decía lo que sentía, se guardaba sus opiniones, escondía sus sentimientos, no demostraba cuando estaba enojada y jamás levantaba el tono de voz. Es más, no escuchaba cuando alguien le gritaba, nunca. Fue criada por sus abuelos, quienes no le permitían hablar durante el desayuno, tampoco en el almuerzo, ni siquiera en la merienda... ¿y en la cena? Bueno, tampoco. Nunca le preguntaron cómo le había ido en la escuela, ni cómo se sentía. Pero, a ella ya no le importaba. No le interesaba porque los que salían perdiendo siempre eran sus abuelos, no ella.

Y por más que varias veces sintió que era rara, sus amigas le decían lo contrario porque solo con ellas se sentía libre. ¿Conocen esa sensación? Bueno, era su preferida y lo mejor de todo era que podía hacerlo con sus personas favoritas en todo el mundo.

- ¿Sí, bomberos?
- Sí, señorita. ¿Qué ocurre?

- Emmm, mi casa... la cocina, se está prendiendo fuego.

Dios, que mentirosa era.

- Por favor, dígame la dirección.

Le dijo la dirección de su casa, pero parecía muy tranquila para estar presenciando un incendio. ¿No?

Tres minutos después, comenzó a escuchar la sirena y cada vez se acercaba más. Sus nervios comenzaron a crecer porque su mentira iba a terminar mal. Muy mal. Cuando el camión de bomberos llegó a su casa y dos hombres bajaron corriendo, ella los esperaba en la puerta. Uno de ellos la alcanzó más rápido.

- ¿Estás bien?– le preguntó.
- Sí... eemmm...
- ¿Dónde es?– volvió a preguntar el bombero.
- Ahí.– señaló con su pequeño dedo el árbol que estaba en la puerta de su casa.

Entonces, el bombero miró hacia arriba y luego, volvió su vista a la chica rubia que no parecía estar en un incendio.

- No hay fuego, señor.– admitió.
- ¿Cómo que no hay fuego? ¿Es una broma?
- No, no... la emergencia está.
- ¿Dónde?– el bombero sonrió, mientras esperaba que ella le conteste.
- Mi gatito...
- Ay, no. Carajo. ¡No abras el agua!

Oh, el muchacho parecía tan enojado.

- Perdón, perdón. Es que no puedo bajarlo...
- ¿Me estás hablando en serio?
- Sí, lo juro. No sé cómo hacer para que baje de ahí.

El bombero miró hacia el árbol y vio un pequeño gatito negro que empezó a maullar y clavar sus uñitas en la corteza. Parecía desesperado por volver con su dueña y eso lo aflojó solo un poco.

- Voy a bajarlo, pero estás loca.

- ¿Por querer bajar a mi gatito?
- No, señora. Está loca por llamar a los bomberos para que bajen a su gato.
- Pero, es que... usted no entiende, es como mi hijo.
- Bueno, con más razón, tendría que cuidar mejor de él.- sonaba tan enojado.
- Perdón.

El bombero chistó su lengua contra el paladar y caminó hacia el camión. Le dijo algo a su compañero, que ella no escuchó y luego desenganchó la escalera metálica. Se quitó la campera roja y quedando solo en una musculosa blanca, subió la escalera sobre su hombro y caminó hacia ella. La apoyó contra el árbol y comenzó a subir. Cuando quiso acercarse al gatito, éste estiró su patita y rasguñó la mano del tipo que supuestamente quería salvarlo.

- Ay, no, Pepito. ¿Quién te enseñó a hacer eso?
- Seguramente lo aprendió de su mamá.

Catalina sonrió y ocultó su risa tapando su boca.

Segundos después, el bombero bajó y se quedó de pie, frente a ella.

- No hagas renegar más a tu mamá, compórtate como un buen chico, ¿queda claro?- Pepito maulló y el bombero le sonrió-. Oh, sí. ¿Quién tenía miedo? No, vos no. ¿Sí? Aaaah, le tenés miedo a tu mamá. Sí, bueno, yo también le tendría mucho miedo si fuera vos. Tiene pinta de ser muy mala.

Catalina tiró su pelo rubio hacia atrás y sonrió.

- No soy mala, es que él es muy travieso.
- Es chiquito, solo eso.

Besó la cabecita del gatito y se lo devolvió a su dueña. Ya más tranquilo, la miró a los ojos y no supo qué decir. Era tan linda. Dios, que preciosa era. Le llevaba tres cabezas, rubiesita y unos ojos grandes y verdes, casi amarillos.

- Gracias, y lo siento mucho.
- No... no... qué va... es como tu hijo. ¿No?

Entonces, Catalina le sonrió y el bombero musculoso tuvo que cerrar su boca para que ella no se dé cuenta de lo sorprendido que estaba por su

belleza. Sin embargo, Catalina lo sintió. Se había percatado de cómo había cambiado su mirada y la forma de hablar, y el hecho de que no le quitara los ojos de encima, le dio un poquitín de vergüenza.

Bueno, para ser sincera, a ella también le había impactado la brutalidad de él, su cuerpo fibroso, su piel oscura, sus ojos negros, su cabeza completamente rapada y sus labios...

– Soy dentista.

– Ah, ¿sí?

Catalina sonrió.

– Sí, tal vez, puedo devolverte el favor haciéndote una... consulta. No te cobraría.

– ¿Crees que mis dientes están mal?– entonces, el muchacho sonrió exageradamente, mostrándole su impecable dentadura.

– Oh, cualquier dentista querría poner sus manos en tu boca.

– Apa.

¿Apa? Catalina volvió a reír, pero esa vez más fuerte.

– Quiero decir que... bueno, trabajar con una boca así es un privilegio.

– Con que ese es el secreto de los dentistas. ¿También inventan caries para volver a vernos?

– Tal vez...– susurró y volvió a reír.

Carajo, él estaba completamente hechizado.

– Soy Agustín... Agus, Agu, Tín, como más te guste.

– Agus suena bien. Soy Catalina... Cata, Catu, Cati... Tina.

– Catu.– susurró el bombero, que ya tenía nombre y músculos.

– Estoy en el Centro Odontológico de Lomas de Zamora. Preguntá por Catalina y... decile que es la primera vez...

– Primera vez, eso suena bien. ¿Novio?

Oh Dios, que directo era.

– No.– negó con su preciosa cabecita y Agustín ya estaba perdido.

– Yo tampoco, por si te interesa.

– ¡Agustín!– le gritó su compañero.

- ¿Ya te vas?
- Yo... sí, tengo que irme. Pero, nos vemos en tu consultorio.
- Claro.

Agustín le sonrió y luego, acarició la cabecita del gatito, quien ronroneó y estiró su cuello para que lo siga acariciando.

- Le gustás.
- A mí también me gusta... mucho. Me gusta mucho.
- Gracias por salvarlo.
- Sí, creo que soy un héroe. Un placer, Catalina. Te veo pronto.
- Sí, claro... cuando quieras.

Bueeeno, para ser “muda” había hablado demasiado. ¿No? Pero no se trataba de eso, era algo más complejo. Catalina no podía lograr expresarse cuando algo le molestaba, simplemente desaparecía. Se iba de la vida de esa persona como si nunca lo hubiese conocido y ése, era su mayor error. Hacer como si nada hubiera pasado. En vez de hablar y arreglar las cosas, prefería callar y no hacer sentir mal al otro, quedándose ella devastada por dentro.

¿Algún día iba a explotar? ¿Cuándo?

Catalina tenía una inocencia abrumadora y a la vez tierna. Tanto Malena como Pilar la amaban porque era tan buena y protectora, dulce y cariñosa, como una maestra de jardín de infantes. Trataba a las personas como si fueran niños. ¿Por qué? ¿Por qué había dejado que sus abuelos afecten tanto en su personalidad? ¿Por qué tenía la necesidad de hacer sentir bien a los demás cuando, lo que en realidad quería era gritar, putear y en otras palabras, mandarlos a la mierda?

Se quedó en la puerta de su pequeña casa hasta que el camión de bomberos desapareció doblando en la esquina y luego entró. Le dio de comer a su gato que estaba muerto de hambre y luego, se sentó a esperar.

Diez minutos después, el timbre sonó y corrió hacia la puerta. Malena y Pilar parecían desbastadas.

- ¿Qué son esas caras?
- Me caso.- dijo Pilar mostrando su dedo.
- Me garché a Diego, si eso importa.

Entonces, prefirió no contar que al fin había conocido al bombero que tanto le gustaba. Bueno, es que no quería hacer sentir mal a sus amigas con su

historia de amor.

– No sé qué es peor, que te cases aún no creyendo en el matrimonio y sin tener novio, o que Male se haya acostado con su mejor amigo, que está a punto de ser papá.

– Creo que estamos a la par.– Pilar se sentó y apretó sus ojos–: además, es mi jefe, sí... conseguí trabajo, ¡un bueeen trabajo! Y el tipo es un romántico empedernido, le pidió casamiento a su novia la cual le dijo que no, y cree que casándose conmigo va a lograr que ella vuelva. ¡¿En qué mundo estamos viviendo?! Acaso, ¿Cupido se jubiló?

Catalina sonrió.

– ¿Y lo peor?– Malena se bebió la cerveza que ya había abierto en el camino y tomó un largo trago–: ¡Despedida de soltero y se garcha a la mejor amiga! Me pidió que sea la madrina de su hijo cuando ni siquiera creo en Dios, y si aceptara, tendría que bautizarme, tomar la comunión y... no sé cuántos sacramentos más. Estoy en la mierda misma.

Dios, sí que tenían un mal día.

– Primero lo primero. ¿Cómo pasó, Male? Veinticinco años escondiendo tus sentimientos y se lo largás en la que tuvo que haber sido su mejor noche. ¿Cómo fue?– Catalina quería saberlo.

– Fue... increíble. Garcha como el mejor, besa como...

– No estoy preguntando esos detalles. Quiero saber cómo fue que...

– Lo besé después de decirnos que nos gustábamos, me escapé al baño, me siguió, lo volví a besar, se volvió a enojar, me besó él y... me preguntó por qué había elegido esa noche para confesárselo.

– Y tiene razón. ¿Por qué justo ayer?

– ¿Y por qué no? ¿Acaso hay un día para confesar nuestros sentimientos?

– ¿Y ahora?

– Nada... no hablamos y supongo que debe estar sintiéndose peor que yo, si es que recuerda algo.

Malena volvió a tomar de la botella, entonces Catalina miró a Pilar que no quitaba los ojos de Pepito. Pobre Pepito.

- ¿Cómo es eso de que te casas?
- Lo que dije antes, cree que de esa forma va a lograr que ella vuelva. Vamos, chicas, sabemos que va a volver arrastrándose a sus pies cuando se entere que llevo el anillo que supuestamente iba en su dedo, no en el mío.
- ¿Y qué problema hay con eso?

Pilar miró a Catalina y suspiró.

- Me gusta... me vuelve loca. De toooooodos los jefes que tuve en mi puta vida es el mejor y va a darme ocho mil pesos más de lo que me corresponde por hacer de su esposa falsa.
- Bueno, creo que tuviste que sacarle un poco más.- admitió Catalina, sonriendo-. Pero, vas a poder pagar...
- Lo sé, por eso se lo pedí. El caso es que... me gusta, me gusta mucho y... ¿qué pasaría si cuando vuelve su ex novia ya estoy metida hasta la coronilla?

Catalina miró a Malena, Malena miró a Pilar y Pilar miró a Pepito.

- El problema no es ése... el problema es que es el primer hombre que te gusta de verdad. Acabas de conocer sus virtudes y defectos y aún así te...
- Me saca el aire. ¿Y si renuncio?
- No...

Acaso, ¿Pilar de verdad era tan sorda?

- ¡¿Qué hago, Pepito?!- le gritó Pilar al pobre gato.
- Pepito no tiene la culpa de nada.- dijo Catalina y sonrió, pensando en Agustín-. No podés renunciar, aguantá y mientras, buscás otra cosa.
- No, no puedo hacer eso. No puedo ir por atrás porque él me pidió confianza. Y si hago cosas a su espalda, no va a estar bueno.
- ¿Y qué hago con Diego?- preguntó Malena, sin ver lo mal que estaba Pilar, como siempre, ciega.
- Ay, chicas. Que complicado me lo están haciendo. Pero, ¿saben qué? Si ustedes se caen, las levanto y sino, me acuesto a su lado. Es simple. ¿Quieren llorar? ¡Lloremos!
- Nooooo, qué vamos a llorar por hombres. Ni loca.

Entonces, la ciega, la sorda y la muda sonrieron y chocaron sus botellas de cervezas, y como siempre, comenzaron a hablar de las cosas que solo saben las mujeres.

– Camino y es como si... mis pedos fueran silenciosos. Entonces, me los tiro y me voy para otro lado haciéndome la más boluda del mundo... a veces el olor me sigue.– admitió Pilar.

Y estallaron en carcajadas muy ruidosas.

– Dios, yo lloro frente al espejo y me tengo las tetas cuando corro.– contó Malena–: es más, me tapo las tetas con mi pelo cuando estoy frente al espejo, creyéndome no sé qué.

– Peor lo mío, ando desnuda por mi casa y uso el mismo corpiño por tiempo indefinido. Dios... me doy amor con mis manos, me inspecciono el cuerpo, veo mi toallita llena de sangre como si fuera a encontrar algo que no vi el mes pasado y cuando veo mis pelos en la pared de la ducha, empiezo a dibujar... como si fuera una artista plástica y la cerámica un lienzo. ¿Eso está mal?– preguntó Catalina, casi tentada de risa por la forma en que reían sus amigas.

Estaban locas, no de verdad. ¡Estaban locas y muy tentadas!

– Como se la cacerola, me hago peinados en la ducha. Mis lentes siempre se terminan enredando con mi pelo cuando lo uso de bincha e igual lo hago.– agregó Pilar, riéndose.

– Sé que estos zapatos me lastiman el tobillo e igual me los pongo. ¿Por qué me gusta martirizarme de esta forma?– se cuestionó Malena, mirándose los pies.

– ¡Vamos! Que la noche está preciosa para estar tiradas en la terraza.

Entonces, agarraron sus cervezas y subieron a la terraza. La primavera estaba comenzando y la noche completamente estrellada. Tiraron la colchoneta, se acostaron una al lado de la otra y suspiraron las tres al mismo tiempo.

– Que nunca se acabe esto, chicas, por favor.– susurró Malena.

– Nunca se va a terminar.– sentenció Catalina.

– Jamás.– coincidió Pilar.

Sí, cuando ellas se juntaban olvidaban lo mal que les había ido en su día, sus problemas, sus temores, su pasado, su presente. Porque eso hacen las

verdaderas amigas, se ayudan una a la otra, se complementan y se quieren tal cual son, ciegas, sordas y mudas.

Capítulo 4

Malena estaba perdida. Sus días ahora eran aburridos, cero alentadores, no sentía ganas de levantarse de su cama ni mucho menos empezar con su rutina. En realidad, no había mucha diversión porque se despertaba cerca del mediodía, desayunaba, iba al gimnasio, se duchaba, limpiaba la casa, iba al shopping a matar la extensión de la tarjeta de crédito que le había dado su papá, y a las cinco de la tarde iba a buscar a su hermanastra de cuatro años al jardín.

Pero ese día era diferente, por más que la noche anterior se había juntado con sus amigas, el sabor amargo que le había quedado en su cuerpo y en sus labios no la dejaba concentrarse. Diego aparecía una y otra vez en su memoria y recordaba cada cosa que habían hecho en su despedida. Sí, porque al pasar las horas, los recuerdos se hacían más nítidos.

¿Qué tenía esa que ella no?

Se paró desnuda frente al espejo grande de su habitación... oh sí, Diego había succionado su piel a tal punto de dejarlo marcado como para recordarle que él había estado ahí: chupones en sus pechos y en su estómago; había apretado tanto la piel de sus piernas que había dejado moretones en forma de

dedos; su espalda estaba arañada como si con sus preciosas uñas que daban vida a las cuerdas de su guitarra, le habían dado vida a ella. Cerró sus ojos y respiró, sintiendo los dientes de Diego clavarse en su cuello, en sus clavículas... su lengua en su clítoris, en su vagina y se tocó. Llevó una mano al centro de su cuerpo y comenzó a darse amor, ese mismo amor que le había dado Diego hacía unas noches atrás. Tuvo un orgasmo, otro más para agregar a la lista de todos los que tuvo pensando en él.

¿Por qué Diego se había metido con esa chica que no conocía? ¿Por qué la había dejado embarazada? ¿Por qué iba a casarse? ¿Por qué no la había elegido a ella para formar una familia? ¿*Qué tenía esa que ella no?*

Pero, ¿qué esperabas, Malena? Nunca captaste una directa, le huías a sus abrazos y peor aún, te escapaste de él.

Estaba esperando a su hermanastra con la mirada perdida en ningún punto de...

- ¡Male!- gritó Bianca, corriendo a sus brazos.
- ¡Hey, Pitusa! ¿Cómo te fue en el jardín? ¿Te dieron mucha tarea?
- No, Male, no me dan tarea.
- Bueeeno, no sé... ¿algún trabajito para el fin de semana?
- Ay, sí. Una bandera para hacer en familia.

En familia... pensó Malena. Y sí, es que en realidad su papá, Vanesa y la Pitusa eran su familia. Cuando llegaron a la casa, una mansión en medio de Lomas de Zamora, escuchó a su papá que hablaba desde su escritorio. Las sintió llegar y salió a recibirlas.

- ¡Mis bebés!- caminó hacia ellas y agarró a la pequeña en brazos y luego, se acercó a Malena, que también la abrazó-. Mis pequeñitas. ¿Cómo están?

Malena le sonrió porque amaba a su papá. Se había aferrado mucho a él en los últimos cinco años, después de la muerte de su mamá.

- Tiene que hacer una bandera *en familia*.

José se separó un poco y la miró a los ojos. Luego, acarició su mejilla y le dijo:

- En familia. Bien, tenemos todo el fin de semana para hacerla. Hija, te están esperando en el escritorio.

Malena miró confundida a su papá y caminó hacia la puerta de su oficina.

Fue ahí cuando vio a Diego con su cuerpo apoyado contra la pared del fondo y de brazos cruzados. Su ex mejor amigo levantó la vista y la clavó en ella.

- Cerrá la puerta, Malena.
- Prefiero dejarla abierta porque...
- Cerrá.

Asintió con su cabeza y cerró la puerta tras ella. Dio un paso al frente y...

- ¿Por qué te fuiste?

Volvió a dar otro paso hacia atrás, alejándose de él.

- ¿De dónde?

Diego parecía desesperado. Caminó hacia ella y comenzó a dar vueltas a su alrededor. Eso la puso en alerta, estaba acechándola, acorralándola poco a poco.

- Malena, decime qué hacer. Me siento solo...
- No estás solo, me tenés a mí.
- No, Male, no. Nunca te tuve y no voy a tenerte...

Malena mantenía su mirada al frente, tratando de no pensar en que Diego estaba haciendo círculos a su alrededor.

- Vas a ser papá, vas a casarte...- susurró.
- Pero no la amo.
- Estás haciendo las cosas bien, Die, vos mismo me lo dijiste.

Entonces, Diego pegó su pecho contra la espalda de su amiga y le habló al oído:

- Voy a decirlo ahora porque si no lo hago creo que nunca más voy a poder juntar las fuerzas y admitirlo...- hablaba en voz baja, muy baja -: estoy enamorado de vos desde que tengo memoria y toda mi vida deseé que seas mi novia... soñaba con casarnos, tener hijos porque nos parecemos y serían tan lindos como vos. Creo que somos cien por ciento compatibles y no es porque haya hecho ningún test, lo sé porque lo sé. Y enterarme que vos tal vez sentís lo mismo por mí... ahora no sé qué hacer, Male. Estoy confundido... quiero a mi hijo, pero amo a otra mujer que no es su mamá y...
- Diego.- trató de alejarse, pero él clavó los dedos en su cintura y no la dejó moverse.

- Necesito saber que confías en mí, que me vas a dejar hacer sin preguntar nada, pero que vas a confiar en mí.
- Me estás asustando.- Malena se puso en alerta.
- Voy a ser papá, Male...
- Eso ya no lo sabemos...
- Dejame terminar, carajo.- la interrumpió agresivamente-, perdón... es que... estoy nervioso, muñeca. Sé que voy a joder todo con Tiziana, la voy a joder porque te... te... te a... te amo... te amo a vos, Malena.

Entonces, Malena negó con su cabeza y se separó de él, sintiendo el eco de sus manos en su cintura. Dio la vuelta y lo enfrentó:

- Ya es tarde... lo estuve pensando y...
- No lo digas.
- Diego, somos personas y nos equivocamos, como todos. Pero, también somos adultos y tenemos que tomar decisiones que seguramente nos van a marcar por siempre... y no sé si estoy haciendo bien o mal, pero creo que lo mejor es alejarnos. Con lo que pasó ya no podemos ser amigos... no podría estar con vos y Tiziana, y con tu hijo y hacer como si nada... no soy así, no soy de piedra y tengo sentimientos.
- ¿Y por qué mierda me besaste?!
- ¡Porque te quiero! Siempre te quise y... no puedo con todo esto. No puedo seguir con mi vida sabiendo que soy tu amiga y... ¿cómo voy a mirar a la cara a tu hijo y esconderle que estuve con su papá cuando él estaba en la panza de su mamá?! No soy así... me gustaría ser un robot sin sentimientos, un palo o un árbol o tal vez ser una hija de puta roba maridos y padres, pero no lo soy porque soy mujer y no me gustaría que me lo hagan a mí. Y sé que no vas a dejar que yo me transforme en una loca de mierda que quiera destruir tu vida. No puedo adjudicarme la destrucción de una familia. No puedo y sé que vas a apoyarme...

Malena estaba destrozada por tener que decirle adiós a su primer amor, despedir a su mejor amigo... todo por equivocarse, por precipitarse. Por no decir las cosas antes de tiempo, pero... nunca iba a arrepentirse de esa decisión. Porque cuando una mujer toma una decisión, ni el peor huracán de

todos puede con ella.

– Malena, no podés pedirme que me valla de tu vida.– admitió Diego, con los ojos llorosos.

– Sí, puedo. Lo estoy haciendo, Diego. Te estoy rogando que desaparezcas, te estoy implorando que hagas tu vida porque ya no formamos parte de nada. Perdón, fui mala cuando te besé, pero no quería mirar atrás y arrepentirme de nunca haber estado con mi primer amor.

– ¡¿Es que no estás viendo cómo estoy?!

¿Acaso Diego todavía no la conocía?

Malena no veía, Malena era ciega, tan ciega...

– Perdón, pero primero estoy yo. Me amo más a mí... perdón, Die, perdón pero no puedo... tenés que entenderme.

– ¡¿Y quién me entiende a mí?! ¡¿Quién entiende mis sentimientos?!

– Los dos nos equivocamos, yo por no querer arrepentirme el día de mañana y vos por no pensar en tu familia. Lo siento en el alma, pero no voy a separarte de ellos... no puedo pensar en dejar a tu bebé sin su papá. Y...

Oh, Dios, ¿qué iba a decir ahora?

– Malena...

– Y... y... la querés, Diego, querés a Tiziana y eso está bien. Soy yo la equivocada, no vos, ni ella... solo yo. Por favor, tenemos que distanciarnos, por favor. Te pido que te alejes así puedo olvidarte y hacer mi vida. Necesito empezar de cero, me lo merezco. Necesito ver los detalles de la vida que te hacen querer vivirla... y con vos a mi lado no voy a poder. Nunca voy a poder porque siempre van a estar ellos primero. Siempre van a estar en primer lugar y no podría.

Diego la observaba con los ojos llenos de lágrimas porque sabía que cuando Malena tomaba una decisión no había vuelta atrás. Entonces, se acercó a ella y besó sus labios por última vez. Acarició su mejilla y le sonrió, dándole la razón.

– Siempre vas a ser mi muñeca. Siempre.

– Y vos el mío, lo prometo.

Y de esa forma, lo vio pegar la vuelta y salir de la habitación. Se quedó de

pie, en medio del lugar y se permitió llorar por estar despidiendo a alguien tan especial... pero sabía que, aunque Diego no se lo haya dicho, él iba a agradecerle esta decisión en unos meses.

Los minutos que estuvo sola dentro de la habitación sollozó y moqueó en silencio, hasta que su papá entró.

- Sabía que ibas a hacer lo correcto, mi amor. A veces no podemos hacerle caso al corazón, a veces tenemos que prestarle más atención a nuestro sentido común.
- ¿Hice bien?– preguntó Malena, llorando.
- Muy bien, mi chiquita. Muy bien. No me hubiese sentido orgulloso si elegías separar una familia por... perdón, sé que lo querés, siempre lo quisiste...
- ¿Lo sabías?
- ¿Por qué pensás que no te conozco? Sos mi hija, sé todo de vos, mi chiquita.
- Es que... con la Pitusa y Vanesa y...
- No... tenés que empezar a ver, Male. Me tenés que ver, porque a pesar de todo, siempre estoy a tu lado y nunca me voy a ir. Aunque pienses que te dejo de costado, no es así. Mirá la vida hermosa que tenés... ya caímos una vez por mamá, no lo hagamos de nuevo. Pero, si sentís que estás cayendo y no podés levantarte, avísame, yo voy a estar acá para aferrarte a la vida. A mí.

Malena abrazó tan fuerte a su papá.

- Gracias, papi.
- No me agradezcas, solo quiero que seas feliz.
- Yo también quiero ser feliz.

Cuando subió a su habitación, les envió un mensaje a sus amigas: **Las necesito más que nunca, mis naranjas. Necesito abrazarlas y que me levanten el ánimo con sus estupideces. Por favor.**

Y sí, las amigas están siempre. Lejos o cerca, pero Malena sabía tanto como ellas, que llamaran cuando llamaran, iban a estar de pie para levantarle el ánimo hasta a un muerto. Entonces, cuando ellas le respondieron que esa noche después de comer podían verse, su tristeza desapareció un poco. Solo un poco...

Malena decidió hacer ejercicio, siempre le venía bien. Entonces, agarró el auto y viajó hasta Palermo. Se puso los *roller* y comenzó a patinar. Muchas personas hacían lo mismo que ella, algunos corrían, otros caminaban, o andaban en bicicleta. En un momento, se distrajo cambiando de canción porque quería escuchar “*Una lady como tú*”, amaba ese tema y le recordaba a sus amigas, porque a ellas también les gustaba. Y como era tan ciega, no prestó atención a la persona que corría delante de ella, llevándola por delante y cayendo los dos al piso. Primero sintió que sus rodillas ardieron tanto que hasta le quemaron la piel, luego su pera comenzó a doler y sus codos comenzaron a picar. ¿Por qué no le hacía caso a su papá y se ponía esas cosas que le había comprado?

No escuchaba, porque la música estaba muy alta y menos mal, porque las palabrotas que dijo el hombre que había atropellado iban a hacerla enojar mucho.

Levantó la vista y el tipo estaba sentado a su lado, sin remera, observándola con cara de pocos amigos. Fue ahí que lo reconoció, Bautista Olmedo, el arquero de River. Sí, era ese tipo que había salido en los noticieros, en la sección de deportes... él le hizo una seña para que se quite los auriculares y ella se los sacó, bajándolos al cuello.

– Estás hecha mierda, mirá cómo te raspaste.– dijo él, mientras observaba su pera, sus codos y rodillas.

Oh, parecía tan enojado, y no porque ella lo haya atropellado, sino porque se había lastimado.

– Perdón, estaba distraída. Bautista, ¿no?

– Dios... lo que me faltaba.

¿Por qué le daba la sensación de que la observaba con desprecio? ¿Tal vez porque acababas de tirarlo al piso, Malena?

– ¿Te podés sacar una foto conmigo?

– ¿Vos me estás hablando en serio?– preguntó Bautista, sin poder creer en lo que estaba escuchando.

– Ay, es que... mi papá es fanático y le va a gustar mucho que... perdón, perdón, yo... perdón.

– Ya... tampoco es para tanto.

Entonces, ahí estaban los dos, sentados en el piso observándose un tanto confundidos hasta que él sonrió y ella lo imitó. Bajó su mirada hacia el pecho del arquero y luego miró sus brazos, su estómago duro, su short negro, sus piernas... Dios, en ese instante amó atropellarlo.

- Espero que tengas seguro.- bromeó él.
- Soy Malena, no tengo seguro y de verdad es una lástima que nos hayamos conocido así...
- Por favor, solo no sigas hablando de fotos y... vine a distraerme, necesitaba correr...- Bautista suspiró y se puso de pie, extendiendo su mano para ayudarla a pararse.

Malena aceptó su mano y se aferró a él. Lo que no se dio cuenta en ese instante era que Bautista no solo iba a levantarla del piso porque se había caído, iba a cambiar su vida dándole un giro tan brusco e inesperado, modificando todo. Porque eso hacía Bautista, daba vuelta a la gente.

- Vamos a curar eso.

Malena aceptó porque tal vez podían sacarse una foto y regalársela a su papá. Se quitó los patines y cuando empezó a caminar a su lado, él los agarró como un caballero, un caballero que no era, claro. Bautista abrió la puerta de su camioneta, le pidió que se siente en el lugar del acompañante así podía tenerla de frente.

Ella dejó colgando sus piernas y se concentró en él cuando comenzó a sacar las cosas que tenía en su botiquín de primeros auxilios. Volcó un poco de agua oxigenada sobre las raspaduras de las rodillas y en los codos, enseguida se hizo una espuma blanca sobre la sangre, que limpió muy despacio con una gasa.

- ¿Arde?
- Un poquito...
- Tenés que ser fuerte, estos raspones se los hace mi hijo de cinco años y no llora.
- No estoy llorando.- admitió Malena y Bautista levantó la mirada, enfocándola en ella.

Él estaba de pie, ubicado casi entre las piernas de Malena, y cuando estiró su mano para limpiar la pera sangrando, ella cerró los ojos y de esa forma pudo observarla mejor. Pecas... millones de pecas sobre su nariz y mejillas, que la hacían parecer tan... inocente. Tenía ojeras bajo sus ojos color verde y

parecía triste, no porque lo haya atropellado, sino por algo más.

Lo que ninguno de los dos imaginó en ese instante era que él no solo había empezado a curar los raspones, sino que también iba a empezar a curar el corazón de esa chica que se veía tan lastimada como lo estaban sus rodillas.

– Bien, creo que ya está.– susurró y se alejó un poco.

Malena abrió sus ojos y le sonrió. Miró sus rodillas y sus codos y quiso morir por ser tan torpe.

– Gracias, creo que voy a tener que tomarme un ibuprofeno, está empezando a doler.

– Tengo una idea mejor, vayamos a tomar algo... tendrías que invitarme vos por ser tan atropellada, pero voy a hacer una excepción y... vamos, conozco un lugar cerca que está bueno.

– Oh, no... no quiero molestar, seguramente tendrás cosas mucho mejores que hacer.

Bautista afirmó que algo le pasaba, y nunca supo por qué, pero quería ayudarla.

– No tengo nada que hacer hasta dentro de dos horas.

– Yo... no sé, me da vergüenza.

Entonces, él se rió y negando con su cabeza, la invitó a bajar de la camioneta.

– ¿Por ser arquero?

– Nah, si fueras el arquero de boca sí estaría desmayada en el piso...

– Ay, eso dolió mucho.– bromeó nuevamente, riendo.

Entonces, a Malena se le escapó una carcajada muy inocente y eso le llamó mucho la atención a Bautista. Él quería que ella riera y borrar esa tristeza que tenía en su rostro. Como una oscuridad... no sabía qué era, pero no podía dejarla así.

– Así que, hincha de boca. Ya empezamos doblemente mal.

– Sí, aunque mi papá haya tratado e insistido toda su vida para que sea de River, no lo logró... mi mamá... mi mamá era de boca y yo me divertía muchísimo viéndolos pelear cuando había un clásico. Y cuando ella murió... bueno, traté de ocupar su lugar.

Bautista no dejó de caminar, pero lo que acababa de escuchar lo había paralizado. Él también había perdido a su mamá hacía cinco años.

- ¿Cuándo falleció?– se animó a preguntar.
- Se cumplieron cinco años hace una semana.

Malena continuó caminando a su lado, y se enojó consigo mismo por hablar de algo que la hiciera poner más triste.

- Mi mamá también murió hace cinco años. Es difícil, lo sé más que nadie. Y más si... bueno, éramos nosotros dos. En ese entonces, yo estaba casado y feliz con mi mujer, y mi hijo estaba por nacer, así que, supongo que eso me ayudó a llevarlo mejor... pero te juro que no hay un día, un momento o algo que no me haga acordar a ella. Dicen que estamos preparados para soportar la pérdida de nuestros padres, pero yo no lo veo así... nunca estamos listos para perder a alguien que amamos tanto.

Malena se quedó observando su perfil. Bautista iba con la cabeza baja y todavía no se había puesto la remera, la llevaba colgando de su hombro. Lo vio rascarse la panza y solo ese movimiento, le hizo poner la piel de gallina.

- Lo siento.– susurró Malena, porque de verdad le apenaba que su mamá también haya muerto. Sangraba, su pérdida todavía sangraba hasta el día de hoy.
- Es acá.– señaló un lugar precioso y se puso la remera.

Que lastima, se dijo hacia adentro, porque era precioso verlo sin remera. Entraron en un bar llamado “*La flor de Soho*”, y lo siguió cuando eligió una mesa ubicada en el fondo del lugar. Eso la hizo sentir un poco mal. ¿Acaso no quería que alguien lo vea con ella?

Dios, era el arquero de River, ¡claro que no quería que alguien los vea!

La camarera se acercó y sonrió cuando lo reconoció.

- Ay, ¡hola! Hola, Bautista Olmedo. ¡Hola! Soy fanática tuya. Lo juro. ¿Podemos sacarnos una foto?
- Claro.– respondió él.

Malena abrió tanto los ojos que quiso matarlo. ¿Por qué no quería sacarse una foto con ella y con la camarera sí? ¿*Qué tenía esa que ella no?*

Esperó a que se terminen de sacar una foto y dijo:

- Voy a irme.– se puso de pie, pero la mano fuerte de Bautista la frenó en seco.
- No. Vas a quedarte. Dos café con leche, dos jugos de naranja

recién exprimidos y dos porciones de tostados.

– Claro, ya se los traigo. Y gracias, ¡sos mi ídolo!

Cuando la camarera desapareció, Malena sintió la mirada pesada de él.

– ¿Por qué?– preguntó.

– ¿Por qué, qué?

– ¿Por qué querías irte?

– Porque...

– Porque... vamos, ¿por qué?

– Porque a ella le dijiste que sí y a mí no.

Lo vio sonreír y llevar una mano a su panza para rascarla otra vez.

– Dejá de rascarte la panza.

– ¡¿Y eso?!

– Me ponés nerviosa.

– ¿De qué estamos hablando?– preguntó él, un poco confundido.

Entonces, se miraron y rieron. Bautista agarró su teléfono que estaba dentro de su short y le preguntó:

– ¿Me puedo sacar una foto con vos?

Malena tapó su rostro con ambas manos porque no podía creer lo que acababa de escuchar. ¿Bautista Olmedo le estaba pidiendo una foto?

– Ay, Dios, los fanáticos son insoportables.– dijo Malena, exagerando el tono de su voz.

– Sé de lo que hablas.

– Una sola, eh. Y que no se te haga costumbre.

Se movió un poco hasta pegar su cuerpo al de él. Entonces, miraron hacia la pantalla del teléfono de Bautista y sonrieron, justo cuando bautista levantó su puño y señalándola con el dedo gordo, apretó y la pantalla se congeló.

– Voy a subirla a mí *Instagram*.

– No jodas.

– De verdad, vas a ser famosa, *Malena atropellada*.

– ¿Es un apodo?

– Claro.

Malena lo observó mientras él subía la foto a su *Instagram* y escribía:

“Hoy fui atropellado en Palermo por esta chica descarada que me invitó un café. ¡¿Pueden creerlo?! No pude decirle que no. ¿Tendría que darle un beso para agradecerle? ¿Qué opinan?”

– No puedo creer que hayas escrito eso.– admitió, poniéndose un poco colorada.

Se alejó, volviendo a su lugar.

– Es una broma, *Malena atropellada*.

– Mi papá va a matarme.

– Los periodistas van a matarte.

– Pensé que no querías que te vean conmigo... un poco más y nos encerramos en el baño para tomar un café.

Bautista sonrió y asintió con su cabeza. Entonces, la miró.

– Ay, Malena, solo quiero estar un poco tranquilo, alejado de todo... como te dije hace un rato, salí a correr porque necesitaba distraerme de mi vida, del fútbol, de todo... entonces, aparece una loca y me lleva puesto con sus *roller*, terminamos hablando de nuestras mamás muertas...

– No digas la palabra *muerta*.

– No lograste dejarla ir del todo, ¿eh?

– Es difícil... un poco difícil.

– Decímelo a mí, que la tengo enterrada en Canadá.

– ¿Por qué no la traes?– preguntó Malena.

– Porque está muerta.

– Te dije que no...

Bautista miró sus labios rosa pálido en forma de corazón, luego volvió a observar sus ojos verdes, haciéndola callar.

– Lo sé... pero, no puedo sacarla de la tierra y traerla en un avión. Ella tiene que descansar en paz. Se lo merece. ¡Bien! No hablemos más de esto... ¿por qué estás tan triste, *Malena atropellada*?

– Es una historia muy larga.– dijo, mientras movió su mano para un costado, tratando de hacerlo olvidar, dándole poca importancia.

– Ni siquiera trajeron nuestros café.

– No, de verdad, es muy larga...

- Malena.
- Bien... estoy enamorada de mi mejor amigo... ya perdí la cuenta de todos los años de amistad. Y resulta que ahora se mete con una chica a la cual deja embarazada después de tres meses de relación. Me pide que le haga una despedida de soltero, tomamos mucho, lo besé... me escapé al baño, me siguió, me besó... fuimos a su casa, garchamos, y resulta que hoy le dije adiós... él está confundido, no sabe qué hacer... pero yo no puedo permitirme separar una familia, que el nene crezca sin su papá. Y además, soy caprichosa y malcriada, y me costaría aceptar que nunca voy a estar primera. Y tal vez, él se arrepiente y vuelve con ella. Fin.

Bautista tenía los ojos tan abiertos que a Malena le dio gracia y sonrió. Había hablado muy rápido.

- Carajo. Eso es... ¿y él está enamorado de vos?
- Supuestamente llevamos enamorados décadas y ninguno de los dos dijo nada.
- Mierda. Que jodido. ¿Y qué vas a hacer ahora?

Malena tomó mucho aire, inflando sus pulmones e hinchando su pecho.

- Vivir... dejar de pensar en él. Conocer a alguien... lo veo un poco difícil, pero...
- Te voy a decir qué es lo difícil, *Malena atropellada*. Ésta no es la peor parte... lamento contarte que lo más complicado es que hubieras tomado la decisión de seguir siendo su amiga y presenciar el nacimiento de su hijo, verlo feliz y contento, y saber que vos nunca más vas a poder hacerlo tan feliz como ella que acaba de darle lo más importante de su vida: un hijo... te sentís derrotado, humillado, peor que una mierda... y para peor, sos el padrino de su hija...
- Eh, ¿yo te dije que me había elegido de madrina?

No, no lo había hecho.

- Creo que no... creo que te estoy contando mi historia.
- ¿Sos el padrino del hijo de tu amiga?
- Mi ex mujer.
- Ay, no.

Malena se sentía tan mal.

– Sí... y trato día a día de no demostrar mis sentimientos, de llevarme bien con su esposo, de criar a mi hijo lo mejor que puedo los días que estoy con él... pero a veces es difícil. Compré una casa pensando en que íbamos a ser felices ahí y resulta que ahora viven ellos... y carajo, están felices.

La camarera llegó con la bandeja y luego de distribuir en la mesa la orden, volvió a dejarlos solos.

– ¿La seguís queriendo?– se animó a preguntar.

– Sí, la quiero porque es la mamá de mi hijo y también mi comadre. Dios, que mal suena. Lo peor de todo es que me cae muy bien Simón. Eso es lo peor...

– ¿Y Simón es?

– El marido de Colette, mi ex.

– Aaah. Bautista, ¿puedo preguntarte algo?

Malena lo tenía en la punta de la lengua y quería sacarlo de ahí.

– Sí.

– ¿Sos gay?

Bautista sonrió y negó con su cabeza, abriendo un paquetito de azúcar.

– Me gustan las personas, Malena... si vos me das a elegir entre un hombre y una mujer, elijo una mujer porque me tira más...

– Pero, ¿estuviste con un hombre? Con tu compañero...

– Dios, ¿sos periodista?

– ¡No!

Bautista sonrió y volvió a rascar su panza.

– Menos mal. Sí, estuve con hombres como también con mujeres, pero como te dije recién, me gustan más las mujeres. Es decir, si me dan a elegir entre estar con... – observó el lugar y señaló un hombre con su dedo–: ese tipo que está allá o estar con vos, estoy con vos. Porque me atrae más la mujer. ¿Se entiende?

Malena tragó con fuerza. Oh, no, ¿qué iba a hacer?

– Y si no te dieran la opción de un hombre, ¿igual estarías conmigo?

Malena, Malena... ¡¿Por qué esa necesidad de preguntar sin antes pensar?!

Bautista se quedó mirando la taza como si fuera la primera vez que veía

una. Por alguna razón, que no sabía cuál, no se animaba a levantar la vista.

- Sí, ni siquiera lo dudaría. Y que Dios me perdone, pero te haría tantas cosas, *Malena atropellada*.

Esa tarde, Malena ya no se preguntó qué tenía la otra que ella no.

Capítulo 5

Segundo día de trabajo.

Esa mañana, cuando Pilar llegó a la oficina, fue directo a la cocina para hacerse una buena taza de café con leche porque lo consideraba un combustible. Una vez que ingresaba en su cuerpo, empezaba a funcionar con normalidad como el motor de un auto necesita de la nafta. Mientras echaba agua y revolvía para que se haga una pasta, alguien se paró a su lado.

- Buen día, futura esposa.

Pilar cerró sus ojos cuando escuchó a Pablo decir eso. Rogaba que se haya olvidado, pero estaba muy lejos de hacerlo.

- Pensé que dormir iba a ayudare a cambiar de idea, pero me equivoqué.
- Te dije buen día.– dicho eso, besó su mejilla y ella lo miró con mala cara.
- No podés hacer esto, dijiste que era de mentira, hombre.

Pablo rió en voz baja y pegó su culo contra el mármol.

- Me ponés tan nervioso, Pilar. Tendrías que ofrecerme un café, soy tu esposo.

Ella lo ponía nervioso.

- No firmamos nada...
- Claro, me olvidaba. Para vos es solo un contrato. Bien, si así lo preferís. ¿Vas a invitarme un café?

Pilar suspiró y le entregó la taza.

- Espero que te guste.
- Me va a gustar y mucho... no me mandaste un mensaje de buenas noches.

¿Estaba loco?! ¿Qué le pasaba? ¿Por qué tenía que ser tan romántico hasta cuando mentía?

- Me parece que esto no quedó claro...
- No, me parece que a vos no te quedó claro. Pilar, vas a casarte conmigo, necesito que demuestres que querés hacerlo.

Tiró la cabeza hacia atrás por el impacto de sus palabras y tuvo que cerrar la boca por las dudas de que le entre una mosca.

- Yo no quiero hacerlo.
- Oh, sí. Dijiste que necesitás el dinero, entonces quiere decir que sí querés casarte conmigo. Además, vamos a llevarnos bien. ¿Dónde estabas anoche?
- ¿Qué? ¿Qué te importa?
- Me importa... sos mi prometida.
- ¡No puedo creerlo!– Pilar dejó la taza sobre la mesada y refregó su rostro con ambas manos.
- ¿Para qué necesitás el dinero?
- Basta, ya estás pasando demasiados límites.
- No es justo, Pilar. Vos sabés por qué yo quiero casarme con vos, a mí me gustaría que me dijeras el por qué de...
- Porque tengo muchas cosas que pagar.
- Un segundo, ¿voy a casarme con una deudora?

Era insoportable. Dios, ¿dónde se había metido? ¿Quién le había puesto un revólver en la cabeza obligándola a aceptar? ¡Nadie! Hubieras escuchado mejor, Pilar.

- No tengo deudas, no te preocupes.
- ¿Entonces?
- Te tomaste muy en serio eso de hacer mi vida imposible, hombre.
- Bueno, me gusta tener todo organizado.
- Yo no entro en tu orden.

- Ay, sí, vos sos mí desorden. ¡Sos el mejor de todos! Vos vas a llevarme a mi felicidad.
- Estás loco. De verdad, estás loco. Te tengo miedo.
- Naah, soy muy bueno. Ah, te quiero en mi oficina en cinco minutos, no tardes. No me gusta la gente impuntual.

Despegó su culo de la mesada y cuando estaba por salir de la cocina, dejó de caminar porque Pilar gritó:

- ¡No sea cosa que tu prometida te plante en el altar!

Entonces, Pablo se acercó a Pilar y susurró en su oído:

- Dudo que quieras hacerlo, *cielo*. Cinco minutos.

Dicho eso, salió de la cocina y Pilar tuvo que sentarse porque su corazón comenzó a latir con fuerza. ¿Dónde se había metido? Lo vio caminar de espaldas a ella y el movimiento que le hacía la camisa al arrugarse y sus brazos y sus piernas y su pantalón... sacudió la cabeza porque Pablo la estaba mareando.

Cinco minutos después, entraba en la oficina con su taza de café en la mano y una carpeta en la otra. Se sentó frente a él, mientras escuchaba la conversación que tenía por teléfono.

- Sí... no sé, todavía no lo sé, pero en cuanto hable con mi novia, te aviso. Como siempre, un placer hablar con usted, señor Magadán.

Cortó el teléfono y ubicó sus manos encima del escritorio. Observó los primeros tres botones desabrochados de la camisa de Pilar, el cual mostraba unas tetas bastantes grandes. Carajo, ¿cómo no había prestado atención antes?

- Pilar, abrí el calendario de tu teléfono.- Pilar lo hizo y lo miró-. Bien, ahora decime la fecha del casamiento, si es sábado mejor, así no estoy tan cansado.

¿De verdad iban a casarse?

- Vos me estás diciendo que vamos a pasar por la iglesia y el registro civil...
- Pilar, ¿qué parte de “vamos a casarnos” no entendiste? ¿Dónde está tu anillo?

La estaba volviendo loca. No, no, esto era imposible, no podía con él.

- ¡Renuncio!

Se levantó del sillón y corrió hacia afuera de la oficina. Estaba agarrando sus cosas cuando sintió la mano de él tirar de su brazo para que lo enfrente.

- Pilar.
- ¡Soltame! Se terminó, estás loco y vas a terminar volviéndome loca a mí. ¡¿Qué te pasa?! ¿Quieres que también te diga cuántas veces voy al baño? ¿Cuántos minutos me quedo bajo la ducha? ¿Qué me gusta comer? Dios, sos insoportable.
- Soy tu jefe.
- ¡Pero no te da derecho a hacerme tantas preguntas!
- Solo quiero conocerte, vas a ser mi esposa...
- ¡¿Por cuánto tiempo?! ¿Una semana?
- Espero que menos...

Entonces, Pilar se cansó. Revoleó su mano que golpeó contra la mejilla de Pablo, quien se quedó duro. Su rostro ni siquiera giró. Levantó la mirada y la enfocó en los preciosos ojos oscuros de Pilar que estaban ardiendo en llamas. Ay, como le gustaba cuando las mujeres se enojaban, y más Pilar.

Y como si estuviera más loco, llevó sus manos hacia la cabeza de Pilar y clavando sus dedos, la acercó a él y la besó. Sí, abrió sus labios sobre los de ella con mucha violencia, pero como vio que Pilar no se apartaba, comenzó a moverlos y sentirla relajarse de a poco, entregarse a él, lo motivó a besarla más. Su mano derecha bajó hasta la cintura de su prometida y la apretó más a él, pegando sus cuerpos, refregándose uno con el otro.

Y cuando Pilar ya era un trapito, la sentó sobre el escritorio y ella lo envolvió con sus piernas. Las manos de él viajaron a esas preciosas nalgas, bajo la pollera del traje negro y...

- ¿Pablo?

Pilar y Pablo se separaron cuando escucharon a una mujer hablar. Giraron sus cabezas y una chica estaba de pie, observándolos.

- Carajo.- susurró él y tuvo que mirar hacia abajo por vergüenza.

Eso no estaba en sus planes. ¿O sí?

Pilar, como pudo, bajó del escritorio y acomodando su pollera, corrió hacia el baño cerrando la puerta tras ella. Pegó su espalda contra la madera y no le importó el beso porque pensó que era parte del plan, solo quería escuchar, porque tal vez, Pablo había conseguido que su ex vuelva. Después de todo, la

idea no estaba tan errada. Pero ese beso... ese beso iba a quedar grabado en su memoria por siempre.

- ¡¿Qué mierda querías que hiciera?! ¿Emborracharme y quedarme en la oficina llorando hasta la madrugada?

Pilar rió en voz baja porque si no fuera por ella, él habría hecho eso.

- ¡¿Quién es?!
- Mi mujer.- oh, que bien actuaba.
- ¡Yo soy tu mujer, pelotudo!
- ¡¿Vos?! ¡Te recuerdo que dijiste que no!
- ¡Me equivoqué!
- ¡Ya es tarde!

Pilar volvió a reír porque parecían “Los Pimpinela”, un dúo musical de hermanos que cantaban canciones de amor y una de ellas consistía en una pelea. Entonces, volvió a reír y tapó su boca.

- ¡Me dijiste que no querías formar una familia conmigo! Que no querías un padre como yo para tus hijos. ¡Bueno, este padre buscó otra madre! Porque yo sí quiero tener hijos.

Ay, Dios, que exagerado era. ¿A quién había salido tan dramático? Pero, el caso es que escuchar eso le dolió. ¿Qué mujer podía decirle algo así a un hombre? Entonces, juntó fuerza y sacando el anillo del bolsillo del traje se lo puso y salió del baño.

Ella le había dicho que sí, iba a ayudarlo, pero no para que su ex regresara, iba a ayudarlo para que aprenda a vivir sin ella. Por primera vez había escuchado, y precisamente oír lo que esa mujer le dijo, no le gustó. Pablo no merecía una mujer así. Nadie, en realidad.

- Amor.- susurró-. Basta, por favor.

Pablo se dio vuelta y... Pilar tenía los ojos llorosos. No, de verdad estaba muy afectada por lo que acababa de escuchar. Ella luchó toda su vida para que su papá la quiera y deje a un lado lo material, no quería que a él le pase lo mismo junto a esa mujer sin corazón.

- Pilar.
- Por favor, ya está. No necesitás esto...
- Pilar...

- Lo digo de verdad. No necesitas esto para vos, ella no te merece.
- ¡¿Quién mierda sos?!

Entonces, Pilar la miró y ya no parecía tan sorda.

- ¡Alguien mejor que vos, seguro! Andate de mi oficina, ahora.- y como la chica no se iba, volvió a gritar-: ¡te quiero fuera de la empresa, ahora!

La rubia dio media vuelta y salió de ahí, casi corriendo.

- ¿Qué fue eso?
- No nos vamos a casar, Pablo.
- Pilar, la quiero.
- ¿Eso querés? ¿Ese monstruo vestido de corderito? ¿Esa mujer querés que sea la madre de tus hijos? ¿Vas a pasar tu vida con una mina que te desprecia y humilla de esa forma?
- No entendés...
- Puede ser. Puede ser que no sepa nada del amor, ni un poquito, pero eso... eso no es amor, hombre. No es amor. Ella no te ama, Pablo. Una mujer que ama no dice algo así... ni siquiera cuando está enojada. No te quiere y no estoy mintiendo, jefe.
- No sabés nada... nada de mí, nada de ella...

Era verdad, no los conocía. Pero sabía de qué estaba hablando.

- Te dije que íbamos a ser buenos amigos, Pablo. Que íbamos a mezclar todo... por eso te digo que no voy a casarme con vos porque si casarnos significa que ella vuelva a tu vida, no, gracias. Paso. No quiero ser partícipe de tu infelicidad porque te aseguro, hombre, que ella no va a hacerte feliz, nunca.
- Vas a casarte conmigo.
- ¡No voy a casarme con vos!

Vio la vena de su cuello inflamarse y tragar con fuerza, luego se le llenaron los ojos de lágrimas. Pilar trató de mantener la mirada firme, pero al verlo derrotado de esa forma no quiso humillarlo más, bajó la cabeza justo cuando Mirta se aclaró la garganta detrás de ellos.

Los dos se dieron vuelta y la encontraron con las mejillas más rojas que nunca.

- No entiendo. Si me pueden explicar qué es lo que está pasando.
- Mirta, no es lo que vos crees.
- ¿Me engañaste?
- ¡No! Mujer, no. Tu hijo está loco...
- No estoy loco, Pilar.

Entonces, Pilar le clavó la mirada en sus ojos oscuros.

- Perdón, pero yo renuncio. No sabía dónde me estaba metiendo y... no puedo con todo esto. ¿Qué es? Esto no pasa en la vida real, por Dios.

Pablo dio media vuelta y se encerró en la oficina, luego de golpear la puerta con mucha brusquedad.

- Pilar, ¿podemos hablar?
- Mirta, lo siento, pero no. No voy a hablar más de esto...
- Si él quiere a esa mujer para su vida, no somos quien para contradecirlo.
- Pero Mirta, quiere que me case con él para que ella vuelva, vos no escuchaste lo que yo...
- Creo que deberían hablar.
- ¡¿Por qué?!

Es que, acaso... ¿estaban todos locos o ella era la equivocada?

- Pablo quiere ser papá otra vez.
- ¿Otra vez?
- Sí, él creo que solo busca tener un hijo y ya...
- ¿Otra vez? No entiendo, Mirta.
- Maia murió hace un año. Ella nació con un desorden genético que complicó todos sus órganos y no podía comer, no podía respirar, nunca se sentó, jamás habló y... mi hijo nunca conoció su sonrisa. Una tarde tuvo que enterrar a su propia hija porque ya no tenía fuerza para seguir viviendo. Pablo quiere ser papá otra vez, Pilar. Solo quiere tener un hijo.

Pilar tenía los ojos llenos de lágrimas porque no podía creer lo que Mirta acababa de confesarle. Ahora sí entendía el por qué de su comportamiento. Entonces, tomó otra decisión. Sí, una más. Respiró, tomó aire y golpeó la

puerta de la oficina de Pablo. Abrió despacio y lo encontró con un vaso de whisky en su mano y con un brazo apoyado contra el vidrio, observando la avenida que pasaba bajo el edificio.

- Hombre, creo que tenemos que hablar.
- Ya Pilar, lo entiendo.
- No, soy yo la que no entiende nada.

Pablo se dio vuelta y apoyó su espalda contra el cristal.

- Entonces, ¿vas a casarte conmigo?

¡Qué duro era!

- No. No voy a casarme con vos porque no quiero que tengas un hijo con ella.- Pilar volvió a tomar aire y siguió-: si lo que en verdad querés es tener un bebé... bueno, yo sé que es una locura, pero... podemos hacerlo juntos.

Pablo enderezó su cuerpo, separándose del vidrio y torció un poco su cabeza hacia la derecha, frunció la frente y abrió la boca para hablar:

- ¿Harías eso por mí? ¿De verdad?
- No quiero pensarlo mucho porque tal vez me arrepiento pero...
- ¿Mi mamá te lo contó?
- Al piso, vamos a hablar.

Entonces, como la otra noche, volvieron a sentarse.

- Pilar, ¿de verdad me darías un hijo?
- Primero quiero saberlo todo.
- No hay más que eso.
- Todo... quiero que me cuentes todo.

Pablo le dio un sorbo muy largo al whisky y enfocó su mirada al piso, listo para comenzar a hablar.

- Cuando a una persona se le mueren los padres, se lo llama huérfano. Cuando a una persona se le muere su pareja, se lo llama viudo. ¿Verdad?
- Sí.- contestó ella, sin entender a dónde quería ir con eso.
- ¿Y cómo me llamarías a mí, Pilar? ¿Qué nombre le pondrías a alguien que perdió una hija? No hay nombres para eso porque no hay explicación. Nadie se animó a ponerle un título a semejante tristeza.

A ese punto, la mirada de Pablo ya estaba perdida en el suelo y Pilar había llevado una mano a su pecho porque él tenía razón. Y dolía, su corazón dolía.

– Si no querés...

Él la interrumpió.

– No pude hacer nunca mi duelo en paz... para todos la vida siguió con normalidad, pero no para mí. Tuve que volver a empezar, volver a remar contra la corriente, volver a construirme como hombre. Quise volver a creer que podía ser papá otra vez... dar vida de nuevo, empezar de cero con otra mujer... tuve que llevar a Maia en mis brazos hasta ese lugar tan oscuro y frío llamado morgue.– Pasó una mano por su pelo y suspiró–. No quería despegarme de ella, Pilar... ¿cómo podía dejarla ahí solita si era tan chiquita? Era mi bebé... ¿Quién iba a cuidarla tan bien como yo? Y mientras esperaban que les dé el cuerpito caliente de mi hijita, pedía a gritos que vuelva... si existía una posibilidad de revivirla, lo hubiese hecho. Sentía que me la estaban quitando de mi vida... tuve que entregarla y un rato después fui a buscarla... su cuerpito ya estaba frío, no había rastros de ese calorcito a bebé pero sí de su olorcito. Todavía quedaba algo de ella... quise vestirla por última vez antes de su velorio y la dejé hermosa, con su coronita plateada de princesa... la perfumé, la llené de besos y le puse alrededor de su cunita, para no decir ataúd... puse todos sus ositos. Tuve que cerrar su cunita de madera... pero antes le canté su canción de cuna, le di la manito, la besé, la peiné, la arropé, la acaricié porque quería seguir siendo papá una vez más, sentirla una vez más... – Pablo lloraba con tanta angustia y fuerza que Pilar creyó que no iba a poder seguir hablando...– llegamos al cementerio para despedirla para siempre... no aceptaba tener que dejarla bajo tierra cuando creí que todavía podía respirar, podía sentirme... dejé que la entierren y que la tapen con tierra... en su cunita de madera. Bajó, bajó hasta que ya no la vi más, me arrodillé y le grité que la amaba, porque creí que todavía podía escucharme, Pilar. El dolor brotaba desde mis entrañas, ya no tenía lágrimas porque había empezado a llorar sangre porque la herida cada vez se abría más... cuando llegué a mi casa, llamé a las empresas de las máquinas que la mantenían con vida y les pedí que vengan a buscarlas. No podía seguir viendo su respirador y que ella no lo esté usando.

Pilar por primera en su vida había escuchado con sus oídos, con su corazón y con su alma. No entendía cómo él tenía fuerza para seguir viviendo después de algo así... ¿quién nos preparaba para despedir a un hijo? Nadie, ni siquiera Dios.

– Llévame...

– ¿A dónde?– Pablo la miró, un poco confundido.

Mantuvieron sus miradas de ojos llorosos por unos segundos, hasta que Pilar se acercó un poco a su rostro y susurró:

– Al cementerio. Quiero conocerla.

Pablo tragó con fuerza, se puso de pie y estiró su mano para que Pilar lo acompañe. Mirta los esperaba afuera y cuando los vio salir tomados de las manos, les sonrió.

– En un rato volvemos, mamá.

– Hagan lo que tengan que hacer.

Bajaron al estacionamiento y después de subir a la camioneta de Pablo, salieron del edificio, directo al cementerio donde Maia los esperaba.

El cementerio era un predio grandísimo, cubierto con un pasto increíblemente verde que transmitía paz. Una paz abrumadora, ¿irónico, verdad? El canto de los pájaros, árboles con copas enormes, el sol que bañaba el terreno y tumbas, cuadraditos de cemento distribuidos prolijamente. Pablo tomó la mano de Pilar y la condujo hasta el lugar donde Maia dormía entre angelitos.

– Hola, princesa.– se arrodilló delante de la tumba y acarició la foto.

Un cuadradito de diez por diez que mostraba la carita de una nena con rulos preciosos, dejaba ver la traqueotomía que le habían practicado en su pequeño cuellito y una manguerita que entraba en su naricita. Era muy parecida a él, ojos oscuros y un poco achinados. Pilar tuvo que tomar mucho aire para poder respirar, porque sentía que se ahogaba. Escucharlo hablar con su hijita le partió el corazón y fue ahí que entendió muchas cosas de él.

Lo vio acostarse sobre el césped, estirar sus brazos hacia arriba como si estuviera cómodamente en una cama. Seguramente hacía eso cada vez que iba a visitarla. Seguramente se quedaba mirando el cielo con Maia a su lado. Pero, ¿quién era ella para juzgarlo? Si él sentía que debía hacer eso, si Pablo

prefería acostarse y charlar con ella... bueno, ahí estaba Pilar para acompañarlo. Entonces, se acostó del otro lado de la tumba y volvió a escuchar.

– Ay, Maia, que precioso día, mi ángel. Que tranquilidad, mi amor. ¿Jugaste hoy, te raspaste las rodillas? ¿Con quién te peleaste? Sí, me imagino que tenés muchos amiguitos... quiero presentarte a Pilar, es una amiga. No la conozco mucho, pero por lo que sé, parece una buena chica. Ay, Maia, Pilar tiene un carácter tan complicado. No creo que podamos trabajar juntos mucho tiempo más, para ser sincero. Pero, está acá, conmigo...

Y durante media hora lo escuchó decirle a Maia lo mucho que la amaba, las horas del día que se pasaba pensando en ella, los minutos que ocupaba extrañándola, equivalente a la mayor parte de su tiempo. Que trataba de ocupar sus horas con muchas cosas para distraerse y seguir...

Dicen que cuando uno siente un chuco de frío y su piel se hace de gallina, es porque un ángel acaba de pasar. Eso sintió Pilar, una presencia, alguien que corría a su alrededor, alguien que chillaba de felicidad y cada tanto, se acostaba entre ellos. No se dio cuenta cuando Pablo la tomó de la mano y entrelazó sus dedos... para cuando sintió el contacto, ya estaba apretándolo con mucha fuerza.

– ¿La sentís, Pilar?

Pilar sorbió su nariz y asintió con su cabeza.

– Sí, la siento. Creo que ahora nos está saltando, está jugando con nosotros... Dios, Pablo, tendríamos que traer una pelota, globos, comer un helado...– susurraba Pilar, y no pensaba que estaba loca, no. Estaba decidida a ayudarlo, sea como sea.

– No llores, Pilar. A ella no le gusta que lloremos.

– ¿Cómo lo hacés?

– Simplemente no lo hago. Solo dejo que pase... sé que ella está en paz, ya no sufre, no siente dolor y... juega. Acá juega todo el tiempo, Pilar.

Antes de irse, Pilar se arrodilló frente a la lápida de Maia y leyó:

Maia Belén Ferroa. 2-03-2014 / 5-07-2016

Soñá para siempre con los angelitos, jugá eternamente entre las nubes, corré y saltá, ensuciate la ropa, raspate las rodillas, decí malas palabras, sé

caprichosa, quedate horas jugando en la bañera, abrazá mucho y cuando estés preparada, enamorate. Hací todo lo que en la tierra de los mortales no pudiste, seguí sonriendo, sonreí y volé. Volé lo más alto que puedas, pero sobre todo, descansá en paz, dulce Maia.

Papá, que siempre te va a amar.

Capítulo 6

Catalina hacía dos turnos, de ocho a trece horas, y de dieciséis a veintiuna. Ya estaba acostumbrada a partir su día de esa forma porque en el medio metía el gimnasio, un curso de cocina y una ducha. Además de pasar tiempo con Pepito, claro. Mientras trabajaba, le gustaba poner música porque de esa forma su paciente se distraía del ruido de las herramientas y no prestaba atención a las pinzas de extracción dental, ascensor, excavadoras, scalers, sondas, exploradores, alicates, etcétera. Y además, ella se sentía más cómoda. Hasta de vez en cuando tiraba un pasito de baile.

Ese día había salido de su casa un poco tarde porque Pepito se puso a maullar a último momento, seguramente no quería quedarse solito y de esa forma, el maldito gato le manejaba su vida. Entonces, lo metió en su canasta y lo llevó a su consultorio. Era un gatito muy travieso, pero cuando estaba dentro de su canasta se portaba muy bien... bueno, un poco. Hacía media hora que lo estaba buscando por el lugar y no lo encontraba por ningún lado. ¿Dónde se había metido?

– Doctora, tiene pacientes.

Catalina apareció detrás del mueble y miró a la secretaria, que era la mamá

del dueño del centro odontológico.

- Ay, sí, lo sé Marga, pero se perdió Pepito y si tu hijo lo encuentra, va a matarme.- susurró, apretando sus dientes.
- Yo busco a Pepito, doctora, por favor.

Catalina le sonrió y volvió a su consultorio, agarró la planilla y llamó al siguiente paciente.

- ¡Lautaro!- gritó y esperó a que ingresara.

El nene entró seguido de su mamá, quien le hizo una seña a Catalina de que su hijo estaba muerto de miedo. Catalina le sonrió y le guiñó un ojo.

- Hola, Lauti. ¿Cómo van esos dientes?
- Mal.
- Uy, ¿qué pasó?
- Es que le duele un...
- Mami, estoy hablando con él.
- Claro, sí... sí. Lauti, decile qué te pasa a la doctora.

El nene subió la cabeza y miró a Catalina.

- Me duele una muela.
- Bien. Que extraño... ¿por qué será? ¿Estuviste comiendo muchos caramelos y no te lavaste los dientes?
- Puede ser.
- Mmmm, bien. Vamos a ver esa boquita. Prometo que solo voy a mirar...

Lautaro se sentó en el sillón y la doctora tomó lugar en su silla, apretó la palanca y subió unos diez centímetros. Se puso un barbijo y luego le colocó alrededor de su cuello un babero de papel.

- Bien, a ver... abríme la boca. Lauti, por favor, abrí la boca porque sino no voy a poder ver qué es lo que te tiene tan adolorido.
- ¿Me va a doler?
- Mirá, ese dolor que tenés ahora yo tengo que sacarlo porque no es tuyo. Seguramente hay un bichito dando vueltas que está molestando y habrá lastimado una muelita. Así que, tenés que abrir la boca para que yo vea qué es lo que hay. ¿Sí?

Lautaro asintió con su cabeza y abrió muy despacio la boca. Catalina tomó

la excavadora y comenzó a mirar muela por muela. ¡Bingo! Había una pequeña carie en una de sus muelas.

- Efectivamente, hay un intruso en tu boca, Lautaro.
- ¡No!
- ¡Sí! Pero, hay que sacarlo de ahí antes que siga creciendo. ¿No te parece?
- Pero me va a doleeeer.
- Nooooo. No... lo prometo. El torno va a ir muy despacio cavando sobre tu muela, no va a doler. Lo juro. Despacio, ¿sí?

Lautaro volvió a abrir su boca y la doctora puso el succionador de agua en la mejilla derecha del nene. Luego, tomó el torno y comenzó a limpiar la muela muy despacio.

- Listo. Paso agua, pongo pasta, luz azul y terminamos. ¿Sí?
- ¿De verdad?
- Lo juro. Prometí que no iba a dolerte.

El nene asintió varias veces con su cabecita y Catalina sonrió. Sonrió porque amaba cuando sus pacientes se portaban bien y le hacían caso, y sus mamás no se metían en el medio. Minutos después, Lautaro salió de su consultorio con la condición de lavarse los dientes después de cada comida.

Continuó llamando a sus pacientes y Pepito no tenía ganas de aparecer. Cuando estaba poniéndole una tirita de alambre a la ortodoncia de una nena de diez años, apareció el dueño del lugar, Luis.

- No sé por qué, Malena, pero estoy estornudando demasiado.

Malena enganchó el braquet con una gomita y levantó sus ojos hacia él.

- Que extraño.
- Sí, ¿verdad? No habrás traído a tu gatito de nuevo, ¿no?
- No.– hasta sonó escandalizada.
- Bien, espero que estés diciéndome la verdad.

Cerró los ojos y miró a la nena.

- ¿Tira? ¿Duele?
- Es como si... siento una presión hacia adelante.
- ¡Bien! Porque eso tenemos que lograr, que estos dientitos vayan hacia adelante y no para atrás. Nos vemos en una semana. ¿Está bien,

mami?

– En una semana.

La nena se retiró y volvió a buscar al gatito. No estaba.

– Maldito gato.

Leyó la lista de los pacientes y volvió a llamar:

– Agustín.

Catalina estaba tirada en el piso, buscando debajo del escritorio, cuando vio dos pies entrar en su consultorio. Levantó la cabeza y el bombero le sonrió muy pícaro, señalando el lugar.

– Te olvidaste el pequeño detalle... ¿odontóloga infantil? ¿Qué hago acá? Ni siquiera entro en esa silla.

Entonces, Catalina le sonrió y comenzó a dolerle la panza de los nervios. Se puso de pie y miró hacia arriba porque Agustín era muy alto.

– Hola, bombero.

– Qué tal, señorita. Creo que perdiste algo otra vez.– sacó su mano que la escondía en la espalda y apareció Pepito.

– Maldito gato, no sé por qué tiene la costumbre de desaparecer.

– Creo que se está acostumbrado a que yo lo encuentre. Te queda muy lindo ese camisolín rosa.

– Es... es un ambo.– contestó, tartamudeando.

– Claro, ambo.– Agustín volvió a sonreír y le entregó a Pepito.

Catalina parecía sorprendida, pero no tanto. Sabía que él iba a venir en cualquier momento y no se equivocó.

– Bien... sentate.

– ¿Entro?

– Sí, creo que no es tan chiquita.

– ¿No es tan chiquita? Bien...

Volviéron a sonreír y no se quitaban la mirada, parecían hechizados. Agustín tomó su lugar y ella le dejó el gatito sobre su estómago para que no se vuelva a escapar, luego lavó sus manos, le puso el babero y se colocó un barbijo. En los parlantes comenzó a sonar la canción “*Una lady como tú*”, y enseguida recordó a sus amigas.

– Amo esta canción.– admitió, mientras apretaba la palanca y su silla

comenzó a subir-. Me hace acordar a mis amigas.

- Aja...

Catalina sonrió porque Agustín tenía la boca abierta y le contestó como pudo. Comenzó a revisar cada muela, cada diente, mientras sentía la mirada de él en sus ojos. Penetrante. Profunda. Adictiva. Sincera.

Tenía unos labios preciosos, gruesos y carnosos. De piel oscura y ojos marrones. Era precioso.

- Tenés una boca hermosa.

- Ajá... je... gracias.

Catalina largó una carcajada tímida y se quitó el barbijo.

- No tenés nada. Estás tan limpio...

- Bien, creo que eso es bueno.

- Sí. ¿Tenés idea de las enfermedades que pasan de boca en boca cuando nos besamos?

Agustín volvió a sonreír.

- ¿Querés decir que antes de besar a alguien mirás su boca?

- Sí...

- Entonces, nosotros... ¿ya puedo besarte o voy a tener que esperar mucho tiempo más?

Catalina se puso de pie y apagó la luz que lo alumbraba directo en la boca.

- No sé...

- ¿Crees en el amor a primera vista, Catu?

- Yo... Agustín... soy diferente.

- ¿Diferente a quién? ¿A mí?

Su voz era tan pesada y gruesa, que le hacía poner piel de gallina y le provocaba cosquillas en la panza. ¡Hablale, Catalina! Por Dios, no te podías quedar muda justo en ese momento.

- A... las demás mujeres. Yo...

- ¿Te parece si te espero y vamos a merendar? Me gustaría mucho conocerte más.

Él quería conocerla.

- Sí... está bien. Me quedan dos pacientes.

- Te espero, mientras te cuido a Pepito.
- Claro.

Agustín la había esperado afuera sentado en el cantero, con Pepito en brazos y su patineta bajo los pies, que la movía de un costado a otro, nervioso, expectante y... Dios, cómo le gustaba. No había dejado de pensar en ella en esos días y cuando la vio salir... bajita, con su pelo largo y rubio, sus ojitos verdes, sus pecas esparcidas por todo su rostro... era un ángel.

- No me digas que me vas a llevar en eso.- Catalina señaló la patineta y Agustín rió.
- No, dudo que entremos los dos. Perdón.
- Conozco un lugar acá la vuelta... si te gustaría...
- Donde vos quieras, me da igual, solo quiero pasar un rato con vos.

Catalina asintió y comenzó a caminar. Agustín, en cambio, se subió a la patineta y la siguió a su lado, con Pepito en la mano.

- ¿Cuántos años tenés, Agustín?
- ¿Cuántos me das?
- Catorce.- admitió, un poco tímida pero graciosa.

Agustín carcajeó. ¡Dios, era tan linda!

- Treinta y tres.
- Treinta y tres... treinta y tres años, bombero, te gusta salvar gatitos y andar en patineta.
- Debo admitir que soy un poco... creo que todavía no superé la edad del pavo.

Catalina sonrió y negó con su cabeza. Estaba feliz, contenta y relajada. Y tenía ganas de hablar. Conversar con él, charlar un rato... quería conocerlo. Entonces, recordó que a ella no le gustaba contar sus cosas. ¿Qué iba a hacer?

- Eterno adolescente.
- ¿Y vos?
- Yo... no suelo hablar mucho de mí, pero debo admitir que maduré temprano.
- Yo también soy maduro.- exageró el tono de su voz y Catalina volvió a reír.
- Bueno... hay que verlo. Yo... pasé mi vida estudiando porque

básicamente es lo que me impusieron. Mientras que mis amigas salían a bailar, yo estudiaba... me refugié tanto en mi carrera que la hice en tres años, cuando los demás tardan cinco o seis.

- Wow...
- Sí, tengo veintisiete y poseo más cursos y especializaciones que cualquier otro dentista de cuarenta años.
- ¿Y la diversión?
- No sé mucho sobre eso, Agustín.

Y era verdad. Cuando llegaron al lugar, Catalina eligió una mesa que daba a la ventana porque le gustaba mirar hacia la calle y ver pasar la gente.

- ¿Sabés? Mi mamá me rompió tres *Playstation*.

Catalina tapó sus labios para ocultar su sonrisa.

- ¿Por qué?
- Porque me la pasaba jugando... tal vez quería que sea alguien importante, que haga algo más con mi vida.
- ¿Lo logró?
- Bueno, trato de ser una mejor persona todos los días... soy bombero voluntario, como sabés. Y fiscal.

Catalina tiró la cabeza hacia atrás como si hubiera escuchado que Agustín era narcotraficante.

- ¿Y eso?
- Sí, yo me pregunto lo mismo. No sé... Catalina, yo... no sé si decirte esto, pero... ando armado todo el tiempo. No vas a encontrarme en redes sociales, ni en *Google*. Creeme, me busqué cientos de veces, y cuando encontré algo mío, lo quitaron. Yo...
- ¿Por qué bombero?

Agustín sonrió porque pensó que iba a hacerle otro tipo de pregunta como por ejemplo, que si podía mostrarle el arma que llevaba dentro de su pantalón.

- Porque me gusta ayudar.
- Creo que ya ayudas demasiado.
- No alcanza... nunca alcanza. Siempre quiero más, busco más para mí... ¿por qué sos diferente?

Catalina acarició a Pepito que dormía entre sus piernas y suspiró.

– ¿Te molesta si no hablamos de mí? Es que... no estoy acostumbrada a... a esto, a contar mis cosas.

Agustín la observó confundido, pero aceptó. Ya iban a tener tiempo y pensó en que todo se trataba de inspirarle confianza. Sí, podía hacerlo. El problema era que él no tenía idea sobre la infancia de Catalina, y cualquier paso en falso, podía arruinar lo poco que se había creado entre ellos.

Catalina tenía dentro de su corazón tantos recuerdos que quería olvidar, personas que había dejado atrás, lugares que ya no visitaba, canciones que odiaba, libros que la deprimían, escenas en la calle que le provocan pánico. Pero, lo peor de todo era que se sentía sola en el mundo y un granito de arena en medio del desierto. Sin embargo, dos personitas que la amaban con todo su corazón le hacían creer en el amor y en la amistad y le demostraban día a día que ellas eran su apoyo fundamental, más que una familia. Sus amigas, Pilar y Malena, eran sinónimo de salud y felicidad, de risas hasta el punto de que sus mejillas dolían y su estómago se contraía tan fuerte que hasta dolía.

Entonces, ahí se encontraba, frente a Agustín que trataba de sacarles sonrisas y hacía chistes estúpidos de un chico de quince años.

– ¿Por qué elegiste ser dentista? ¡Todos odian al dentista, Catalina!
¡Yo odio al dentista!

Catalina sonrió porque sabía de qué estaba hablando. Sus abuelos se habían encargado indirectamente de seguir cagando su vida y ser odiada aunque ya no estén... o casi.

– Es verdad, ni los nenes ni los grandes me quieren. No le caigo bien a nadie, es más, me tienen miedo. Como si fuera una villana.

– De eso hablo, hasta yo sentía miedo de ir a verte por si me encontrabas una carie. Si tuvieras que elegir un poder, siendo villana. ¿Cuál sería?

Entonces, Catalina recordó una película que había visto hacía muy poco.

– Invisible.

– ¿Invisible? El peor de todos.

– No. No... creo que es el mejor. Imaginate por un segundo ser invisible y pasar desapercibido entre millones de personas, que nadie se dé vuelta a mirarte, que nadie quiera hablarte y...

– ¿Te gusta estar sola, Catu?

Catalina suspiró, le gustaba estar sola porque era lo que había aprendido durante toda su vida. Lo complicado era sentirse más sola que nunca cuando lo que más quería era eso.

– Un poco.

– Y por eso te compraste un gato.

– ¡No! Pepito era de la calle. Lo encontré en una cajita y estaba tan solito que... fue amor a primera vista. Me chupó la mano con esa lengua rasposa y me miró con esos ojitos tan amarillos...

– Como los tuyos, son verdes hasta el punto de tornarse amarillos.

– Puede ser. ¿Qué te importa en esta vida, Agustín?

Él ni siquiera lo dudó.

– Me importa mi familia. Me importa vivir mi vida porque cada persona en este mundo vive la suya y a nadie le importa nada. Entonces, me dedico a mi abuela, una viejita de ochenta y nueve años que amo con mi alma y está tan mal que... ni siquiera habla. Eso me importa.

Catalina sonrió y quiso decir que lo sentía, pero las palabras no salieron de su boca.

Eran tan diferentes y a la vez tan parecidos. Agustín, pese a sus responsabilidades y preocupaciones seguía siendo un adolescente en cuerpo de adulto. En cambio, Catalina tenía una mentalidad de mujer mayor en cuerpo de chica, tuvo que madurar a la fuerza y bajo órdenes estrictas. Cuanto más la protegían de los males que había en el mundo, metiéndole en la cabeza que tenía que crecer, ser reconocida por una profesión, alguien importante... y eso, ¿para qué? ¿Para estar sola? ¿Para no tener una familia? ¿Para querer olvidarlos a tal punto de tenerlos vivos pero odiarlos?

Y sí, sus abuelos otra vez trataban de separarla de las personas convirtiéndola en dentista, una profesión que es odiada de por vida.

Trató de olvidar, escuchando a Agustín que por dos horas le habló de su familia compuesta por nueve hermanos. Le contó que estaba en medio de un caso muy importante, el cual trataba del secuestro de una chica de quince años que había sido encontrada en un campo de Almirante Brown, violada, golpeada y asfixiada.

Y cuando su grupo de *WhastApp* comenzó a sonar, avisándole que tenía que juntarse con sus amigas, le dijo:

- Tengo que irme, mis amigas me están esperando.
- Mmmm, primero las amigas. Bien, me gusta eso. Nunca hay que dejar de lado a las amistades cuando empezás a salir con un chico.

Catalina sonrió y sus mejillas se sonrojaron. ¿Ellos estaban saliendo? ¿Desde cuándo?

- No estamos saliendo.
- Oh, sí. Ya vas a ver. Cuando queramos darnos cuenta, te estoy pidiendo que seas mi novia.

Catalina volvió a sonreír por la sinceridad de él. ¿O estaba mintiendo? Por favor, ¿qué chico le diría algo así a una persona que ve por segunda vez?

- No sé si esto... Agus... yo...
- Creeme, Catu, cuando me propongo algo no paro hasta conseguirlo y resulta que vos... me gustás mucho y puedo esperar. Sé esperar y creo que el tiempo va a valer la pena. Lo sé.

Su mirada de ojos oscuros le penetraba hasta el alma y más allá.

- Vos también me gustás, Agustín.
- Lo sé. De verdad, sé que te gusto.

Catalina largó una carcajada tan aniñada que Agustín la quiso por eso. La quería para él, sin dudas. Y cuando ella se puso de pie, él la imitó y sin dudarle, encorvó su cuerpo para estar a la altura y tomándola del rostro, apoyó a penas sus labios en la boca de Catalina, inmediatamente cerraron sus ojos porque las cosquillas que sintieron, una fuerza tan poderosa parecida a un choque electricidad, no dejaba que se separen.

- ¿Siempre es así?– susurró Catalina, aún pegada a sus labios.
- No, nunca, creeme.

Entonces, como Agustín acababa de corroborar que el sentimiento era mutuo, abrió más sus labios y comenzó a besarla como llevaba dos días queriendo hacerlo. La suavidad, la dulzura, la inocencia y la bondad que desprendía Catalina lo enamoró más. Y cuando sus bocas se abrieron para darle permiso a sus lenguas, Pepito comenzó a maullar.

Catalina, sonrojada y tímida, logró separarse y sin mirarlo, caminó hacia afuera. Agustín la observó mientras se alejaba, sorprendido porque nunca

había sentido algo así por alguien... era solo un beso, un simple beso. Pero no, era algo más. Era amor, la fuerza más poderosa, el sentimiento más noble y transparente, imposible de disimular.

Nada podía complicarse entre ellos, ¿o sí? Es que todo había sido tan sincero, rápido y simple desde el principio, así debía ser el amor. Pero, cuando Agustín conociera la verdadera Catalina, esa que llevaba muy escondida en el fondo de su corazón, iban a tener dos opciones: dejar todo atrás o jugársela por amor.

Necesitaban una buena dosis de amistad, hablar, escuchar y observarse hasta cansarse. Se necesitaban. Catalina las esperó en su casa y cuando se vieron, se abrazaron las tres al mismo tiempo, como un equipo. Un buen equipo, el mejor de todos. Pilar fue la encargada de abrir las botellitas de cerveza, Malena repartió las papas fritas y los palitos en platos, y Catalina cortó el jamón, queso y salame. Ahora sí, ya podían empezar.

- ¿Vas a contarnos qué te pasó en la pera?
- Ay, no solo en la pera. Mis codos y mis rodillas también se hicieron daño, pero todo valió la pena. Me llevé puesto al arquero de River mientras patinaba por Palermo.
- ¡Ay, no! ¿Él se hizo algo?— preguntó Pilar, muerta de intriga.
- No, peeeero me curó las heridas.
- ¿Las del corazón?— esta vez, había sido Catalina.
- Ya quisieras... no, las raspaduras. Y después fuimos a merendar y por poco nos metemos adentro del baño a tomar un café. Pensé que no querían que lo vean conmigo, pero el caso es que me confesó que quería distraerse.
- ¿De qué se quiere distraer un tipo con tanta plata?— cuestionó Pilar.
- De la vida, del fútbol, de su ex mujer, qué sé yo. El caso es que se sacó una foto conmigo y la subió a su *Instagram*. Escribió algo como que yo lo había atropellado y que lo invité a tomar un café y no pudo decir que no. Y preguntó si por eso debía de darme un beso.
- ¡No!— gritaron Pilar y Catalina al mismo tiempo.
- Sí... obvio que no nos besamos, pero cuando le pregunté si era gay me dijo que le gustaban las personas, pero prefería una mujer.

Entonces, saqué a mi loca de adentro y le pregunté: qué pasaba si no le daban a elegir, si...

- ¡No!- volvieron a gritar.
- Sí, resulta que él me dijo: “Sí, ni siquiera lo dudaría. Y que Dios me perdone, pero te haría tantas cosas, *Malena atropellada*”.
- ¡No!
- ¡Sí!
- ¡No!
- ¡Que sí, pesadas!- Malena carcajeó de risa por las caras de sus amigas.

Sí, ella todavía no podía creerlo.

- ¿Y entonces?
- Y nada... terminamos de merendar, y nos despedimos... cada uno se subió a su auto y chau.
- ¿Chau?
- ¿Cómo que chau?
- Sí... no nos pedimos el teléfono ni nada...
- ¿No le pediste su teléfono?
- ¡No! Iba a quedar súper rápida.
- Pero, Male, él ya dio su paso, ahora era tu turno.
- No... no, si él hubiera querido mi número, lo hubiese pedido. No es tímido, ni ahí.
- Male, tenés que hablarle a su *Instagram*.

Tal vez... otro día.

- Puede ser, voy a pensarlo.
- ¿Le mostraste la foto a tu papá?
- Sí, casi se muere. Me dijo que lo invite a comer. Ya quiere que sea mi novio. Pobre, justo Bautista Olmedo va a meterse con una mujer como yo...
- ¿Qué tipo de mujer sos?- preguntó Catalina, un poco confundida.
- No terminé mi carrera, no trabajo, lavo la ropa de mi papá, de su mujer y de su hija... limpio la casa, patino, corro, voy al gimnasio,

exprimo la tarjeta de crédito de mi viejo... nadie quiere meterse con una chica así.

Pilar estaba escuchando, no, de verdad, estaba escuchando cada palabra que su amiga decía. Entonces, le dijo:

– Pero, Male, uno no anda por la vida buscando de quién enamorarse, mirando su currículum y poniendo en una balanza sus triunfos y derrotas, se enamora y ya...

– ¿Vos me estás hablando de amor? ¿Qué te pasa?

Oh, la habían descubierto.

– Nada...

– No, no. ¿Qué te pasa?– volvió a preguntar Malena.

– Nada... es solo que... no sé. A veces la vida puede sorprendernos para bien o para mal, y sin darnos cuenta, esa persona que tal vez amamos nos termina defraudando y humillando, y encontramos lo que queremos en otra persona.

– ¿Estás hablando de Diego?

– ¡No, mujer! No... estoy hablando de Pablo, mi jefe. Resulta que... bueno, tal vez no necesito ganar más dinero para llegar a lo que quiero.

Catalina y Malena cruzaron una mirada de sorpresa, porque sabían muy bien de qué estaba hablando Pilar.

– Ah, ¿no?

– No... tal vez, Pablo va a darme lo que siempre quise, pero voy a tener que compartirlo.

– ¿Compartirlo con quién?

– Con Pablo.

– ¡Stop!– gritó Malena, entendiendo muy poco–: no comprendo... es decir, llevás toda tu vida juntando plata para viajar a Miami y comprar espermatozoides del color que quieras y ahora...

– Ahora es diferente... Pablo quiere tener otro hijo...

– ¿Otro hijo?

Dios, que noche larga iban a tener.

– Tuvo una nena que falleció a los dos años y él solo quería que su

ex vuelva para poder formar una familia... el solo quiere otro hijo...

– ¿Para reemplazar al anterior?– preguntó Malena y Pilar y Catalina la miraron con desprecio–: perdón. Estoy mezclando mi vida con la de tu jefe, perdón.

– Male, a vos nadie te reemplazó.

– Lo que sea... seguí.

Pilar miró de reojo a Catalina, quien le hizo una seña para que continúe.

– Pablo solo quiere otro hijo porque supongo que ama ser padre y es su sueño, tener otro... no podemos juzgarlo, chicas, por favor. Cada uno se maneja en esta vida como quiere y él está en todo su derecho... entonces, es ahora cuando entro yo en escena y le digo que no voy a casarme con él, pero sí vamos a tener un bebé.

– ¿Y vos le dijiste que tu plan de vida es ser mamá soltera?

– Era... era mi plan. Ya no... ¿cuántas veces nos topamos con personas que quieren lo mismo que nosotros? Ya chicas, me inyectan sus espermias y listo, quedo embarazada. Yo feliz, Pablo feliz, ustedes felices porque son tías...

– Pili, no creo que todo sea tan fácil... ¿y qué hay con la relación que va a crecer entre ustedes una vez que sean padres?

– Pero él no quiere una mujer y yo tampoco un esposo...

– ¿Lo sabe? ¿Sabe lo que vos querés? ¿Está enterado que le pediste más plata para poder quedar embarazada?

- No... no... no sé si decírselo.
- Pili, es tu sueño. Ser madre es tu sueño desde que sos muy chiquita... todo lo que querés en la vida es ser mamá y vas a lograrlo por él. Todas las preguntas sin respuestas que tenías hasta hace una semana ya están resueltas gracias a él. Lo mínimo que deberías hacer es hablar...

Pilar miró a Malena y le dio la razón. Sí, debía ser sincera con Pablo y contarle toda su verdad. Debía confesarle que toda su vida había querido ser mamá soltera para no tener que esperar al amor, porque sabía que nunca iba a llegar. El amor más puro e incondicional era el de un hijo, solo eso... y cuando lo mirara a los ojos por primera vez iba a decirle que toda su vida lo había estado esperando. Al bebé, no a Pablo.

- Es verdad, voy a contárselo. Necesito tiempo para ver cómo puedo hacerlo y... bien, ya voy a tramar algo. Gracias.
- Conocí a un chico.- Catalina se tapó el rostro con ambas manos, para ocultar su sonrisa.
- ¡¿Cuándo?!- gritó Malena-. Pero, ¿qué pasó? ¿Las tres conocimos a un hombre el mismo día? ¿Puede ser posible?

Catalina se quitó las manos y sonrió más cuando vio la sorpresa en el rostro de sus amigas.

- ¿Se acuerdan el bombero?
- ¿El grandote que nos mostraste una vez?
- ¡Sí! Ese mismo... bueno, llamé a los bomberos para que me bajen a Pepito del árbol y vino él...
- ¡No puede ser! ¿Llamaste a los bomberos, hombres ocupados que están al servicio de las personas y atentos a los incendios? Que salvan vidas y...
- ¡Lo sé, Pili! Lo sé... pero él no se enojó y bajó a Pepito, y Cupido al final dejó de tirar flechas para todos lados y me dio a mí... lo conocí y él... parece que le gusto mucho y nos besamos.
- ¿Le dijiste que sos virgen? ¿Le dijiste que tenés veintisiete años y sos virgen?

Catalina se puso seria y perdió color.

- Le dije que soy diferente.

– Es lo mismo que le hayas admitido que te gusta el color blanco.

¿Por qué le estaba hablando así?

– Pensé que eso no era tan importante... es decir, vamos, Male... estoy dejando esto para alguien especial, alguien a quien ame y me quiera de verdad.

– Cati, no solo es eso... estoy hablando de todo... de tu mecanismo de defensa, de tu pasado, de tus miedos, fantasmas... creo que deberías, antes de empezar algo...

– Voy a asustarlo, Male. No quiero eso...

– Catalina.– Pilar le tomó la mano y habló–: no es asustarlo, es ser sincera. Contarle que cuando te ponés nerviosa te encerrás en un armario porque eso hacían tus abuelos con vos... contarle que te cuesta tomar confianza con las personas, que nunca hablas de vos, que desconfiás todo el tiempo de lo que te rodea... admitirle que tus abuelos...

– Lo sé. Lo sé... es solo que... ustedes dos saben toda la verdad, no podría contarle a alguien más todo eso.

Pilar y Malena se acercaron a Catalina y la abrazaron para que no salga corriendo y se encierre en su armario, el cual estaba solo en una habitación de su casa con el único fin de guardarse ahí y pasar el tiempo que sea necesario hasta tranquilizarse.

Como dije antes, Catalina tuvo una infancia terriblemente triste y aterradora. Sus abuelos, personas mayores que no sabían controlar los ataques de ira de su propia nieta, la encerraban en un armario durante horas, hasta que se quedaba dormida cansaba de llorar, de vomitar. No le dieron la ventaja de ser tratada por un especialista y ayudarla... le decían que tenía que encerrarse en su propia burbuja porque el mundo estaba inundado de males y atrocidades que ella tenía que soportar. Le dijeron que debía estudiar una carrera que le permitiría brindar poder... lo que Catalina no sabía en ese entonces, era que eligiendo ser dentista iba a seguir siendo odiada por todos, tal cual le había dicho Agustín esa tarde. Tal vez, sus abuelos la odiaban.

Entonces, cuando pudo independizarse de ellos, cuando se ponía nerviosa, cuando no podía controlar sus emociones, cuando se sentía perdida y abatida, cuando no sabía para dónde ir, se encerraba. Buscaba un armario y al ser chiquita, entraba sin problemas. Cuando no conseguía uno, se metía dentro de

una bañadera para poder soportar el mal que la rodeaba. Y que no era tal mal, sino que era lo que sus abuelos le habían hecho conocer... eran batallas, guerras, hambrunas que nunca pudo ganar.

Creía en el amor por sus amigas, ellas decían que era la fuerza más poderosa del mundo, el sentimiento más noble y transparente, incapaz de disimular. Pilar y Malena le habían enseñado a creer en las buenas personas, esas que marcan el destino; a no aferrarse a lo que le hacía daño solo porque a veces la hacía sonreír; a regalar su piel a quien quería cuidar su alma; y que la amistad y el cariño, a veces es recíproco.

Así eran ellas: ciegas ante las tentaciones; sordas ante las críticas y mudas hasta que el resultado hable por sí solo. Ciegas, sordas y mudas.

Capítulo 7

Había pasado una semana del encuentro que había tenido con Bautista Olmedo y su papá, todos los días cuando la veía, le decía que consiga una forma de comunicarse con él para invitarlo a cenar. Se había puesto muy pesado, demasiado en realidad. Y Malena sentía vergüenza, porque suponía que el famoso arquero ni siquiera se acordaría de ella y no tenía el valor para enfrentar a su papá y... abrió su *Instagram* y lo buscó. Era su cuenta verdadera, entonces pulsó la opción para enviarle un mensaje privado... no, no. No iba a hacer eso. En cambio, eligió comentar la foto que él había subido junto a ella y escribir: **¿Y? ¿Vas a darme un beso o no?**

¡Listo! Lo había hecho. Solo esperaba que él lea los miles de mensajes que las personas le dejaban. Mientras esperaba, se entretuvo mirando lo que sus seguidores habían respondido y murió de risa porque los comentarios de mujeres eran más negativos y agresivos. Entonces, comenzó a observar las fotos y le sorprendió que en ninguna apareciera Cudo, su compañero del club, ¿estarían enojados? Se enterneció cuando vio fotos de Bautista con su hijo, llamado Pedro; los dos sacando músculos, o tomando una Coca Cola, mirando la televisión, preparando comida, paseando... oh, no, a ella no le gustaban los nenes, ¿por qué le parecía tan lindo y *papichurro*? ¡¿Papichurro?! ¿Qué le pasaba?

Bloqueó su teléfono y bajó del auto para esperar a la Pitusa en la puerta del jardín. Las puertas se abrieron y la nena comenzó a correr hacia ella, que la agarró en brazos y la subió a su cadera.

- Ay, Pitusa, ya no sos tan livianita como antes.
- Me estás haciendo *bullying*.

- ¿Eh? No, no... solo quiero decir que ya sos grande, Pitusa. No sos más esa bebida que se pasaba todo el día a upa mío. ¿Cómo te fue en el jardín? ¿Qué te dijeron de la bandera que hicimos?
- Aaaaah, a la señorita le encantó. Creo que fue la mejor de mi grupo.
- Bien, punto para nosotros.
- Sí, porque somos una *familia*, Male.
- Sí, Bianca, lo sé...
- No me digas Bianca, parece que estás enojada conmigo.
- Bueno, Pitusa, ya sé que somos una familia.
- ¿Extrañas a tu mamá?— preguntó la nena, mientras se ubicó en el asiento a su lado.
- ¿Vos extrañarías a Vanesa si ya no está?

Dios, que bruta era.

- Sí, claro, la extrañaría, pero no estaría sola porque estás vos, Male.

Malena miró hacia su derecha, mientras se enganchaba el cinturón de seguridad. La Pitusa era tan inteligente que a veces se sorprendía. Y sí, tenía conversaciones muy maduras con una nena de casi cinco años.

- Buen punto...
- A pesar de que estoy yo en tu vida, ¿también la extrañas?
- Claro, es mi mamá. Lo fue toda la vida... imaginate pasar con ella veintitrés años y un día ya no tenerla.
- ¿Tu mamá dormía con vos como mi mamá hace conmigo?

Malena encendió el auto y puso primera.

- Sí... sabés que yo me dormía solo cuando ella me contaba historias, cuentos... después, cuando ya no pudo hablar más, me quedaba dormida mientras me abrazaba... y cuando ya no pudo abrazarme más, empecé a tomar pastillas para poder dormir.
- Ay, Male, eso es adictivo. ¿Seguís tomando pastillas para dormir?

No debía de tratar a la Pitusa como si fuera una amiga. Por favor, ¡tenía cinco años!

- Sí, sigo tomando pastillas.
- ¡Ya sé! ¿Y si dormimos juntas?

- No, Pitusa. No... yo duermo sola.
- Pero, tal vez así podés dejar de tomar pastillas.

Podía ser una opción... no, no, Dios, no.

- No, Pitu, gracias, pero no.

Llegaron a la casa y enseguida escucharon a su papá hablar desde el estudio. Salió a recibirlas, abrazándolas y pegándolas contra su cuerpo, como solía hacer todas las tardes.

- Mis chiquitas. ¿Cómo están?
- Bien, pá.
- Le dije a Malena para dormir juntas así no toma más pastillas, pero dijo que no.

José miró a Malena y luego a Bianca.

- Yo también traté de hacer eso, pero fallé. Male habla dormida y grita... se tira pedos como un oso... ronca como un león y...- José exageraba el tono de su voz para convencer a Bianca.

Entonces, Malena empezó a reír.

- Ay, papi, parezco un ogro.
- ¡Sí! Eso es... cuando la noche cae, ¡se convierte en Fiona!- volvió a gritar su papá.
- ¡Noooo! Hay que conseguir un Shrek.- sentenció la Pitusa.
- Bien. Hablando de eso, ¿te contestó?
- Ay, papi, no... recién le acabo de hablar, así que...
- Imprimí la foto y la puse en mi escritorio. Una para mi oficina y otra para casa.

Malena volvió a sonreír y mordió sus labios.

- Bien, Pitusa, a merendar. ¡Vamos!

Las dos caminaron hasta la cocina y Malena empezó a batir la leche con chocolate, hizo tostadas y cuando estaba por ponerle mermelada, entró Vanesa.

- Mmmmm, que rico huele. Que rico, Male.
- Hola, Vane.
- ¿Cómo les fue en su día?

- Bien, como siempre.
- A mí me fue reeeee bien, me divertí muchísimo.

Hasta parecía que la Pitusa tenía más vida social que Malena.

- ¡Que bueno! ¿Noticias de Bautista Olmedo?

Ya era el colmo. ¡Basta!

- No... cortemos con la esperanza de que conteste porque...

Entonces, su teléfono sonó, y era el sonido de *Instagram*. Bautista Olmedo le había marcado su comentario con un corazón. ¡Lo había leído! La bandeja de mensajes privados marcaba uno sin leer. Lo abrió y leyó: **Hola, Malena atropellada. Estaba esperando que te dignes a aparecer. ¿Una semana? Tardaste una semana en enviarme un mensaje. ¿Atropellaste al arquero de Boca y te gustó más?**

- ¡Contestó!- gritó Malena, luego de leer el mensaje más de cinco veces.

Vanesa se ubicó a su lado y comenzó a leer.

- Ay, Male, contestale que venga a cenar a casa. Dale.

Cuando escuchó a Vanesa, cayó en la realidad de que... Malena nunca le contaba nada, ¿por qué tuvo la torpeza de gritar delante de ella? ¿Por emoción? ¡Oh, por favor, era el arquero de River!

Vamos, Malena, solo tenías que abrir un poco los ojos y ver que Vanesa no quería hacer otra cosa que caerte bien desde que te conoció.

- Yo... no sé si...
- ¿Te contestó?- preguntó su papá.

Se dio vuelta y lo vio tan sonriente y contento...

- Sí, ¿qué le digo?
- Que venga a cenar, claro.

Sí, la verdad es que lo atropellé a él también, pero si me dan la posibilidad de volver a verte o cenar con él, prefiero lo primero. ¿Querés venir a cenar a mi casa con mi familia?

Cerró los ojos cuando vio que él había leído su mensaje.

¿De verdad?

Lo juro.

¿No van a secuestrarme?

**No, excepto que quieras
que lo haga.**

**Ja, ja, ja, ja. ¿Lo harías
si te lo pido?
¡¿De qué estamos hablando,
Malena atropellada?!**

**Con vos nunca se sabe.
¿Te soy sincera?**

¡POR FAVOR!

**Mi papá es muy, muy,
muy, muy, muy, muy, muy
fanático tuyo. Y desde que vio
la foto no para de pedirme
que te invite a cenar. Ésa
es mi verdad.**

**¿Y qué gano yo con
todo esto?**

Podemos discutirlo.

**Ay, Malena atropellada...
No tenés idea con quién
estás hablando.**

**Creo que puedo hacerme
un poco la idea... ¿sos el arquero
de River, no?**

**Ja, ja, ja, ja.
Ya quisieras que no.
Bien. Decile a tu papá
que llevo el vino. Y vos...**

Y yo, ¿qué?

**Después lo discutimos.
Pasame la dirección.**

Un beso, Malena atropellada.

Estoy muy ansioso por verte.

MUY ANSIOSO.

Malena no podía creerlo. Bautista Olmedo iba a ir a cenar a su casa y estaba ansioso por verla. En realidad estaba muy ansioso y era el arquero de River y había dicho que sí.

– Dijo que sí.– susurró y subió la mirada para encontrarse con su papá.

José estaba... eufórico. El arquero de River iba a ir a cenar a su casa.

– Voy a comprar el mejor asado del mundo, los chinchulines, los chorizos, la morcilla, el carbón... ¡las ensaladas!

– Dijo que trae el vino...

– ¡Claro! El vino... Dios, ¡viene Bautista Olmedo! Bautista Olmedo... Vanesa, ¿mi camiseta está limpia? Que Bianca también se ponga el equipo...

Entonces, Malena miró a Vanesa y sonrieron.

– Lo perdimos.– susurró su madrastra, con una mirada pícaro y de agradecimiento.

– Creo que sí.

Tres horas después, Malena estaba preparada para recibir a su invitado. Había elegido una remera blanca, un jean azul oscuro y unas zapatillas de varios colores que amaba. Sí, estaba sencilla porque ella era así, a pesar de la fortuna de su padre, nunca llamaba la atención ni ostentaba lo que poseía. Y además, José le había dicho que estaba preciosa.

Cuando el timbre sonó, todos se quedaron parados en el comedor y Malena corrió hacia el portón para poder abrir con rapidez. Entonces, una camioneta marca Audi en color blanca comenzó a avanzar por las huellas del garaje y se estacionó detrás del BMW negro de José. La puerta se abrió, Malena juntó aire y Bautista bajó con una bolsa en su mano y una sonrisa en su rostro que podría haber enamorado a la Reina de España.

– *Malena atropellada.*– dijo, mientras se acercaba a ella y sonreía con picardía.

Carajo, no recordaba que era tan lindo. Lo miró de arriba abajo y tuvo que volver a respirar, porque vestido de negro era más hermoso que cuando corría sin remera.

– Hola.– susurró y sonrió.

Acercaron sus mejillas y se dieron un beso en el aire, saludándose.

– No puedo creer que ni siquiera te besé y ya quieras presentarme a tu familia. ¿No vamos muy rápido, *Malena atropellada*?

Entonces, riendo, decidió hacerle una broma.

– Pero yo no me quedo a cenar, vos vas a estar solo con mi papá.

– Mentira.– la cara de Bautista perdió color.

– No, de verdad.

– No, *Malena atropellada*. – colocó sus manos en la cintura pequeña de Malena y apretó.– No me mientas. Por favor.

– Pero, yo fui muy clara, te pregunté si querías cenar con mi familia en mi casa.

– Malena... no juegues así.

– No estoy jugando.

Y cuando vio que Bautista se ponía serio, tiró la cabeza hacia atrás y comenzó a reír con fuerza. ¡Vamos! Era el arquero de River, Bautista Olmedo estaba en su casa y ella le había hecho una broma.

– Mala, mala, mala.

– Perdón...– carcajeó de risa, pero dejó de hacerlo cuando sintió los dedos de Bautista meterse bajo su pelo, clavarse en su nuca...– Bautista.

– ¿Qué?

– No sé...

Los dos rieron y cuando Bautista quiso acercarse a Malena para besarla en sus labios, la puerta de entrada se abrió y la soltó. Se rascó la panza, observando al hombre que estaba delante de él, vestido con un short de fútbol negro, botines, medias por encima de la rodilla y la camiseta que usaba él en los partidos. Carajo, sí que era fanático.

– Bautista, él es mi papá José... pá, él es Bautista Olmedo. ¡El arquero de River!– gritó y eso hizo reír a Bautista.

Entonces, José se limpió las lágrimas que tenía en sus ojos y corrió a su encuentro.

– Perdón, tuve que avisarte que iba a llorar.

Se escuchó la risa de Bautista que fue interrumpida por un grito de José, mientras lo alzaba y apretaba contra su cuerpo, contento y feliz por tener a su ídolo en casa.

– Bautista, que honor.– se arrodilló frente a él y besó sus manos–. Es un placer que vengas a mi humilde casa.

¿Humilde casa? Pensó Bautista, humilde era su casa en medio de la Villa 31 cuando era chiquito.

– Por favor, José, póngase de pie. Por favor.

– Te dije que era muy, muy, muy, muy, muy fanático.

– ¡Te hice un asado! Un chinchu que te vas a chupar los dedos. Vení, vamos adentro.

Y ese fue el momento en el cual Malena perdió a Bautista.

José le presentó a Vanesa y luego a Bianca. Malena vio el momento justo cuando Bautista se arrodilló en el piso frente a su hermanastra y le dijo:

– Hola, preciosa. Me hablaron mucho de vos.

Vanesa miro a Malena y le sonrió, seguramente porque habrá pensando que verdaderamente Malena le había hablado de su media hermana. ¿Bautista lo hizo a propósito?

Y como vio que su papá lo llevaba hacia el fondo junto a la parrilla, decidió escribirles a sus amigas: **Bautista Olmedo está en casa. Mi papá se puso todo el equipo. ¡Que vergüenza! LAS AMO.**

Bloqueó la pantalla de su iPhone 7 y condimentó las ensaladas. Cuando se dio vuelta, para ponerlas encima de la mesa, encontró a Bautista observándole el culo, inmediatamente subió sus ojos al rostro de Malena y sonrió.

– ¿Qué estabas haciendo?

– Observando.

– Ah, ¿sí? ¿Y te gustó lo que viste?

Bautista miró hacia todos lados y luego volvió a sonreír, rascándose la panza.

- Mucho.
- No tenés idea con quién estás hablando.

Otra vez volvió a sonreír porque tenía una leve sospecha. Malena iba a sorprenderlo, estaba seguro.

- Malena, creo que los dos sabemos cómo va a terminar todo esto, ¿no?
- ¿Por qué estás tan seguro?
- ¡Vas a chuparte los dedos, Bauti!

Entonces, Malena y Bautista sonrieron pícaramente como si de verdad querrían chuparse los dedos.

- ¿Bauti?– preguntó Malena.
- José es mi amigo.
- ¡¿Lo soy?! Ay, Bauti. ¿De verdad?– preguntó José y se le llenaron los ojos de lágrimas por segunda vez.
- Si seguís moqueando como un maricón, me voy.

Malena, José y Vanesa se rieron por la amenaza de Bautista.

- Está bien, pero sos mi amigo.

Ay, que pesado era. Pobre Bautista, decía adentro Malena, ¿cómo se le ocurrió traerlo a su casa? Si él llegaba a bloquearla no solo de *Instagram*, sino que de su vida, iba a entenderlo.

Se sentaron a la mesa y la charla comenzó a fluir de una manera tan extraña, que no solo Malena era la sorprendida. Fue ahí cuando se dio cuenta que Bautista no era un tipo creído, sino que era humilde, sincero y hasta un poco tímido. Su papá ya había dejado de lado los papelones y el fútbol, ahora hablaban de comidas, de viajes por el mundo y de autos. Y cuando Bautista contó que tenía un hijo, ya todos lo sabían y eso lo hizo sentir bien... se dio cuenta que era una familia adinerada y que no lo habían invitado por la plata o para sacar tajada. Al contrario, José era un hombre culto, inteligente, derecho y gracioso y... la estaba pasando bien, muy bien. Por un rato olvidó quién era, qué hacía, qué lo preocupaba y disfrutó, se distrajo. Eso hizo con Malena desde un principio, ella tenía el poder de distraerlo de todo.

El asado había estado increíble y no paraba de elogiar al parrillero, hasta lo aplaudió tres veces. José se contuvo de llorar porque creía que de verdad iba a irse.

Cuando terminaron el postre y tomaron café, afuera se escucharon las caídas de los rayos y el tronar de las nubes, las luces de los relámpagos iluminaron el comedor y una lluvia torrencial comenzó a caer. La calle enseguida se inundó y José no quería que Bautista se vaya a esa hora y más con el agua que caía.

- Podés quedarte a dormir, hay una habitación para invitados, Bauti.
- José, por favor, me da vergüenza. Puedo dormir en el sillón y cuando deje de llover...
- No, no... por favor, no. Male, llevalo a la habitación. Seguramente está cansado y quiera dormir.
- Bueno, gracias, José. Gracias, Vane, estuvo increíble y me hicieron sentir de diez. La verdad es que... hacía rato no la pasaba tan bien.

Malena miró a José.

- Papá, no llores.
- No, no... cómo... no... por favor, Bauti, ésta es tu casa, amigo.

Bautista tiró la cabeza hacia atrás y carcajeó de risa.

- Gracias.

La verdad era que sí estaba cansado porque había entrenado todo el día y no veía la hora de apoyar la cabeza en la almohada y dormir. Había aceptado ir a cenar solo porque iba a volver a verla y la cosa es que se llevó una grata sorpresa al encontrarse con una familia tan abierta y simpática. Y el hecho de que Malena se llevara muy bien con su papá, después de la pérdida de su mamá, con madrastra y media hermana, empezó a querer entenderla un poco mejor. ¿Por qué era tan seca con Vanesa?

- La cama está hecha... ¿quierés ropa de cama?— preguntó Malena, cerrando las ventanas.
- Duermo desnudo.
- Ah... bueno... tené cuidado, a ver si entra mi papá y... no sé.

Bautista volvió a reír con ganas y Malena también.

- Male.— Malena se dio vuelta cuando lo escuchó decir su diminutivo, era la primera vez que la llamaba así—: de verdad, la pasé muy bien. Muy bien.
- Me alegro. Te veías contento, más contento que el otro día cuando merendamos. ¿Es por mi papá?

– Malena, ojo lo que vas a decir.

Entonces, Malena se dio cuenta de que su chiste tal vez lo había incomodado, pero no lo había hecho a propósito. Dios, en menos de dos minutos lo bromeó dos veces.

– Perdón, no, no. No, Bautista, no... no lo hice con maldad.

– Lo sé.

Bautista estiró su brazo y agarrando la mano de Malena, la empujó sobre la cama y se tiró arriba de ella. En un segundo, le subió los brazos por encima de su cabeza y la aprisionó con su cuerpo.

Malena lo miraba directo a sus ojos marrones y las sonrisas que comenzaron a dibujarse en los labios de ambos, dio a conocer el siguiente paso. Bautista acercó su rostro al de ella y abriendo sus labios, la besó.

El primer beso.

Todo se convirtió en labios, chupones, mordiscos, jadeos, y Malena ya no sabía ni cómo se llamaba porque la humedad de esos labios y la suavidad de esa lengua, la transportaron. Y cuando sintió una mano de él meterse bajo su remera y apretar su piel, gimió contra su boca muerta de deseo. Ya no le importaba su papá, solo quería sentir a Bautista.

Con manos temblorosas trató de quitarle la remera y él se puso de pie, ella lo imitó, pero cuando vio que él se la quitó, puso sus manos en el pecho de Bautista y lo empujó contra la pared, desesperada y hambrienta.

Wow, sí que iba a sorprenderlo. Pero siempre lo supo, siempre imaginó que Malena iba a ser una perra en la cama.

Bautista le quitó la remera blanca, desabrochó el corpiño y bajó, al mismo momento en que ella trataba de desabrochar los botones de sus jeans. Cuando se dieron cuenta, era Malena quien estaba apoyada contra la pared y él trataba de empujarla más, desnudos. Completamente desnudos y hambrientos.

Malena sintió la mano de Bautista en su vagina, que acariciaba su clítoris con brusquedad y dos dedos que se metían y volvían a salir rápidamente. Entonces, llevó su mano hacia el miembro de Bautista e indicándole el camino hizo que la penetrara.

Él fue más rápido que ella, porque logró amortiguar el grito de Malena con su mano, tapándole los labios y ubicando su boca en el oído de Malena.

– Ay, Malena... tenía tantas ganas de cogerte.

Comenzó a embestirla como un campeón. Sí, Bautista no solo era un campeón en la cancha, también en la cama. En su defecto, contra la pared.

La tomó de las piernas y sin soltarla, cayeron sobre la cama, donde siguió moviéndose sobre ella como llevaba una semana queriendo hacer porque Malena no se había ido de su cabeza en esos siete días.

Malena estaba desorbitada. Se sentía llena, completa y por fin alguien estaba borrando su última vez con Diego... fue ahí cuando se dio cuenta de que Bautista no solo había curado las heridas de su piel, sino como había dicho Pilar, también las de su corazón. La había levantado del piso por segunda vez, la primera en el accidente y la segunda en el sexo. Y la tercera, con el orgasmo.

Encorvó su espalda y tirando la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo Bautista tocaba su clítoris se dejó ir. Cuando el torbellino de placer terminó, dijo con la boca seca:

– Podés terminar, me estoy cuidando.

Solo hizo falta que Malena diga eso para que Bautista cierre los ojos y termine dentro de ella. Sintió cómo sus testículos se tensaron, la cabeza de su pene latió y toda la sangre de su cuerpo se concentró en su miembro.

– Aaah, sí.

Dos embestidas más cortas y profundas y cayó rendido sobre el cuerpo cansado de Malena.

Estaban en la cama, Bautista la tenía aferrada a él como si nunca más quisiera soltarla. ¿Qué le estaba pasando?

– ¿Male?

– Estoy despierta.

Bautista sonrió en la oscuridad.

– ¿Sabés por qué vine?

– Porque soy irresistible.

Malena lo escuchó reír en voz baja y su pecho, el cual estaba acariciando hacía unos minutos, tembló con el eco de la risa.

– Sí, sos irresistible, *Malena atropellada*. Pero, el caso es que no sabía si venir... ¿en papel de qué?

- De amigo.
- No hablo de eso, Malena. No podés decirme amigo con tus antecedentes. Prefiero que me digas que soy tu macho...

Malena rió en voz baja y le pegó en el estómago.

- Bien, mi macho.
- Es solo un chiste. Pero, ¿seguís enamorada de tu amigo?
- ¿Y esto?— Malena se sentó sobre la cama y lo miró.

Por la ventana entraba la luz que provenía de los faroles de la calle y le dejaba ver el rostro de Bautista, su pecho y sus piernas, su cuerpo desnudo.

- Solo quiero saber qué pasa si él vuelve.
- Que vuelva, porque no va a encontrar nada. Cuando digo basta, es basta.
- Malena.— Bautista se sentó frente a ella—. Ya pasé por esto... a ver, no quiero que me malinterpretes, no quiero que pienses que tenés un compromiso conmigo... no soy el tipo de hombre que anda cogiendo por ahí.... No. Si lo hago es porque lo siento y desde que te conocí, quise tenerte así. Con mi ex ya pasé por algo parecido y ella dijo que me amaba, que no iba a volver con él porque yo la hacía feliz. Me engañó de todas las maneras posibles y no me gustaría quererte y...
- ¿Tenés miedo?
- Sí. Tengo miedo de quererte y que tu amigo vuelva y...
- ¿Tenés miedo que te engañe?
- No confío... no...
- No entiendo por qué tu ex te hizo algo así...
- Yo tampoco.— Bautista mordió sus labios porque hablar de esto lo entristecía—. Cuando das todo y más, y te engañan... encima sos el malo de la película porque no entendés el amor y la realidad era que yo sí lo entendía. Todos pretendían que deje de amar, que me quite del corazón la familia que éramos... tuve que adaptarme de un día a otro a no tener a mi hijo todas las noches, a saber que mi mujer dormía con otro hombre... si hubiese sido sincera desde un principio...
- La amabas.
- Mucho... la amaba muchísimo.

Entonces, Malena escuchó el quiebre que hizo la voz de Bautista y se preguntó qué hacían hablando de eso en un momento así.

- ¿Y si ella vuelve, Bautista?
- No va a volver, está casada con Simón, tienen un hijo y se ven felices. Ellos son felices.
- Pero...
- No... Colette no va a volver, nunca, te lo juro. Esa es la diferencia entre vos y yo, que tu amigo puede que se arrepienta y vuelva... ¿y qué pasa?

Malena lo entendía, de verdad.

- Él va a ser papá.
- Yo también tengo un hijo.
- Pero él va a casarse...
- ¿Y porque yo esté solo me preferís a mí?
- No. No, Bautista, no.

Podía ver el brillo en los ojos de Bautista y eso la mató. Él era sincero. Entonces, se sentó encima de él y Bautista pasó sus manos por la espalda de ella, acercándola.

- ¿Por qué no dejamos que esto fluya? ¿Por qué no dejamos de pensar en las personas del pasado y nos enfocamos en esto? ¿Y si tratamos de dejar de lado la desconfianza?
- ¿Cómo hago, Malena?
- No lo sé, pero prometo que...
- No prometas.
- Bautista, te prometo que siempre voy a ir con la verdad porque es lo que me enseñaron. No miento, jamás lo hice y si algo me caracteriza es no tener pelos en la lengua. Puede que no vea lo que tengo delante de mis ojos, y no por despistada sino porque es más fácil hacerme la ciega... pero es ahora cuando entrás vos para hacerme ver las cosas y mostrarme cómo seríamos estando juntos. No necesito palabras, ni promesas, ni juramentos, ni... no. Yo necesito que las personas me hagan ver y sentir, y vos podés hacerlo con hechos.

Bautista llevó una mano al rostro de Malena y la acarició.

- No soy así... no soy como me mostré recién.
- ¿En qué sentido?
- Soy bruto, Malena. Esto que acabamos de hacer no... no me llena. Necesito hacer más.
- Y yo necesito que seas más específico.

Bautista se removió bajo el cuerpo de Malena, tratando de acomodarse mejor.

- Estoy hablando del sexo... esto que hicimos me gustó, pero soy más...

Malena sonrió y nuevamente lo entendió. Ella también necesitaba más.

- Yo también necesito más.
- Carajo.- susurró él, sonriendo-. ¿Cuánto más?
- Más... mucho más.
- Malena...
- Bautista, no puedo creer que estemos hablando de esto, que saltemos de un tema al otro sin coherencia, sin un hilo...
- Pero esto es lo que somos.
- Lo sé.- susurró Malena, sonriendo otra vez-. No tuve un novio que me haga todo... jamás. Jamás tuve a alguien por varios meses y experimentar, pero siempre supe que quería más. Y si esto es lo que vos también querés, podés empezar a demostrarme con hechos lo que haríamos.
- Carajo, Malena, te haría tantas cosas.

Malena largó una risita atrevida, casi pícara.

- Lo sé. Bien, entonces creo que vamos a llevarnos muy bien.

Y cuando él quiso volver a besarla, ella se alejó, solo un poco. Tenía ganas de hablar.

- ¿Dónde la conociste?- pregunto, sin arrepentirse.
- ¿A quién?
- A tu ex.
- Igual que a vos.

Malena abrió mucho los ojos, sorprendida.

– ¿Te atropelló?

– Sería el colmo.– admitió Bautista, riendo–. En la calle. Era muy tarde y paseábamos a nuestros perros y... hablamos, me salvó de unos fanáticos, la besé y ahí empezó todo. Parece que soy propenso a conocer chicas lindas en la calle... perdón, que mal chiste.

– ¿Es linda?

¿Por qué tenía que hacer esas preguntas? Es que en realidad las mujeres suelen hacer esas cosas... convertirse en un agente del FBI con cuestionamientos estúpidos.

– Es preciosa.

– Wow, pensé que ibas a decirme que era un bicho.

Bautista tiró la cabeza hacia atrás, riendo, y apretó más la espalda de Malena con sus manos.

– Vos sos más linda.

– Ay, vos sos más lindo que Diego.

– ¿Por qué estamos hablando de esto, *Malena atropellada*?

Malena lo miró y vio esa sonrisa que apenas se distinguía con la poca luz que entraba de la calle. Bautista era precioso, sus labios gruesos le llamaban la atención, sus ojos oscuros y sus cejas tupidas, su pelo un poco largo arriba y a los costados rapado. Dientes blancos que brillaban en la oscuridad y lo mejor de todo, de verdad parecía sincero.

Dios, que miedo tenía. Pánico a enamorarse y descubrir que con él podía llegar a ver mucho más lejos. Malena por primera vez estaba abriendo bien sus ojos y observaba con mayor claridad... y lo que veía, la persona que tenía delante era lo mejor que le había pasado en meses.

Él, cortó sus pensamientos tirándola hacia atrás y quedaron con sus cabezas apoyadas en las almohadas.

– Me siento como un chico de catorce años que está noviando, tu papá dejó que me quede a dormir y sé que estoy haciendo las cosas mal, pero no puedo parar...

– Chsss.

Malena acarició la frente de Bautista y él cerró los ojos, y cuando la respiración era constante y relajada, se dio cuenta que él se había quedado dormido. Se levantó de la cama, agarró la ropa del piso, se vistió y salió de la

habitación en puntas de pie. Esa noche, cuando estaba por tomar su pastilla, algo en su cabeza le dijo que no lo haga. Entonces, volvió a la pieza de invitados y se acostó detrás de Bautista. Lo escuchó ronronear y luego se dio la vuelta hacia ella, le pasó un brazo por la cintura y de esa forma, después de nueve años, pudo dormir mientras alguien la abrazaba porque Malena había comenzado a ver.

Capítulo 8

A Pilar le estaba dando vueltas por la cabeza la frase: “*Resignar mí vida*”. Es que, en realidad, no solo estaba resignando su vida sino que también el

deseo de ser madre soltera y compartir con alguien más ese hijo que tanto había esperado tener. Pero, la tristeza que embargaba su corazón hacía una semana no la dejaba en paz. Conocer a Maia y su historia le había roto el corazón y por primera vez sintió que no fue sincera con sus amigas.

Ellas, inconscientemente, la estaban juzgando por la decisión que había tomado. No les había dicho lo que leyó en la lápida, ni los sentimientos que crecieron, ni lo que habló con Pablo cuando estaban acostados boca arriba en el césped del cementerio. No les contó que habían quedado en comprar helado y comerlo al lado de la tumba de Maia. Podía ser una locura, hasta tortuoso, pero así lo sentía.

Esa semana, habían tenido tanto trabajo, ya sin Mirta en la empresa, que no tuvieron tiempo para hablar de los pasos a seguir. Él, en una oportunidad, le comentó sobre una inyección de hormonas que debía darle en la panza para quedar embarazada más rápido. Era un proceso fácil y... Dios, ¿de verdad iba a hacerlo? No podía creerlo. Estaba dispuesta a todo y en sus planes, estaba la idea de decirle a Pablo que no iba a necesitar que le dé más dinero del que habían acordado.

Revisó la agenda de Pablo y por una hora no iba a tener reuniones. Entonces, preparó dos café y caminó hacia la oficina de él. Abrió la puerta y su jefe estaba apoyado en el vidrio, como siempre, hablando por teléfono. Pablo se dio cuenta que Pilar había entrado y le pidió un minuto subiendo su dedo índice.

Pilar tomó asiento y esperó hasta que él cortó y apoyó su culo en el filo del escritorio, agarrando la taza y observándola, esperando a que hable.

– ¿Todo bien?– preguntó Pilar.

Por qué le hacía esa pregunta...

– Muy bien. ¿Y vos?

– Bien... quería que hablemos...

– ¿Sobre qué?

– Como si no lo supieras... perdón, quiero decir que...

Pablo sonrió y asintió con su cabeza.

– Perdonada. Bien, hoy a la noche... ¿te parece si venís a mi casa? A las nueve.

¿A su casa?

- ¿Por qué a tu casa?
- ¿Pensaste que todo iba a quedar en esta oficina?
- Bueno, es un contrato, hombre.
- No, Pilar. No... ya no más contratos, no más acuerdos, esto es más que eso. Es confianza.
- Pablo yo...
- Te arrepentiste.- Pablo parecía tan triste.
- ¡No! No... es que, no fui del todo sincera.
- ¿Qué querés decir?
- ¿Te parece si lo hablamos hoy en tu casa?

Pablo se removi6, un poco inquieto por la situaci6n.

- ¿Es malo?
- ¡No, hombre, no! Es algo normal, que hace la gente normal y que... lo hablamos hoy a la noche. ¿Está bien?
- Claro... ¿querés que nos vayamos juntos de la oficina?
- No, no... yo voy a mi casa, me ba6o, me cambio de ropa y despu6s voy. ¿Está bien?
- Claro.

Pilar se levant6 y comenz6 a caminar hacia la salida. Abri6 la puerta y sali6.

¿Por qu6 se había arreglado tanto? Era solo una cena con su jefe para hablar de... por favor, iban a hablar de un beb6, y su jefe iba a dejar de ser su jefe para convertirse en el futuro papá de su hijo o hija y todo se iba a mezclar peor de lo que había imaginado. En minutos, Pablo iba a enterarse de todos sus secretos y no tenía idea de cómo iba a reaccionar.

Mir6 la casa de color gris cemento, cuadrada, sin forma, pero seguramente había sido creada por un arquitecto importante y... ella no sabía nada de eso. No tenía idea qu6 tipo de estilo era. Tom6 aire y su coraz6n comenz6 a latir muy rápido, avisándole que podía hacerlo. Toc6 timbre y segundos despu6s, la puerta se abri6.

Pablo la mir6 de arriba abajo... ese vestido negro que había elegido haciendo conjunto con unos zapatos altos de plataforma le quedaba precioso.

Y su pelo ondulado, todavía un poco húmedo, su rostro maquillado... sí, Pilar era de esas chicas que hacía cursos de maquillaje profesional porque le gustaba verse bien, elegía su ropa presuntuosamente y combinaba zapatos con carteras, aritos con cadenas y pulseras y...

– Estás preciosa, Pilar.

Oh. Hasta se puso un poco colorada.

– Gracias, vos también.– y no se arrepintió de decirlo.

Pablo vestía solo un jean azul, sin remera y descalzo. Pasó una mano por su pelo mojado y la invitó a entrar. Pilar procuró más de una vez dejar de mirarlo porque le quitaba el aire y las ganas de ser honesta. Y cuando entró al living, se quedó muda. Dios, era una casa preciosa, ni siquiera se relacionaba con la fachada de afuera.

Pisos cubiertos por alfombras, cortinas claras al igual que los sillones de cuero, un plasma de... no sé, casi ochenta pulgadas, si es que existían, estaba colgado en una pared. Miles de luces muy pequeñas decoraban el cielo raso dando una luz muy tenue y cómoda ante la mirada humana. Continuó caminando y llegó hasta la cocina... ¡Carajo! También estaba alfombrada y de punta a punta una mesada de mármol color claro, artefactos plateados y una mesa de vidrio para doce personas.

Cuando se dio vuelta, Pablo la miraba desde su lugar con las manos metidas en los bolsillos de sus jeans, el elástico de un bóxer blanco asomaba por la cintura, su pecho desnudo, su pelo mojado, sus pies descalzos... ¡calmate, Pilar! No habías ido ahí a coquetear, solo a hablar de un bebé.

– ¿Tengo que sacarme los zapatos?

Pablo sonrió.

– Por favor.

– Claro, cómo no lo imaginé antes, obsesivo por la limpieza.

Subió primero un pie y luego el otro, quitándose los zapatos y ronroneó cuando la planta de sus pies pisó la mullida alfombra.

– Esto es increíble.

– Gracias. ¿Vino?

– Por favor.– dejó los zapatos al lado de la puerta de entrada y lo siguió.– Hay mucha paz. Demasiada.

– ¿Te abrumba?

- No... no, al contrario, me relaja.
- A mí también.

Que nerviosos estaban, ni que fueran a tener sexo. ¿O sí? El caso es que cuando Pablo le dio la copa de vino, subió la de él para hacer un brindis. Pilar asintió con su cabeza y le sonrió, más nerviosa que antes.

- Por nosotros.

¿Por nosotros?! ¡Carajo! Lo prefería más hablador y zafado, y no así, tan tímido que le daba risa. Las copas chocaron y bebieron un poco de vino.

- Mmmm... tiene sabor a perfume.
- ¿Perfume?– Pablo rió y miró la copa-. ¿Cómo que perfume? ¿Tenés idea de lo caro que me salió este vino?
- No, no tengo idea de vinos, pero es como si no quisiera chocar con mi lengua... como si quisiera salir corriendo de mi boca...

Pablo carcajeó de risa porque imaginarla a Pilar como catadora de vinos en la Provincia de Mendoza... entornó sus ojos y la observó, mientras pensaba seriamente en llevarla a Mendoza. ¿Por qué? ¿Y eso de dónde venía? Y cuando ella se dio vuelta para mirar las fotos que estaban puestas sobre un mueble, tuvo que rascarse la cabeza para interrumpir sus pensamientos y distraerse de... de Pilar.

Necesitaba distraer su cabeza... sus dos cabezas, en realidad... ¡Carajo! ¿Qué le estaba pasando?

- ¡Hombre!

Pablo subió la mirada y la encontró con un portarretrato en la mano.

- ¿Sí?– susurró.
- ¿Conocés a Susana Giménez?

¿Importaba?

- Es amiga de mi mamá.

Susana Giménez era una de las conductoras de la televisión argentina más importante desde hacía más de tres décadas. Era una mujer hermosa, inteligente, atrevida, graciosa y querida por todos los argentinos.

- ¡Bieeen, muchachita! Creo que ya estamos por hoy...
- Oh, vamos, hombre, seguramente no te cansas de verla.

A vos no me canso de verte, Pilar... pensó y tuvo que apretar sus ojos con

la yema de los dedos porque sus pensamientos le estaban jugando tan en contra que no podía controlarlos. ¿Qué le pasaba, por amor de Dios?

- ¿Tenés hambre?– se animó a preguntar.
- ¡Mucha!– contestó Pilar, sin darse cuenta lo que esa palabra podía provocar en Pablo.

Ella continuaba mirando las fotos cuando sintió un aroma a... mentira, no podía ser. Caminó hacia la cocina y lo vio Pablo sacar la comida dentro de las bolsas. ¿*Mc' Donalds*? ¿De verdad?

- No puede ser, no me digas que me invitaste a comer a tu casa y compraste comida de... ¡hombre, que original! Wow...

Pablo rió porque pensó que se había enojado, pero se ubicó a su lado y comenzó a sacar las papas fritas de las bolsas y le pidió un plato hondo.

- Perdón, pero a mí me gusta compartir las papas fritas.
- A mí también, Pilar.
- Bueno, creo que después de todo no vamos a llevarnos tan mal como pensé.

Pilar hizo otro esfuerzo por no mirar el torso de Pablo, pero era imposible.

- ¿Creías que íbamos a tener una mala relación?
- Lo presentí... al piso, hombre.

Pablo pensó que había escuchado mal.

- ¿Cómo?
- Que vamos a comer en el piso.
- ¿Qué tema tenés conmigo y el piso?

Pilar sonrió y negando con su cabeza, se sentó arriba de la alfombra.

- Es solo que... creo que las mejores conversaciones se dan en el suelo.– admitió Pilar y Pablo se ubicó delante de ella, apoyando su espalda contra la pared–. Es más, no sé si te conté que tengo dos mejores amigas...
- No, no lo sabía.
- Ay, sí. Malena y Catalina. Mirá, nosotras solemos acostarnos en la terraza de la casa de Cata, ponemos una colchoneta y miramos el cielo. No importa si hace frío o calor, eso hacemos siempre... una cerveza en mano y... son lo mejor.

- ¿Y les contaste a tus amigas las locuras de tu jefe?

Pilar sonrió y se metió cuatro papas fritas en la boca.

- Saben todo.
- ¿Todo?— Pablo casi se atraganta.
- Sí, todo. Bueno, algunas cosas son íntimas, como por ejemplo... nada.

No tenía por qué darle explicaciones.

- Pilar, deberíamos hablar de nosotros y...

Ya no quería seguir alargando el tiempo y no quería escucharlo hablar porque parecía nervioso, nada que ver al Pablo que ella conocía, entonces, lo interrumpió:

- La plata que te pedí de más es para comprar espermatozoides en Miami porque quiero ser madre soltera. Es mi objetivo en la vida... no quiero más que eso.

Pablo dejó la hamburguesa a mitad de camino y su boca abierta.

- ¿Cómo?
- ¡¿Podés ponerte una remera?! Por favor, hombre. Necesito concentrarme y si seguís en pelotas, es imposible poder mantener una conversación coherente sin estar mirando tus músculos a cada rato.

Pilar se asustó porque Pablo parecía no reaccionar. Y cuando quiso ponerse de pie, la mano pesada de él la agarró con fuerza de su brazo y la obligó a quedarse.

- Entonces, esto no lo estás haciendo por mí. Lo hacés por vos...

Bien, no iba a ponerse una remera.

- A ver, hombre...
- Todo para vos es un maldito contrato. ¿No? ¡El amor, el casamiento, un hijo! Todo, no te importa nada... no te interesa el amor.

Oh, sí que le importaba el amor.

- Pablo, no es eso, solo que... a ver, no te enojés antes de tiempo.
- No, no me voy a enojar, primero voy a escucharte porque eso hacen las personas, escuchar para luego decidir qué contestar.

Oh, ¿de verdad?

- Bien... ¿por dónde empezar?– se metió otra papa frita en la boca y miró el piso–: mi papá era muy parecido a vos, materialista...
- ¡¿Yo soy materialista?!– preguntó, un poco indignado.
- Sí, la verdad que sí... bueno, un poco. El caso es que... mis papás me dieron todo menos amor. Y la verdad es que toda mi vida soñé con ser querida... alguien especial para alguien más... y mis papás en este momento deben estar en Japón o vaya uno a saber dónde. Entonces, desde chica me prometí que nunca iba a dejar que eso le pase a mi hijo. Como sabés, no creo en el amor de una pareja porque mis papás... son terribles. Cada uno hace su vida independientemente, pero a la vez están juntos y así están bien. Por eso no creo en el matrimonio, no me enseñaron ningún tipo de amor... ¿cómo explicarlo? Cuando digo que un matrimonio no deja de ser un contrato es porque... no importa. Yo no quiero casarme, no quiero tener pareja porque... es tan complicado...
- ¡Ya! Al grano, por favor.

Pablo estaba un poco impaciente y Pilar no dejaba de dar vueltas.

- Creo que el amor más puro e inocente es el de un hijo... sé que mi hijo va a amarme, por más que cometa errores, como yo amo a mis papás. Entonces, quiero tener un hijo. Quiero que sea solo algo mío y hace mucho tiempo estoy juntando dinero para poder viajar a Miami y comprar espermatozoides, elegir al hombre que me gustaría que me done una parte de él para tener un bebé. ¡No es tan difícil! Lo complicado es juntar ese dinero... ya hice todas mis averiguaciones y todo es más fácil con dinero.
- Pilar, lo que estás diciendo tampoco deja de ser un contrato.

Sí, Pilar lo sabía, pero aún así lo quería.

- Lo sé, ¿contradictorio, verdad? Hasta que llegaste vos, me dijiste que ibas a pagarme más dinero por ser tu esposa y te dije que sí...
- En realidad, fuiste vos quien pidió más, Pilar...
- Lo sé, eso también es verdad, pero vos accediste. Y cuando tu mamá me contó eso... lo que pasó... lo que vos querés, lo tomé como una buena oportunidad para cumplir con mi objetivo.
- A ver si entiendo... pará, Pilar, porque vos estarías compartiendo tu hijo conmigo.

– Sí, lo sé, pero los dos queremos lo mismo... y sos inteligente, buen tipo, sincero, y tenés valores, tu mamá te enseñó bien. Sos dulce, buen padre, y... además sos lindo, es imposible no aceptar tu esperma.

¿Es imposible no aceptar tu esperma? Pero, ¿qué le pasaba?

– Pilar...

– Lo sé, hombre, lo sé. Pero te juro que no tengo maldad con este tema, solo quiero ser mamá... quiero que mi hijo me quiera, darle lo mejor del mundo y...

– ¡Pilar! Por Dios, pará un segundo, escuchame... escuchame a mí.

Oh, Pilar tenía que escuchar. Entonces, le dio un mordisco a la hamburguesa porque cuando se ponía nerviosa tenía hambre. Lo miró, expectante, tratando de descifrar qué pasaba por la mente de Pablo, imposible saberlo. Lo vio meter sus dedos bajo el pelo mojado, cerrar los ojos, tomar mucho aire y apoyar su espalda contra la pared. Y fue partícipe del momento justo cuando los músculos de su abdomen se tensaron, los brazos tomaron fuerza y...

– ¿Podés ponerte una remera? No me puedo concentrar.

Entonces, Pablo sonrió.

– Pilar, Pilar, Pilar... ¿sabés cómo tuve a Maia?

– No...– susurró.

¿No iba a ponerse una puta remera?

– Alquilé un vientre en Miami porque lo único que quería en la vida era ser padre. Y por más que Maia nació enferma, la amé igual. Esperé varios meses hasta poder trasladarla a Argentina y lo hice... me gustaba llegar a casa y tener que ser yo quien le aspire el botón gástrico, limpie la traqueo, bañarla y... aunque odiaba tener que internarla, porque te juro que caía cada dos por tres... vivía más en el Hospital Italiano que acá. Era nuestra segunda casa... yo tampoco quise compartir mi paternidad, la quería solo para mí, hasta que pasó lo que pasó y me quedé solo. Y tal vez si hubiese tenido una pareja, podría haberme conformado con el amor de alguien más, pero no soy un tipo que se conforme.... Para nada. No superé la muerte de mi hija, pero al menos hice algo con mi dolor. Trato de celebrar la vida y lo que tengo, y añoro lo que me hace falta. Solo quiero ser papá, Pilar. Es mi objetivo en esta vida y creo que vos me entendés más que

nadie.

– Pablo...– susurró, con los ojos llenos de lágrimas.

– Quiero volver a tener esa vida desordenada, una familia, quejarme de la rutina que me agobia, pero que a la vez amo. Quiero que alguien me espere en casa con ganas de abrazarme o que me grite porque llegué tarde, pero quiero llegar y saber que mi hijo me está esperando.

¿Estaba hablando de un bebé o de algo más?

– Vos tampoco querés compartir...

¿Es que Pilar no escuchaba?!

– Ahora que sé lo tuyo, sí.

Suspiraron al mismo momento. Dejaron de comer, dejaron de pensar, Pilar ya no pensó en que Pablo debía ponerse una remera y Pablo ya no pensó en las piernas desnudas de Pilar.

– Tengo que darte una inyección para alterar tus hormonas y de esa forma, estés más fértil...

Pilar asintió con su cabeza y se puso de pie, esperándolo.

– Bien, vamos a hacerlo.

Pablo la imitó y caminaron hacia la heladera. Sacó un envase de vidrio muy pequeño, luego cortó el nilón de la jeringa y colocó la aguja. Batió el líquido transparente y luego pinchó y tiró de la jeringa hacia atrás. Una aguja gruesa y larga estaba lista para pinchar la piel de Pilar, quien estaba un poco asustada.

– Levantate el vestido.

Pilar agarró el borde del vestido y lo subió hasta encima de su estómago. Pablo se arrodilló delante de ella y cerró los ojos cuando vio la bombacha negra. Carajo, estaba loco por la futura mamá de su hijo, eso estaba claro. Cuando los abrió, pellizco la piel de pilar y...

– Voy a hacerlo ahora.

– Sí, lo sabemos.– contestó Pilar, sonriendo.

– Bien, ahora...

– Sí, Pablo, ahora.

– Espero que no te duela.

Y justo cuando iba a pinchar, Pilar recordó que era más fértil que la tierra

de la selva porque se había hecho cientos de estudios para corroborarlo. No quería que su cuerpo se llene de más hormonas porque no lo necesitaba.

– Pablo, ¿y si lo hacemos a la antigua?

Pablo levantó la mirada y se encontró a una Pilar con mejillas coloradas y ojos brillosos.

– Eso sería mezclar demasiado las cosas...

– Lo sé, pero yo no necesito inyecciones. Soy muy fértil y seguramente si lo hacemos una, dos o tres veces... estoy ovulando.

Tal vez este mes ni siquiera me viene.

Pablo cerró los ojos y apoyó su frente contra la pelvis plana de Pilar. El sexo de verdad iba a complicar más sus sentimientos, la atracción que sentía por ella era tan fuerte... entonces, dejó la jeringa en el piso y puso sus manos en la cintura de Pilar, clavó sus dedos y sintió cómo las piernas de ella temblaron. ¿Era posible? ¿Pilar se sentía atraída por él?

Abrió los ojos y se separó solo un poco, enganchando sus dedos en las tiritas de la bombacha de Pilar, tiró hacia abajo. Escuchó un jadeo, sí, Pilar acababa de gemir solo porque él bajó la tela de encaje negro. Y cuando miró hacia arriba, ella estaba agarrada del borde del mármol como si fuera a caerse.

Es que era verdad, Pilar ya no sentía sus piernas y temía que si él no la agarraba, iba a terminar en el piso como una bolsa de papa. Bajó la cabeza y lo vio arrodillado a sus pies, observándola con tanto deseo... oh Dios, ¿él también se sentía atraído de la misma forma?

Y cuando vio que Pablo escupió sobre su mano y la pasó por su vagina, volvió a gemir llevando sus dedos a la cabeza de él para comenzar a tirar de su pelo. Era lo más erótico del mundo, y la jeringa tirada en el piso había pasado a un segundo plano. Separó un poco más sus piernas y él introdujo un dedo en su interior.

– Aaaah...

– Pilar, esto no está bien.

Pero su cuerpo no actuaba en relación a sus pensamientos. Se puso de pie tan rápido, desabrochó su jean y sacó su miembro hacia afuera, el cual estaba erecto y listo para entrar. Pilar lo envolvió con sus brazos y pegando su boca a la de él, sintió cómo acomodaba su pene y lo introdujo en su cuerpo como un rayo.

– Ay, Dios.– murmuró Pablo contra los labios abiertos de Pilar, que no dejaba de jadear.

Comenzó a embestirla, tirándole el pelo, mordiendo sus labios, chocando su lengua contra la de ella y... no pudo controlarse, terminó en la quinta embestida, en pleno auge de excitación y deseo.

– Carajo.– susurró y dejó de besarla, apoyando su frente contra la de ella.

– No me digas que terminaste...

– Sí... perdón.

Ella debía entenderlo, llevaba tanto tiempo queriendo cogerla que no pudo controlar a su amigo.

– Bueno, nuestro objetivo ya está cumplido...

– Pilar...

Sus labios estaban tan cerca.

– Ya está, tengo tu semen adentro así que... terminamos.

– No quería que fuera así.– se separó un poco y la miró a los ojos.

– Pero lo fue.

Pilar sonrió tristemente porque pensó que iban a pasarlo bien, imaginó besarla mientras disfrutaba cuando él la embestía, podrían haberlo hecho encima del sillón, o sobre la alfombra, o dentro de la heladera, no le importaba dónde, solo quería haberlo alargado un poco más. Entonces, se movió un poco y el pene de Pablo salió de su cuerpo, rebotando contra el estómago de él. ¡Wow!

– ¿El baño?

– Al fondo, a la izquierda.

Pablo la vio escapar... se estaba escapando de él, avergonzada. Él tenía que estar avergonzado, no ella. Entonces, miró a su querido amigo y estaba tan parado que lo enojó...

– ¿Por qué hiciste eso? Se supone que somos un equipo, chabón.– le hablaba a su pene como si estuviera hablando con una persona.

La vio salir del baño y acostarse en la alfombra del comedor, subir sus piernas contra la pared y cerrar los ojos. Y que lo perdone, pero él no podía dejarla así, dejar todo así. Entonces, caminó hacia ella y se ubicó a su lado. Estaba preciosa con los ojos cerrados, el pelo largo y oscuro esparcido por

encima de la alfombra. Agarrando los pies de Pilar, hizo que los bajara. La acomodó, abriendo sus piernas y ubicándose entre ellas. Se recostó encima de su cuerpo y la vio sonreír, como si le estuviera agradeciendo por hacer el esfuerzo de seguir.

- Vamos a hacerlo otra vez.- dijo, pegando su boca a la de Pilar.
- ¿Seguro que podés?

Ay, Dios, ella quería. Pilar quería estar con él, no se había conformado solo con la eyaculación.

- ¿Con quién te pensás que estás hablando? Te dije que iba a complicar tu vida...
- Sí, lo sé.- contestó, mientras reía.
- Estamos resignando todo por un bebé...
- No lo pensemos tanto, a ver si nos arrepentimos.
- Pilar... creo que no podría haber elegido a otra mujer que no seas vos. Gracias por querer crear una vida conmigo, prometo no fallarte.

Pilar abrió sus labios y lo besó, justo cuando Pablo entró en su cuerpo otra vez para arrebatárle el alma, el corazón y la vida. Juntos habían resignado el deseo de no compartir, para tratar de dar vida a un ser que ya amaban.

Esa noche, la célula más grande de la mujer llamada óvulo, estaba esperando para ser fecundada. Y durante las siguientes horas, la célula más chiquita del hombre, el espermatozoide, logró romper la pared y moviendo su cola en contra de las agujas del reloj, llegó al interior. Solo uno en un millón puede hacerlo en un día exacto del mes, el indicado, la primera vez de Pablo y Pilar. A partir de ese día, la información genética se combinó, llegó la fecundación y el óvulo viajó hacia el útero para comenzar una nueva vida. Un nuevo amor, el más puro.

Y no solo se trataba de un hijo, era mucho más especial. Entre Pablo y Pilar acababa de nacer un amor que estaba dispuesto a ir en contra y a favor de todo, con fuerza y valentía, gigante, demoledor, que ni ellos iban a poder disimular.

Capítulo 9

Agustín le había dejado un mensaje en recepción avisándole que iba a pasar a buscarla cuando su turno se termine porque la invitaba a cenar a su departamento. Se habían cumplido cinco días desde la última vez que se vieron y Catalina estaba un poco... alterada. ¿Qué iban a hacer? ¿Por qué la invitaba a su departamento? ¿Por qué debía aceptar ir a su lugar? ¡¿Por qué en su territorio?! ¡Sus cosas!

Le molestaba ir a otros lugares que no conocía y siempre que se juntaba con sus amigas prefería hacerlo dentro de su perímetro porque de esa forma estaba más cómoda y fuera de peligro. Estaba segura. ¿Y si no tenía un armario? ¿Y si no había bañadera? Dios, ¿por qué la había invitado a su casa? Ella no quería ir.

Agendó el número de su celular que había dejado escrito en una nota y lo guardó en el último cajón del mueble. Podría enviarle un mensaje diciéndole que Pepito no había comido nada en todo el día y debía ir a cuidarlo porque... porque... porque... porque sí, punto. O mejor aún, podría decirle que podían verse en su casa así se cambiaba de ropa y no andaba con el ambo del consultorio. ¿No? ¡Esa sí sería una buena excusa! Pero después de dar tantas vueltas, se hicieron las ocho de la noche y cuando miró por la ventana, él la estaba esperando sentado en el cantero y llevaba en su mano un ramo de flores. Margaritas.

Oh, margaritas. ¿Por qué le traía margaritas y quería llevarla a su casa?

Fue ahí cuando se dio cuenta de que estaba nerviosa porque tal vez él... bueno, quizá... por ahí... necesitaba sexo. Sexo con ella, con Catalina.

Dios, qué nerviosa estaba. Se limpió las manos sobre la tela de su pantalón y poniéndose la mochila en su espalda, salió del consultorio. Verlo tan grandote y con margaritas en la mano la hizo sonreír, y cuando Agustín levantó la mirada, ya nada importaba tanto como la sonrisa que acababa de contagiarle, era tan lindo cuando sonreía.

– Para vos.– estiró la mano y le entregó las flores.

Catalina sintió fuego en sus mejillas, mucho fuego. Nunca nadie le había regalado flores. Se acercó a él y cuando estaba por besar su mejilla, Agustín corrió la boca y le robó un beso.

– Agustín.– le reclamó.

– ¿Qué? ¡Oh, vamos! Vení, no te hagas la difícil.

La agarró fuerte de su cintura y encorvándose la volvió a besar en esos preciosos, dulces y suaves labios. Ya había confianza entre ellos, bueno más o menos, pero la electricidad que sentían cuando sus labios se unían, nunca cambiaba.

– Me extrañaste.– admitió ella, sonriendo.

– Mucho. Muchísimo, no miento cuando te digo que no veía la hora de verte. Lo juro.

¿Por qué era tan dulce?

– Gracias por las flores, son preciosas. ¿Por qué margaritas, Agustín?

Ella sabía su significado. ¿Y él?

– Porque me gustan tanto como vos.

Catalina se tapó la boca para ocultar la risa. Tal vez podía agarrarse de eso para explicarle un par de cosas. ¿No?

– Vine en auto...

– Bien, vamos mejorando. Es un chiste, no hacía falta que...

– No, sí, es que... lo que sea. ¿Vamos?

– Claro. Sí...

¿Por qué se comportaban como dos adolescentes cuando estaban juntos? Caminaron hacia la vuelta y las luces de un auto blanco parecido a un bote por lo largo y grande que era, titilaron. A Catalina le pareció mucho auto para un hombre tan joven, pero cuando subieron, se dio cuenta que él estaba cómodo. Su cuerpo era tan grande y robusto que el vehículo parecía diseñado para él. Hicieron cuarenta y dos cuadas, las contó por si necesitaba salir corriendo ya sabría por dónde ir. Llegaron a un edificio de rejas muy altas marcando máxima seguridad y espejado. Había cuatro garitas de policías y...

– ¿Por qué tanta seguridad, Agustín?

– Porque acá viven personas bastante importantes, políticos, famosos...

– Bomberos.

– Y fiscales.– sentenció Agustín, haciéndola reír.

Luego de estacionar el auto en el subsuelo, subieron por el ascensor hasta llegar al piso 21. Entraron y Catalina se quedó sin habla cuando se asomó a los ventanales, miles de millones de luces titilaban bajo sus pies mostrándole la vida nocturna, la autopista se veía preciosa, el puerto de Buenos Aires, la oscuridad del río...

– Agustín, ¿por qué elegiste las margaritas?

– Porque sí.– escuchó detrás ella.

Tomó aire, mucho aire, pero no se dio vuelta. Todavía no podía enfrentarlo.

– ¿Sabías que simbolizan la inocencia y la pureza?– volvió a

indagarle.

- No...
- También marcan un nuevo comienzo.
- Wow, no, no lo sabía... que coincidencia.- y lo decía en serio, era pura coincidencia.
- Transmiten amor leal y alegría, son simples, pero a la vez sofisticadas y es una de las flores más hermosas de la flora del mundo. ¿Lo sabías?
- No.- susurró Agustín.
- ¿Y eso no te dice nada? ¿Por qué justamente elegiste esas pensando en mí?

Agustín no estaba entendiendo a qué iba todo eso y escucharla seria y pensativa mientras le daba la espalda, lo confundió. ¿Había hecho algo malo?

- Catu, yo... perdón. Casualmente vos me transmitís gran parte de todo lo que acabas de decir, pero...
- Soy virgen, Agustín. Soy tan pura como una margarita. Tan frágil como sus pétalos y...

Alguien se aclaró la garganta, pero no eran ellos. Entonces, se dieron vuelta y...

- ¡¿Mamá?! ¿Qué hacen todos acá?

Si el vidrio se hubiera podido abrir, Catalina hubiera salido volando sin pensarlo una vez, directo al piso, de cabeza y corriendo las cuarenta y dos cuadras.

- Catalina, perdón. No sabía que ellos...
- Hijito...

Dios, que momento de mierda para todos.

No solo estaba su madre, también su abuela, su papá, sus nueve hermanos y alguno de sus sobrinos. Lo habían estado esperando para darle una sorpresa por su cumpleaños, se suponía que todos iban a gritar: ¡Sorpresa, feliz cumpleaños! Pero cuando lo vieron entrar con una chica, una chica... Agustín estaba con una chica... eso no podían perderselo, y cuando escucharon que la muchacha empezó a hablar de flores, prefirieron seguir oyendo porque la chusma que llevaban dentro ganaba por goleada, y además, si no lo hacían, Agustín jamás se los contaría.

- Me quiero morir.- susurró Catalina.
- Cata...
- No, de verdad, dame tu arma porque me quiero rajar un tiro en la cabeza ahora.- habló más fuerte.

Entonces, Agustín se tapó la boca y amortiguó una carcajada muy ruidosa. Catalina, al verlo tan tentado, comenzó a reír y su familia los imitó. En otro momento, tal vez hubiera salido corriendo a encerrarse en un armario o una bañera, pero no ahora, no ahí, porque no había nada malo, solo la escucharon decir que era virgen, y eso no era motivo de vergüenza. ¿O sí?

- Cata, es mi cumpleaños.
- Oh.
- Sí, eso. ¡Feliz cumpleaños!- gritó su mamá y sopló dentro de una corneta.
- ¡Feliz cumpleaños!- gritaron los demás, tirando globos al aire.

Cuando comenzaron a amontonarse a su alrededor, Catalina dio un paso al costado y dejó que toda su familia lo saludara por su cumpleaños. Se ubicó en una esquina y observó cómo lo abrazaban, besaban y apretaban, tiraban de sus mejillas, le hicieron una malteada en la espalda, algunos hombres tan altos como él, le tocaron el culo y le apretaron el bulto, lo que le causó mucha gracia a Agustín. Parecía feliz, lo era. Estaba emocionado, a pesar del incidente que habían pasado. Entonces, Catalina se preguntó qué se sentiría ser amado por tantas personas al mismo tiempo.

Pensativa y en su mundo, no se dio cuenta cuando la mamá de Agustín de acercó a ella.

- Ay, que vergüenza. Perdón.

La miró y la avergonzada parecía la señora.

- No, por favor, yo... no sé.

Dios santo, la primera vez que iba a hablar con una persona que no eran sus amigas y era interrumpida por un cumpleaños y por la familia del agasajado. ¿Por qué la había llevado a su casa? Acaso, ¿quería pasar su noche especial con ella? ¿Qué se suponía que iban a hacer?

- Soy Lola, la mamá de Agustín.
- Catalina, la amiga de Agustín, aunque no parezca... lo que sea.

Lola sonrió y le tomó la mano.

– Mi bebito nunca me presentó una chica.

¿Bebito? ¡¿Bebito?! Agustín medía como un metro ochenta y cinco, eso no se parecía a un bebito, más bien un panda enorme.

– No creo que este sea el caso, Lola.– Catalina levantó sus hombros porque no sabía qué más decir. Y no estaba hablando del bebito, estaba hablando de la relación que tenía con el panda.

No estaba acostumbrada a tanta gente, es más, deseaba irse. Pero, ¿cómo? Tenía que correr las cuarenta y dos cuabras.

– ¡Familia! ¡Familia, por favor! Un segundo... pido paz.– todos hicieron silencio–. ¡Bien! Pueden quedarse, pero primero tengo que hablar en privado con Catalina. ¿Sí?

Sus hermanos comenzaron a chiflar ruidosamente. Agustín le agarró la mano a Catalina y la condujo hasta su habitación, a pesar de las quejas de su familia. Cuando cerró la puerta detrás de él, ella lo miraba con tanta pena en sus ojitos claros.

– Cata, perdón. Yo no tenía idea que...

– Pero es tu cumpleaños, tuviste que imaginarlo.

– Lo sé y perdón... solo quería estar con vos. Cata, ¿qué fue eso?

Agustín parecía tan confundido.

– Había decidido contarte todo... hablar, quería hablar con vos y explicarte mi vida. Era hora de hablar.

– Cata, no hace falta que me expliques nada... yo no iba a pedirte que garchemos. No... no sé por qué pensaste que tendrías que contarme algo así tan pronto...

– Ay.

Catalina tapó sus ojos, pero unas manos grandes la detuvieron y la hizo mirarlo.

– Hablame, por favor, hablame...

– Lo intenté...

– Cata, pará... pará... esto que acaba de pasar con mi familia no tiene que arruinar o complicar nada, es solo mi familia.

Catalina negó con su cabeza y se alejó de él. El momento de sincerarse ya había pasado.

- ¿Vas a irte?
- No sé, creo que lo mejor... es...
- No, no. Cata, por favor, había planeado otra cosa para nosotros... sushi, velas, vino, postre. No imaginé que mi familia iba a estar acá, perdón.

Catalina estaba siendo un poco egoísta, raro en ella, por eso cuando lo pensó mejor, le dijo:

- Volvamos a la fiesta, es tu noche, no la mía.
- ¿Vas a quedarte?
- Puede ser, pero que no me hablen mucho.
- Eso no puedo manejarlo. Perdón.

Entonces, Catalina sonrió y acercándose a él, pasó los brazos por esos hombros grandotes y poniéndose en puntas de pie, llegó a besar su barbilla. Agustín la abrazó por la cintura y levantándola del piso, chocó sus labios con la suavidad y la dulzura de ella.

- Feliz cumpleaños, Agustín.
- Gracias, Catalina.

Cuando salieron de la habitación, el departamento de Agustín era una fiesta. Su familia había repartido comida por toda la mesa, sus hermanos habían puesto música y una de sus cuñadas comenzó a preparar tragos. De a poco, Catalina comenzó a saludar a todos y pedir disculpas. Recibió chistes por parte de los hermanos de Agustín que la hicieron reír y encontró un lugar donde sentarse. Se acomodó en el sillón y cuando estaba por enviar un mensaje al grupo de sus amigas, levantó la mirada y una señora muy mayor en una silla de ruedas, la miraba fijamente a los ojos.

Catalina le sonrió, pero la señora no le correspondió. Se sentía un poco intimidada por la forma en que la miraba, y cuando menos lo esperaba, la mujer hizo una mueca rara con sus labios, como una sonrisa y al abrir la boca, la dentadura casi se le escapa.

- ¡Aaah!- gritó Catalina, porque se asustó.

Miró hacia todos lados, pero nadie se había dado cuenta. Pobre señora, ningún familiar se había percatado que la dentadura se estaba por caer. Ojalá tuviera los guantes... por favor, estaba acostumbrada a esas cosas. Entonces, con un dedo empujó los dientes y volvieron a su lugar. El brillo en los ojos de

esa mujer le demostró que estaba agradecida por lo que acababa de hacer.

Decidió quedarse sentada al lado de ella porque estaba solita y le daba pena.

- Pestañas... - susurró la mujer.
- ¿Cómo?
- Pestañas...
- Sí, ¿mis pestañas?
- ¿Son tuyas?

Catalina se tocó las pestañas y asintió con su cabeza. Entonces, la mujer estiró su mano y también se las tocó. Pobrecita, ni siquiera podía moverse y...

- Ay. Eso dolió.- dijo, cuando la señora tiró de sus pelitos.

Y sonrió, porque la mujer comenzó a reír en voz baja y era una risa tan alegre y a la vez tan triste.

- Ay, señora, que linda sonrisa.- La mujer sonrió más-. ¿Sabe? Todos los días veo dientes y dentaduras, como las de usted, pero nunca una sonrisa tan linda. Soy dentista, trabajo todos los días con nenes... a veces creo que debería haber elegido trabajar con adultos porque son más fáciles de llevar y no se quejan tanto, pero la satisfacción que me produce saber que no les hice doler, eso es todo para mí. No es que odie mi profesión, no, al contrario. Solo que, a veces pienso qué hubiese sido de mí si elegía ser... no sé, astronauta, cuidar delfines en el fondo de mi casa, o trabajar en una minería como el papá de Malena. Malena es una amiga mía, somos mejores amigas desde chiquititas, junto con Pilar. Fuimos toda la vida juntas al jardín y después la primaria y la secundaria. La única pelea que teníamos era sentarnos juntas, entonces juntábamos los pupitres y de esa forma estábamos felices. ¿Tenés amigas de toda la vida? Esas que conocen todos tus secretos, anécdotas, que te conocen en los mejores momentos y también en los peores y que aún así se aman... nos amamos, señora. Sí... yo me crié con mis abuelos, eran personas grandes y no me tenían mucha paciencia. Tampoco la tuvieron con mi mamá y supongo que por eso me dejó con ellos... sí, creo que tal vez mi mamá era peor que mis abuelos y... que extraño, ¿no? Dejarle un bebé a unas personas mayores que seguramente le hicieron la vida

imposible y que sabía que también me la iban a hacer a mí... tal vez mi mamá no tuvo mejores amigas como yo. Tal vez no tuvo a alguien que la guiara o aconsejara, ¿no? Cuando me enojo mucho con mi mamá, trato de entenderla y justificar el hecho de que me haya abandonado con esas personas sabiendo que iban a hacer de mí un ser horrible, miedoso...

Catalina dejó de hablar porque sintió cómo la mujer sorbía su nariz, entonces subió la mirada y la pobre señora estaba llorando. Caían lágrimas de sus ojos y Catalina se apuró a secarlas.

– No, señora, no llore por mí. Yo estoy bien, ahora estoy bien... tal vez no fue tan malo. Tal vez fue una ilusión mía, o... no lo sé, pero usted no tiene que llorar por mí, porque yo no lloro por mí. ¿Sabe lo que hago cuando necesito escapar? Busco una puerta, un lugar oscuro y volver a eso... volver a encerrarme en un armario porque cuando mis abuelos me encerraban ahí, yo estaba a salvo... ellos no iban a abrir la puerta y sacarme de ahí porque lloraba, no, al contrario, me dejaban encerrada por horas y a la larga aprendí que era mejor estar encerrada antes de compartir algo con ellos... y hoy, de grande, sigo queriendo encerrarme y sentirme a salvo. Claro que lo traté con psicólogos, pero ya de adulta y cuando pude independizarme de mis abuelos. ¿Sabe? Me alquilé una habitación en una pensión con plata que me prestó Malena y estuve viviendo ahí mucho tiempo hasta que empecé a trabajar y cobrar un sueldo, y pude alquilar un mono ambiente. Después, terminé mi carrera, que por cierto la eligieron mis abuelos, y empecé a ganar mucha plata, mucha, mucha, mucha... tanta plata que pude sacar un préstamo y comprar una casa. Así de fácil... la primera noche que dormí en mi nueva casita, me dije a mí misma que iba a empezar lo mejor... y así fue, hoy trabajo muy bien, debo varias cuotas del préstamo porque es a veinte años, pero estoy conforme con lo que soy y lo que logré, la persona que soy hoy. Por eso le pido que no llore por mí, porque soy feliz y todos deseamos un final feliz, aunque seguramente falta mucho para mi final, pero entre tanto, soy feliz.

Entonces, la señora sonrió y su mirada viajó hacia un punto atrás de Catalina, quien cerró los ojos y rogó que no esté toda la familia de Agustín escuchando. Sintió a alguien sentarse junto a ella, que le tomó la mano y

apretó. Una mano grande, pesada... abrió los ojos y se encontró con un Agustín triste, serio y...

– Justo elegiste hablar con alguien que no responde y que a penas escucha.

¿Lo había hecho a propósito? Pero, si la señora escuchaba y respondía.

– Disculpame, pero la señora me habló y quiso arrancarme una pestaña. Y lloró en parte de mi relato, así que, no la conocés bien.

– Es mi abuela, Cata. Y no sé cómo, pero seguramente habrá tenido un momento de lucidez ahora, justo cuando vos necesitabas hablar...

– Y vos escuchar todo.

– Puede ser... para alguien que no le guste hablar mucho de sí mismo, le contaste demasiado...

Catalina no sabía qué decir. Miró a la señora y ya no parecía esa mujer que casi pierde su dentadura. Estaba con los ojos perdidos en un punto cualquiera del suelo y baba caía de su boca. ¿Había imaginado todo? La dentadura, las pestañas, las lágrimas. ¿Qué había pasado?

– Agustín, te juro que tu abuela...

– Te creo, Cata, te creo porque a mí me pasa igual. Justo cuando necesito descargarme y contar algo, ella me escucha. Vuelve cuando uno más la necesita, por más loco que suene. Y te conoce, sabe quién sos porque le hablé de vos, ella me escuchó cuando le conté que una chica loca me llamó para pedir que salve a su gatito.

Catalina sonrió tímidamente y antes de hablar, se mordió los labios.

– ¿Qué está pasando entre nosotros, Agustín?

– Te voy a decir qué es lo que está pasando...– dijo y entrelazó sus dedos con los de ella–: nos estamos enamorando como locos.

– ¿De verdad?

– Te lo juro.– respondió él, sonriendo.

– ¿Por qué siento que con vos todo es más fácil?

– Porque no soy un tipo complicado, y vos te subestimás. Escuché todo, Catalina. Dejá de pensar que tenés algún problema o que hay algo malo en vos, porque no lo hay. Sos pura, inocente, buena y...

Catalina lo abrazó. Se pegó a él tan rápido y fuerte... Dios santo, lo quería, sí, lo quería y no sabía cómo ni por qué, pero lo quería.

Más tarde, Agustín apagó las velitas y una hora después, todos sus familiares desaparecieron como por arte de magia. Parecía mentira que la casa esté tan silenciosa y limpia, porque antes de irse se encargaron de limpiar todo.

¿Qué se sentiría ser amado por tantas personas al mismo tiempo?

– Cata, ¿vamos a seguir hablando o querés irte?

¿La estaba echando?

– No lo sé.

– ¿Qué te gustaría hacer?– preguntó Agustín, sin saber qué pasos seguir.

– Hablar, tal vez...

– Bien, hablemos. Bien, ¿querés un café?

– Por favor.

El café siempre era bueno para empezar una conversación. Lo esperó con las dos manos abiertas y apoyadas en el vidrio a la altura del pecho, observando la cantidad de luces que había ahí abajo, la actividad a altas horas de la noche.

– ¿Cómo se ven los fuegos artificiales desde acá?

Escucho una risa y se dio vuelta. Agustín caminaba hacia ella con dos tazas de café humeantes y un aroma exquisito.

– Nunca paso fiestas acá, así que no lo sé.

– Qué lástima, podrías verlos explotar a tu misma altura, ¿no?

– No lo había pensado, pero sí... Cata, ¿estabas esperando a alguien en tu vida?

Catalina frunció las cejas.

– ¿En qué sentido?

– Imagino que no encontraste a ese alguien especial para hacerlo por primera vez, así que, supongo que estabas esperando...

¿Era el momento de decirle la verdad?

– Agustín, no es que soy una loca ni nada de eso...

– Lo sé.

- Bien, porque lo que tengo para decir tal vez va a sonarte extraño...
- Probame, creo que si no me asusté hasta ahora, ya pasé la prueba. ¿No?

Catalina sonrió y él la imitó.

- ¿Qué pensarías si te digo que yo te vi muchas veces en mi vida? En ocasiones, me paraba frente a la estación de bomberos y te miraba... y esa noche cuando llamé para que rescaten a Pepito, deseé que vengas vos.

Agustín la observaba consternado. ¿Lo conocía?

- Por lo menos, ¿lo del gatito fue verdad?
- Todo fue verdad... solo que me gustabas antes de aparecer.
- ¿Y pensabas en mí?

Catalina mordió sus labios para que no sonrieran.

- Mucho.
- Ya veo.- susurró él, acercándose un poco-: ¿y qué pensabas?
- En cómo serías.- susurró.
- Y ahora que me conocés, ¿cómo soy?

Le arrebató la taza de la mano y las apoyó sobre una mesita ubicada al lado del sillón. Luego, como un depredador, se dio vuelta y enfocó su mirada en Catalina, quien sonrió tímidamente, y dando un paso hacia atrás, pero a la vez, invitándolo a que la aceche.

Cuando Catalina llegó hasta el vidrio, apoyó su espalda y él la encerró con sus brazos enormes y fuertes y encorvó su cuerpo hasta que sus rostros quedaron a la misma altura.

- ¿Cómo soy, Catalina?
- Yo...
- ¿Ahora preferís no hablar?
- Yo... Agustín...
- Sí, soy Agustín Balcarce y quiero besarte.
- Besame.

Entonces, agarrándola en brazos sin hacer mucho esfuerzo, caminó con ella hacia su habitación. La recostó sobre la cama y se ubicó a su lado, acunando su pequeño rostro entre esas manos fuertes y grandes y la besó.

Era la primera vez que Catalina estaba en una cama con un hombre y su estómago era un manojito de nervios, emociones contenidas, un revoltijo de sensaciones de las cuales no estaba acostumbrada y desconocía. Quería probar, estaba dispuesta a dar un pasito. Entonces, agarró una mano de él y la apoyo sobre su estómago el cual comenzó a brincar como si tuviera avestruces y no mariposas.

Él fue despacio, tan despacio que cuando metió su mano bajo la remera de Catalina, pudo sentir cómo la piel se ponía de gallina bajo su tacto y sonrió, sonrió contra la dulzura y la suavidad de ella, que permanecía quieta a su lado. Le gustó que ella le pidiera un pequeño adelanto, pero no iba a tocarla más de la cuenta.

- Vamos a ir despacio. Quedate a dormir conmigo, Catalina.
- Sí.- contestó sin dudar-. Sí, despacio, por favor.

Entonces, abriendo las sábanas, se acomodaron vestidos y después de besarse durante un largo rato, decidieron que era hora de dormir. Despacio, sin apuros, a su tiempo, a su ritmo.

Y a la mañana siguiente, cuando Agustín despertó, la cama estaba vacía. Ni siquiera la sábana estaba caliente. ¿Cuándo se había ido? Fue ahí que escuchó el agua de la ducha y una sonrisa triunfante, como si hubiera ganado una batalla, se apoderó de su boca y de su corazón. Ella se había quedado y era la primera vez que Agustín pasaba una noche con una mujer sin tener relaciones sexuales.

Quería y deseaba ir despacio porque necesitaba que Catalina se enamore tanto como lo estaba él. Podía parecer una locura, algo irreal, un cuento de hadas, pero él se creía príncipe y estaba dispuesto a salvar a la princesa para hacerla reina. Había imaginado que Catalina no era de esas chicas que a las doce dejaba un zapatito de cristal perdido por ahí, sabía que ella era más que eso, mucho más. Una chica que prefería guardar el zapato en su armario y dormir sola, pero esa noche había sido diferente. Catalina eligió quedarse con él y un sentimiento tan extraño se apoderó de su cuerpo... sentía la necesidad de borrar esos recuerdos que ella llevaba dentro de su memoria y que parecían querer quedarse ahí por siempre.

Pero estaba seguro de algo, Catalina había hablado. Ya no parecía tan muda como la primera vez que la vio y eso le dio paz. El hecho de que ella elija hablar significaba que estaba sanando. ¿No?

Y mientras tanto, Catalina se duchaba y una sonrisa que iluminaba su alma no quería desaparecer de sus labios. Porque sabía que ante la duda, prefería eso que la hacía feliz: Agustín.

Generación '08.

Queridos egresados: los invitamos a participar de la fiesta de ex alumnos del colegio San Antonio. Confirmar asistencia.

Los esperamos. Atte. Directivos.

Capítulo 10

- ¿Pueden creerlo? Volver a ese colegio, ver esas personas...– decía Pilar, mientras se rascaba el cuello por los nervios.
- Pero, si vos te llevabas bien con todos, ¿por qué no querés ir?– le preguntó Malena.
- Por lo mismo de siempre, todas van acompañadas con sus novios o maridos, y alardean sus trabajos y la cantidad de hijos, y, bla, bla, bla... es como que no me voy a sentir cómoda entre mis ex

compañeros de escuela, por eso son ex compañeros, quedaron en el pasado. ¿Por qué nos tienen que volver a juntar?

Catalina y Malena intercambiaron una mirada de duda porque Pilar no era así. Es más, les gustaba ir a esas fiestas porque podían opinar sobre la apariencia de sus compañeras e iba a quedar entre ellas, como todo. Hasta se divertían.

Había pasado una semana desde la última que se vieron y Pilar no estaba tan tranquila como solía ser.

- Pili, ¿pasa algo?
- Todo pasa. ¡Todo! Todo, todo mal, todo...
- Pili, tranquilízate. ¿Qué pasó?— le preguntó Catalina, muy preocupada.

Pilar apoyó los codos sobre la mesa y dejó caer su cabeza entre las manos.

- Estoy hasta las manos, chicas. Estoy hasta las pelotas. Yo sabía que tenía que hacer esto sola, porque si entra otra persona, es como que... ya está, yo inevitablemente voy a sentir amor por ese tipo... porque... porque...
- Pero, Pili, pará un segundo... es decir, solo te van a poner el semen de él, nada más.

Pilar se quería morir. ¿Por qué no había sincera?

- No, chicas, no, es más que eso. Es... sexo, cariño, mimos, y...
- ¿Qué?— gritó Malena, a punto de explotar—: ¿tuviste sexo con él? ¡¿Cuándo?!—
- Hace unos días, fui a comer a su casa después del trabajo y... me quería inyectar hormonas en mi cuerpo para quedar más rápido, y me di cuenta de que yo no necesitaba hormonas ni nada de eso, porque soy súper fértil... entonces, le dije de hacerlo a la antigua.
- ¡Nooooo!— gritaron al unísono Catalina y Malena.
- Sí.
- ¡No!— volvió a gritar Malena.
- Pero, ¿cómo?— Catalina sonaba indignada—. ¿Vos querías o te obligó?

Ay, Dios, esto iba a ser peor de lo que había imaginado. Pilar se tapó la cara con ambas manos, a punto de enloquecer.

– No hace falta que me obligue para tener sexo con él... pero no fue sexo, fue amor, chicas. Eso es lo jodido de todo esto, fue amor. ¡Hicimos el amor! Primero en la cocina, terminó rápido... horrible, chicas. Dije, no puede ser que me esté pasando esto, pero... después fue mucho mejor. ¡Me hizo el amor dos veces en la alfombra del piso del comedor! Y después, dijo que teníamos que seguir reforzando.

– ¡¿Reforzando?!– volvieron a gritar, al mismo tiempo.

– Sí, reforzar. Y yo quiero reforzar con él.

– Pero, ¿de qué estamos hablando, Pili?

– Del amor, Malena. ¡Del amor!

– ¿Estás enamorada de tu jefe?

¿Es que no habían entendido nada de lo que dijo?

– Sí, por eso no tenía que mezclar semen con persona más su pene...

Malena y Catalina largaron una carcajada muy ruidosa, y varias personas que estaban desayunando a su lado en la confitería, se dieron vuelta a mirarlas, pero no les importaba.

– ¿De qué se ríen? ¿No ven que estoy hormonalmente desequilibrada y desquiciada?

Sí que iba a ser difícil poder hablar.

– Pili.– dijo Malena, sonriendo–. ¿Lo amas?

– ¿Amar? Es muy rápido para hablar de amar... me amo a mí.

Malena rió otra vez, y Pilar se levantó enojada de la silla, agarró la cartera y dijo:

– Hoy no es un buen día para vernos. Así que, nada... hablamos en el grupo.

Y de esa forma salió del lugar, dejando a Malena y a Catalina con la boca abierta.

– Wow, ¿qué mierda fue eso?

– No sé.– susurró Catalina.

– ¿Qué le pasa?

– ¿Ya estará embarazada?

– ¿Ya puede quedar? Va, no sé cómo es, pero creo que tarda un poco...

- Ay, Male... encima yo quería contarles tantas cosas...
- ¿Querés hablar, amiga? ¿Eh? ¿Sí? Yo estoy acá. Hablemos.

Malena no podía perder esa oportunidad, así que se sentó en la silla vacía de Pilar, al lado de Catalina.

- Gracias, es que yo... hace unos días Agustín...
- ¿Se llama Agustín? El bombero.
- Sí... me invitó a cenar a su casa, fuimos y yo pensaba contarle todo... me trajo un ramo de flores, de margaritas.
- ¡Aaaay!
- Sí, y agarré eso como el punto de partida para hablar, es decir, el significado de las margaritas...
- Catita, para mí, las plantas no tienen significado, son solo plantas.- Malena subió sus hombros y sonrió.
- Bien, sí, lo sé, tendrías que abrir más los ojos y apreciar la naturaleza.
- Sí, mañana lo hago. Ahora, por favor, seguí hablando.
- Fuimos a su casa y le dije que la margarita significaba pureza e inocencia, un nuevo comienzo y... le dije que yo era como una margarita.

Malena frunció su rostro y se separó un poco.

- ¿Una margarita virgen?
- Ay, Malena. Es más que eso...
- No, no, está bien. Seguí...
- Y cuando le dije que era virgen, tan pura como una margarita... toda su familia estaba escuchando detrás de nosotros y me quise morir. Su mamá, su papá, su abuela que casi me arranca una pestaña y tuve que acomodarle la dentadura...

Catalina fue interrumpida por la risa fuerte de Malena y también comenzó a reír hasta tentarse.

- Me... estás... jodiendo.
- ¡No! Te lo juro... y lo peor es que hablé toda la noche con esa mujer, le conté mi vida, todo, Male. Todo. Y parece que esa familia está acostumbrada a escuchar por las espaldas, porque justo estaba

Agustín detrás de mí y me dice que elegí hablar con una mujer que no escucha ni responde.

Esa vez, Malena no sonrió, llevó una mano a su corazón y...

- ¿No es casualidad que hayas buscado una persona así para poder hablar?
- No, pero ella sí habla. Boluda, me quiso arrancar una pestaña, se le salió la dentadura cuando sonrió y... ella lloró por todo lo que le conté. Entonces, fue ahí cuando Agustín me dijo que justo cuando uno más la necesita, ella vuelve.
- Oh. Y... ¿cómo es él, Cata?

Catalina suspiró y...

- A veces tengo miedo de que sea un loco y quiera matarme.
- No, no... ¿por qué?
- Porque... es raro que alguien quiera estar conmigo.

¿Por qué decía algo así?

- ¿Por qué? Si sos hermosa, buena y...
- Sí, es lo que él me dijo, pero me da miedo, Male. Esto es todo nuevo, llegué tarde en el amor...
- No, no llegaste tarde, nunca es tarde para enamorarse y hacer el amor por primera vez. Tal vez, Agustín es el indicado. ¿No?
- No lo sé... es fiscal.
- Oh, fiscaaaaal.

Catalina y Malena sonrieron y se tomaron de las manos.

- Sí, tiene un arma todo el tiempo con él.
- Oh, un arma. ¿Y eso te recuerda algo?
- No... no. No, mi abuelo no tenía armas, nunca me amenazó con ninguna, si es lo que estás pensando. No relaciono a Agustín con mis abuelos, no. Nada que ver... él me dijo que no me subestime más.
- Ooooh.
- Sí.- contestó Catalina, sonriendo-. Dijo que no hay nada malo en mí, que no tengo un problema... tal vez... tal vez me quiere...
- ¿Y vos lo querés, Catita?

Cata levantó la mirada y apretó más la mano de Malena.

- Creo que sí.
- ¿Y pensás que puede ser el hombre para vos?
- Es muy grande, Male. Me lleva casi tres cabezas...
- Ooooooh.
- Sí. Es bueno... es bueno y...

Malena sonrió y sus ojos se llenaron de lágrimas porque era la primera vez que veía a su amiga enamorada. Pilar tenía que dejar de ser egoísta y pensar en los demás, tuvo que haberse quedado.

- Lo querés.
- Sí, lo quiero. Tendrías que verlo.
- ¡Me encantaría! ¿Cuándo? Poné fecha y yo voy.
- No sé... no creo que quiera...
- Sí. Ya sé, ¿por qué no le decís que te acompañe a la fiesta de egresados?
- No, no va a querer ir.
- Bueno, probalo, con preguntar no perdés nada.

Catalina asintió con su cabeza y Malena la abrazó. La apretó contra su cuerpo tan fuerte, estaba feliz porque quería conocer al tipo que le sacaba esas sonrisas y hacía que sus ojos se pongan brillosos.

Cuando subió a su auto, recordó a Diego y un sentimiento raro se apoderó de su cuerpo. Había tratado de dejarlo a un lado y ocupar su cabeza con otras cosas, pero era complicado. Ella lo extrañaba y lo quería y por alguna razón necesitaba saber que todo iba bien porque a pesar de lo que había pasado entre ellos, fueron amigos toda la vida y... pero no iba a ir a verlo porque no quería saber qué se sentiría hablar o verlo otra vez. No es que tuviera miedo, solo que... prefería no hacerlo.

Mientras pensaba arriba de su auto, no se dio cuenta de que unos periodistas le habían estado tomando fotos para saber quién era la nueva amiga del arquero de River, Bautista Olmedo. Y estaban indagando en su vida, persiguiéndola para ver qué hacía desde el día en el cual Bautista subió esa foto a su *Instagram*.

Acaso, ¿no sentía que hacía días una camioneta negra la seguía constantemente?

Fue al Parque de Lomas para poder correr un poco y dejó su celular encima de la butaca. Caminó un kilómetro y luego, corrió cinco kilómetros alrededor de la pista. Cansada, totalmente transpirada y agitada, comenzó a elongar gemelos y cuádriceps, justo cuando vio detrás de la tribuna un hombre que estaba tomando fotos del lugar. Estiró su cuerpo hacia adelante, agarrándose la punta del pie y... no, le estaban tomando fotografías a ella. Quiso pararse muy rápido y al tener los músculos tan cansados y tensos, trastabilló y cayó de cara al piso, lastimando su barbilla otra vez y raspando las palmas de sus manos. Intentó pararse otra vez y como pudo, caminó hasta su auto. Se sacó la llave que colgaba de la cintura de su calza negra y destrabó las puertas. Minutos después, estaba yendo hacia su casa, perseguida por una camioneta negra.

En ningún momento se le pasó por la cabeza que era por Bautista. Había pensado que querían secuestrarla como hacía años atrás y seguramente pedir un rescate de millones de pesos a su papá. Con manos temblorosas, llamó a José que la atendió a los cuatro tonos.

– Hija, buenos días.

Desesperada, se le cayó el teléfono al piso, pero enseguida logró agarrarlo y gritar:

– ¡Me están siguiendo! ¡¿Qué hago, papi?!

– Male, tranquila, salí a la Avenida.– su papá no tardó siquiera un segundo en contestar.

– ¡Estoy en la Avenida!

– Bien, ahora andá directo a la comisaría. Tranquila, Malena. ¿Qué auto es?

Maleno miró por el espejo retrovisor y era una Trafic negra.

– Una Trafic negra. Papi, me van a secuestrar.

– No, hija. ¿Podés ver la patente?

– Sí... sí. Es... AYJ 652.

– Bien, hija, muy bien. Decime a qué comisaría estás yendo.

– Lomas...

– Bien, mi amor, bien. ¡Salgo para allá!

Al llegar a la comisaría, estacionó casi subiendo las ruedas en la vereda y dejando la puerta abierta salió del vehículo corriendo. Las puertas estaban

abiertas y como el sol estaba tan fuerte, no vio que habían varias personas dentro y se llevó puesto un hombre robusto que la agarró en brazos para evitar que cayera al piso otra vez.

- ¿Señorita?
- ¡Me están siguiendo!- gritó y el hombre la aferró más de los hombros.
- ¡Vamos, afuera!- le gritó a unos policías-: ¿qué vehículo era?
- Una Trafic negra.

Varios policías salieron a la calle y efectivamente, una camioneta negra estaba parada a unos treinta metros de distancia. Los periodistas eran tan idiotas que no se imaginaron que la chica podía pensar que la querían secuestrar y la siguieron hasta la comisaría para continuar capturando información.

- Tranquila, no va a pasarte nada.
- Dios, estoy muy nerviosa.- estaba agitada y más transpirada que antes.

Cuando los policías volvieron a ingresar a la seccional, tenían a dos hombres esposados. El tipo que la había ayudado desde el comienzo, le pidió que se siente y ordenó llevar a los “secuestradores” a la parte de atrás. Malena imaginó que iban a hacerle preguntas y ponerlos presos.

- ¿Podés declarar?
- Quiero que venga mi papá.
- ¿Cómo es tu nombre?
- Malena.
- Bien Malena, mi nombre es Agustín Balcarce, soy fiscal y puedo ayudarte. Voy a hacer todo lo posible para aclarar esto y saber qué pasó. Pero antes, tenés que tranquilizarte y curar esas heridas, estás sangrando.

Malena respiró y vio entrar a cuatro policías con cámaras en las manos.

- Señor, encontramos en la camioneta cámaras fotográficas y filmadoras, parece ser que los hombres son periodistas, trabajan en el canal Medife Sport. Hay cuadernos y computadoras, aparece el nombre de Bautista Olmedo y el de Malena Spagnoli.

Cuando Malena escuchó eso, cerró los ojos y se maldijo así misma por no

darse cuenta antes. Pero, ¿cómo iba a imaginarlo? Ella pensó lo peor por su experiencia.

- Bien, por lo menos sabemos que no querían secuestrarte. Igualmente, Malena, esto no va a quedar así, necesito usar todo esto de prueba...
- No, por favor, yo... conozco a Bautista y... no se preocupen.
- ¡Hija!- su papá entró en la comisaria y se sentó junto a ella, del otro lado-. ¿Estás bien? Te lastimaron.
- No, me caí. Me caí... papi. Podés verlo en la cámara, seguramente está todo.
- Malena, necesito que...
- No... ya. No quiero declarar nada, ni levantar una denuncia contra ellos, solo quiero irme a mi casa y ducharme. Nada más.
- Por favor, oficial...- dijo su papá.
- Es fiscal, papi. Se llama Agustín Balcarce.
- Señor, por favor, ¿me deja ver a los hombres?

Malena suspiró y cerrando los ojos apoyó la cabeza contra la pared. Entonces, recordó:

- *Es una broma, Malena atropellada.*
- *Mi papá va a matarme.*
- *Los periodistas van a matarte.*
- *Pensé que no querías que te vean conmigo... un poco más y nos encerramos en el baño para tomar un café.*

Bautista había sonreído y asentido con su cabeza. Luego la miró...

- *Ay, Malena, solo quiero estar un poco tranquilo, alejado de todo...*

Entonces, ahí se encontraba, asustada, preocupada y un poco amargada porque no sabía si de verdad quería meterse en algo así. Ya no supo nada más, su papá se encargó de todo. Eso sí, antes de salir de la comisaría, le agradeció al fiscal por ser tan amable con ella y ayudarla. Parecía buen tipo, tenía una mirada tan sincera que muy pocas veces había visto. Seguramente hacía bien su trabajo porque los policías le daban un buen trato y si hubiera sido de verdad un intento de secuestro, no dudó de que él hubiese puesto a esos tipos tras las rejas.

Cuando su papá la dejó en la casa, sola, porque tuvo que ir a buscar a Bianca al jardín, se duchó y se acostó en la cama un poco deprimida porque no sabía qué hacer con Bautista. No se dio cuenta cuando se quedó dormida.

Dos horas después, un Bautista muy confundido llegó a su casa porque José lo había llamado para contarle todo lo que pasó. Le informó sobre el intento de secuestro que había sufrido Malena hacía dos años atrás y el miedo que eso le producía.

Bautista no sabía qué hacer, si hablar con ella o dejarla para que... ¿por qué estaba ahí? ¿Por respeto a José? ¿Por preocupación? ¿Por enojo hacia esos periodistas? ¿O por miedo a que Malena quiera cortar la relación que habían empezado? Justo cuando había ideado una sorpresa, algo para hacer juntos, para sorprenderla, para que Malena vea con hechos... ella necesitaba hechos y él iba a dárselos.

Le pidió permiso a José y subió por las escaleras hacia la habitación de Malena. Sonrió porque volvía a sentirse un adolescente con ella. Esto de pedir permiso a su papá para pasar a verla, tener relaciones a escondidas, claro que no iba a cogérsela en medio del comedor, pero... ustedes entienden. Así que, abrió la puerta y la vio durmiendo en medio de una cama de dos plazas como una nena, tan chiquita se veía entre las sábanas y almohadones.

Se sentó a su lado y le acarició la frente. Malena se removió en la cama y poco a poco abrió los ojos, que los tenía hinchados y muy rojos. ¿Había estado llorando?

– *Malena atropellada.* – susurró él, haciéndola sonreír.

Bueno, por lo menos sonreía.

– Hola.– susurró ella, somnolienta–: ¿qué hora es?

– Hora de que te despiertes. Male, mirá cómo tenés la pera... perdón, Male, perdón. Perdón, es mi culpa por poner la foto en mi cuenta de...

– Bauti.– dijo, mientras acariciaba la mano de él–. ¿Va a ser siempre así?

– No, claro que no. No... Male, yo sé que seguramente te estás replanteando la posibilidad de...

– No, Bauti, yo no voy a dejarte.

– Ah, ¿no?

Wow, Malena todavía lo seguía sorprendiendo.

– No. No voy a dejarte porque yo... te quiero.

Entonces, Bautista sonrió y se recostó al lado de Malena porque la quería cerca, no iba a dejarlo.

– ¿Ni siquiera se te pasó por la cabeza cortar?

– Sí, eso sí, pero después de pensarlo mucho, dije que no. Además, vas a hacerme un favor por todo lo que me hiciste pasar hoy.

Bautista levantó la cabeza y la miró.

– ¿Cuál? ¿Conocer al resto de la familia?

– No, algo mucho mejor. Vas a conocer a mis amigas y además, vas a acompañarme a la fiesta de ex alumnos de mi escuela.

Bautista carcajeó de risa y hundió la cabeza en la almohada. No podía pedirle eso, ¿o sí? Es que ya lo había hecho. Entonces, volvió a mirarla y verla sonriente, casi dormida... la quiso fuerte. Muy fuerte.

– Creo que yo también te... ¿por qué me cuesta tanto decirlo?

– Porque tenés miedo.– respondió ella, en voz baja–. Y no es miedo a mí porque sabés que soy tan torpe como inofensiva, le tenés miedo al amor.

– Ay, el amor. No sé, Malena, no sé si podría exponerme ante tanta gente... saber que puedo llegar a comerme una broma de fanáticos de otros equipos... o...

– Las fotos, lo sé. Pero yo no voy a dejarte solo, y además, me lo debes.

– ¿Por qué esa necesidad de presentarme a los demás? ¿Por qué no vienen tus amigas a mi casa y les hago un asado? No sé, vayamos de viaje a Brasil, Cancún, lo que sea...

– Mmmm, no lo digas delante de ellas, podría jugarte en contra.

Bautista volvió a reír y quiso besarla. Lo hizo. Apoyó sus labios y la besó.

– Tengo una sorpresa para vos, pero para eso tenés que levantarte de esta cama.

– Está bien. ¿A dónde vamos?

– Es una sorpresa, *Malena atropellada*.

– ¡Amo las sorpresas!

Una hora después, estaban frente al río, en costanera. Y mientras ella

miraba cómo se escondía el sol de primavera y algunos aviones pasar por encima de ellos, él se apuró a sacar los globos inflados con helio del baúl de su camioneta. Se ubicó detrás de Malena y dijo:

– Date vuelta.

Malena sonrió al verlo con dos globos, uno rosa y uno blanco, y de los hilos colgaba un cartelito. Sacó dos lapiceras del bolsillo de atrás del jean y le dio una, junto a un globo.

– ¿Y esto?

– Una vez, alguien me dijo que tenía que aprender a *soltar*. Difícil, ¿eh? Pero creo que vamos a poder hacerlo, vos y yo, juntos. Soltar el pasado y viejos amores, emociones y sentimientos. Vamos a escribir lo que queramos y vamos a soltar los globos, Malena.

Oh, por favor, como quería a ese hombre.

– Está bien.

Bautista sonrió y Malena lo imitó. Cada uno se concentró en su mensaje y sin saberlo, habían escrito lo mismo. Increíble, ¿verdad?

– ¿Puedo leer el tuyo o es como un deseo?

– Creo que se puede leer.

– Bien.

Cada uno se acercó al mensaje del otro y luego, sorprendidos, se miraron y volvieron a sonreír.

Te suelto. Habían escrito en letra cursiva.

– Uno, dos, tres.– dijo él.

Y soltaron los globos que se alejaron de ellos con mucha fuerza y con viento a favor del río. Y de esa forma, Malena dejó ir a Diego y Bautista dejó ir a Colette para empezar una nueva vida, un nuevo amor, cerrando etapas y dejando atrás amores que iban a recordar por siempre, pero que nunca jamás iban a interferir con ellos.

– Yo también te quiero, *Malena atropellada*.

Y con ese hecho, Malena comenzó a ver el amor. Ahora, ese sentimiento transparente y noble tenía nombre y apellido: Bautista Olmedo, el arquero de River.

Capítulo 11

Pilar no entendía por qué estaba tan nerviosa, quejosa e hiriente. Sí, era un poco egoísta, pero no tanto como para tratar así a todo el mundo. La semana pasada se había ido muy enojada cuando estaba desayunando con sus amigas y en el trabajo, Pablo ni siquiera la miraba porque en cuanto lo hacía, ella le respondía cosas como: ¿tengo monos en la cara?, ¿te debo?, ¿tenés algo para decir? Y no, la verdad es que Pablo prefería tenerla a un costado antes de chocar con ella.

Oh, pero como la extrañaba y verla enojada de esa forma solo generaba más atracción y más ganas de tenerla con él, punto. ¿Existía alguna definición con respecto a excitarse solo al verla enfurecida? Tenía que buscarlo, porque si no, ¿cómo se explicaba lo que sentía él y su amigo?

El caso es que desde que habían estado juntos, tanto Pilar como Pablo no dejaban de pensarse, extrañarse y... claro, por eso Pilar estaba así, porque trabajar con él era peor que esperar dos horas más para hacerse el test de embarazo, y no poder tocarlo, o besarlo, o siquiera hacerle una mínima caricia, era insoportable y fastidioso. ¿Por qué no la invitaba otra vez a su casa?

¿Por qué no hacía algo para distraerla de la llamada de su papá?

Hacía unos días se había comunicado con ella, justo la noche anterior a juntarse con sus amigas a desayunar, y solo con pensar en que iba a verlo, el estómago se le convertía en una piedra. Lo amaba, pero a la vez tenía un sentimiento tan contradictorio que hacía que se sienta una mala hija, cuando en realidad era todo lo contrario. Sabía que si lo veía, su papá iba a fanfarronear con sus viajes... ah, sí, porque su mamá no iba a volver, ella se quedaba una vaya a saber dónde. Y seguramente René, iba a hablarle mal de Viviana, y... ya estaba cansada.

Cansada de escuchar los problemas de dinero que no tenían, los asuntos de pareja y extramatrimoniales, el pasado, el presente y hasta le hablaba del

futuro. Acaso, ¿ella iba a contarle sus problemas a los demás? ¡No! ¡Nunca! Es más, a veces trataba de hablar lo menos posible de sus cosas cuando estaba con sus amigas y...

– ¿Pilar? Ya podés irte a casa... es tarde y de noche. Y tal vez tenés hambre, o sueño. O estás cansada. ¿Enojada conmigo?

Entonces, Pilar sonrió al escucharlo decir todas esas cosas sin hacer una pausa.

– No estoy enojada con vos.

– ¿Y con quién?– preguntó, mientras se arrodillaba al lado de Pilar y tomaba sus manos para acariciarlas.

¿Por qué hacía eso?

– Viene a verme mi papá y yo no quiero estar a solas con él, no quiero que se sienta con la confianza para contarme su vida y sus problemas porque me hace mal...

– Entonces, no lo hagas.

– No puedo decirle que no... no puedo. Es mi papá...

– Y vos su hija, que vaya a un psicólogo.

Pilar sonrió tristemente y giró hacia la izquierda para quedar frente a él.

– No es tan fácil...

– Pilar, cuando uno no quiere algo...

– ¡No puedo decirle que no porque es mi papá! ¡No lo veo desde hace cuatro meses y necesito estar con él, pero tengo ganas de reírme, tomar unos mates, abrazarlo, hacerle unas pizzas, que me pregunte cómo estoy, si necesito algo, o si estoy enamorada, si tengo amigas, o si paso hambre, si se me termina el contrato de mi departamento, lo que sea! ¡Mirar la televisión también me gustaría mucho! Ay, no sé cómo explicarlo para no sonar como una hija de puta, pero no quiero verlo sabiendo las cosas que me va a decir, prefiero mentirle y avisarle que me voy de viaje y... es complicado cuidar a alguien cuando en realidad nunca te cuidaron a vos. ¿Se entiende?

Pablo asintió con su cabeza y pasándose una mano por el pelo, dijo:

– A mí me gustaría mucho comer unas pizzas... caseras, si es posible. Hace mucho que no coma pizza, siempre compro comida para no ensuciar la alfombra de la cocina, pero... me gustaría que la

ensucies, me gustaría que cocines unas pizzas, reírnos y pasarlo bien, y mirar televisión... me gustaría mucho repetir otra vez... si vos querés, sobre la alfombra, arriba de la cocina, en el baño, en la habitación, en la terraza, o contra el vidrio de mi oficina...

Pilar se preguntó cuándo fue el momento en que la conversación se había distorsionado tanto para quedar a favor de Pablo. Lo increíble era que había aprendido a escuchar cada palabra que él decía.

- Contra el vidrio de tu oficina estaría muy bien.
- Pero, después vamos a mi casa y comemos unas pizzas caseras, ¿no?

Los dos sonrieron. ¿Estaban locos o qué? ¿Qué era esa especie de relación que había entre ellos?

- Sí, me da mucha hambre después de eso...
- A mí también.

Entonces, Pablo se puso de pie y estiró su mano para que ella la agarre y lo siga. Caminaron juntos hasta la oficina y él cerró con llave antes de apoyarla contra el vidrio, mirando hacia la Avenida. Pilar cerró los ojos cuando sintió el aliento caliente de él contra su nuca y los labios que besaron su piel.

Pablo le soltó el pelo que cayó sobre la espalda de Pilar y enredándolo en su mano, tiró hacia la derecha. Metió una mano bajo el vestido de Pilar y la llevó directo a la vagina, mientras comenzó a tocar de arriba y abajo, sintiendo cómo la tela de la bombacha se humedecía.

Enganchó los bordes y tiró hacia abajo con una sola mano, mientras que con la otra seguía tirando del pelo. Por otro lado, Pilar llevó sus manos hacia atrás y desesperada, comenzó a desabotonar el pantalón del traje, sacando el pene hacia afuera y tocándolo, apretando los testículos de Pablo que dolían por la espera. Y cuando lo guió hasta su vagina, el miembro entró como si conociera el lugar y estuviera acostumbrado a entrar y salir.

- Más, más fuerte.- pidió ella, susurrando.

Y Pablo le dio fuerte, con movimientos constantes y embistes parejos, que a Pilar le quitó el poco aire que tenía en sus pulmones.

- Besame, por favor.- imploró.

Pilar necesitaba sentir los labios de Pablo, saber que era él quien la besaba. Entonces, la dio vuelta y volvió a embestirla, bajando un poco su pelvis para

poder entrar bien, y chocó sus labios con los de Pilar, que lo devoró al instante.

Minutos después, Pilar ya estaba encima del escritorio vacío, porque Pablo se había encargado de tirar todo al piso con un manotazo y sentarla para llegar más hondo. Terminaron juntos, porque ellos estaban reforzando aquello que ya estaba creciendo con fuerza y amor.

Pilar era bastante ordenada para cocinar, pero esa noche, Pablo estaba tan juguetón que cuando se le ubicaba atrás, perdía el control de la masa, de la harina y la levadura.

- No vamos a comer ni para las doce si seguís atrás mío.
- Es que no puedo controlarme. Creo que si me pedirías lo que sea, cualquier cosa, el capricho más...
- Bueno, sí, tengo que pedirte algo.

Pablo se ubicó de costado, pegando su culo contra el mármol.

- Largalo, Pilar.
- Bueno, hombre, no puedo hacer todo junto...– rieron y entonces, Pilar lo miró y dijo–: quiero que me acompañes a la fiesta de ex alumnos de mi colegio.

Era una sorpresa, sí, Pablo había imaginado que iba a pedirle que conozca a su papá para que ella no esté sola.

- Wow... ¿y en papel de qué?
- No sé, hombre... de amigo, futuro papá de mi hijo...
- Nunca llevaste a nadie, ¿no?
- No...– la había descubierto.
- Y querés que yo sea el primero... querés hacer alarde del novio que tenés. ¿No?– preguntó Pablo, tratando de sonar gracioso y exagerando el tono de su voz.
- Puede ser, excepto que no sos mi novio.

Su respuesta le dio un poco de ternura.

- No sé si ponerme contento o deprimirme... a ver, soy tu jefe y cogemos, y si además le añadimos que voy a ser el papá de tu hijo, así que, básicamente sería como un novio... ¿no? Y si no dejamos de

lado la parte de que discutimos como una pareja normal, y...

– Ya, sí, hombre, entiendo. De verdad.

Pilar largó un suspiro de alivio, y eso no pasó por desapercibido. Pablo la quería, de eso estaba seguro, y al verla más tranquila, supo que quería hacer cosas para que ella se sienta bien. Principalmente quería hacerla feliz y que no esté preocupada por situaciones que la ponían nerviosa. Entonces:

– ¿Te parece bien si le decimos a tu papá que venga a comer acá?

Así no estarías sola... no le cuentes que vivís en tu departamento, le decimos que... estamos juntos, de novios, y que estamos buscando un bebé y vivimos juntos... juntos. Y de esa forma no va a poder quedarse solo con vos. ¿Qué opinás?

Pilar, además de saber que a veces le gustaba hacerse la sorda para evitar problemas, pensó que había imaginado lo que Pablo acababa de decir. Podía estar un poco loco, tener mal carácter y discutir por cualquier cosa, pero tenía un corazón tan enorme que no entraba en su pecho.

Ella quería tener ese corazón, quería ser la dueña.

– Perdón, pero...

– Sí, Pilar, escuchaste bien. Creo que te haría bien decirle que vivimos juntos y de esa forma, no creo que se anime a hablar ese tipo de cosas delante de mí. ¿No?

– Vos no tenés idea quién es mi papá, las cosas que es capaz de hacer...

– ¿De qué trabaja, Pili?

Pilar clavó los dedos en la masa y lo miró.

– Heredó mucho dinero por parte de mi abuelo y lo metió en empresas, de esa forma va agarrando plata de todos lados, vive como quiere y donde quiere.

Pablo asintió con su cabeza y vio cómo Pilar dejaba reposar la masa que tenía que elevar, se limpió en un repasador y dijo que iba a ir al baño. Cuando ella entró con la cartera en la mano, sacó el test de embarazo. Ya habían pasado tres semanas desde la primera vez que estuvieron juntos y tenía un atraso de dos días, pero era normal para ella, siempre le tardaba en bajar.

Abrió la caja y leyó que tenía que hacer pis sobre la punta y dejar pasar cinco minutos hasta ver el simbolito que salía. Lo hizo, dejó el test arriba de

la mesada y luego de secarse la vagina y lavarse las manos, bajó la tapa del inodoro y se sentó a esperar. Entonces, agarró el test y vio como poco a poco el líquido cubría el cuadradito... una línea rosa fuerte... bien... siguieron pasando los segundos y una línea rosa más suave apareció. Así, de la nada, como por arte de magia. ¿Era verdad? ¿Estaba embarazada? ¿Era posible?

Se paró y salió del baño. Lo vio a Pablo meter un dedo en la masa y cerrar los ojos. ¿Qué estaba haciendo? Entonces, metió todos los dedos dentro de la masa y...

– ¿Qué hacés?

Pablo saltó del susto y sonrió.

– Siempre quise hacer eso, perdón.– dijo, mientras reía y trataba de acomodar la masa como ella la había dejado.

– Pablo.

– ¿Eh?

– ¡Pablo!

Pablo la miró y entonces, fijó su vista en lo que ella llevaba en su mano cuando Pilar la levantó. No pudo hablar, las palabras no le salían y temía hacer esa pregunta del millón, por si la respuesta era negativa.

Pilar tragó con fuerza y sonrió, una sonrisa que la iluminó de pie a cabeza.

– Lo hicimos... de verdad lo hicimos.

Pablo corrió hasta ella sin dudar y pasando sus brazos por la cintura de Pilar, la levantó en el aire y la hizo girar. Luego de dar dos vueltas, la bajó y acunando la carita de Pilar entre sus manos, la besó. La besó tan fuerte, como si no quisiera soltarla nunca más.

– Gracias. Gracias, Pilar, gracias.– dijo, muy emocionado.

– Gracias a vos.

– ¡Te quiero, Pilar! Te quiero tanto, ¡tanto!– volvió a besarla.

Pilar estaba conmovida y muy ilusionada.

– Yo también, te quiero un montón.

– Seamos novios, Pilar, démosle a ese bebé una familia como corresponde. No tendríamos que compartir nada porque sería nuestro y estaríamos juntos todo el tiempo. Pilar, por favor, seamos una familia desde ahora.

Los ojos de Pilar se llenaron de lágrimas que no pudo y ni quería contener. Estaba emocionada, eufórica y feliz. Esto era la felicidad, el amor puro e incondicional.

– Sí, seamos una pareja, sí. Sí.

Volvieron a besarse y se olvidaron de la pizza, de la masa, del hambre, de la harina que había sobre la alfombra y volvieron a reforzar ese amor, ese bebé que estaba creciendo en su vientre y que ahora, tenía una familia. Ese bebé había llegado a sus vidas para unirlos como hombre y mujer. A él deberían darle las gracias, porque los dos acababan de cumplir el mayor sueño de sus vidas: ser padres.

Era la fiesta de ex alumnos y estaban nerviosas, no solo porque iban a ver a sus compañeros después de tanto tiempo, sino más bien porque iban a conocer a las parejas de sus amigas y eso significaba un peso enorme para cada una de ellas. No era que necesitaban la aprobación de la otra, es solo que... la primera impresión que ellos iban a brindarles tenía que ser especial.

Por un lado, estaba Malena en su casa esperando a Bautista. Mientras, se miraba en el espejo muy poco convencida en relación al vestido que se había puesto. Ella no usaba vestidos de fiesta, ¿por qué se había puesto uno?

– Si pudiera ir en jeans y remera...

– ¿Por qué no te ponés el mono negro?– le preguntó Bianca, la Pitusa, que estaba observándola desde los pies de la cama.

– ¿Segura?

Sí, seguía teniendo conversaciones adultas con una nena de cinco años.

– Sí, creo que te va a ir mejor.

– Bien.

Entró en el vestidor y agarró el mono, que era un pantalón negro pegado a una remera con rayas blancas y negras atada al cuello, y se calzó unos zapatos muy altos también en color negro. Su pelo suelto y lacio y su flequillo hacia un costado. Maquilló a penas su rostro porque no le gustaba... odiaba maquillarse.

– Llegó Bautista.– gritó José, desde abajo.

Miró a la Pitusa y salieron corriendo. Cuando llegó a la planta baja, Bautista la esperaba vestido con un traje negro impecable, zapatos brillosos y

camisa blanca, sin corbata. Cuando se encontraron frente a frente, Malena le preguntó:

- ¿Por qué nos tenemos que vestir así? Estaríamos mejor en jeans y remera.
- Opino lo mismo, *Malena atropellada*. Es solo un rato... ¿ya te dije que cuando estoy con vos siento que tengo quince años? Y hoy lo percibo más que nunca... Dios, parece que vamos a un baile de fin de curso.
- Bueno, es algo parecido. ¡Chau papi! Chau Pitusa, buenas noches Vanesa.
- ¡Pasenlo lindo, chicos! Disfruteeeeen.- gritó Vanesa, sonriendo.

A penas salieron de la casa, Bautista la agarró de una mano y empujándola contra una pared, la besó. La besó fuerte y...

- Ay, por favor, sacame todo el maquillaje con tus labios.- susurró ella y los dos rieron.
- Por eso te quiero.- admitió Bautista y acarició su mejilla-: no te vestís para gustar a nadie, Malena. Me encanta que seas así.

Oh, que tierno. Fue ahí cuando Malena se dio cuenta de que tal vez Bautista la conocía más de lo que podía imaginar.

- Ay, qué lindo lo que decís, Bauti.- y como las manos de Bautista estaban un poco traviesas-: bien, vamos en mi auto, no quiero que después hablen de tu pedazo de camioneta.
- ¿Auto? ¿Cuál auto? ¿Ése?- Bautista señaló un Smart rojo.
- ¿Algún problema?
- Ni siquiera entro en ésa poronguita.
- ¡¿Poronguita?! Ay, no. No te lo voy a permitir. Subite antes que te pegue.

Bautista carcajeó.

- Ay, Malena, ¿de verdad vamos a ir en eso?
- ¿Te da vergüenza que te vean en mi auto?
- ¡Noooo! No, solo que... no sé...
- ¡Ya! Vamos a llegar tarde. Subite.

Subieron al Smart rojo y salieron hacia la escuela.

Mientras tanto, en la otra punta de Lomas de Zamora, Catalina se vestía sin prisa porque nadie la estaba esperando afuera. Cuando le había dicho a Agustín que la acompañe a la fiesta, él le contestó que tenía cumplir guardia en la estación de bomberos. “*Trabajo mucho, creo que ése es mi defecto*”. Pero ella no lo estaba culpando, ni siquiera se había enojado porque el hecho que sea bombero era lo que más le había gustado de él, solo que... hubiese sido lindo ir acompañada por alguien a quien quería mucho. Nada más.

Salió de su casa y tomó un taxi en la esquina, que la llevó directo a la escuela. Le pagó el viaje y se acomodó el vestido azul oscuro que había elegido. Que tonta, ¿para que se había vestido de esa forma si no había nadie que la espere? Bajó del auto y cuando levantó la vista, Agustín Balcarce la esperaba a solo unos metros de distancia. Lo miró de arriba abajo, para corroborar que era él... estaba vestido con un traje negro y parecía más grandote de lo que recordaba.

- Viniste.- dijo, mientras sonreía.
- Quería darte una sorpresa... yo... te quiero, Catalina, y deseo hacer las cosas bien. Quiero sorprenderte y...

Catalina no lo dejó terminar de hablar, cerró el poco espacio que los separaba y saltó encima de él con la inocencia de una nena. Enseguida, Agustín la envolvió en sus brazos, levantándola del piso, chocando sus labios contra ella... besando su precioso cuello y sintiendo el perfume que se había puesto. Esa noche, Catalina no olía a pasta para sacar moldes, ni a la anestesia, ni a los guantes de goma, olía a ella y era la primera vez que estaban juntos sin el consultorio de por medio.

Agustín clavó los dedos en la nuca de Catalina y volvió a besarla en sus labios, cuando se separaron...

- Tenía muchas ganas de que conozcas a mis amigas, de verdad... estaba muy ilusionada y...
- ¿Por qué no me lo dijiste, Catalina?—la dejó en el piso y acunó su carita entre esas manos grandes y fuertes—. No quiero que te guardes lo que sentís, necesito que me lo digas... si querías que venga, si tenías tantas ganas de que yo conozca a tus amigas o a la inversa, me lo hubieras dicho. Quiero que hables conmigo, necesito que me digas lo que pasa por tu cabeza con respecto a mí.
- Es que... es todo tan nuevo, tan raro... tengo miedo de no saber

cómo manejarme y desaparecer... soy de hacer esas cosas, Agustín... desaparezco porque no puedo decir lo que siento. Antes de pelear o discutir, prefiero desaparecer...

– Ser invisible.– susurró él, recordando esa vez que le preguntó cuál sería su poder si fuera un súper héroe.

– Sí...

– ¿Me querés?

Catalina no podía sacarle la mirada de sus ojos oscuros porque estaba hipnotizada. Sí, lo quería, lo quería, pero todo estaba pasando tan rápido. ¿Y si él no era como se mostraba? ¿Y si estaba haciéndole un trabajo fino para llevarla a la cama y después desaparecía?

– Catalina, ¿me querés?

– Sí, te quiero.

Agustín asintió con su cabeza y tomándola de la mano, la condujo al interior de la escuela.

Pilar y Pablo ya estaban en camino y habían discutido antes de salir porque Pilar tardó tanto en maquillarse y cambiarse que le dio a él suficiente tiempo para tomarse dos botellitas de cerveza sentado en el sillón. Así que, cuando salieron de la casa de Pablo, Pilar se negó a que él maneje. Después de varios minutos discutiendo, Pablo le revoleó sus llaves y dejó que Pilar maneje su Mercedes Benz.

– No me gusta discutir así, Pilar.

– Lo sé, hombre, pero te ponés tan terco...

– No soy terco.

– Sí, lo sos. Pero, yo también tengo lo mío, supongo que estamos parejos.

– Perdón por revolearte las llaves del auto.

Pilar sonrió y asintiendo con su cabeza, lo miró.

– Te perdono...

– Estás embarazada, no tendría que hacerte enojar.

– Estoy embarazada, hombre, no enferma. Además, está bueno gritarse un rato... bien, llegamos. ¿Preparado?

Pablo se quitó el cinturón de seguridad y salió del auto. Pilar se quedó dura

porque esos cambios de humor la sacaban de órbita y cuando se quitó el cinturón y cerró los ojos arrepintiéndose de haberlo llevado ahí, la puerta se abrió y apareció Pablo, tendiéndole la mano para ayudarla a bajar.

Pilar largó un suspiro interminable porque había pensado cualquier cosa. Y como de costumbre, no estaba escuchando. Es que, ¡vamos! Le costaba tomar confianza, nunca había estado en una relación en toda su vida. ¿Cómo se suponía que tenía que ser tratada? No podía dejarse llevar por el ejemplo de sus padres y además, Pablo no era un tipo común. Era bueno, romántico y cariñoso, y la quería. Y para colmo, ya estaban embarazados. ¿No iba todo muy rápido?

- ¿Preparada, señorita?– Pablo le sonrió.
- Claro, hombre.

¿Por qué se hacía la difícil?

- ¿Estás nerviosa?
- Que no... no... no estoy nerviosa.
- Estás hermosa.– Pablo la besó en los labios y tocó su pequeña pancita–. Bien, vamos, mi cielo.
- Ay, Dios, no me digas mi cielo.
- ¿Por qué? Es lindo...
- Es muy románticooooo.
- ¡Soy el romanticismo en persona!
- Lo sé, no me lo repitas.

Entraron en la escuela riendo y tomados de las manos.

El director y el vicedirector del establecimiento les daban la bienvenida y las gracias por haber asistido, ya que no era algo que acostumbraban a hacer, pero como ese grupo de alumnos fue el primero en egresar, porque fue el primer curso que siguió con el secundario el primer año que lo implementaron, era una fiesta. Se cumplían diez años de ese día y... bueno, cuando todos los alumnos ingresaron, se llevaron una gran sorpresa. No solo habían livings armados y distribuidos de forma ordenada, también habían mozos, comida y música.

Todos los alumnos estaban sorprendidos y cómodos ante semejante muestra de cariño. Y aquellos chicos que se portaron tan mal en sus años de escuela, al ver al director, lo abrazaron por darles tanto trabajo.

Fue Catalina quien ubicó a Pilar y poniéndose de pie estiró su mano para llamarla. Ambas se sorprendieron porque estaban acompañadas. ¡Que emoción!

- ¡Amiga!- gritó Pilar y abrazó a Catalina.
- Ay, estoy tan nerviosa.- admitió cuando acercó su boca al oído de Pilar.- Pili, él es Agustín Balcarce, mi amigo.
- Su amigo.- repitió Agustín con tono irónico, haciendo reír a Pilar.
- Hola Agustín, que lindo conocerte. Él es Pablo... mi...
- Su novio. Ya, las cosas como son.- dijo Pablo, riendo y estrechando la mano con Agustín y luego besando a Catalina en la mejilla-. Catalina, un placer conocerte, Pilar me ha hablado mucho de vos.
- Hola Pablo, sí, también es un placer. Siéntense, así no viene alguien más a la mesa.

Los cuatro rieron y se sentaron. Pilar y Pablo en un sillón y Catalina y Agustín en otro. Y mientras tomaban sus lugares, ellas se miraron con ojitos picaros, un poco emocionadas por todo lo que estaba pasando.

Entonces, comenzaron a escuchar mucho murmullo y varios compañeros miraron hacia la entrada. Y ahí estaba, Malena entrando de la mano de Bautista Olmedo, el arquero de River.

- Ay.- dijeron las dos al mismo tiempo.
- ¿Es Olmedo?- preguntó Agustín, mirando a Pablo.
- Creo que sí... carajo, no puedo creerlo. ¿Le molestará si le pido una foto?- preguntó Pablo, riendo.
- No sé, hermano, pero yo sí se la voy a pedir. Esperen... esa chica... la que va con él. ¿La conocen?
- Es Malena.- le dijo Catalina a Agustín-: es mi amiga, mi otra amiga.
- Ya veo.

Entonces, la recordó. El mundo era un puto pañuelo y él acababa de corroborarlo.

Malena saludó a los directivos y le presentó a Bautista, que no lo soltaba de su mano para que nadie se acerque a él. Se lo había prometido y pensaba cumplir. Entonces, miró la mesa donde se encontraban sus amigas y tirando

de él, caminaron hacia esos sillones.

– ¡Fiesta!– gritó Malena, haciéndolos reír–. Pero che, que caras, menos mal que estamos festejando. ¿Qué mierda estamos festejando? Dios, que vergüenza, me siento una vieja chota. ¡Diez años pasaron desde nuestro viaje se egresados!

Pablo y Agustín rieron, observándola, como todos sus compañeros varones porque era preciosa, Malena tenía una belleza que siempre llamó la atención y un buen humor que contagiaba a cualquiera. Y Bautista, bueno, él estaba un poco celoso porque se dio cuenta que las miradas no solo iban a él, sino que también a ella.

– No voy a presentarles a este tipo.– señaló a Bautista con el dedo, sonriendo–. Seguramente ya lo conocen.

Pablo y Agustín se pusieron de pie y estrecharon sus manos contra la de Bautista. Malena saludó con un beso en la mejilla a Pablo y cuando le tocó el turno de Agustín también lo recordó.

– Vos... hola. ¿Sos el bombero de mi amiga? ¿El mismo?

– Bueno, parece que no solo el famoso es Bautista. ¿Por qué a mí no me reconocen?– preguntó Pablo, haciendo reír a los cinco.

– Ay, Pablo, creeme, también sos famoso en nuestro grupo. Es solo que... el otro día pensé que me iban a secuestrar y entré en una comisaria tan rápido que me llevé puesto a Agustín.

– Ya me das miedo, *Malena atropellada*.– dijo Bautista, provocando una carcajada de Malena.

– ¿Ves que no te tiré al piso porque me gustabas? Es costumbre llevarme por delante a las personas.

Malena abrazó a sus amigas y le guiñó un ojo a Catalina, que no paraba de sonreír. Tomó asiento al lado de Bautista en otro sillón y suspiró.

– No sé por qué me pongo tacos si no los aguanto. Bueno, ¿están felices por haber venido a esta fiesta? Les juro que no se van a arrepentir, dicen que es el evento del año.– bromeó, riendo.

– ¿Ya viste a Matilde?– le preguntó Pilar.

Entonces, Malena empezó a buscarla y justo se topó con la mirada de alguien conocido, muy conocido. Diego la observaba desde que había ingresado en el lugar y no le quitaba los ojos. Malena se quedó dura porque...

bueno, él no había cambiado en casi un mes y seguía tan feo y hermoso al mismo tiempo. Y sintió unas ganas terribles de correr hacia él y abrazarlo porque lo había extrañado.

– Ya sé que te dije que no iba a dejarte solo, pero estás bien cuidado. Tengo que ir a saludar a alguien.

– Claro, andá tranquila.

Malena se puso de pie y caminó hacia ese grupo de amigos que estaban en ronda, los recuerdos comenzaron a venir como cascada porque pasaba casi todos los recreos con ellos, jugando a la pelota en el patio trasero de la escuela. Porque así era Malena, tan hermosa como machona y siempre fue de tener amigos varones.

– ¿Alguien trajo la pelota? Por favor, digan que sí.– bromeó y todos se dieron vuelta.

– ¡Heeeeey!

– ¡Carlitos!

– Pulguita, ¿qué Carlitos?– comenzaron a hablar entre ellos y a reír.

Malena saludó a uno por uno, abrazándolos y le tocó el turno de saludar a Diego, que también la abrazó, pero ese contacto duró más de la cuenta.

– ¿Cómo estás?

– Bien.– contestó Diego, un poco confundido–. ¿Estás de novia con él?

– ¡¿Y qué esperabas, Dieguito?! No por algo jugaba a la pelota todos los días con nosotros, era obvio que iba a terminar con alguien así.

¡Bien, pulguita! ¿Nos podremos sacar una foto con tu novio?– preguntó Walter, uno de sus amigos.

– No, chicos, no. No le gusta mucho las fotos. Diego, ¿cómo está tu novia?

– ¡Se casó! ¿No te enteraste?– le dijo uno de ellos.

¿Ya se había casado?

– Sí, algo sabía.

– ¡Va a ser papá!

Sí, eso también lo sabía.

– Sí, ¿y va todo bien?

– Sí... es una nena.

Una nena, repitió hacia adentro. Una nena, ojalá no salga con su nariz.

– Pobrecita, que no le tengan que hacer una cirugía de nariz. ¿No?–
bromeó y todos rieron.

– Eso espero.

– ¿Y cómo se va a llamar?

– Malena.– susurró Diego.

¿Por qué decía su nombre si estaba frente a él?

– ¿Sí?

– Se va a llamar Malena.– volvió a susurrar.

¿Eh?

– ¿Le pusiste mi nombre a tu hija?

– ¡Hay amores que matan!– gritó Walter, haciendo reír a todos, a
todos menos a Malena.

– Bueno, vuelvo a la mesa... después jugamos un picadito, lo
prometo.

Se alejó de ahí, necesitaba aire. Necesitaba respirar.

¿Le había puesto Malena a su hija? ¡¿Es que estaba loco o qué mierda?!

Caminó hacia la parte de atrás y sus amigas se dieron cuenta de que algo no andaba bien. Menos mal que Bautista estaba hablando con Pablo y Agustín y no se percató de nada. Entonces, se pusieron de pie y la siguieron. Cuando salieron al patio, la encontraron apoyada contra la pared, agarrándose la cabeza entre sus manos, desorbitada.

– ¿Male?

– Ay, chicas. ¿Pueden creer que Diego le puso a su hija Malena?

Catalina y Pilar se miraron.

– ¿De verdad?

– Te lo juro, Cata, me lo acaba de decir. ¿Cómo puede ponerle mi nombre a su hija?

– Tal vez le gusta mucho...

– Pili, por favor, ¿estás en pedo?

– No... no puedo tomar alcohol.

Malena se tapó la boca y Catalina gritó:

– ¿Voy a ser tía?

– ¡¿Ya?!

– Sí, chicas. Estoy embarazada y de novia... estoy de novia con Pablo y embarazada. Embarazada y de novia con el papá de mi hijo...

Entonces, las tres se olvidaron de Diego y se abrazaron porque iban a ser tías, porque Pilar estaba embarazada e iba a cumplir el sueño de su vida. Se emocionaron a tal punto de llorar y moquear, mojarse entre ellas y... sí, porque eso hacen las amigas, se alegran y se ponen felices y contentas porque a una de ellas le va bien. Olvidan sus problemas, sus conflictos internos, sus quilombos con el mundo y se alegran.

Ese bebé no solo había unido a Pilar y a Pablo, también había creado más amor entre ellas porque iban a tener un sobrino de corazón, alguien chiquito y lindo a quien abrazar y mimar, apretar y morder, y tenerlo en brazos todo el día, cuidarlo, malcriarlo y amarlo sin importar qué. Porque el amor es la fuerza más poderosa, el sentimiento más noble y transparente, imposible de disimular. Y tal vez no eran tan ciegas, ni tan sordas, ni tan mudas.

Capítulo 12

No podían creerlo. Catalina, Pilar y Malena observaban a Agustín, Pablo y Bautista que bailaban en el centro de la pista como si fueran amigos, como si se conocieran de toda la vida y tuvieran confianza y... claro, era el resultado de varias botellas de cerveza encima. Movían sus cuerpos de un lado a otro junto a varios tipos más que estaban con ellos, trataban de seguir pasos que no coordinaban y se reían de ellos mismos, se abrazaban, iban de un lado a otro, hasta hicieron un trencito. ¿De quién era la fiesta?

Pero, por alguna razón, estaban contentas de que se lleven tan bien porque ellas los querían y los habían elegidos, y el hecho de que tomen confianza desde un principio, hizo que larguen un suspiro de alivio y satisfacción. Todo sería más fácil, hasta podían arreglar para cenar o salir de viaje a cualquier parte de Buenos Aires, porque habían hablado entre ellos sentándose en un sillón los tres solos, como si las chicas no existieran. La realidad es que la relación entre los hombres siempre es más sencilla, sin vueltas... las mujeres son las complicadas.

Entonces, decidieron bailar entre ellas. Se pusieron en ronda y comenzaron a moverse muy bien porque sabían bailar y les encantaba la música, compartir un simple baile y disfrutar de una noche. Es que a veces hace falta eso, hacer algo que no están acostumbradas a realizar y lo mejor, sacarle provecho, divertirse y relajarse. Y ahí estaban, subiendo sus manos y

meneando al compás de la música, moviendo sus caderas de un lado a otro al igual que su cabeza.

Cuando eran chicas y salían a bailar, no les daban importancia a los chicos que se acercaban porque solo querían pasarlo bien entre ellas. Sabían divertirse y no necesitaban irse a una punta del boliche con un chico, no. Pilar, Malena y Catalina se divertían entre ellas, como en ese momento. Estaban tan compenetradas en su baile y en las risas que no se dieron cuenta cuando Pablo, Agustín y Bautista se acercaron, pero sí notaron las manos que apretaron sus cinturas y las apoyaron desde atrás. Por favor, ¡qué entonados y alegres estaban!

Terminaron bailando los seis, riendo y ajenos a las personas que los miraban. Ajenos a la ira de Diego, quien moría de furia por ver a Malena con Bautista Olmedo. Sin embargo, sabía que ya nada podía pasar entre ellos porque lo habían hablado y pactado. Punto.

Comieron, rieron y disfrutaron, hablaron de tantas cosas que perdían el hilo de la conversación y hacían chistes que terminaban en carcajadas.

Pablo, Agustín y Bautista se sentían cómodos. Los tres se habían preguntado lo mismo antes de llegar... ¿cómo iban a pasarlo? Hasta habían pensado en no ir, pero al conocer a los novios de las amigas de sus chicas, se retractaron. La confianza había nacido sola y se dejaron llevar sin darle demasiadas vueltas. Y cuando terminó la fiesta, después de un discurso que dieron los directivos, decidieron ir a Mc' Donalds porque se habían quedado con hambre. Ya en el lugar, hicieron sus pedidos y se ubicaron en una mesa del fondo para que Bautista pase desapercibido.

– ¿Tienen algo que hacer el 21 de agosto?– preguntó Bautista, mientras le daba un mordiscón a la hamburguesa.

– Decime qué tenés pensando y te acompaño.– dijo Agustín, sonriendo.

– Me apunto, a lo que sea.– agregó Pablo.

Y ellas sonrieron.

– No sé, tenía ganas de ir a ver el eclipse.

– ¿Eclipse?– preguntó Malena–. Pero, no se va a ver desde acá.

– Lo sé, por eso había pensado en ir a Oregon, Estados Unidos.

Dicen que desde ahí se va a ver muy bien y... no sé. ¿Tienen ganas?

– ¡¿Estás loco, chabón?! Yo trabajo.

- Es feriado.- le dijo a Agustín.
- Pero, falta poco.
- Tengo un... un... avión privado.- admitió Bautista, dejando a todos con la boca abierta y sonando un poco avergonzado-. Y si tienen ganas, podríamos ir...
- ¿Un avión privado?- preguntó Malena, la única que pudo hablar.
- Sí, no es gran cosa, pero...
- Puedo conseguir un buen hotel y corre por mi cuenta.- propuso Pablo.
- Y bueno, si no tienen VISA, yo puedo mover algunos contactos para facilitarlas. Sí, creo que deberíamos ir a ver el eclipse. Una cosa así no se ve todos los días. ¿No?- preguntó Agustín, sonriendo.

Malena, Catalina y Pilar se miraron entre ellas porque no podían creer que hacía menos de cuatro horas se conocían y ya querían ir todos juntos a ver un eclipse a Oregon.

- ¿Están hablando en serio?- preguntó Pilar.
- Sí.- le contestó Bautista-. Pero, si no querés, no hay problema. Me llevo a Pablo sin tu permiso.

Pilar sonrió.

- Dicen que se va a hacer de noche por unos segundos y va a volver a salir el sol, va a bajar la temperatura y... va a ser una locura. Gracias, Bautista, me gustaría mucho ir. Y...- entonces, a Pilar se le llenaron los ojos de lágrimas-: estoy muy contenta que estés con Malena y la hagas tan feliz.- hasta perdió la voz.

¿Qué le pasaba? ¿Estaba llorando?

- ¿Estás bien? ¿Dije algo que te molestó?
- No...- sorbió su nariz-. Es que... estoy muy feliz.
- ¡Aaaaay, se puso sentimental!- dijo Malena, mientras reía.
- Son las hormonas. Amiga, ¿sabías que el embarazo te perjudica la dentadura, no? Vas a tener que venir a verme más seguido.

Y ante el comentario de Catalina, Agustín y Bautista se quedaron duros porque... Pilar estaba embarazada y después rieron porque les causó gracia la forma en que se preocupaba por la dentadura de su amiga.

– Felicidades, capo. ¡Vas a ser papá!– Bautista se puso de pie y dio vuelta a la mesa para acercarse a Pablo y abrazarlo.

Agustín lo imitó y se fundieron en un abrazo sentimental, palmearon sus espaldas y Pablo se largó a llorar, mientras una Pilar sonrojada lo observaba con amor. Él iba a ser el papá de su hijo y en ese entonces, creyó que no podría haber elegido a alguien más, ni siquiera a un hombre de catálogo.

– Yo también soy papá y es hermoso... es hermoso tener un hijo, verlo nacer...– dijo Bautista, mientras dejaba caer un par de lágrimas y hablaba con cierta melancolía.

Malena lo observaba enloquecida de amor, pero a medida que Bautista hablaba, ella deseaba desaparecer, dejar de ver, dejar de escuchar, solo por un rato.

– ¿Lo viste nacer?– le preguntó Pilar a Bautista, ajena a todo lo que le pasaba a Malena.

– Sí, con Coli decidimos tenerlo en nuestra casa de Canadá, con parteras y médicos... bajo el agua en una pileta especial, ¿no? Y sabés que hubo un fotógrafo con nosotros, que capturó cada momento, cada esfuerzo y empuje... Dios, recordar ese momento me pone la piel de gallina. La fuerza que hace una mujer... yo siempre digo que todo hombre tiene que presenciar el parto de su hijo para ser testigo de lo que la mujer puede llegar a hacer con su cuerpo solo para traer su bebé al mundo. Es... alucinante. Y cuando lo tenés en tus brazos, lo ponen en el pecho de la mamá... yo agarré a Pedrito bajo el agua y lo puse sobre Coli... me acuerdo que enseguida empezó a querer agarrarla con sus manitos chiquitas y torpes, empezar a chupar la teta y no podía, buscaba y buscaba y... Dios, que increíble. Es increíble, daría lo que sea por volver a esos momentos decisivos en la vida de uno, ¿no?

Una cámara había capturado cada momento.

Había fotos.

Recuerdos.

Volver.

Momentos decisivos.

¡Pará, Malena! Pará de pensar.

– Ay, loco, me hiciste llorar.– admitió Pablo, mientras secaba una

lágrima que caía por su mejilla-. Yo... yo tuve una nena... falleció hace poco, tenía dos años... no la vi nacer, yo...

- Tranquilo, hermano, habla tranquilo...- le pidió Bautista, notando que a Pablo le costaba hablar.

- Yo alquilé un vientre para tener un hijo... lo tuve y Maia falleció, tenía un desorden genético que afectaba todos sus órganos... sabía que tarde o temprano iba a pasar porque me lo habían avisado los médicos. Una tarde...- sorbió su nariz y pasó una mano por su pelo-: una tarde empezó con fiebre, la llevé a la clínica y... horas después, falleció.

- ¿Qué fue lo primero que se te pasó por la cabeza, Pablo?- le preguntó Agustín, atento a cada palabra.

Pablo sonrió y asintió con su cabeza.

- Mientras trataba de consolarme a mí mismo sin aire en los pulmones, pensé en mi sangre que corría por sus venas y... hacer todo para traer un hijo al mundo y no poder hacer nada para salvarlo. Ella era parte de mi sangre, de mi cuerpo y de mi alma, y no podía hacer nada para traerla a la vida otra vez... como cuando nació. Viajar, llevar mi esperma, elegir una donante, firmar un contrato, aceptar términos y condiciones, poner tanto dinero... y no poder hacer nada para que se quede conmigo. Dos años, la tuve dos años conmigo y yo sí daría lo que sea, hasta mi último peso, no me importa, pero solo quiero abrazar a Maia una vez más... tenerla conmigo y...

- Creo que cuando uno decide traer un hijo al mundo lo hace con amor... no importa de qué forma, Pablo, eso es lo de menos, amigo.- Bautista trató de tranquilizarlo, poniendo una mano en su hombro-. Acá lo que importa es cuánto amaste y cuidaste, protegiste y guiaste a tu hija, los momentos que compartiste, las cosas que dejaste de hacer... chabón, ¿cuántos años tenías cuando hiciste todo eso?

- Treinta.

- ¡Treinta años y quisiste ser papá! ¿Quién hace algo así? ¿Quién toma la decisión de amar a un bebé que todavía no conoce? Y mírate ahora, vas a ser papá otra vez, en pareja con una mujer hermosa, una familia... todos en esta vida tenemos nuestra recompensa, Pablo. Todos. Y todo en la vida nos vuelve.

Todos en la mesa se emocionaron por las palabras de Bautista. Y sí, podía estar un poco alegre por la bebida, pero decía la verdad.

- Dame un abrazo, capo.- le pidió Pablo, mientras seguía llorando.
- Nos tendríamos que juntar más seguido.- admitió Bautista, mirando a Agustín.
- Voto por eso.- chocaron sus puños, sonriendo.

Mientras tanto, Malena estaba un poco confundida porque no entendía a qué iba todo eso. Bautista habló de su ex, habló de su hijo, habló de su vida cuando él nunca la incluía en nada. Sí, habían soltado los globos, pero eso no significaba nada si él cuando podía siempre metía a Colette en el medio de la conversación. Si ella lo había invitado a su casa para conocer a toda su familia y había dejado que entren en confianza, lo invitó a la fiesta para conocer a sus amigas y... ¿por qué él no la dejaba entrar en su vida? ¿Por qué no le pedía que lo vaya a ver jugar o a un entrenamiento? ¿Y por qué siempre repetía que se sentía como un adolescente cuando estaba con ella? Acaso, ¿no la tomaba en serio? ¿Se creía que la especie de relación que tenían no era verdadera? ¿Y si estaba con otras mujeres? Y peor aún, ¿y si estaba con otros hombres? ¡Oh, Dios! Se estaba volviendo loca.

Pilar, en cambio, sentía que volaba. Pablo la volvía a sorprender con cada cosa que decía de Maia y creyó que iba a ser un buen padre, esos que comparten tiempo con sus hijos y se desviven por su familia y priorizan a su mujer por sobre todas las cosas. Y no estaba equivocada, Pablo era eso y mucho más, agregando que era un romántico empedernido y que en varias oportunidades le había dicho que la quería. Además, eran novios. Pilar al fin estaba en una relación de verdad y todo era tan nuevo, estaba pasando tan rápido.

- Ay, yo también quiero ser papá algún día.

Catalina miró a Agustín y sonrió porque ella todavía seguía siendo virgen y seguramente faltaba mucho para tener un hijo. Vamos, ni siquiera habían tenido relaciones y... tener relaciones. ¿Por qué estaba replanteándose la idea de estar con él? Es que, lo veía tan grande. Le llevaba casi tres cabezas y tal vez le hacía daño... es más, si Agustín llegaba a arrodillarse en el piso, la cabeza de él caería justo en los pechos de Catalina. Así de grande era. Entones, lo miró y Agustín la observaba con los ojos entornados y le sonrió, como siempre solía hacer. Tenía una sonrisa tan sincera... y lo que había pasado con Malena la sorprendió muchísimo. Entonces, sacó su celular y le

envió un mensaje. **¿Te parece si vamos a mi casa?**

Agustín sonrió cuando sintió la vibración en su bolsillo y sacó el teléfono. La respuesta le llegó al instante: **¡Dale!** Catalina largó una risa tímida y se puso de pie.

– Chicos, me encantaría seguir con ustedes, pero estoy muy cansada y me despierto en exactamente cinco horas... y ni siquiera me dormí.

Todos rieron y comenzaron a saludar a Catalina y a Agustín. Minutos después, estaban en el auto de Agustín, yendo para su casa. Cuando llegaron, ella le preguntó:

– ¿Querés quedarte a dormir?

– Me gustaría mucho...– Agustín mordió sus labios y sonrió–. Tu casa parece una extensión de tu consultorio.

Se quitó el saco, luego el cinturón, el pantalón y la camisa, dejando su ropa encima de una silla. Por vergüenza, y para no asustar a Catalina, llevó una mano a su bulto para taparse, no sea cosa que Catalina quiera salir corriendo o algo así.

Entonces, ella se sacó el vestido azul oscuro, quedando en ropa interior delante de él. Acaso, ¿quería matarlo o qué? ¿Por qué hacía eso? ¿Lo estaba buscando? ¿Torturando? ¡¿Qué quería?!

– Cata, yo... no soy de madera, bombón. No podés estar así... ponete una remera o no sé...

Catalina se tapó la boca para ocultar la risa y comenzó a caminar hacia él, y sonrió más cuando Agustín dio un paso hacia atrás. ¿Qué hacía?

– Sos un tonto. ¿Por qué te alejas?– preguntó, riendo.

– Porque me estás asustando, Catalina.– contestó muy serio.

– ¿Y por qué?

Continuó caminando hasta que Agustín chocó contra la pared y sacó la mano de su bóxer blanco. Fue ahí cuando Catalina dejó de caminar y abrió la boca porque... bueno, eso era muy grande. Se veía muy grande.

– Por esto. Cata, yo... soy un hombre y como hombre tengo deseos...

Entonces, Catalina se preguntó qué se sentiría ser deseada por él.

– ¿Me deseas?

– Con todas mis fuerzas.

– ¿Mucha fuerza?

¿De qué estaban hablando?

– Catalina, no me apures.

Dios, estaba tan excitada y... ¿sería por el alcohol?

– Agustín, solo quiero saber qué se siente ser deseada por alguien como vos.

– Cuando nos besamos me preguntaste si siempre se sentía así y yo te respondí que no, nunca. Desde ese instante te deseo con todo mi cuerpo.

Catalina cerró el espacio que los separaba y poniéndose en puntas de pie, logró besar el cuello de Agustín, quien cerró los ojos porque de verdad lo estaba padeciendo.

– Cata.– susurró.

– Besame, Agustín, necesito saber qué se siente.

No hizo falta decir más. La alzó en sus brazos y dando la vuelta, la apoyó contra la pared y le comió la boca. Sus besos ya no eran suaves y tiernos como los anteriores, esa vez, sus besos eran brutos, duros, casi violentos, demoledores... sus manos apretaban las piernas de Catalina que le rodeaban la cadera y comenzó a mover su pelvis, provocándola, excitándola. Cada vez empujaba más su cadera y cuando sintió los gemidos de Catalina dentro de su boca, se perdió.

La llevó hasta la cama y ubicándose sobre su cuerpo, agarró las pequeñas manos de ella y las estiró por encima de su cabeza, apretó y entrelazó sus dedos, mientras movía su pelvis y escuchaba los jadeos de Catalina.

– Cata, pedime que pare ahora.

– No...– Catalina negó con su cabeza porque quería seguir.

– ¿Querés coger?– la miró y estaba sonriendo. ¿Por qué sonreía?–
¿De verdad?

– Agustín, no imagino hacer esto con otro hombre que no seas vos.
Y no sé si mañana voy a arrepentirme, pero... quiero hacer el amor.

El corazón de Agustín comenzó a latir con tanta fuerza, como si quisiera ir lejos, escaparse, huir de esa situación porque... bueno, Agustín no sabía cómo manejarse. La realidad era que no quería arruinar las cosas con Catalina porque era la primera vez que pensaba en un futuro y sabía que ella era

diferente. ¡Por favor! Era totalmente distante a las mujeres que estaba acostumbrado y verse en un escenario totalmente opuesto, lo enloquecía. No sabía qué decir, cómo proceder, y... la quería, era la primera vez que quería a alguien y ella era tan pura como una simple margarita. Ella... era como si Catalina hubiese estado esperando que termine de enloquecer a mujeres y por fin ponerse en serio con alguien que ni siquiera hubiera imaginado conocer.

– Cata, pará... pará.

Quiso separarse de ella, pero Catalina no lo dejó y se abrazó a él, besándolo, enroscándolo con sus piernas y...

– Cata, bombón, pará... pará un segundo.

– ¿Qué?– preguntó, casi sin aliento.

– Despacio, más despacio... creo que estás borracha y no sabés lo que estás haciendo. No quiero cagar esto...

– Entonces, tocame.

Agustín sonrió con picardía. Carajo, estaba tan entregada y decidida. Entonces, se ubicó a su lado y mientras la besaba en los labios, comenzó a pasear su mano por todo su cuerpo... cada rincón, curva, montaña y oscuridad. Besó sus grandes pechos, mordió sus pezones duros, chupó la piel de su estómago. Al darla vuelta, descubrió que también tenía pecas en la espalda y eso lo enloqueció peor. Pasó su lengua de punta a punta, mientras una Catalina nueva se movía bajo su cuerpo como si fuera una serpiente. Le abrió las piernas y...

– El culo arriba, Cata.– le pidió y sonrió cuando escuchó un gemido como respuesta.

Un gemido cargado de pasión y excitación.

Catalina abrió más las piernas y subió su culo. Entonces, unas manos fuertes separaron los cachetes y...

– Dios mío.– gritó, cuando la lengua de Agustín paseó por todo su sexo.

– No, no, no... no lo llamemos, Cata. Seamos solo vos y yo.

Catalina dejó escapar una risita inocente, pero volvió a jadear cuando la lengua de Agustín entró en su cuerpo. Resbaladiza, suave, experimentada, bailarina, rápida. Por favor, amaba la lengua de Agustín. Entonces, decidida, hambrienta y enloquecida, se dio la vuelta y dejando a un Agustín confundido

y arrodillado entre sus piernas, comenzó a tocarse, cerrando los ojos, tirando la cabeza hacia atrás, encorvando su espalda y... gritó, gritó porque el orgasmo había llegado para darla vuelta de locura. Y cuando abrió los ojos, Agustín estaba frente a ella, tocándose...

¡¿Qué estaban haciendo?! Por favor, había más química y sexualidad en ese momento, que en cualquier parte del mundo.

Desorbitada, se levantó y se sentó encima de él.

– Quiero hacerlo.

Agustín negó con su cabeza, mientras su mano subía y bajaba por su pene, grande, duro, grueso e hinchado. Él más que nadie necesitaba tener sexo, pero no así. Y cuando una manito temblorosa se posó sobre la suya, dejó de respirar. Cerró los ojos y dejó que Catalina haga lo que quiera. Tiró de él para que Agustín quede suspendido encima de su cuerpo y agarrando el miembro con la mano, comenzó a pasearlo por su vagina.

Agustín se sostuvo apoyando sus codos y antebrazos contra el colchón, a cada lado de la cabeza de Catalina, quien de vez en cuando estiraba su cuello para morder y tirar de sus labios. Y cuando quiso hacerlo entrar, Agustín ya no podía más. Él se había resistido, no sabía si lo suficiente, pero se había resistido y ella estaba encaprichada y... ubicó su mano derecha en el rostro de Catalina y con la otra, comenzó a tocar su vagina de labios gruesos. Introdujo sus dedos, verificando que estaba empapada, mojada y abierta. Carajo, nunca había estado con una chica así... agarró su pene y de un embiste, lo hizo entrar.

Enseguida, sintió las uñitas de Catalina que se clavaron en su espalda y el grito ahogado de dolor, lo paralizó. Estaba apretada, tan apretada que dolía, presión y...

– Relajate, bombón. Por favor.– pidió en voz baja y ella asintió con su cabeza.

Entonces, comenzó a mover muy despacio su pelvis, tan despacio como podía, concentrándose, hasta que escuchó la forma en que Catalina gemía y respiraba, muerta de deseo, quería más.

– ¿Estás bien?– se separó para mirarla.

Tenía los ojitos blancos, tirados hacia atrás y la boca entreabierta, sus mejillas coloradas, su cuello marcado, su pelo rubio pegado a la transpiración de su frente.

– Cata.– volvió a susurrar.

Entonces, Catalina sonrió y lo miró.

– Más, necesito más.– contestó y volvió a tirar los ojos hacia atrás, porque Agustín al escuchar ese *más*, comenzó a moverse despacio.

Catalina estaba consciente de cada movimiento de Agustín, y a pesar de estar nerviosa, trataba de disfrutar la mínima caricia porque era su primera vez y, aunque no hubo velas ni música, había sido perfecta. Sencillamente perfecta, porque Agustín no quería lastimarla y dudó más de una vez si hacerlo, pero la estaba tratando tan bien, estaba siendo dulce, cariñoso, cuidadoso, permisivo y... estaban haciendo el amor. Entonces, cuando sintió que el segundo orgasmo estaba por llegar, le pidió:

– Quiero terminar mientras me la estás...

– ¿Chupando? Carajo, Catalina, ¿de verdad?

Catalina sonrió.

– Te lo juro.

Agustín salió de ella muy despacio y bajó, le abrió las piernas y pasó su lengua por el clítoris, comenzó a moverla muy rápida, tan rápido como podía e introdujo un dedo. Entonces, sintió el momento exacto en el cual Catalina se preparó para terminar. Alejó su boca de la vagina porque quería observarla, pero siguió moviendo sus dedos muy rápido hasta que ella gritó, quiso alejarse, pero él no la dejó y encorvando su espalda y tirando los ojos hacia arriba, eyaculó contra el estómago de Agustín. Ella de verdad había eyaculado contra él y...

Carajo. ¿De verdad? ¡¿De verdad Catalina acababa de hacer eso?!

– Te amo, Catalina.

Agustín pudo escuchar una risita perdida, mezclada con un jadeo, y cuando ella lo miró, supo que Catalina era para él. Era lo que siempre había estado buscando, una mujer fuerte, porque a pesar de todo, Catalina era tan fuerte en la vida como un muro de acero y tan manejable en la cama como una marioneta.

Sí, él la había buscado y ella lo había estado esperando.

– ¿Qué pasa, Malena?

Se bajó del Smart rojo, siguiéndola. No entendía qué le pasaba, qué había

dicho o hecho para que esté así, tan enojada con él.

- Nada.
- Ay, no. No me corras con eso. ¿Qué pasa? ¡Hey, te estoy hablando!- la agarró del brazo y la empujó contra la pared.
- ¡Todo pasa! Todo... estoy perdida.
- ¿Con qué?
- Con vos, con tu vida, con la mía, con esto...
- ¡¿Eh?! Pero, si estamos bien.
- Vos estás bien, yo no.

Bautista la tomó del rostro y la besó con la violencia de un animal. No quería pelear, no le gustaba pelear y menos con ella.

- ¿Por qué no estás bien?- le preguntó, mientras le rozaba la mejilla con la yema de sus dedos.
- Porque...
- Hablame, por favor, hablame.- Pegando su frente contra la de ella, dejó escapar un suspiro interminable porque no sabía qué había pasado.
- Estás metido en mi vida... hasta dejé que los periodistas se introdujeran en mi privacidad porque...
- ¿Por qué?
- Porque te quiero, pero...
- Yo también, ya te lo dije.
- Pero no como yo.

De verdad, Bautista no estaba entendiendo nada.

- ¿No como vos?- se separó de ella para observala mejor.
- Te presenté a toda mi familia, a mis amigas y... ¿y vos?

Bautista cerró los ojos y separándose de ella, refregó su rostro porque estaba cansado. Y lo peor es que tenía razón, él no tenía la valentía de dar ese paso... presentarle a Pedro significaba dejarla entrar para siempre en su vida porque su hijito era la única familia que tenía, el único familiar directo. Una vez le había prometido a Colette, su ex esposa, que no le presentaría cualquier mujer a su hijo hasta estar seguro. El caso era que, Malena no era cualquier mujer, pero quería estar seguro.

- Creo que voy a irme. Es mejor pensar las cosas y...
- ¿Pensar las cosas? ¡¿Qué cosas?!– ella estaba desbordada y tenía razón.
- No grites, Malena.
- No vas a decirme qué tengo que hacer. ¡¿Qué cosas?!
- Esto... lo nuestro. Yo... tenés razón. No te presenté a mi hijo...
- Seguís enamorado de ella.

Dios, qué manera de dar vueltas las cosas.

- ¿Qué? ¡No! No... no.
- Sí, Bautista. Te vi cuando hablabas del parto...
- ¿Del parto? Era el nacimiento de mi hijo, Malena, ¿cómo querés que hable de eso? Es el día de hoy que pienso en ello y me emociono. ¡Es mi hijo, lo único que tengo en la vida!

A Malena se le llenaron los ojos de lágrimas porque nunca iba a estar en primer lugar para nadie. Siempre iba a haber alguien más delante de ella y no se creía con la fuerza suficiente para enfrentarlo. No lo había logrado con su papá, ni con Diego, menos iba a lograrlo con Bautista.

- Creo que es mejor que nos distanciamos, Bautista. Tenés razón, tendríamos que pensar y... no sé.
- Malena, recién estamos empezando y ya estamos peleando por estas cosas...
- Te abrí las puertas de todo, Bautista. De mi mamá, de mi papá, de Vanesa, de la Pitusa... te dejé entrar en la vida que llevo con mis amigas y vos no me dejaste ver nada. No puedo...
- Tenés razón.

Se acercó a ella y la besó en sus labios, pero Malena lo separó, poniendo una mano entre ellos.

- Te abro el portón, pero esta vez para que te vayas.– ¡Qué melodramática era, por favor!

Apretó un botón y el enorme portón se abrió. Bautista subió a su camioneta y salió marcha atrás, las ruedas chillaron cuando se alejó. La hoja de metal se cerró y Malena cayó al piso, largándose a llorar porque lo quería, pero si no era lo suficientemente importante para él...

– ¿Male?

Se dio vuelta y encontró a Vanesa, vestida con un camisón blanco y cara de dormida.

– Hola.

– ¿Qué pasó?

– Nada... nada.– dijo, mientras se limpiaba las lágrimas.

– Escuché todo... perdón, Male, pero creo que deberías entenderlo.

¿Por qué le decía eso? ¿Por qué se metía en su vida?

– ¿Por qué?

– Porque tiene miedo y eso está bien. ¿Tenés idea el tiempo que me costó convencer a tu papá para que me dejara conocerte? Que quiera presentarme lo más importante de su vida, después de perder a la mujer que más amó... a veces la vida es así, Malena y nosotras tenemos que entenderlos porque, hasta que no tengamos un hijo no sabemos...

– Es diferente, Vanesa. Vos ya estabas con mi papá antes que mi vieja se muera.

Vanesa cerró los ojos como si le hubieran dado un tortazo. Y cuando los abrió, no vio arrepentimiento en Malena.

– Male, tu mamá le pidió a tu papá que vuelva a hacer su vida porque sabía que ella...

– No hables de mi mamá, Vanesa. No la conociste.

Vanesa sonrió.

– Estás equivocada, sí, la conocí y...

– Mentira.

– No, no miento. Tu mamá se fue feliz porque me conoció... tu papá me la presentó y...

– ¡Mentira! Mentira.

– Andá a buscarlo, no lo dejes ir. ¡Andá, Malena! Andá.

Ya iban a tener tiempo para hablar, pero igualmente le hizo caso. Volvió a apretar el botón y subió a su auto, sin saber a dónde ir. ¡Ni siquiera sabía dónde vivía Bautista! Entonces, lo llamó y él atendió al segundo tono.

– Male.

- ¿Dónde estás?
- No llegué muy lejos... estoy a cuatro cuadras de tu casa.

Malena sonrió.

- ¿Dónde?
- Pavón y Capello.
- Bien, esperame ahí.

Cortó y manejó hasta el lugar. Vio la camioneta de él estacionada en una parte muy oscura bajo muchos árboles. Era de madrugada y faltaba mucho para que salga el sol. Estacionó detrás de él y se bajó de su auto, al segundo, ya estaba sentada en el asiento del acompañante de la camioneta de Bautista.

- ¿Por qué no podemos ir despacio?– preguntó él.
- Porque soy muy atropellada.

Los dos sonrieron.

- Vení.– Bautista corrió la butaca hacia atrás y Malena voló a sus piernas–. Tenemos que ir despacio... necesito tiempo, Male.
- ¿Cómo sé que no estas con otras personas?
- ¿Por qué no decís mujeres, Malena?– preguntó, sonriendo.
- Porque te gustan las personas y tengo miedo que estés viendo a alguien más, tal vez por eso no querés que...
- Pero solo estoy con vos. Male, voy a decirte algo que una vez le dije a Colette, pero no quiero que te lo tomes a mal...
- Quiero saberlo.

Malena quería que se lo cuente porque eso significaba saber más de él, por más que siempre estaba metida Colette en el medio.

- Colette una vez me preguntó por qué yo no lo engañaba con otra persona, en ese entonces, ella ya estaba con Simón... se ve que no entendía por qué ella podía engañarme y yo no, así que le respondí: *“Si yo te engañara, ¿cómo hago para mirarte mañana? Si yo hiciera lo que mi cuerpo me pide cuanto estoy frente a alguien que me tienta... ¿cómo mierda hago para acostarme a tu lado y tocarte y abrazarte? ¿Cómo te hablo sin que mi cara no se caiga de vergüenza? ¿Te miento? Y si pudiera mentirte, ¿qué te diría?”*.

Cuando estoy con vos, me pasa igual, Malena. Y es más, mucho más fuerte porque sabés que estoy bien jodido y sin embargo seguís acá,

insistiendo...– apoyó su frente contra la de Malena y acarició su mejilla–: ¿cómo sé que vos no me engañas? ¿Cómo sé que ésta vez voy a ser lo suficientemente importante para que no me cambien por otro? Para que no piensen en alguien más cuando están conmigo, para que me amen más...

Malena sabía que Bautista era tan desconfiado como ella era de ciega, y fue ahí cuando se dio cuenta que él también necesitaba de hechos para confiar. Entonces, acercó sus labios a los de él y lo besó. Enseguida, el interior de la camioneta se inundó de gemidos roncós y jadeos, los vidrios se cubrieron de vapor y pasaron al asiento de atrás, que era bastante grande y cómodo. Malena se quitó el enterito negro, la bombacha y el corpiño y le desabotonó la camisa a Bautista, le bajó un poco el pantalón junto con el bóxer e introdujo el pene en su interior, tan rápido como en un abrir y cerrar de ojos.

– Aaah.

– ¡Aaaah! Male... aaaah.– Bautista se quedó sin palabras.

Su pecho subía y bajaba porque Malena estaba cabalgando encima de su cuerpo como una reina. Le apretó los cachetes del culo, separándolos y se le fue un poco la mano... solo un poco. Le pegó un azote y luego, invadió su ano con un dedo.

– Bauti... aaah... ¡ay! ¡Aaaah!

– Quiero todo, Malena. Todo...– admitió, jadeando y mordiendo los labios de su mujer–. Tu culo, Malena... todo.

Malena tiró la cabeza hacia atrás sintiendo cómo su cuerpo se llenaba por completo y descubriendo que le gustaba mucho la forma en que jugaba Bautista. Él ya lo había avisado, necesitaba más, quería todo y ella creía estar dispuesta a dárselo.

Llevó una mano a su clítoris y comenzó a tocarse, las cosquillas no tardaron en llegar y enseguida se perdió en un orgasmo que la volteó de placer, sintiendo el pene de Bautista que latía en su interior y sus gemidos roncós provocaban que su piel se ponga de gallina.

– ¿Crees en el amor a primera vista?– preguntó ella, un poco agitada.

– No, pero creo en la locura y vos me enloqueciste desde el primer momento, *Malena atropellada*.

Capítulo 13

Pilar había preparado una sorpresa. A pesar de las náuseas y los mareos que tenía, quería hacer algo especial para el Día del niño porque

Maia se lo merecía y Pablo tenía que pasar un buen momento. Así que, cuando todo estaba preparado, le pasó la dirección. Pablo sabía que iban a encontrarse pero no tenía idea en dónde.

Pablo.* ¿Estás segura? Es la dirección del cementerio.

Cuando Pilar leyó la respuesta, sonrió. Pablo era terrible, ¿por qué tenía que dudar tanto?

Pilar.* ¡Que sí, hombre!

Miró a su alrededor y se sorprendió porque no había sido la única que había ideado algo por ese día. ¿Cuántos niños habían muerto? ¿Cuántas almas chiquitas paseaban por el lugar y ella no lo sabía? Y pensar en eso le dio miedo porque tal vez le pasaba algo a ella y a su bebé y... negó con su cabeza porque su embarazo era normal, estaba controlado por un buen médico y dentro de una semana tenía turno para la primera ecografía. Respiró y se sentó frente a la tumba.

– Bueno, Maia, espero que cuando tu papá llegue, dejes de jugar por un ratito y te quedes con nosotros. Traje galletitas y el mate, e hice una torta, una pastaflora de membrillo... ando un poco mal de la panza, vomito mucho... Dios, vomito muchísimo. Mañana tu papá va a hablar con el médico a ver si me pueden dar algo que calme esto porque...

– ¿Pili?

Se dio vuelta y Pablo estaba de pie al lado de un árbol, observándola con una sonrisa preciosa en sus labios y... ¡qué lindo era!

– Hola.– susurró, poniéndose de pie–. Quería que festejemos el Día del niño. ¿Está bien así?

Pablo miró la pequeña tumba de su hijita y se emocionó. A él nunca le gustaron las flores porque decía que eran para los muertos, por lo tanto, menos iba a llevarle flores a su pequeña bebé. Y cuando vio todo lo que había preparado Pilar, la amó. La amó fuerte porque sabía que ella tenía un corazón enorme y que, si hubiese conocido a Maia, la hubiera amado tanto como él.

Alrededor de la tumba había globos inflados con helio. Un corazón rojo y uno rosa, un unicornio precioso de muchos colores, molinos de plástico verdes y azules, una manta sobre el césped, comida y el equipo de mate, galletitas de manteca en forma de corazones y... Pilar era lo mejor que le podía haber pasado en mucho tiempo y ni siquiera él podía haber ideado una

sorpresa así para su hijita. Iban a festejar el Día del niño como una familia. Iban a ser papás e iban a compartir una merienda junto a Maia.

– Gracias, cielo... gracias por esto.

Se acercó a ella y la abrazó, besó sus labios y sintió el gusto salado de las lágrimas de Pilar. Se separó y las secó.

– Pensé que podíamos merendar junto a Maia y compartir...

– Gracias. De verdad, yo... no sé qué decir.

Volvió a besarla y luego, se arrodilló y apretando la cintura de su novia, besó la pequeña pancita que ni siquiera había salido. Luego, se sentó sobre la manta y palpó a su lado para que Pilar se siente junto a él.

– Feliz día, princesa. Ay, Maia, te necesito tanto.– Admitió, mientras tocaba la tumba sin sentir vergüenza por estar hablándole a un pedazo de cemento. Es que era más que eso, mucho más–. Parece mentira que no estés conmigo...

– Pablo, no hagamos que Maia se sienta triste, vamos a charlar y tomar mates, reír y...

– Lo sé. Gracias, cielo.

La palabra *cielo* se convirtió para Pilar en la mejor del diccionario. Y sonrió porque en su vida imaginó que iba a pasarle algo así, conocer a un hombre que iba a quererla y formar una familia. Seguirlo en sus hermosas locuras, como por ejemplo lo que había hecho ese domingo.

– Pili, tengo que decirte algo... hace mucho que me está dando vueltas y no sé cómo largarlo.

– Diciéndolo, hombre. Simple.

Pilar le dio el mate a Pablo y le sonrió para tranquilizarlo, quería que sepa que con ella podía hablar de lo que sea.

– Cuando te tomes la licencia, me gustaría muchísimo que... te quedes en casa con el bebé. No soy machista, no quiero tenerte encerrada, o cuidando a nuestro hijo todo el día, solo quiero que se crie con nosotros. Prometo no trabajar tanto, poner a más personas así podemos pasar más tiempo juntos y... quiero que te mudes conmigo.– Y como ella no contestó–: bueno... decí algo.

Pilar no era de esas mujeres a las que le gustaba ser “mantenida” por un hombre, ella quería ser independiente y tener su propio dinero, pero de

pronto, la idea que le planteaba Pablo no le parecía tan descabellada ni tan machista, le parecía un gesto hermoso porque sabía que para él la familia era lo más importante y si estaba dispuesto a trabajar menos horas para poder estar con ellos gran parte del día, ella podía dejar de trabajar por unos años, por lo menos hasta que su hijo comience el jardín y conseguir algo de medio tiempo. ¿No? Además, hacía más de una semana que dormía en la casa de Pablo y ya se había acostumbrado a pasar todos los días juntos.

- Está bien, acepto. Pero solo por unos años... cuando nuestro hijo empiece el jardín...
- Lo prometo. ¿Pilar?
- ¿Sí?
- Yo... me encuentro con muchos sentimientos lindos y no sé si es rápido, pero... siento que te amo. Y me gusta pelear con vos, cocinar juntos y que ensuciemos la alfombra de la cocina, que terminemos haciendo el amor como dos animales en el piso... amo despertarme a tu lado y sentir tu olor cuando te levantas... suelo agarrar tu almohada y abrazarla porque te extraño todo el tiempo que no estamos juntos.

Pilar se llevó una mano al corazón porque nunca le habían dicho algo tan hermoso. Bueno, eso de la almohada era un poco extraño, pero si lo meditaba hasta podía llegar a ser romántico. Es que Pablo era así, un romántico en apuros que acostumbraba a decir sus sentimientos sin importarles qué.

- Siento que con vos aprendí a escuchar a las personas, Pablo. Yo no estaba acostumbrada a escuchar, pero con vos... me cambiaste. Desde el primer momento en el cual entraste a tu sala de conferencias y me miraste, mi corazón empezó a latir con tanta fuerza y... dijiste que estar a tu lado era arriesgarlo todo, hasta mi vida... pensé que ibas a hacerme la vida imposible, pero no, es todo lo contrario, vos hacés *posible* todo. Todo... creíste en mí desde el principio e... hiciste posible mi mayor sueño y me siento en deuda con vos...
- No.- Pablo se acercó a ella y la tomó de las manos, poniéndolas en su pecho-. No, no estás en deuda para nada, Pilar yo te quiero, te amo... nunca amé en mi vida como te amo a vos. Todas las mujeres que pasaron, no se comparan en nada... es que, ¿no te das cuenta? Sos vos la que hizo posible que mis ganas de vivir vuelvan, me abriste los ojos, me hiciste escuchar y sonreír, y... tomaste decisiones por mí y me siento cuidado, protegido y tan mimado por vos.

- Ay, Dios, me olvidé que eras una especie de hombre en extinción.
- No.– susurró, sonriendo–. No soy nada de eso... nunca fui así con nadie, solo amé a Maia y la sigo amando... y creo que vos hubieras sido la mamá perfecta para ella, como vas a serlo con nuestro hijo, Valentino.

Pilar sonrió.

- ¿Valentino? ¿Ya sabés que es un varón?
- Sí, me lo contó Maia.
- Ay, ¿y por qué no me lo dijo a mí?
- Supongo que le da vergüenza.

Los dos rieron y de esa forma, charlando y sonriendo, dejaron pasar el tiempo hasta que se hicieron las seis de la tarde y el sol comenzó a esconderse. Juntaron sus cosas y luego de despedir a Maia, se fueron del cementerio con una sonrisa. Era la primera vez que Pablo salía de ese lugar con una sonrisa impregnada en sus labios y todo se lo debía a Pilar.

Una semana y media después, Pablo trataba de tranquilizar a Pilar después de que su ex novia haya aparecido en la oficina para intentar hablar con él. Y lo peor de todo fue que cuando la modelito se fue de la oficina sonriendo, Pilar abrió el cajón del escritorio de Pablo y encontró el anillo.

- ¿Por qué sigue ahí?
- Porque me olvidé, además, no voy a tirarlo, cielo. Me costó un ojo de la cara.
- ¡Me importa un carajo lo que salió, hombre! Vendelo, hacelo agua, no me importa, pero si lo tenés es porque significa algo.
- Cielo, no busquemos problemas en donde no los hay.

¡¿La estaba llamando problemática?!

- No lo puedo creer... vamos a ver si te gustaría que yo haga lo mismo.
- ¡Pero si no hice nada!– Pablo trató de defenderse, pero era imposible.
- ¡Es un anillo de compromiso! Necesito de mis amigas...
- ¿Por qué? ¡Hablá conmigo!

- No... necesito hablar con ellas. Con vos no puedo.
- ¡¿Por qué?!

Pablo no estaba cansado de los cambios de humor de Pilar, al contrario, le parecían graciosos y cuando ella se iba, él comenzaba a reír porque era increíble lo bipolar que estaba. Pero, esta vez le dolió que lo haya culpado por algo que él no tenía nada que ver. Es más, ni siquiera se acordaba de su ex, ya había pasado a ser historia. ¿Por qué Pilar no lo entendía?

- Pili, Alexandra ya pasó...
- ¿Cómo? Hasta hace un mes me decías que la querías.
- Pili, no volvamos a hablar de eso, solo quería convencerte... te quiero a vos.
- Tu mamá tenía razón, sos un enamorado.
- ¿Mi mamá? Pilar, por favor, hablemos, no te vayas enojada.
- Pablo, necesito mi cable a tierra, ¡necesito a mis naranjas!
- ¿Naranjas?

Se acercó a él, besó sus labios y luego dio media vuelta y salió de la oficina. Pilar sabía que su estado de ánimo se debía al embarazo, pero no podía creer que esa mujer había vuelto solo para saber cómo estaba Pablo. ¿Y si de verdad quería volver con él? ¿Y si el plan que ya se había disuelto había funcionado y Alexandra iba a hacerle su vida imposible?

No solo estaba en juego su embarazo, también su relación porque lo quería. Sí, había empezado a quererlo tanto al igual que su miedo había aumentado. Pero confiaba en él, sabía que la quería y ahora eran una familia. Podría ser una locura, porque se habían conocido hacía solo un mes y medio y ya estaban de novios, embarazados y a punto de irse a vivir juntos, pero, ¿quién dice que la locura no es lo más cuerdo que hay?

Llegó a la casa de Catalina y Malena ya se encontraba ahí.

- Mmmm, ¿qué es esa carita?— preguntó Malena, un poco preocupada.
- ¿No existe una máquina para borrar recuerdos?
- ¿A quién tenemos que matar?
- No, matar no, Male, solo quiero que la ex de Pablo desaparezca, nada más.
- ¡Vamos a matarla! No me digas que volvió.

- Vino a la oficina para saber cómo estaba Pablo y...
- ¿No le contó que estabas embarazada?
- ¡No! Tampoco quiero que lo haga, mirá si me hace algo. Esto es lo más importante que tengo, Male. Y quiero cuidarlo...
- Pili, creo que deberías tranquilizarte y contar hasta cien, hace días estás muy nerviosa y...
- Tengo miedo, chicas. Tengo miedo que Valentino tenga problemas al nacer y...
- ¿Valentino?– preguntó Catalina–. ¿Es varón?
- Pablo dice que sí.

Malena y Catalina sonrieron porque no podían creer cómo Pilar había cambiado tanto en tan poco tiempo. Estaba irreconocible, de no querer saber nada con el amor, pasó a tener novio de la noche a la mañana y estaba formando una familia. Y eso ponía muy felices a sus amigas porque sabían toda su historia y por más que ella siempre haya dicho que no necesitaba de un hombre, sabían que lo añoraba. Pilar siempre quiso formar una familia y seguramente la desconfianza nacía porque le parecía un sueño, un cuento. Pilar no era una mujer miedosa, jamás lo fue.

- Amiga.– dijo Catalina, sonriendo–: tenés todo para ser feliz. Sí, puede que esté pasando rápido y eso te provoque miedo, pero conocimos a Pablo y es buen tipo, y se nota que te adora. Tendrías que enfocarte más en las cosas buenas, en tu nueva familia, en tu embarazo, en Pablo... nada malo va a pasar, y no porque haya tenido la triste historia y experiencia de perder a su hijita, va a pasarles lo mismo, Pili. Enfocate en las cosas que hay alrededor y poné la energía ahí. Yo confío en vos.

Pilar se quedó dura. Sí, Catalina cuando hablaba sabía dar los mejores consejos y tenía razón, tenía que enfocarse en las cosas buenas, en poner su energía en el bebé y en Pablo y en su nueva relación. Estaba embarazada. Oh, Dios, ¡estaba embarazada!

- Chicas, estoy embarazada, embarazada de verdad. Voy a ser mamá... voy a tener un bebé y no pagué un peso por eso... voy a ser mamá y estoy con un hombre que amo y me ama y... ya gané. Gané todo.

Malena sonrió y a Catalina se le llenaron los ojos de lágrimas.

– Vas a ser una buena mamá.

Entonces, Pilar tocó su panza y cerrando los ojos cayó en la dulce realidad... estaba esperando un bebé.

– Así que, Valentino, ¿eh?

– Sí.– volvió a sonreír y las miró-. Pablo dijo que era un varón... Male, ¿volviste a hablar con Diego?

– No. No, para nada. Tampoco quiero, eh. O sea, Diego es pasado... ya está.

– Entonces, la teoría de que un clavo saca a otro clavo...

– No es mito, es realidad, te lo aseguro.– admitió Malena, sintiéndose un poco mal por eso-. Pero, el caso es que con Bautista estoy tranquila. Si bien el otro día peleamos porque le dije que él no me había presentado a su hijo, después lo solucionamos. ¡Ay, no saben! La caradura de Vanesa me dijo que conoció a mi mamá, y que mi mamá se fue tranquila porque sabía que mi papá y yo habíamos quedado en buenas manos. Entonces, se supone que mi papá llevaba tiempo saliendo con Vanesa...

– Male, tus papás estaban separados desde antes que tu mamá caiga enferma y tu papá quiso cuidarla hasta el último día.

– Ya sé, Pili, solo que... me parece raro que mi viejo nunca me lo haya dicho.

– ¿Se lo preguntaste a tu papá? Además, no entiendo por qué no le crees a Vanesa.– dijo Catalina.

– No es que no le creo...

– Entonces, ¿qué es?– Catalina volvió a atacar.

– ¡No sé! Hey, ¿qué te pasa?

– Nada, solo que no entiendo por qué te cuesta tanto aceptar que tus viejos no estaban juntos desde hacía mucho tiempo y que Vanesa es buena... siempre estás buscándole el pelo al huevo para hablar mal de ella cuando se portó bien desde un principio.

– ¿Desde un principio? ¿Te parece que portarse bien es quedar embarazada a propósito para entrar en mi familia después de pocos meses que mi mamá se muera?

Catalina y Pilar se miraron un poco asustadas.

- Malena, no creo que eso haya sido lo que pasó... tu papá ama a Vanesa, yo creo que...
- ¡No creas nada!- gritó, fuera de sí.

Y cuando Catalina vio el enojo en Malena y la forma en que le gritó, tapó sus oídos y se puso de pie lista para ir a esconderse. Pero, sus amigas actuaron más rápido que ella, Malena la abrazó por delante y Pilar por detrás, encajonándola para que se sienta apretada y segura.

- Tranquila, Cata.- susurró Malena-. Perdón, perdón, amiga, perdón.

Pilar acariciaba la cabeza de su amiga. Hacía mucho tiempo que no pasaba algo así, ¿por qué tuvo que defenderse del grito de Malena?

- Cata, ¿qué pasa?
- Na... nada... nada.
- Cata.- susurró Pilar, quitándole las manos de sus orejas-. Amiga, ¿qué pasa? ¿Hay algo que quieras contarnos?

El celular de Pilar comenzó a sonar y alcanzó a ver que era Pablo, y para que no siga interrumpiendo el episodio de Catalina, agarró el teléfono y dijo "hola", pero luego, cuando Catalina quiso escapar, se le cayó al piso, desarmándose. No le importó, solo quiso alcanzar a Cata antes que llegue a la habitación donde se encontraba el armario.

Esto no podía seguir ocurriendo, tenía que parar, Catalina tenía que parar y empezar a largar todo lo que le pasaba por dentro... si bien sabían que al gritarle Catalina se anulaba, tenía que parar.

Entonces, terminaron las tres en el piso, abrazadas y más preocupadas que nunca. ¿Qué estaba pasando?

Media hora después, Catalina se normalizó y volvió, Malena le pidió disculpas y le preguntó qué estaba ocurriendo para que ella reaccione de esa forma. No quería hablar, pero Pilar le pidió por favor que les cuente para así poder ayudarla.

- Hice el amor con Agustín.

Pilar y Catalina no entendían qué había de malo en eso.

- Ay, amiga, pero eso es bueno... muy bueno. ¿Cuál es el problema? ¿No te gustó? ¿Hizo algo que no debía? ¿Te lastimó?

¿Por qué Malena le hablaba como si Catalina tuviese diez años? Ni

siquiera a la Pitusa le hablaba con ese tono.

- El problema es que me gustó y... dijo que amaba. Agustín dijo que me amaba... ¿cómo puede amarme? ¿Cómo alguien cuerdo puede amar a una persona como yo?

Pilar y Malena cruzaron una mirada miedosa.

- Yo creo que es al contrario amiga, él está loco por vos y eso es mejor que estar cuerdo.– admitió Pilar.
- ¿Y si algún día discutimos y yo me encierro tanto al punto de querer desaparecer de su vida?
- Bueno, ahí vamos a estar nosotras para ayudarte, eso no es un problema. Hey, Cata, estamos acá, con vos, como siempre, para lo que nos necesites. Somos nuestros tercios de la naranja. Somos casi almas gemelas, por poco hermanas. Confiá en nosotras, porque cada vez que caigas vamos a estar ahí para escucharte, sin cansarnos de que cuentes lo mismo una y otra vez... Hey, Catita, amiga... vamos... – Malena trataba de que Catalina entre en razón.

Y mientras Pilar observaba la situación, su cerebro hizo un clic, hasta pudo escuchar el ruido que hicieron sus pensamientos al acomodarse y cayó en la realidad de que ella no tenía problemas, al contrario, le estaban pasando cosas verdaderamente buenas y solo hacía falta escuchar un poco más, poner un poco de atención. Debía agradecerle a la vida por ponerle en el camino a Pablo, a quien quería más de lo que sabía.

Dos horas después, cuando todo el tema de Catalina se había estabilizado, Malena le dijo que vaya a ver a Pablo porque ella quería quedarse a pasar la noche con Catalina. Pilar aceptó porque necesitaba hablar con él, quería pedirle disculpas por como lo había tratado y la escena de celos que le había hecho. Primero pasó por su casa y agarró una funda para su celular, no quería que se le caiga otra vez y se desarme como hacía un rato. Armó un bolsito con una muda de ropa y salió para la casa de Pablo. Tocó timbre y a los pocos segundos, la puerta se abrió y Pilar se quedó de piedra al ver el rostro preocupado de él.

- ¡¿Por qué me apagaste el teléfono?!–gritó Pablo, mientras dejaba la puerta abierta y caminaba hacia el interior.

Pilar no sabía qué decirle... ella... ella no le apagó el celular. ¿Por qué

haría algo así?

– ¿Y para qué querría apagar mi celular? Ni siquiera te hubiese atendido, Pablo.

– ¡¿Entonces?!

¿Qué le pasaba?

– Te atendí para decirte que no podía hablar y se me cayó al piso, desarmándose.– dijo, mientras sacaba su teléfono de la cartera y se lo mostraba.

– ¡Pilar, a mí no me trates como un pelotudo! Ese puto teléfono tiene funda.

¿Y cuál era el problema?

– Pasé por mi casa antes de venir para acá, agarré ropa y una funda para mi teléfono.

Pablo estaba desencajado, ido y enojado, y además, estaba desconfiando de Pilar.

– ¿Y tengo que creerte?

¿Era eso? ¿Era tan desconfiado como para no creerle la verdad? Pero, ¿por qué ella tenía que contarle lo que había pasado con Catalina para que él le crea?

– Hombre, voy a decirlo una vez...

– ¡No vas a decirme nada! ¿Con quién estabas?

– Pablo, ¡pará un poco!

– No paro una verga... te pedí una sola cosa... ¡una sola! La verdad... te pedí que no me mientas, y saliste enojada de acá, no querías hablar conmigo y preferiste hacerlo con tus amigas cuando era nuestro problema, y estás embarazada, no sabía qué te había pasado... ¡te llamé ochenta veces y el teléfono estaba apagado! No sé si estabas internada, si habías chocado con ese puto auto del orto, si el bebé estaba bien, si...

Pilar cerró el espacio que los separaba y lo abrazó. Se agarró a ese cuerpo musculoso y duro como si fuera un coala... necesitaba tranquilizarlo y lo más raro de todo era que lo entendía. Se había preocupado y tenía razón.

– Perdón.– le pidió, mientras pasaba sus manos por la espalda de él, apretándolo contra ella, consolándolo–. Tranquilo, no me pasó nada,

estoy bien. Valentino está muy bien...– se alejó y acunando la cara de Pablo entre sus manos, le dijo–: Catalina tuvo un episodio de ansiedad y me enfoqué en ella, solo eso. No podía agarrar el teléfono del piso y armarlo porque si no ella iba a encerrarse en el armario y la verdad es que... con Malena no queremos que lo haga, si podemos ayudarla y estamos con ella, elegimos abrazarla y apretarla para que se sienta segura... con nosotras. Y cuando todo terminó, fui a casa para agarrar ropa y venir a verte porque te quiero con todo mi corazón, y sos el mejor hombre que me pudo haber tocado de compañero para este mundo, para ser el papá de mi hijo y... estoy enamorada de vos. Quiero todo, Pablo. Quiero todo con vos.

– Cielo...– susurró, mientras clavaba los dedos en la nuca de Pilar y acercaba sus bocas–: perdón, mi amor, perdón.

Pablo mordió los labios de Pilar y poco a poco la fue empujando contra una pared hasta apoyar todo su cuerpo contra el de ella y besarla. Abrieron sus labios uno por encima del otro y sus respiraciones cambiaron cuando comenzaron a quitarse la ropa.

- No vuelvas a desconfiar de mí...
- Perdón.
- Prometelo, Pablo.

Pablo volvió a besarla y metió su lengua chocando con la de ella y...

- Lo juro, lo juro, cielo. Perdón.

Dios, cómo le gustaba verla enojada. Volvió a atacarla, arrebatándole un beso y todo el aire. Y como siempre, Pilar se entregaba, mostrándole que era suya, que podía hacer lo que quisiera porque lo quería.

- ¿Estás enamorada de mí?– preguntó él, acomodando su pene y entrando en el cuerpo de Pilar.

Ella tiró la cabeza hacia atrás y se aferró más a él.

- Sí, ¡aaaah!– gritó, cuando Pablo bajó un poco y la embistió más profundo.

Poco a poco fueron cayendo al piso, Pablo de rodillas y Pilar encima de él, con las piernas abiertas, subiendo y bajando, sintiéndose querida y deseada por un hombre bueno.

- ¿Por qué, Pablo? ¿Por qué estamos juntos?

Pablo sonrió y apretándole los cachetes de la cola, hundiendo sus dedos y levantándose del piso, quiso llevarla a la cama. Nunca habían hecho el amor ahí... fue hasta la habitación y cayendo sobre el colchón, él comenzó a moverse con más fuerza...

– Creo que nos amamos, Pili. No sé cómo... aaah... no sé cómo, pero nos amamos.

Esa misma noche fueron al departamento que alquilaba Pilar y se quedaron hasta las tres de la mañana empacando todas sus cosas. Y cuando digo todo, es todo: ropa, zapatillas, zapatos, perfumes, toallones, sábanas, almohadas, cacerolas e instrumentos de cocina porque en la casa de Pablo no había, alimentos, bebidas, productos del baño y de limpieza... absolutamente todo.

– ¿Qué va a decir tu mamá?– le preguntó Pilar, mientras estaban acostados a punto de dormir.

– No te preocupes por eso, mi vieja está en Grecia y cuando vuelva se va a poner muy feliz por todo lo nuevo, cielo. Ahora descansen, yo los cuido.

De esa forma se quedaron dormidos, abrazos uno del otro. Y Pilar, después de muchos años, se dejó cuidar porque había alguien en el mundo que de verdad quería hacerlo. Y lo mejor de todo era que ya no tenía dudas, lo amaba porque él era su cielo ahora. *Su cielo y más.*

Capítulo 14

Los días pasaban y Catalina tenía sentimientos confusos todo el tiempo.

Por un lado pensaba en lo bien que se sentía junto a Agustín, lo mucho que lo extrañaba cuando no lo veía, las ganas que tenía de besarlo cuando lo tenía en frente, las cosquillas constantes en su panza, los recuerdos de esa noche y además, lo quería. Y por otro, su mente retorcida y oscura la hacía pensar que lo mejor era distanciarse de él porque no se creía buena para nadie, mucho menos para una relación seria ni para hacerlo feliz, porque ella no era feliz.

Siempre se acordaba de una frase que había leído, la cual decía algo como que para hacer feliz a alguien, primero uno mismo debía ser feliz y... no la recordaba bien, tal vez por eso estaba tan confundida. Además, Agustín tenía una familia que lo amaba y ella no... estaba sola en el mundo porque quería, porque prefería mantener lejos a sus abuelos y no volver a verlos, porque si la hubiesen querido aunque sea un poco, le hubieran pedido que se quede cuando esa noche tomó la decisión de irse para siempre.

Cuando su primer turno terminó, se tomó el colectivo que paraba frente al consultorio y viajó hasta el lugar donde estaban sus abuelos. No lo hacía muy a menudo, solo cuando le agarraban los ataques de ansiedad e inevitablemente los recordaba porque ellos le habían enseñado a encerrarse. Bajó del colectivo y tocó timbre. La enfermera, Jenni, esa que siempre le abría la puerta y le mantenía su secreto, apareció con una sonrisa amigable.

- ¿Cómo estás, Jenni?
- Muy bien, Cati, ¿vos cómo estás?

Catalina revoleó sus ojos hacia arriba y largó un suspiro.

- No hablemos de mí. ¿Cómo están ellos?
- Bien, muy bien.

Qué lástima, pensó Catalina, pero enseguida se arrepintió. No podía ser tan mala. Tan egoísta al punto de querer verlos muertos, ¿o sí? Es que sus recuerdos eran tan atroces e inhumanos que no podía verle el lado bueno y agradecerles por... por nada.

- ¿Dónde están?
- En el mismo lugar de siempre, corazón. ¿Vamos?
- Claro.

Entonces, se ubicó detrás del ventanal y vio a sus abuelos mientras miraban televisión como dos personas comunes y normales. Cada vez que iba a verlos los encontraba más canosos, con más arrugas y... no podía estar ahí porque su corazón se estrujaba, pero tenía que visitarlos porque no quería

arrepentirse el día de mañana de no haber hecho algo por ellos. Es que, en realidad no estaba haciendo nada, solo pagaba por mes cierta cantidad de dinero para tenerlos ahí, sacando del banco la plata que tenía guardada por la venta de la casa de sus abuelos. Y podría haberlos puesto en un lugar mucho peor, donde no les dieran de comer, donde no los bañen y los encierren en armarios cuando gritaban, pero no... Catalina, aunque no se diera cuenta, estaba dándoles a sus abuelos los mejores últimos años de sus vidas, teniéndolos en el mejor asilo para ancianos. Al fin de cuentas, no tenía tanto rencor hacia ellos, al contrario, les estaba dando la tranquilidad que nunca recibió, la armonía y la paz que se merecían por ser personas mayores. Por ser personas, punto.

– Gracias Jenni, nos vemos la próxima semana.– le metió varios billetes de cien en el bolsillo del ambo y salió del lugar.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan perdida y a la vez, tan ella. ¿Qué hubiese pasado si sus abuelos le daban amor, cariño, abrazos y una infancia feliz? Seguramente los tendría en su casa, cuidándolos y amándolos por todo el amor recibido... basta de pensar, se dijo, basta, tenía que parar. Tenía que ponerle un freno de una vez por todas porque si no iba a terminar mal.

Necesitaba parar.

- ¿Blanquita?– llamó a una paciente.
- Hola, doctorcita.
- Hola, preciosa.

Blanca la abrazó y le dio un besito en la mejilla. Bueno, por lo menos uno de sus pacientes la quería.

- Creo que no tengo intrusos en mi boca.
- ¡Cuánto me alegra saberlo! Vamos a espiar a tus muelitas.

La nena se sentó, Catalina le puso un babero, luego subió su barbijo y encendió la luz para enfocar la boca de Blanca, que la abrió muy grande y eso hizo sonreír a la doctora.

- Mmmm...
- ¿Hay algo?– preguntó Blanca, como pudo.
- No, tenías razón. Nada por aquí, nada por allá, todo tan blanco como tu nombre.

- Menos mal, estaba bastante preocupada porque esta semana me comí una bolsa de caramelos masticables y estuve sin lavarme los dientes por dos horas, era un cumpleaños de una amiga de la escuela. No la pasé muy bien, pero bueno, mamá me obligó a ir.

Catalina carcajeó bajo el barbijo y lo bajo al cuello.

- Ay, Blanquita, es lindo tener amigas.
- ¿Vos tenés?
- Claro, todos tenemos un amigo.
- ¿Y tenés novio?
- Ahí ando...
- ¿Es lindo?
- Sí, muy lindo.
- ¿Y qué edad tiene?
- Creo que treinta y cinco...
- Ay, ¡es muy viejo!

Catalina volvió a reír.

- Pero tiene lindos dientes.
- ¡Aaaaay! Bueno, entonces sí, podés decir que sos su novia.
- ¡Qué bueno que lo aceptes! Estaba bastante preocupada.

La nena sonrió y antes de salir del consultorio, le dio un abrazo muy apretado.

- ¿Ludovica?– llamó a la siguiente.

Y como era de esperar, la nena, la cual parecía una adulta, venía caminando hacia ella con su carterita colgada del brazo, y su mamá, Victoria, la esperó sentada en los sillones con sus otros tres hijos.

- ¡Ludo!
- ¡Cata!– gritó la nena y la abrazó–. Mi papá Gastón no pudo venir con nosotros, tenía una cirugía muy importante... hoy iba a arreglar el cerebro de una mujer.
- ¡Oooh! Eso debe de ser más emocionante que lo mío. Creo que tuve que estudiar eso. ¿No?
- No, Cata, sos la mejor en tu profesión, no te cambiaría por nada.

Catalina sonrió y por segunda vez en el día se dijo que no era tan odiada, y el comentario de Ludovica le subió el ánimo. Solo un poco.

- A veces pienso que me odian.
- No, no te odiamos, te tenemos miedo, más que miedo es respeto.
- Ay, Ludo. ¿Estás segura que tenés siete años?
- Sí. Ayer le dije a mi mamá que quería ir a la escuela de leyes, pero me dijo que todavía era muy temprano. Tengo que esperar... ¿cuántos años más, Cata?

Catalina volvió a sonreír.

- Creo que unos diez años más... pero, ¿sabés qué, Ludo? Disfrutá tu infancia, a tus hermanos, a tus papás, jugá y divertirte, ya vas a tener tiempo para preocuparte. Los problemas de grandes no son tan buenos.
- Sí, eso me dice papá todos los días. Y mamá también... ¿abro la boca?
- Por favor.– le pidió Catalina, todavía sonriendo.

Y así pasó su día, entre niñas y niños que parecían adultos, más maduros que ella, más felices, más, mucho más. Entonces, recordó lo que le había dicho a una de sus pacientes: “Los problemas de grandes no son tan buenos”, y se sintió peor porque ella no tenía problemas de adultos, sino que venía acarreando problemas de su niñez que no podía controlar.

No pudo parar.

Agustín golpeó la puerta de la casa de Catalina, pero ella no lo atendió. Estaba muy preocupado porque, al no contestarle el teléfono, llamó a Malena y a Pilar por si sabían algo. Ellas le dijeron que hacía unos días había tenido un episodio de ansiedad y que si podía ir a ver a Catalina al consultorio, ya que tampoco había contestado ninguno de sus mensajes. Al llegar, la secretaria le comunicó que la doctora se había retirado antes porque le dolía la cabeza.

No lo dudó, fue hasta la casa y pensó lo peor. No era un allanamiento, pero igual abrió la puerta de la casa de Catalina con una herramienta. No debía hacerlo, no debía invadir su privacidad y mucho menos la de su casa, pero ahí se encontraba, con el arma en su mano, caminando muy despacio, sin saber lo

que podía llegar a encontrar. Tal vez le habían robado o... tal vez era mucho peor.

Recorrió todas las habitaciones pegando su espalda contra la pared y haciendo menos ruido que un gato, un poco asustado porque el celular estaba encima de la mesa, junto a la cartera y las llaves. Ella estaba en su casa, pero, ¿dónde?

No estaba en el baño, ni en su habitación. Vio una puerta y la abrió sin dudar, quedándose helado al ver un armario en medio de un cuarto, con la luz apagada y unas zapatillas bajo la puerta del mismo. Giró la manija y su corazón se detuvo. Dejó de respirar porque Catalina estaba hecha una bolita abrazando sus piernas, pegadas contras su pecho... tan vulnerable e indefensa. ¿Qué hacía ahí? Se guardó el arma en el bolsillo de atrás de su jean y se arrodilló en el piso.

Dios, estaba dormida. Tenía un sueño tan profundo que hasta le dio lástima despertarla, pero no iba a dejarla metida en un puto armario. Entonces, le tocó el brazo muy despacio y Catalina se removió. ¿No estaba incómoda? ¿Qué mierda hacía ahí metida? ¿Por qué estaba durmiendo en un armario?

– Cata.– susurró y ella abrió los ojos.

Catalina pensó que era un sueño, una pesadilla... pero, no, Agustín la observaba con tanta pena reflejada en sus ojos que sintió vergüenza.

– Mi amor, ¿qué hacés acá?– preguntó él, con una angustia en su voz que no pudo esconder.

– Vos qué hacés acá.– le reprochó Catalina, enojándose.

– Vamos... vamos, salí de acá, Cata. Por favor... por favor, te lo pido. Salgamos de acá.

Agustín le tendió la mano y la ayudó a sentarse. Pero Catalina no tenía intenciones de salir de la habitación, mucho menos del armario.

– Agustín, no debiste entrar. Es mi casa.

– Lo sé, pero tus amigas estaban preocupadas y yo también... perdón... Cata, ¿qué hacés acá? Vamos a la cocina, así hablamos.

– No quiero hablar.

– Podemos ir a tu habitación y nos acostamos... y si te dan ganas, hablamos de esto...

– No me entenderías, Agustín.

Catalina estaba a punto de llorar.

- Explicame, por favor. Te lo ruego, explícame qué es lo que pasa en tu cabeza... por qué estabas encerrada acá. Dejame entenderte, por favor.

Agustín se arrodilló frente a ella, sin saber muy bien qué hacer y sintiendo más que nunca que Catalina se parecía más a una nena que a una adulta.

- Es mi cable a tierra, encerrarme acá es mi cable a tierra.

¿Desde cuándo encerrarse era igual a un cable a tierra? Esto era huir, querer escapar, salir corriendo y no poder... no poder correr, quedarte encerrado y no poder.

- No, no Cata. Esto no es un cable a tierra, esto es un mecanismo de defensa y no es normal tener uno... ¿de qué estás escapando?
- No... no quiero hablar.
- ¡Catalina, por Dios!

Catalina se tapó los oídos y dijo:

- No grites, si gritas no escucho...

Agustín cayó de culo al piso porque esto era más complicado de lo que había pensado. Él nunca iba a poder ayudarla si ella se encerraba en un cascarón, peor aún, en un armario.

- Cata, vos tenés que hablar conmigo, si nosotros no hablamos, nunca voy a poder ayudarte y vas a hundirme a mí.
- Entonces, andate.

Qué difícil. Qué difícil era tratar de hablar y ayudar a alguien que estaba negado.

- ¿Y si en realidad vos misma creas en tu cabeza esto de encerrarte?
- No estoy mintiendo.

Agustín negó con su cabeza porque lo que menos quería era que ella lo mal entienda.

- No digo que estés mintiendo, Catalina, hablo de que tal vez podemos buscar otra cosa que logre relajarte...
- Pero no quiero relajarme.
- Entonces, no es un cable a tierra.
- Agustín, no hay nada que solucionar.

– ¿Nada? Te parece que esto...– dijo, señalando el armario–: ¿no es nada? Catalina, no tenés ocho años, estás casi pisando los treinta y te encerrás en un armario... si todas las personas que están a tu lado lo ven “bien”, mejor para ellos, pero no para mí. No para nosotros... yo no puedo dejar que te hundas de esta forma y no me dejes rescatarte, no podés pedirme que no te ayude, que no te ofrezca una mano para salir...

Catalina aguantó las lágrimas.

– Si no vas a aceptar esto de mí, es mejor que te vayas porque esto es parte de mi vida, parte de quien soy y no estoy dispuesta a dejarlo, ni siquiera tengo intenciones de...

Agustín subió su mano para que Catalina haga silencio. Ya no podía escucharla porque sus palabras acababan de incendiar su corazón y no había agua que pudiera apagarlo.

– No tenés fuerzas, porque si por lo menos te quisieras un poco, si por lo menos me quisieras un poquito más de lo que yo te quiero a vos, lo intentarías por nosotros. Está bien, Catalina, sos egoísta y lamento mucho no haberme dado cuenta antes porque de esa forma me hubiese ahorrado sufrir... pero déjame decirte algo: esto que tenemos, esto tan inocente y divertido que tenemos, lo estás echando a perder vos porque ni siquiera me estás dando la oportunidad de *intentarlo*.

Agustín contó hasta diez porque pensó que ella iba a pedirle que se quede, que hablen, que... pero no, ella no hablaba, ella no escuchaba, no veía, no entendía, no razonaba, no lo *intentaba*. ¿Y si nunca lo amó como él la amaba?

Resignado, se puso de pie y salió de la habitación porque ya no tenía nada que hacer ahí. Llegó a la calle y justo cuando se sentó en el borde de la vereda, un Smart rojo estacionó a unos metros delante de él. Malena y Pilar bajaron del vehículo y caminaron hacia él.

– ¿La encontraste? ¿Estaba acá?
– Yo... lo lamento, chicas.

A las dos se le paró el corazón.

– ¿Qué lamentás?
– No poder ayudarla... no me deja.

Entonces, Pilar se arrodilló y lo tomó de la mano.

- La conocemos desde chiquita y tampoco nunca nos dejó... no tenés que sentirte mal por esto, Agus. Cata es una persona que tiene problemas importantes y nosotros, quienes la amamos, tenemos que intentar ayudarla con lo poquito que nos deja.
- No, Pilar, no. Ella no va a querer salir de ahí porque no quiere ayuda... no quiere nada. No me quiere a mí, no quiere lo nuestro, nunca le importó y menos le va a importar ahora. Y está bien... está perfecto que sigan a su lado, pero hasta acá llegué. Lo siento mucho.

Agustín le tendió la mano a Pilar para ayudarla a ponerse de pie y luego, comenzó a caminar, alejándose de ellas, dándoles la espalda.

- Tiene razón, Pili.- admitió Malena.
- Lo sé, pero... ¿qué podía decirle? ¿Qué llevamos una vida intentando ayudarla y no podemos? Eso lo haría sentir peor, amiga.
- Sí... vamos a sacarla de ahí adentro.

Caminaron hacia la casa y sabían exactamente a donde ir. Al llegar, Catalina tenía los codos apoyados en sus rodillas y sostenía su cabeza entre las manos.

- Cata.- susurró Malena, acercándose más.
- Salgan, quiero estar sola.
- Catita, hablemos.- pidió Pilar.

Catalina levantó la cabeza y les gritó:

- ¡No! ¡¿No están cansadas de querer ayudarme y fracasar en todos los intentos?!

Sí, ella había gritado.

- No... no, porque somos tus amigas y...
- ¡¿Y qué?!

¿Catalina había elegido justo ese momento para empezar a hablar?

- Cata, tenemos que solucionar esto, buscar ayuda profesional...- dijo Pilar.

Fue ahí cuando Catalina se enojó. Nunca supo si con ellas o consigo misma.

- ¿Ustedes me van a decir a mí lo que tengo que hacer? ¡¿Ustedes?!

– rió irónicamente y se puso de pie–. Vos, Pilar... justo vos que estás juntando plata desde los dieciocho años para comprar semen como si fueras a comprarte un jean, pretendés llenar un espacio vacío que dejan día a día tus viejos con un hijo indefenso, inocente y que seguramente no querría estar en el medio de esto. ¿No te pusiste a pensar el futuro que podías darle estando sola? ¿Lo egoísta que estás siendo? Y resulta que... ¡conseguís laburo y le decís a tu jefe que vas a ayudarlo! ¡Ayudarlo a garchar y trayendo un bebé al mundo! Te aprovechaste de su vulnerabilidad con respecto a su hijita muerta y sacaste tajada para tu favor... te lo cogiste el segundo día de trabajo y resulta que quedaste embarazada. Te vas a vivir con él y...– oh, no, no Catalina...– ¿Qué viene ahora? ¿Te va a pedir casamiento o qué mierda? ¿Se supone que van a vivir un *felices para siempre*? ¡¿De verdad te lo estás creyendo?!– Y no se cansó con eso–. Y vos, Malena, me venís a dar consejos de vida cuando perdiste a tu mamá hace cinco años atrás y todavía no la dejaste ir en paz. Trataste de ocupar su lugar en la casa, y ahora le hacés de sirvienta a tu viejo y a su mujer, a tu hermana... ¡y lo peor de todo! Te cogiste a tu mejor amigo en su despedida de soltero sabiendo que se iba a casar e iba a tener un bebé. ¡Y no te cansaste con eso que te metés con un flaco que tiene una historia de mierda con su ex mujer, que todavía la sigue amando y encima no quiere nada serio! Ni siquiera te presentó a su hijo que es el único familiar directo que tiene cuando vos le presentaste hasta las plantas del fondo de tu casa y lo querés... ni siquiera sos tan importante para que alguien quiera pasar la vida con vos, Malena. Ni siquiera para Diego. Ni siquiera para Bautista.

Cuando Malena escuchó el jadeo de Pilar, deseó con todas sus fuerzas que siga siendo la misma sorda de siempre y que no haya escuchado absolutamente nada de lo que había dicho Catalina. Se equivocaba, miró a Pilar y la vio llorar, tocarse la panza... oh, no, el bebé. ¡El bebé!

Malena tomó la mano a Pilar y la sacó corriendo de ahí porque no sabía qué otra cosa hacer. Jamás imaginó que Catalina podía pensar todo eso de ellas y... cuando se dio cuenta, ya estaban en el auto, mirando hacia adelante. Malena apretando el volante y Pilar agarrando el freno de manos.

– Male...

– No es verdad, Pili.– la miró–. Todo eso no es verdad. Ella no...

ella no puede pensar así de nosotras, ¿o sí? Con todo lo que la ayudamos, las millones de veces que estuvimos ahí para consolarla, y... ¿Y si encontró a sus abuelos? Tal vez los ubicó y están muertos y...

¿Acaso ellas no sabían que Catalina había internado a sus abuelos en un asilo?

Mientras tanto, Pilar ya no quería escuchar y menos podía aguantar las lágrimas. Pensar en lo que dijo de Maia, Pablo y... no, eso no podía ser así.

- ¿Y si es verdad? Es que... todo lo que dijo... Male, todo lo que dijo Catalina... pasó, está pasando y duele... no son mentiras.
- Lo sé. Pero no lo veamos con la perspectiva de ella... no. No es así... ¿te llevo de Pablo?
- Por favor.

¿Por qué no se quedaron juntas?

Malena encendió el auto mientras trataba de pestañar varias veces y desviar sus ojos del camino para que las lágrimas no comiencen a caer sobre su rostro. No debía llorar delante de Pilar porque no quería ponerla nerviosa. Al llegar a la puerta de la casa de Pablo, él salió a recibirlas con una sonrisa, pero cuando la vio a Pilar, comenzó a correr hacia el auto.

- ¿Qué pasó, mi cielo? ¿Qué pasó?
- Peleamos con Catalina... ella...
- ¿Querés que lo hablemos adentro?

Pilar asintió con su cabeza y cerró la puerta del auto, luego movió su mano saludando a Malena, quien siguió su camino y cuando llegó a su casa y estacionó el auto, se largó a llorar. Lloró por su mamá, por su papá, por... Catalina. Porque no era justo que las trate así y además, no era justo que haya elegido ese momento para comenzar a hablar.

No se debía hablar cuando uno estaba enojado y Catalina seleccionó el peor escenario para hacerlo. Pero, por algún motivo, Malena le dio razón y esa noche volvió a tomar pastillas para poder dormir sabiendo que al día siguiente debía hablar con su papá. Sí, había llegado el momento de enfrentar el pasado y le agradeció a Catalina por darle la fuerza y el empuje para hacerlo.

Catalina salió del grupo “Las naranjas”.

Capítulo 15

Todo lo que había escuchado de la boca de Catalina se sumó a esa noche en la cual Vanesa le admitió que había conocido a su mamá, entonces: se enojó. Se enojó consigo misma por no ver las cosas, con su mamá porque nunca se lo contó y con su papá, porque jamás intentó tener una conversación con ella sobre este tema. ¿Cómo era posible que se le haya pasado ese detalle tan importante?

Faltaban tres horas para ir a buscar a la Pitusa a la escuela, así que manejó hasta la oficina de su papá y estacionó su auto. Entró en la empresa y saludó al guardia de seguridad. Subió por el ascensor y cuando llegó al piso tres, vio a la secretaria de su papá tomando un café y riendo mirando la pantalla del celular.

– Hola, Pao.

Paola subió los ojos y cuando la vio, sonrió más.

– Ay, ¡cuánto tiempo hace que no nos vemos! ¿Qué te trae por acá?
¿Estás bien?

– Sí... solo... ¿está mi papá? Necesito hablar algo con él.

– Sí, pasá directamente.

Caminó hacia la puerta y sin golpear, abrió. Su papá estaba con millones de papeles sobre el escritorio, el celular en una oreja tratando de sostenerlo con su hombro y la computadora del otro lado, moviendo el mouse con la mano libre.

– Richard, Richard... ¿qué habíamos dicho? Paso a paso...– José subió la mirada y dejó de hablar–. Perdón, Richard, tengo que cortar. Lo sé, me surgió un imprevisto y no puedo dejarlo pasar. ¿Te llamo cuando termino? Bien, hasta luego.

Cortó el celular, apagó la computadora y juntó los papeles en una fila. Ya iba a tener tiempo para ordenar todo otra vez, su hija había venido después de tanto tiempo a la oficina.

– Mi amor... qué linda sorpresa.– dijo, mientras se ponía de pie.

– Papi.– se acercó a él y se abrazaron.

Luego, le pidió que se siente.

– ¿Café? ¿Té?

– Café.

– ¡Bien!– asintió con su cabeza, nervioso.– Paola, traeme dos café con leche.– volvió su mirada a Malena y sonrió–. Hija, me encantó que vinieras, pero, ¿pasó algo?

Malena respiró y comenzó a jugar con la punta de una lapicera, apretando muchas veces seguidas el pitito que estaba en la punta, haciendo un ruido tan molesto que hizo reír a José.

– ¿Male?

– Esperemos los café, porque si viene y nos interrumpe...

– Nunca te gustó Paola. ¿No?

Ella sonrió.

– Me parece muy... metida. No me gusta la gente que se mete todo el tiempo en la vida de los demás.– subió sus hombros y miró hacia el mueble de atrás del sillón de su papá.

Fotos de ella cuando era chiquita junto a él; fotos de ella sola; fotos de ella con la Pitusa cuando era una pulguita; fotos con Vanesa; fotos los cuatro; la foto que se había tomado con Bautista en aquel bar y... una foto de su mamá. A Malena se le llenaron los ojos de lágrimas justo cuando Paola entró.

Cuando sintió la puerta cerrarse, se puso de pie y agarró el portarretratos. Acarició el rostro de su mamá, observó esos ojos tan verdes como los de ella, parecidos a una piedra preciosa... el pelo oscuro y con pocas ondas, que en combinación con los ojos y el color de su piel blanca, la hacían ver hermosa y exótica. Hasta en los últimos días de vida estuvo hermosa.

– Papi.– tragó el nudo en su garganta para poder hablar–. ¿Cuándo conoció mamá a Vanesa?

Inmediatamente, a José se le llenaron los ojos de lágrimas, porque recordar ese día lo hacía emocionarse de tal forma que sonreía porque había sido una tarde preciosa. A pesar del dolor de su ex mujer, se habían reído, emocionado y...

– Male.– hablar de Fátima siempre lo hacía llorar, siempre–. ¿Alguna vez amaste tanto a alguien? Tanto que...– qué difícil era poder hablar–: tanto que recordarlo el corazón te duele, el alma se retuerce, los miedos gritan, la armadura se desarma, y todo es... borroso. Amé a tu mamá como nunca amé a otra persona, nunca, Male. Nunca voy a volver a amar a una mujer como amé a tu mamá, quiero que lo sepas. Quiero decirte la verdad...

– ¿Alguna vez dijiste una mentira?– preguntó ella, haciendo puchero y tratando de no llorar.

– Jamás, hija. Nunca te mentí...

– ¿Por qué no me contaste que se conocieron? ¿Por qué ocultarlo?

José suspiró y le pidió que se siente frente a él.

– Tu mamá se pasó la vida cuidándonos, dándonos lo mejor... haciéndonos manzanas con caramelo a altas horas de la noche, panqueques con dulce de leche, y daba los mejores abrazos del mundo... decía las palabras más lindas y dulces que uno podía escuchar y sabía qué hacer para subirte el ánimo.– Tomó aire para volver a hablar–. Creo que nosotros nos separamos porque éramos mejores amigos... sí, nuestra relación era tan genuina, tan compinche, nos contábamos todo y ese fue nuestro error, ser mejores amigos... nos confundimos tanto que el amor, los te amo y... el caso es que ella era mi mejor amiga y yo no quería pelear más, discutíamos por estupideces la mayor del tiempo, nos molestaba todo del otro y sentía que ya no éramos tan amigos como antes... no quería perderla, porque

yo la seguía amando como la primera vez que la vi y cuando se enfermó, ni siquiera lo dudé. Volví a casa porque ella merecía que yo la cuide como ella me había cuidado todo el tiempo que estuvimos juntos... ella había cuidado a mi hija, la había criado y hecho una mujer buena, sincera, educada y divertida, le había dado lo mejor a lo más importante de mi vida y yo... le debía seguir con ella en el momento más complicado de su vida... es más, había pensado que si salía del cáncer, podíamos hacer un viaje y en ese viaje hablar para volver a intentarlo porque... ¿qué tenía de malo que dos amigos se quieran? El caso es que... un día tu mamá me dijo que yo tenía que volar. Tenía que conocer a alguien porque no se iba a ir tranquila si yo estaba solo... no quería que me quede solo, quería que vuelva a ser feliz, que encuentre otra mujer y... yo pensaba que le dolía decir esas palabras tanto como a mí escucharlas. Porque decirle a la persona que amas que debe encontrar a otra mujer para no vivir solo, debe ser terrible... ella siempre me decía que “*vivir solo cuesta vida*”... nunca lo entendí porque ella nunca me dejó solo, ni siquiera muerta quiso que me quede solo. Un día, por un viaje de negocios, conozco a Vanesa... a penas llego del viaje, le cuento a tu mamá que había conocido a una mujer... así, como buenos amigos que éramos y nos contábamos esas cosas... habíamos vuelto a ser esos amigos, Male. Ella quería que yo le cuente ese tipo de cosas y por adentro pensaba qué sentiría Fátima al escuchar que yo deseaba a otra mujer... sin embargo, mamá me preguntaba cómo era, qué le gustaba, insistía para que la vuelva a ver, que la llame... me hizo llamarla delante de ella y me retó por una boludez que le dije a Vane... ¡Dios santo!– José dejó escapar una carcajada cargada de emoción y diversión, pero a la vez de tristeza por el recuerdo –. Entonces, un día le cuento a Vanesa mi situación.

A ese punto del relato, Malena estaba tan enfrascada en la historia que no se dio cuenta cómo sorbía su nariz y las lágrimas que caían de sus ojitos.

- ¿Qué situación?– preguntó, hipando.
- Le dije que yo amaba a otra mujer, la mamá de mi hija, la mujer de mi vida... le dije que por ella estaba invitándola a cenar... Vanesa no se enojó, al contrario, me dijo que quería conocerla. Y cuando se lo dije a tu mamá... Fátima dijo que sí. Entonces, un día que vos estabas

en la facultad, Vanesa vino a casa y... le trajo una caja de bombones y un ramito de flores silvestres color lila...

– El color preferido de mamá.– susurró Malena.

– Sí, ¡esa tarde hablaron tanto, Male! Mamá habló tanto con Vanesa, y hacía tiempo que no la veía reírse de esa forma... reía con ganas, con diversión y se tentaba... me di cuenta en ese momento que con vos y conmigo ya no se reía como lo hizo esa tarde con Vanesa... mamá estaba tan preocupada por nosotros que se olvidaba de pasarlo bien... es más, tu mamá le dijo a Vane que seguramente si se hubieran conocido antes, hubiesen sido muy amigas. Y le dijo que me cuide... que si me quería y veía un futuro en nosotros, que me cuide y te cuide... le habló de vos, le habló de tus virtudes y defectos, le contó anécdotas de cuando eras chiquita y que yo me había olvidado, no recordaba con lujo y detalle como lo hacía mamá... esa tarde fue mágica, Male... y... voy a decirte algo...– se sentó en el borde del sillón y apoyó sus codos sobre las rodillas.

– ¿Más?– susurró Malena, con una sonrisa.

Siempre amó escuchar hablar a su papá y se preguntó a si misma por qué no habían tenido esa charla mucho antes.

– Sí, hay más mi amor. Vanesa quedó embarazada por un descuido mío, mamá se había muerto y yo estaba muy mal, vos no me veías, no me hablabas, y me sentía tan solo... Bianca nació de mi tristeza. Es horrible, lo sé. Y cuando se lo dije a Vanesa ella dijo que... dijo que Bianca tenía el alma de mamá. Que Bianquita no había nacido por tristeza, sino porque Fátima quería volver a estar con nosotros...

– Papi...

– Male, voy a preguntarte algo y quiero que seas sincera. ¿Nunca viste que Bianca se te queda mirando por un rato y te observa, te observa y te observa sin decir nada? Y después... las charlas que tienen, las mismas que tenías con mamá. Saltabas de un tema a otro, hablaban como si fueran de la misma edad, se quedan hasta tarde y con Bianqui hacés lo mismo... es su alma. Yo le veo los ojos a Bianca y veo a mamá. Ese día que conociste a Bianca, ¿te acordás? Te acordás cómo te emocionaste... estabas tan enojada con Vanesa porque creías que ella era una mala mujer, que quería quedarse con nuestra casa, con las cosas de mamá... y cuando viste a Bianca ese

enojo desapareció un poco. ¿O no?

Su papá tenía razón.

- Sí, es verdad. Bianca me tranquilizó, me abrumó con su paz...
- Ajá, ¿y no pensás que tal vez fue mamá? Que es ella quien te sigue cuidando...
- Papi, no creo mucho en esas cosas.
- Lo sé, no crees ni en vos, Male. Hasta desconfías en que el cielo es azul y las nubes blancas, por más que las estés viendo porque no ves, no ves nada, hija. Y está bien, pero... Vanesa quiso a tu mamá y tu mamá la quiso a ella desde el primer momento. Y cuando se murió... Vanesa me dio mi lugar, mi tiempo, mi espacio, me perdonó por enojarme con ella.

Malena entendió todo, cada palabra, lo que no entendía era...

- ¿Y por qué mamá no me contó que la había conocido? Así yo me ahorra todo este enojo con vos, con ellas... papi, yo traté todo este tiempo de ocupar su lugar. Traté de discutir como lo hacían cuando veían un clásico de Boca-River; aprendí a cocinar como mamá las supremas rellenas con jamón y queso porque eran tus preferidas; te dejo la ropa doblada en los pies de la cama cuando te estás duchando; te acomodo los controles remotos sobre la mesa para cuando llegues de trabajar los tengas ahí...

José se acercó a Malena para secar las lágrimas que caían por su preciosa carita.

- ¿Y por qué, mi amor? ¿Por qué trataste de ocupar un lugar que no te correspondía?
- Porque tal vez de esa forma extrañabas menos a mamá y yo sentía que te estaba cuidando como le prometimos... cuidarnos para siempre. Yo sé que está Vanesa, pero... tal vez te hace falta mamá.

Su papá sonrió y negando con su cabeza, agarró las manos de su hijita y las besó.

- Mamá siempre me va a faltar, siempre. Toda mi vida, hasta el último segundo de mi conciencia voy a pensar en ella porque la sigo amando y extrañando como el primer día.– Hizo una pausa y respiró –. Hija, tenés que darme lugar, tenés que verme de verdad, tenés que ver las cosas que hago día a día para que vos y Bianca estén bien...

– Ay, papi, yo las veo. Te lo juro... es solo que... me cuesta unirme a Vanesa. Pero ahora que sé todo esto... ahora que lo sé por vos, siento que estoy más tranquila.

José la abrazó y la sentó en sus piernas como cuando era chiquita.

– Una cosa más y termino. ¿Está bien?– Maleno asintió con su cabeza y sonrió–. Esa tarde, cuando Vanesa se fue, mamá me pidió que me acueste con ella. Ya no tenía fuerzas de tanto reír y se había cansado demasiado. Le acaricié el pelo, sonreímos y... la besé. Yo... la besé porque quería darle un último beso en un momento feliz y no sabía cuándo iba a ser el próximo o el último... me pidió que hablemos hasta que se duerma, que le cuente cosas y...

– Gracias, papi. Gracias por contarme todo esto. No sé por qué no lo hicimos antes.

– Porque sos una mujer que necesita tiempo para todo y yo te doy ese espacio. Te doy todo, hija. Todo lo que me pidas y más.

Se abrazaron otra vez. Cuando se separaron, José miró la hora. Faltaba una hora y media para que la Pitusa salga de la escuela.

– ¿Qué te parece si sacamos a Bianca más temprano y vamos a merendar los tres juntos?

Cuando retiraron a Bianca de la escuela, la mocosa saltaba de un lado a otro, abrazaba a su papá y se colgaba de la espalda de Malena porque estaba feliz. Esa tarde, Malena la vio con otros ojos. Y la amó más. Había pasado media hora cuando Vanesa llegó al lugar. José miró sorprendido a Malena y supo que ella le había avisado.

– Gracias, Male, por invitarme a pasar un momento *en familia*.

– Gracias a vos, Vane, por cuidarnos tanto.

Esa tarde, la vida de los cuatro hizo un clic. Vanesa al fin se sintió en paz por la nueva fuerza que se había creado en el vínculo con Malena. Bianca sonrió de alegría porque habían salido los cuatro juntos como una familia. José suspiró y dejó ir todo el aire porque al fin pudo sacar todo de adentro. Y Malena... Malena decidió que ya no debía ocupar un lugar que no le correspondía, un lugar que no le pertenecía. Malena, a partir de ese entonces, iba a buscar su propio lugar.

Ya no estaba enojada ni con ella misma, ni con Vanesa, ni con su mamá, ni mucho menos con Catalina, porque su amiga le había dado el empujón que

necesitaba. Ahora estaba agradecida por tener una amiga así y sabía que tarde o temprano iba a volver a su vida porque eran amigas. Amigas, casi hermanas, por poco almas gemelas. Eran el tercio de una naranja.

***Estoy en Capital y pensé que podíamos vernos. Avisame. Besitos.**

Malena cerró los ojos porque le había enviado ese mensaje al arquero de River, y sonriendo apoyó su teléfono en medio de su pecho esperando la respuesta, estacionada en algún lugar de Buenos Aires, Capital. El rostro de él se vino a su mente y tapó sus ojos porque era Bautista... y pensó en que nunca lo había visto como “el arquero de River”, nunca creyó que él podía ser inalcanzable. Y sabía que no habían quedado en verse, que tal vez él estaba ocupado con su hijo, o con un amigo, y que por ahí tenía que pegar media vuelta y volver a su casa... Oh, su pecho vibró y no era su corazón. Miró la pantalla y Bautista le había pasado la dirección de su departamento, sin un *hola*, ni un *chau*, ni un *beso*, ni nada. ¿Se había enojado?

Diez minutos más tarde, después de enojarse y gritarle a la gallega del GPS, encontró su destino. Una torre imponente y majestuosa, completamente vidriada, la dejó sin palabras. Le había llegado un mensaje diciendo que entre el auto porque el guardia de seguridad ya estaba avisado.

Y cuando quiso darse cuenta, estaba subiendo en el ascensor hacia el piso diecinueve. La doble hoja se hizo a un costado y tuvo que tragar varias veces porque Bautista la esperaba... carajo, ¡qué bueno estaba! Él... él estaba apoyado contra el marco de su puerta y la V de su estómago se le marcaba como nunca y... tal vez no había prestado atención antes y ese bóxer negro le quedaba tan perfecto con el color oscuro de su piel y... esos ojitos oscuros que la observaban de arriba abajo y... esa V... sí, esa V que se le marcaba hacía que sus papilas gustativas exageren la saliva que comenzó a llenar su boca.

Malena corrió hacia él. Inmediatamente, Bautista la alzó en su cadera y Malena lo abrazó con sus piernas. Él la pegó contra la pared para poder cerrar la puerta, mientras trataba de quitarle el vestido floreado por encima de su cabeza. La separó de la pared, apretando sus dedos en las piernas de piel tan blanca como la leche, dejándole los dedos marcados, haciéndola jadear de dolor y de placer, claro.

– Dios, Male... tenía tantas ganas de cogert...

Malena no lo dejó hablar, volvió a besarlo, a morder esos labios que le gustaban tanto y apretar esos brazos fuertes... cuando quiso darse cuenta, estaba desnuda y era empujada hacia la cama, donde cayó de espalda y el cuerpo de Bautista casi la aplastó. Entonces, sintió la boca de él besar todo su cuerpo, cada recoveco, oscuridad y humedad.

– ¿No estás enojado?– preguntó, mientras tiró la cabeza hacia atrás porque él había ingresado a su cuerpo, arrodillándose entre sus piernas.– ¡Aaaah! Bauti...

– Mirame.– Malena lo hizo, lo miró.– ¿Me ves enojado? ¡¿Estoy enojado?!

Oh, no. Estaba excitado, prendido fuego.

– No... ¡aaah! ¡Aaaah! Bauti...

– ¡¿Qué?! Decime.– el pecho se Bautista subía y bajaba de tal forma que no se podía controlar.–. Por favor, Male, decilo.

Carajo, hacía tanto tiempo que Bautista Olmedo no se sentía así. Ella... ella había ido de sorpresa y la quería, la quería tanto que era imposible ordenar sus sentimientos, priorizar emociones y controlar sus movimientos. Tenía ganas de devorarla como un animal, de... oh, Dios. ¿Qué estaba por hacer?

Es decir, si ella había ido a buscarlo, es porque estaba tan excitada como él. ¿No? Entonces, Bautista salió del cuerpo de Malena y la dio vuelta.

– El culito bien arriba, Male. Y no cierres las piernas.

Malena apretó las sábanas con sus manos cuando sintió la lengua de él en su ano.

– Bauti...– susurró, muerta de miedo.–. Despacio, por favor, despacio.

– Voy a tomarme todo el tiempo del mundo, *Malena atropellada*.– dijo, y volvió a atacar.

Primero su lengua, luego su dedo, dos dedos, tres dedos y cuando estaba lista, dilatada y bien mojada, Bautista comenzó a meter su pene por el ano de Malena, quien se retorció y respiraba con brusquedad. Y cuando la cabeza entró, los dos suspiraron; Bautista por placer y Malena porque pensó que ya había pasado lo peor.

Despacio, tan despacio que Malena sentía cómo los músculos de su

interior se contraían y relajaban. Minutos después, cuando el dolor desapareció y el placer hizo su entrada triunfal, comenzó a gemir contra la almohada. Sintió la mano de él que agarraba su pelo, ejerciendo fuerza para que tire la cabeza hacia atrás, y enderezando su cuerpo, pegó su espalda contra el pecho de él y llevando sus manos hacia atrás para sostenerse de la nuca de Bautista. Mientras tanto, él llevó su mano libre hacia el clítoris de Malena y comenzó a tocarla de manera tortuosa.

Era una escena pecadora, lujuriosa, casi irreal. Sus cuerpos pegados, iluminados por la poca luz que entraba desde la ventana gracias a la Luna, movimientos sincronizados, sonidos eróticos...

- Decime que te gusta, por favor.- le pidió él, hablando contra su oído.
- Sí. ¡Aaay! Me gusta, me gusta mucho, Bauti.- quería pedirle más, necesitaba más-. ¿Un poco más rápido?
- Lo que quieras, mi amor. Te doy todo, Malena. Todo.

Ubicó sus manos en la ingle de Malena y comenzó a hacer más fuerza, ir un poco más adentro, más rápido, más.

Minutos después, cuando Malena no aguantó más y no soportó el grado de placer, dejó que el orgasmo le pegara en todo su cuerpo con fuerza y brutalidad, quedando boca abajo sobre las sábanas, sin aire en sus pulmones, jadeando desesperadamente. Y él, bueno nadie podía borrarle esa sonrisa que llevaba pegada en sus labios porque había sido mejor de lo que imaginó, y sí, Malena lo vivía sorprendiendo.

- Y contame, ¿tu papá te dio permiso para que vengas a verme o te escapaste por la ventaba de tu habitación?

Malena rió en voz baja y quiso separarlo, pero él no la dejó.

- Mi papá sabe todo, tonto.
- Es que, me calienta mucho saber que vivís con tu papá y que tenés que pedirle permiso para...
- Sos un idiota, yo no le pido permiso para nada. ¡Bautista, no!

Bautista sonrió contra los labios de Malena y mordió su pera.

- Ay, Male. ¿Es muy infantil si te pido que seas mi novia? Que seamos una pareja y...

- Estás exagerando, me lo pedís porque te entregué el culo y...
- ¡Malena!- gritó él, mientras se ubicaba encima del cuerpo de ella-. ¿Cómo pensás algo así de mí? Entregar el culo... pero, Male, yo te...

Malena vio el brillo en sus ojitos oscuros, una sonrisa sincera que comenzaba a apoderarse de sus labios gruesos y sintió el corazón de él latir con fuerza contra su pecho. ¿De verdad quería que sean novios?

- Vos, ¿qué?
- Yo... yo te amo, *Malena atropellada*.- Bautista se puso serio-. No se trata de sexo, es más... con vos me siento vivo, me devolviste las ganas de querer empezar otra vez una relación, de anhelar un futuro y no dejo de pensar en vos, me buscas y veo que esto es mutuo. Es como si hubieras entrado en mi cabeza y tengo tus ojos verdes siempre delante de los míos. Y tu sonrisa, tus labios... tus chistes... tu familia. Amo todo de vos, Male, y me siento cómodo con las personas que tenés a tu lado, soy feliz y...
- Ya entendí.- dijo ella, sonriendo-. Yo también te amo. Yo...

Su panza crujió y cerró los ojos.

- ¿Gastaste mucha energía?
- Demasiada.
- Andá a la heladera, agarrá todo lo que quieras comer y traelo a la cama. Yo voy al baño. ¿Te parece si nos encontramos en diez minutos en este mismo lugar?

Malena se rió a carcajadas por lo que había dicho Bautista.

- Dale. Diez minutos.

Bautista la besó en los labios y luego se levantó de la cama, le pasó una remera blanca muy grande para que se ponga y se encerró en el baño. Mientras tanto, Malena caminó fuera de la habitación. Al llegar, no había prestado atención a la casa porque... bueno, ni siquiera pudieron respirar. Todo era enorme, un ambiente que componía un living y un comedor, junto a una cocina que tenía una isla en el medio iluminada con una lámpara preciosa. Una heladera con la puerta transparente donde podía ver qué había y... Dios, podrían vivir un mes con todo lo que había ahí adentro.

Eligió uvas, manzanas rojas, peras...

- Hola.

Las peras cayeron al piso por el susto. Se dio vuelta y una chica bajita la miraba desde la entrada del departamento. ¿Cómo entró? ¿Tenía llave? ¿Era su novia? ¿Una amante? Oh, Dios, Bautista le había dado la llave a una chica y... tocó su panza porque comenzó a doler y su corazón estaba por escaparse de su boca.

– Perdón, no quería asustarte, ¿está Bau?

¡¿Bau?!

Se quería morir. No, de verdad, se quería morir. ¿Cómo no se dio cuenta antes?

– ¿Coli?

Malena miró hacia la puerta de la habitación, encontrándose a Bautista en bóxer y su gran V. ¿No se podía poner una remera? Bueno, tal vez de verdad no sabía que ella iba a venir. ¿Coli? ¿Había dicho Coli? ¿Colette? ¿Colette tenía la llave de su departamento y caía casi a medianoche?

¡¿Pero, qué carajos estaba pasando?!

– Yo... yo voy a irme a...

– No, vos te quedás acá, Malena. Coli, te dije mil veces que no entres sin avisar.

– Bau, perdón, te llamé ocho veces y no me contestaste...– Colette bajó la mirada al piso y suspiró–. Mi mamá se descompuso en Magdalena y necesito viajar hasta allá. Simón está subiendo con Pedro y Alí y... perdón, no sabía que estabas acompañado. Si me hubieras dicho...

¡¿Qué?!

– Coli, no tengo que avisarte hasta cuándo garcho.

– Bueno, sabés que me preocupo por vos.

Malena miraba a uno y a otro, sin entender una palabra. ¿Qué clase de relación tenían? *¿Sabés que me preocupo por vos?*

Tenía que salir de ahí, tenía que...

– Perdón, los dejo solos...– dijo, mientras caminó hacia la habitación, y esa vez, Bautista no la frenó.

¡Malena no tenía que irse, Colette tenía que irse!

¿Había dicho que su mamá estaba mal?

Comenzó a juntar su ropa sintiéndose mal, un dolor punzante en la boca del estómago, un tirón que siguió hasta su ano. ¿Qué estaba haciendo ahí? ¿Por qué tenía que entrar de madrugada a la casa de su ex marido? ¿Y si él estaba acostado? Y si... ¿hacían eso muy a menudo?

¡¿Qué mierda hacían?!

– Male.

Malena respiró con brusquedad. No quería hablar, estaba enojada, confundida, perdida.

– No, Bauti, me voy a ir, te dejo solo. Tu hijo está subiendo y no quiero estar metida en el medio. Yo solo me quiero ir y...

Entonces, sintió unos brazos pesados que la rodeaban desde atrás y unos labios carnosos besaban su cuello, confundiéndola más.

– Te amo, Malena. No quiero que te vayas.

Se enojó, claro que se enojó. Dio media vuelta y lo enfrentó.

– ¿Y qué se supone que tengo que hacer? Es obvio que no sé qué tipo de relación tenés con ella.

– ¿Qué tipo de relación? Con Coli tenemos mucha confianza...

Malena revoleó sus ojos.

– Si, ya veo, la suficiente para avisarle que estás viendo a una chica. ¿No? Ni siquiera sabe de nosotros, ¡ni siquiera sabe que existo!

– ¡No me importa! No me importa qué sabe ella de mí, me importa qué sabemos nosotros, ¡me importa lo que hay acá, ahora! Male, ¡¿qué es esto?! ¿Vamos a pelear otra vez como el otro día? Enojarnos, salir corriendo, hoy no puedo perseguirte porque está mi hijo...–

Bautista no estaba arrepentido por sus palabras-. No me gusta pelear y menos con vos, por favor.

Bautista trató de acercarse para agarrar la mano de Malena, necesitaba estar conectado con ella. Tocarla, saber que todo iba a estar bien.

– A mí tampoco me gusta pelear, pero tenés que entenderme, Bauti. Estoy en tu casa eligiendo frutas como si fuera una verdulería y entra una chica como si estuviera en su puta casa, a las doce de la noche y tal vez estábamos cogiendo arriba de la mesa y...

– Male, Coli es la mamá de mi hijo.

– ¡¿Y eso le da derecho a entrar en tu casa sin saber qué mierda estás

haciendo?! ¡Dejame de joder!

Bautista tragó con fuerza porque no iba a repetir lo que había dicho... solo le estaba avisando que su prioridad en ese instante era Pedro, que ella había sido su prioridad hacía unos minutos atrás, ahora no. Malena, por otro lado, supo que de verdad nunca iba a ser la primera para nadie. Confirmó que ya no lo era para su papá, que nunca lo hubiese podido ser para Diego, y ahora sabía que tampoco iba a estar primera para Bautista, nunca. Hasta Colette estaba delante de ella por ser la mamá de su hijo. Sus ojos se llenaron de lágrimas porque era caprichosa y le hubiese gustado mucho seguir solos, comiendo frutas y tal vez cogiendo hasta la madrugada, y quién sabe qué más podían haber hecho.

– Quedate conmigo y con celo. No te lo estoy pidiendo por compromiso o para que no te sientas mal, te lo estoy pidiendo porque sos mi pareja. Mi novia... mi mujer. Sos mi mujer, Male, y necesito que Pedro te conozca.

Oh. ¿Era su mujer? ¿De verdad?

Entonces, asintió con la cabeza varias veces porque iba a darle otra oportunidad a esto que estaba pasando entre ellos, a su noviazgo, porque ahora era una relación consolidada. Malena era su mujer.

– Está bien. Me quedo, pero porque quiero, eh. No porque estés insistiendo tanto.

Vio una sonrisa aparecer en los labios de Bautista y le dieron ganas de saltar a sus brazos, pero no podían. No podían porque tenía un hijo y su ex mujer lo estaba esperando atrás de la puerta.

– Una cosa más.

– ¿Sí?

– Esto vamos a tener que hablarlo... no queda acá, Bauti. Si vos y yo vamos a oficializar esto, no más llave de tu departamento para Colette.

¡Bien, Malena! Así se hablaba. Había que dejar las cosas en claro... si Bautista estaba de acuerdo, podían seguir, pero si a él... entonces, Bautista sonrió y se mordió labios porque moría por tenerla desnuda en la cama, otra vez.

– ¿Algo más, señorita?

– Sí, vestite y salí de la habitación así puedo ponerme la ropa...–

dijo, mientras entró en el baño para arreglar un poco su pelo y una sonrisa triunfal se había dibujado en sus labios.

Y se felicitó a sí misma por los ovarios que acababa de ponerle a la situación. Si no iba a estar primera para Bautista, por lo menos tenía que dejar en claro un par de cosas.

Cinco minutos después, ya cambiada y lista para salir, respiró varias veces y abrió la puerta de la habitación. Escuchó risas y al asomarse, vio a Bautista de pie frente a la isla de la cocina y Pedro estaba sentado sobre el mármol, encajonado entre los brazos de él que lo estaba haciendo reír. Colette sentada en una banqueta al otro extremo de la isla y un hombre llevaba en sus brazos a una nena de unos dos años.

– Male.– dijo Bautista, cuando la vio aparecer y observar toda la situación–. Coli ella es Malena, mi novia. Y Male, él es Simón, el esposo de Colette.

Malena se acercó y besó la mejilla de Colette y de Simón.

– Perdón que no me presenté antes, es que me sorprendí.

¿Se sorprendió porque esperaba que él esté solo o porque no era un hombre? ¿Por qué mierda se sorprendió? Malena la había visualizado de otra forma, con pinta de mala y... pero, Colette no era así, ella tenía una mirada dulce y sincera, y era preciosa. Tal vez era un poco sobreprotectora con Bautista, solo eso.

– Decile hola a Malena, Alí.– dijo Simón, mientras le mostraba una sonrisa impecable que haría sonrojar a cualquiera.

– Oa. So Alí.

Malena sonrió y le besó su mejillita gordita.

– Y él es mi hijo Pedro. Pedro, ella es mi novia, Malena.

Pedro la miró serio desde un principio porque iba a preguntarle algo de vida o muerte. Si ella pasaba esa etapa, todo iba a estar bien. Entonces, entrecerró sus ojos y dijo:

– Malena, ¿sabés jugar al FIFA 18?

Mierda.

– No, pero aprendo muy rápido y tengo experiencia con *Project CARS*; *Need for Speed: Rivals*; *GTA 5* y *Assetto Corsa*, si eso importa. Ah, y soy top 1 con *Barbie: “Refugio para cachorros”*. No

soy amante de *Mortal Kombat XL* ni de *UFC 2*, pero creo que podría andar bien con FIFA.

– Carajo.– susurró Simón–: hey, campeón, un día podríamos hacer una pijamada y pasarnos toda la noche jugando a la *Play* con Malena. ¿Qué tal, eh?

Mientras tanto, un Bautista sonriente observaba la situación desde su lugar, sin decir nada. Solo observaba.

– Simón, eso lo hacen casi todas las noches.– dijo Colette, sonriendo
–. Ay, Malena, no tenés idea dónde acabas de meterte. Te lo juro, es una lucha constante que tengo con Simón, con Pedro y con Bautista. Decí que tengo a Alí, bueno, ahora somos tres chicas. ¡Bien!

– No, pequeña. ¿No te das cuenta que a Malena le gusta la *Play*? ¡Dios, qué bien la vamos a pasar! Bueno, chicos, lo lamento mucho, pero debemos irnos. Mónica nos espera en Magdalena. Cualquier cosa llamame, amigo.– chocó la mano con Bautista y luego le dio un beso a Pedro.– Un gusto, Malena. Espero que sobrevivas a la primera noche.

Simón le cayó bien desde un principio, sí, pero no quería darle mucha confianza porque no sabía si Bautista era celoso o, no sé. Lo que sea. Y cuando Colette la abrazó, se quedó de piedra.

– Bauti es el hombre más bueno que conozco en el mundo. De verdad.– Colette se separó y la besó en la mejilla–. Hijito, buenas noches. No hagas enojar a papá. Te amo.

Segundos después, Malena se había quedado mirando la puerta de salida mostrándose muy sorprendida porque todos se llevaban bien y... giró su cuerpo y los miró. Pedro seguía sentado sobre la isla y Bautista la observaba con una sonrisa tan tremendamente sexy y arrebatadora que la dejó sin aire. Y con un hijo, Bautista Olmedo era el hombre más hermoso del mundo. ¡¿Qué mundo?! Del Univservo, del Cosmo, de... de todo. Bautista era el hombre más hermoso de todos.

– ¡Bien! ¿Hago algo rápido de comer y jugamos un rato a los videojuegos? – preguntó Malena, muerta de hambre.

– ¡Sí! ¡Nachos con cheddar!– gritó Pedro.

– Ay, Pedro, no sé si hay nachos.– admitió ella, mirando hacia la heladera.

- Hay... siempre hay nachos con cheddar en casa.- admitió Bautista
- Siempre.

¿Por qué lo que había dicho Bautista sobre los nachos sonaba tan sexi? O peor aún, ¿por qué sonaba como una indirecta? ¿Indirecta de qué?

- Bien, entonces: nachos con cheddar más *Play*, más cerveza, más *Coca Cola*, y después, pedimos helado. ¿Este es nuestro plan?

Pedro miró a Malena con la boca abierta, parecía alucinado, como si estuviera mirando en persona a una heroína.

- Papá, tu novia es... es...
- Lo sé, hijo, yo tampoco tengo palabras para describirla.

Malena llevó sus dos manos al pecho porque padre e hijo la estaban observando con fascinación. Parecían embobados.

- Ay, sos tan tiernos. Bueno, yo derrito el queso, Bauti abrí las cervezas y la *Coca Cola*, y Pedrito, vos empezá a calentar los dedos, porque es verdad cuando te digo que aprendo rápido.

Bautista largó una carcajada muy ruidosa. Demasiado. Y Malena sonrió más porque lo veía tranquilo y relajado y Pedro no era un problema para ellos. No parecía caprichoso ni mal educado, tampoco lo había escuchado contestar mal y eso le gustó. Todo iba a ser más fácil.

Mientras, la cabeza de Bautista no paraba de maquinarse y ver la conexión que tuvo Malena con Pedro era lo último que le faltó para tomar la decisión que llevaba tiempo pensando.

Tres horas y media después...

- ¡Noooooo! ¡Otra vez nooooo! No me puede ganar de nuevo. No.- Pedro negaba con su cabeza y tiraba patadas al aire para que sus jugadores traten de agarrar la pelota que Malena dominaba desde el comienzo del primer tiempo-. No puedo jugar con chicas.
- Te dije que aprendía rápido, chiquitín.
- ¡No es juuuusto! Papá, hacé algo. Me está ganando de nuevo.

Bautista estaba sentado en el sillón viendo a Malena y a Pedro de pie frente al televisor de 70 pulgadas, descalzos, gritándose uno al otro, pegando patadas al aire libre y moviendo sus cuerpos al compás del control remoto. Pedro enojado porque ya era la quinta vez que perdía un partido, y Malena

eufórica porque le encantaba ganar. Y a pesar de cómo estaba Pedro, a Bautista le gustó que ella no lo dejara ganar porque eso le inculcaba a su hijo todos los días. Pedro tenía que saber perder.

Fue en ese instante cuando su corazón comenzó a doler. Tocó su pecho, un poco asustado, movió los dedos de las manos y el dolor pasó.

– Papá, ¿estás preparado para empezar las eliminatorias?

Bautista levantó la mirada y sonrió.

– Estoy nervioso.

– ¡Es Rusia, papá! Malena, ¿vos vas a viajar con nosotros, no? Simón también viene.

– Claro que viene con nosotros.– aseguró Bautista.

Claro que iba a ir con ellos. ¡Por supuesto! ¿Qué pregunta era esa?

– ¡Bien! Pedrito, nos vamos a la cama.

– ¡Nooo! Quiero seguir jugando.

– Estás pasado de sueño, vamos a la cama, Pedro.

Lo agarró a upa sin importar cómo movía los brazos y las piernas, y lo llevó hasta su habitación. Mañana sería otro día y tenía todo el tiempo del mundo para seguir jugando a los videojuegos.

Por otro lado, Malena apagó el maldito aparato y comenzó a limpiar la cocina y el comedor. Una vez que terminó, fue al baño, luego se sentó en el borde de la cama y agarró su teléfono de la mesita de la luz.

Hola, Pili. ¿Cómo estás? ¿Cómo se porta Valen? Nada, te extraño. ¿Sabés algo de Cata? Un besito para Pablo.

Bloqueó la pantalla del celular justo cuando Bautista entró en la habitación y se le tiró encima, agarrándole las manos y ubicándolas encima de su cabeza.

– Hola.– susurró él.

– ¿Y? ¿Se durmió?

– Sí...– besó los labios de Malena y se separó lo suficiente para mirarla a los ojos–. Te amo, Malena. Gracias por todo lo que hiciste... yo... Pedro es mi única familia...

– ¿Cómo es?

– ¿Cómo es qué?– le preguntó, mientras observaba la boca de

Malena.

– ¿Cómo es la relación que tenés con Colette y Simón?

Besó sus labios otra vez y se sentó frente a ella como indio, Malena lo imitó y comenzó a pasar sus manos por las piernas de él justo cuando Bautista rascó su panza. Amaba verlo cuando se rascaba la panza, eso significaba que estaba nervioso.

– A veces me despierto y tengo a Simón en los pies de la cama preguntándome si vamos a correr... o me despierta el olor a café porque él está en mi cocina. Es... un buen tipo y en estos años aprendí a quererlo a pesar de todo el daño que me hizo en su momento. Sé que no fue con maldad, al contrario, era con amor, por amor a Colette... y pasa un tiempo muy largo hasta que lo entendés, lo que me cuesta comprender es por qué no estoy tan enojado. Yo... basta, no quiero hablar más de Coli.

Bautista trató de esquivar el tema y rascó su panza, pero Malena no quería ir para atrás, necesitaba ir hacia adelante para entender.

– Bauti, yo necesito saber de vos, necesito saber qué tipo de amistad tienen porque no entiendo. Yo jamás volvería a ser amiga de Diego, no lo soportaría...

– Por un hijo hacemos lo que sea, Male. Por mi hijo me negué a contratos millonarios en cubles importantísimos en otros continentes; por mi hijo acepté ser amigo de Simón; perdoné a Colette todo el engaño y la falta de respeto; soy el padrino de Alí y... ¿de qué me valía vivir con rencor? Crecí en una casita de dos por dos en medio de una villa junto a mi mamá que limpiaba casas para mantenerme; de muy chico me eligieron para un club porque me vieron jugar en una canchita del barrio; jugué en River toda mi vida; me enamoré por primera vez de la mamá de mi hijo y en tres meses despedí al amor más grande de mi vida que era mí mamá, y ahora le estoy dando la bienvenida a otro amor... siempre traté de hacer las cosas bien, de ser mejor ser humano, doné cantidades enormes de dinero, tengo una ONG y... ésta es mi vida ahora: sin Simón, sin Coli, sin Pedro y sin Alí no soy nada... no tengo a nadie más. Es la pura verdad.

Cuando Bautista levantó sus ojos, vio a Malena llorar en silencio. Oh, ella no quería interrumpirlo.

- Bauti...- susurró.
- No llores. Hey, no te conté esto para que llores. Amor, dale.- acarició su rostro y la empujó contra él.
- Es que... yo también estoy. Y quiero... quiero ser parte de todo eso, de tu vida, de tus amores y...
- Hey.- sosteniéndola de la barbilla hizo que lo mire a los ojos-. Mirame. Te amo, Malena. Te amo, te amo.- repetía, sonriendo-. Te amo, y me hacés feliz, muy feliz y eso es lo que me importa. ¿Yo te hago feliz? Respondeme eso, ¿te hago una mujer feliz?

Malena asintió varias veces con su cabeza, sorbiendo su nariz.

- Sí, mucho. Muchísimo. Y conocer... conocer a Pedro me hizo muy bien.
- Y a mí también.- contestó él y sonrió-. ¿Male?
- ¿Sí?

Tomó aire, Bautista tomó mucho aire.

- Quiero ser papá otra vez. ¿Es muy rápido? Yo... sé que deberíamos tomarnos un tiempo... sí, podemos tomarnos un tiempo, el que quieras...
- Dejame lo pensar. No puedo decirte un no rotundo ahora, porque no lo sé. Y tampoco puedo decirte que sí...- y para tranquilizarlo, Malena llevó su mano hacia el pelo de él y lo peinó hacia atrás.
- Pensalo. Pensalo mucho tiempo así me decís que sí.

Malena sonrió y acercándose a él lo besó en los labios. Luego, decidió que ya nunca más iba a preguntarse qué tenía otra que ella no, porque Bautista la amaba. Sí, y su amor era bueno. Ella era parte de algo bueno y se sentía tan bien saber que ella también podía formar una familia con un hombre que amaba.

- Y cuénteme, señorita.- dijo él, tirándola boca arriba y apoyando su cuerpo sobre el de ella-: ¿habíamos dejado algo inconcluso antes que nos interrumpieran?

Capítulo 16

Todo había tomado otro color. Si bien la casa de Pablo era moderna y tenía un estilo animalista que a Pilar le encantaba, se animó a darle un toque femenino y hacerla un poco más habitable. ¿La alfombra en la cocina? ¡Fuera! Tenía que estar todo el tiempo agachada en el piso limpiándola porque al cocinar se ensuciaba. ¿Cortinas oscuras que no dejaban entrar la luz? ¡Fuera! Ella amaba la claridad, la luz del día, los rayos del sol y... unos brazos fuertes la abrazaron desde atrás.

- Salí, todavía estoy enojada.
- ¿Por lo del auto? Dale, Pili, es solo un auto... no podía permitir que sigas manejando esa cosa horrible. Además, te regalé un *New Beetle*, es la versión nueva del escarabajo que tenías...
- Ni siquiera me lo consultaste.- dijo Pilar, y sonrió cuando Pablo le mordió la nuca.
- Mmm, me encanta verte así.
- ¿Así cómo?

Algo que le gustaba mucho a Pilar era que Pablo podía saltar de un tema a otro y eso la hacía reír.

- Así, con ese delantal...
- No quiero ensuciarme.- contestó, mientras se reía porque él le metía la lengua en el oído-. ¡Pablo! Es un asco.

La dio vuelta y alzándola en sus brazos, la sentó sobre la mesada.

- ¿Qué estás haciendo? Dijiste que íbamos a salir a cenar...
- Lo dije, pero...
- Ay, ya estoy cambiada y lista para salir, estaba esperando que termines de bañarte...
- Chsss. Pili, ¿cuándo vas a entender que nosotros tenemos que pelear por cosas que valgan la pena?
- ¿Qué cosas?- preguntó Pilar, mientras trataba de tranquilizarse.
- Por ejemplo, el color de la habitación de Valentino.
- Pensé que eso ya lo habíamos decidido. Era amarillo.

Pablo sonrió y negó con su cabeza, mientras pasaba sus manos por las piernas largas de Pilar que colgaban de la mesada.

- No, amarillo es horrible. ¿Ves? Estamos discutiendo. Bueno, faltan cuatro meses para que nazca Valentino. Hay tiempo...
- Pablo.- Pilar trató de hablar, pero él la interrumpió.
- Chs.
- ¡Cuando me pedís silencio, me ponés nerviosa!
- Y cuando vos te ponés nerviosa, me caliento mucho.

Pilar rió a carcajadas.

- Ay, ¿dónde quedó el romanticismo, hombre?

Entonces, Pablo se separó solo un poco.

- ¿Qué pasa, Pili?
- Nada.
- Pilar, ¿qué pasa? Estás rara.
- Es que... estoy preocupada por tu mamá, no sé qué va a decir cuando se entere de todo esto y... creo que va a querer matarme. ¡Oh, Dios! ¡¿Qué hice?!

Pablo se mordió los labios porque él también estaba un poco preocupado, pero no quería demostrárselo. No quería que se ponga nerviosa porque

simplemente quería ahorrarle un mal estar. Entonces, quiso suavizar la situación.

– ¿Te acordás el día que entraste a mi oficina?

Bueno, lo había logrado. Pilar se quitó las manos de la cara y sonrió porque recordar esos momentos que parecían tan lejanos y a la vez estaban tan cerca que hasta podía sentirlos, la hacían feliz. Recordar cómo había empezado todo, la hacía feliz.

– Sí, todavía lo tengo muy vivo ese recuerdo, fue hace solo cuatro meses y medio atrás, pero a la vez parece toda una vida y...

– Bueeeeno, ese día miraste mi corazón, Pilar.

– No, miré los pelos que sobresalían de tu camisa. Lo recuerdo como una foto.

Pablo rió a carcajadas, tirando su cabeza hacia atrás y apretando más fuerte las piernas de Pilar.

– Miraste mi corazón.

– Te digo que no, hombre, te miré los pelos. Te lo juro, te miré los pelos negros que se asomaban.

Él volvió a reír.

– Cielo, a lo que voy es que esto fue claro desde un principio, siempre nos dijimos lo que queríamos y... así funciona lo nuestro, y puede que a los demás les resulte incómodo, hasta una locura... pero esto es amor, Pili, y casualmente te metiste con un romántico empedernido que ama amar... siento que te estoy amando constantemente, todo el tiempo. Vivo para amarte, a pesar de que hace cuatro meses y medio nos conocemos, pero ya dimos vida, nos entendimos, peleamos, nos arreglamos porque no podemos estar enojados y... así somos, Pili.

Pilar se tapó la boca porque sus labios comenzaron a temblar.

– Eso es lindo. Muy lindo, hombre...

– Amor, siempre los voy a cuidar. Siempre me vas a tener... ¿qué pasa, Pili?– preguntó Pablo, al ver que Pilar había comenzado a llorar

–. Amor... cielo.

Pilar negaba con su cabeza y se quitaba las lágrimas antes que puedan salir de sus ojos. No quería llorar, no quería demostrarle cuán nerviosa estaba por

ver la reacción de Mirta, la mujer de mejillas rojas. No quería admitir que a pesar de saber el esfuerzo enorme que estaba haciendo él para ayudarla a sentirse mejor, no estaba funcionando del todo.

– Nada, ya se me va a pasar. Son las hormonas que me hacen llorar por cualquier cosa...

– Pili, te vi llorar por tristeza y por emoción, y estas lágrimas no son parte de ninguna de las dos. ¿Qué pasa?– volvió a preguntar acunando con ambas manos la carita de su mujer que no paraba de hacer puchero con su labio inferior.

– Es que... yo... vos... tu mamá... ¿vos no estás nervioso por conocer a mi papá?

Entonces, Pablo sonrió negando con su cabeza, porque ella quería esquivar un poco el tema. Por lo tanto, prefirió hablar porque él también se sentía así.

– Mirá, Pili... creo que nadie nos puede decir cuándo debemos amar, con quien decidimos pasar el resto de nuestras vidas, qué se hace primero y qué sigue después... y yo te quise antes de conocerte del todo, desde el primer momento en que te besé te amé. Fue como... fue increíble porque deseaba hacerlo desde que entraste en mi oficina, pero a la vez solo quería casarme para tener un bebé y... hago todo al revés, hicimos todo al revés y supongo que por eso nos diferenciamos del resto.

– ¿Y no está mal ser diferentes? Es decir, Pablo, nunca quise una pareja, siempre deseé hacer esto sola... quería ser mamá soltera para...

– Pero no lo hiciste. Y ahora estamos juntos, ya estamos conviviendo y sé que es una locura, pero te amo Pilar Santos, te amo como nunca amé a nadie porque nunca amé... no sabía lo que era el amor hacia una mujer y con vos es...

Pilar lo besó para que deje de hablar porque si lo seguía escuchando, iba a llorar otra vez. Amaba la seguridad de él a pesar de todas las probabilidades que tenía en contra. Lo amaba.

– También te amo, amor.– susurró ella y se dejó alzar en sus brazos para terminar sentada en la mesa.

Pablo le abrió las piernas y sentándose en una silla frente a ella, le corrió la tela de la bombacha y comenzó a pasar su lengua por ese clítoris hinchado

que tanto deseaba. Adoraba hacerla gemir, sentir esas piernas largas temblar a su alrededor, tocarle la panza y sentirla dura porque estaba por acabar, sentir esas manitos en su pelo que empujaban más contra con ella. Ay, Dios, cuánto la amaba.

La hizo terminar, y luego la embistió y clavándole los dedos en la cadera, comenzó a bombear tan fuerte con su mano dentro de ella que los gritos se podrían haber escuchado en Grecia, donde estaba su mamá. Carajo, tenía que borrarla de su cabeza, tenía que dejar de pensarla cuando estaba con Pilar.

Solo rogaba encontrar a su madre antes que ella encuentre sola a Pilar.

Tenía frío. Nunca había tenido sus pies tan congelados como esa mañana. Miró a Pablo y dormía en silencio, el rostro relajado, sin una arruga de preocupación. Bajó la mirada por el torso del hombre que amaba, el padre de su hijo y sonrió, una risita pícara. Era suyo y todavía no podía creerlo.

Podría ser un buen día, sí. Claro que sí. Tocó su panza y susurró un *hola* para su bebé. Luego, salió de la cama y fue directo al baño. Hizo pis, se lavó los dientes y el rostro. Decidió hacer el desayuno. No podía tomar café, pero uno solito no le iba a hacer mal. Mientras esperaba que el agua se caliente, tocó su vientre abultado, una pancita chiquita y redonda que demostraba llevar un bebito en su interior. Su bebito. Su bebé.

Fue ahí cuando escuchó la puerta abrirse e impulsivamente se agachó. También escuchó el ruido de unas bolsas, un suspiro de cansancio y Mirta apareció en la cocina, dando vuelta a la mesada. Primero la vio sonreír, pero después el rostro de la mujer de mejillas rojas se puso más colorado de lo habitual y Pilar tuvo que ponerse de pie.

Sí, Mirta clavó sus ojos en la panza de Pilar y luego, su expresión se transformó.

– ¿Estás embarazada?

¿Podía mentir?

– Eso parece.– contestó Pilar.

¿Eso parece? ¿Por qué le dijo eso?

– ¿Es de mi hijo?

– Por supuesto, señora.– hasta sonó ofendida.

– ¿Es por la plata? ¿Siempre fue por la plata, no?

Las palabras salieron solas de su boca.

– Sí... ¡no! Sí, bueno, al principio sí, pero no como usted cree, pero sí... fue por plata y después...

– ¡Qué caradura! Sin vergüenza. ¡¿Qué te crees?! ¿Cómo mi hijo puede ser tan ciego? ¡¿Cómo dejé que entres en la empresa, en la familia?!

– Mirta, está malentendiendo las cosas, todo en realidad. Yo... yo lo quiero, lo quiero mucho. Lo... lo amo.

– ¿A quién? ¡¿A mi hijo o al bebé?! ¿Vas a quedarte con el bebé?

¡¿Qué?! ¿Qué le pasaba? Pilar no iba a permitir que le hable de esa forma. Sí, tal vez la situación daba a entender todo al revés, pero ella podía explicarlo, tenía los argumentos necesarios para hacerlo y además, Mirta desde el principio se había comportado de una forma extraña, ni siquiera la conocía y le contó cómo su hijo había perdido un bebé y...

– ¡Basta! Ay, mujer, por favor, desde el principio casi me entrega a Pablo con un moño en la cabeza. ¿O no se acuerda? Hasta me dijo que yo prefería un postrecito de dulce de leche antes que el tiramisú y...

– ¿Con moño?– las dos miraron hacia la habitación y Pablo estaba observándolas desde la puerta, apoyado contra el marco–. ¿Qué querés decir, Pilar? ¿Qué significa todo eso?

– Nada... ella...– quiso explicarse Mirta, pero no pudo.

– Mamá, dejá que hable. Vamos, Pilar, ¿qué significa eso? ¿Qué mierda es eso del tiramisú?

Acaso, ¿se estaba enojando con ella?

– Nada, Pablo, una boludes entre tu mamá y yo.

– Bueno, si no me lo cuenta Pilar, te escucho mamá.

Mirta miró a Pilar y luego a su hijo.

– No es nada...

– Bien, entonces, como no es nada... como las dos están haciendo vista gorda a la situación, lo entiendo.– hasta le caía a su favor y tuvo que hacer un esfuerzo por no reír–. Entonces, mamá, bienvenida y espero que hayas tenido buen viaje.– le dio un beso en la mejilla y luego la abrazó. Se acercó a Pilar y la tomó de la mano–. Con Pilar vamos a tener un bebé, está embarazada de cuatro meses y medio y

nos amamos. Sé que tal vez debí contártelo antes, pero estabas en Grecia y no quería molestarte. Fin del cuento, no hay más que eso.

– Hijo, no me hubieras molestado si era por algo así...

¿Por algo así?

– Mamá, por favor. Mirá cómo te pusiste. Vamos a hacer una cosa... Pili, vamos a cambiarnos de ropa y ahora volvemos, así hablamos. ¿Sí? ¡Bien!– dio un aplauso en el aire.

Tiró de Pilar hacia la habitación y después de cerrar la puerta, se sentó en el borde de la cama. Pablo amaba a su mamá, la adoraba y era su ejemplo a seguir, su modelo, su... su amor más importante, pero entendió que ahora Pilar también era parte de su familia e iban a tener un hijo, entonces no iba a permitir que su mamá le hable de esa forma a su mujer. A su futura esposa.

Subió la vista y miró a Pilar. Ella tenía la espalda apoyada contra la puerta de madera y se tocaba la panza, estaba nerviosa. Llevaba puesta una remera blanca que no solo le marcaba la pancita, sino que también los pezones y... la vio tirarse el pelo oscuro y largo hacia atrás y su rostro parecía tan enojado que su pene se paró. Carajo, ¿cómo era posible que pase eso solo con verla un poco enojada? Siempre le había gustado más cuando estaba irritada por algo y... se puso de pie y caminó hacia ella, directo a chocar sus labios contra los de Pilar. Cuando lo hizo, Pilar se resistió un poquito, pero luego cedió. Pablo corrió la tela de la bombacha y encorvándose un poco, se bajó el bóxer e introdujo su pene.

– Pablo.– susurró Pilar contra sus labios–. Tu mamá...

– Me importa tres carajo mi vieja... te necesito ahora, Pili. Ahora.

– Yo...– el pecho de ella subía y bajaba sin parar–. También... te necesito. Más... oh, Dios. Más...

La levantó del piso y alejándola de la puerta, le dio *más*.

Cuando salieron de la habitación, Pablo parecía más sereno y no tan irritado como hacía unos cuantos minutos atrás. Mirta había adoptado una posición neutra, tratando de separar su vida, la vida de Pablo y la empresa, y claro, la vida de Pilar. Se sentía en falta porque la novia de su hijo tenía un poco de razón.

Mientras su mamá observaba con ojos de halcón, Pablo preparaba café y separaba en platitos las masitas finas y evaluaba cómo empezar a hablar. Es

que, en realidad no debía explicarle su vida a nadie, pero lo que menos quería era que Pilar y Mirta empiecen mal.

– Mamá, perdón por no habértelo dicho antes... no sé por qué siento que te debo una explicación de lo que está pasando, pero bien... al principio Pilar se iba a casar conmigo para que Alexandra vuelva; después, vos le contaste a Pilar sobre Maia y ella dijo que... dijo que iba a tener un hijo conmigo si eso era lo que yo quería, pero no íbamos a casarnos. Entonces, tuvimos sexo.– Pilar se tapó los ojos y suspiró, debió imaginar que él iba a decir algo así–. Quedamos embarazados muy rápido, la atracción entre nosotros se dio con mucha facilidad, nos dimos cuenta que nos amábamos y Pilar me explicó el por qué quería tener un hijo.

Entonces, Mirta miró a Pilar como indicándole que era su turno para empezar a hablar. No quería problemas, no quería pelear con Pablo, así que, Pilar juntó fuerzas y ganas y dijo la verdad:

– Desde que tengo memoria estoy juntando plata para viajar a Miami y comprar espermatozoides. Siempre quise ser mamá soltera porque no creo en la estabilidad de una pareja, no creo en el largo plazo del amor y...

Pablo, ya estaba sonriendo y listo para comenzar a interactuar, tal vez esto iba a servirle.

– Ella cree que el matrimonio es solo un contrato, mamá.–Pilar lo miró y escuchó, sí, estaba escuchando–. Que las palabras dichas se las lleva el viento y yo creo que las escritas son las que duran para toda la vida. Entonces, ella quería ser mamá soltera porque...

– ¡Porque creí que nunca iba a encontrar a alguien que quiera lo mismo que yo! Tengo la experiencia de mis papás y ya con eso me alcanza y me sobra. Creo que a veces, hay personas que están años y años en una relación que no los lleva a nada, hay otras que no tienen un compañero, pero las dos coinciden en que tarde o temprano encuentran a una persona que les quiere dar el mundo entero, hasta el Universo si hace falta, y es tan romántico y dulce que empalaga, pero te hace reír y... él solo quiere más amor, y yo sin darme cuenta estaba dándole amor con otras cosas... como ir a visitar a Maia y merendar a su lado, llevarle globos para el día del niño y... y me di cuenta que todo el amor que él me daba se lo devolvía.

Pablo la observaba hablar con los ojos llenos de lágrimas porque Pilar casi nunca decía sus sentimientos, a pesar de que muy pocas veces escuchaba de verdad, esto que acababa de expresar, terminaba con todas sus dudas.

– Es que, Pilar, yo creo que hay personas que no nos llevan a ningún lado, solo están de paso hasta que nos encontramos con ese hombre que de verdad amamos. Es como si actuaran de puente.– trató de explicarse Mirta, dando a entender que no estaba de acuerdo con esta relación. Sin embargo, no era lo que quería transmitir.

– ¿De puente? Mire, señora, con todo mi respeto, yo amo a su hijo, y amo esta vida que acabamos de crear, que falta muy poco para conocer y... yo no sé por qué las cosas se dieron así, pero esto es lo que nos diferencia del resto, que hacemos todo al revés y no lo veo mal. Así que, si me disculpa, esta es la primera y la última vez que le doy una explicación sobre mi vida y sobre la vida que comparto con Pablo. Si él quiere explicarle cada cosa que haga conmigo, es su problema. Pero yo no soy así, jamás le di explicaciones a nadie y menos lo voy a hacer con usted. Lo único que tiene que saber es que... amo a su hijo, sé que lo amo porque no podría hacer esto sola. Ya no imagino criar un bebé sin él, formar una familia sin él... él...

Pilar sintió que alguien le agarraba la mano por debajo de la mesa. Miró a Pablo y él estaba sonriendo como un tonto enamorado.

– Y decime mi amor, ¿yo también puedo ponerle los puntos así a tu papá?

Ella le devolvió la sonrisa y asintió con su cabeza.

– Me gustaría mucho que lo hagas porque yo no tengo el valor para hacerlo. Te amo, Pablo. Sé que no te lo digo muy a menudo, pero te amo.

Pablo llevó la otra mano a la mejilla de Pilar y acercándose besó sus labios.

– Yo también te amo, Pilar Santos. ¿Ahora entendés lo que es discutir por algo que vale la pena?

Entonces, los dos miraron a Mirta porque empezó a reír.

– Perdón, es que... tu papá siempre me decía lo mismo. Ay, Pablito, ¡qué feliz estoy de que hayas encontrado la mujer para vos!

Sí, bueno, al final no es todo lo que parece.

– Amor... Pili, mírame.– ella lo miró y sonrieron. Entonces, Pablo sacó una magdalena de chocolate que estaba dentro de una cajita y se la entregó–. Es para vos.

Pilar abrió la cajita y en medio de la magdalena había un anillo con una piedrita azul.

– Es tan azul como tus ojos y creo que combinan perfectos. Nosotros, vos y yo, somos perfectos cuando estamos juntos, por eso... cielo, quiero que te cases conmigo para seguir haciendo todo al revés. Cuando nazca Valentino, quiero que nos casemos.

– No, Pablo.

– ¿No?– preguntó él, desorbitado.

– No, esta vez vamos a hacerlo bien. Vamos a casarnos antes que nazca Valentino. ¿Sí? Vamos a casarnos al lado de Maia, creo que a ella le gustaría mucho que hagamos eso.

Pablo se puso de pie y agarrándola de los hombros la hizo pararse, pegándola a él para poder besarla como amaba hacerlo, sin importarle que su mamá estuviera con ellos. Ahora sí sentía que podía ser feliz en su totalidad porque Mirta estaba de acuerdo. Y sabía que no debía depender de su mamá, que había tomado la decisión de pedirle casamiento a Pilar mucho antes, pero saber que todo se había alineado a la perfección para que ellos continúen conociéndose, era la mayor tranquilidad que podía esperar. Al final sentía que podía ser feliz, que podía volver a empezar a formar otra vez una familia, pero siempre recordando a su dulce Maia.

– ¡¿Y qué dijo la vieja cuando te chapó delante de ella?!– preguntó Malena, asombraba por todo lo que Pili le contaba.

– Nada.– contestó, riendo–. No pudo decir nada. Ay, qué vergüenza. Hasta se me escapó un jadeo...

– ¡Nooooo!

– Sí, boluda. Me quería morir. ¡Me quiero morir! Me calenté delante de la madre... ¿te imaginás? ¡Qué vergüenza! Por favor.

Malena no dejaba de reír ante las ocurrencias de Pilar. Dios, no podía imaginar cómo se le pudo escapar un gemido delante de la suegra.

– Supongo que es lo mismo que se te escape un pedo. ¿No? Pero sin

olor.

- Ay, Malena, ¿qué decís? Es un asco.- Pilar se tiró hacia atrás, riendo a carcajadas.
- Bueno, entonces esto es mejor. Ella sabe que se aman, que se desean y... ya está, amiga. Ya te dio el visto bueno.
- Pero a mí no me importaba si ella estaba de acuerdo o no con nuestra relación, eh.
- Ya lo sé, Pili, es solo que... tal vez esto lo deja más tranquilo a Pablo. Saber que su mujer y su mamá se llevan bien, es tranquilidad.
- Entonces, ¿vos creés que Bautista debe sentir tranquilidad sabiendo que ahora te llevas bien con la mamá de su hijo?
- Esperá un segundo.- pidió Malena y sonrió-. Ni siquiera es una comparación razonable. Estamos hablando de dos cosas diferentes.- dijo, mientras se metía un puñado de palitos salados a la boca.
- Lo sé.- respondió Pilar, mientras tomaba un buen trago de *Coca Cola*-. Pero es casi lo mismo. Sería horrible que te llevaras de los pelos con Colette. Ahora él sabe que...
- No sabe nada. No sabe qué es lo que me pasa por la cabeza cuando me cuenta cosas de Colette, o cuando lo veo hablar con ella...
- ¿Qué sentís?

Malena dejó escapar un suspiro.

- No sé... sé que ella todavía lo quiere. Sí, ama a Simón, pero creo que, si Simón no estuviera, ella estaría con Bautista. Lo veo... veo cómo lo mira, cómo le habla y siente amor por él. No me preguntes cómo me doy cuenta, pero lo veo. No es que engañaría a Simón con Bauti... es más que eso. Es como si...
- Ay, Male... qué jodido. No entiendo.- admitió Pilar.
- Yo tampoco. Pero creo que, si Colette supiera que podría encontrar a Bautista en otra vida y estar con él, lo haría. Lo veo... y lo peor de todo es que la chica me cae bien. Y Simón es... Dios, Simón es molesto, cargoso, quiere jugar todo el tiempo a la *Play* ahora que sabe que yo juego bien al *Fifa* y... Pedrito es un divino. Sí... todos son buenos.
- ¿Y Bautista?

Malena miró a Pilar y sonrieron.

- Y Bauti me tiene completamente enganchada. Creo que lo seguiría a cualquier parte del mundo.
- Pero eso no está bien. No está bueno dejar todo por una persona, creo que... deberíamos mantener nuestras cosas a pesar de...
- Pero yo no tengo mis cosas, Pili.
- ¡¿Cómo qué no?! Male, tenés un papá que te adora con el alma, ahora te llevás muy bien con su mujer y la Pitusa es... bueno, es la Pitusa, lo que hay.

Las dos carcajearon de risa.

- La semana que viene es el cumpleaños. ¿Sabés lo que me dijo el otro día?– Pilar negó con su cabeza–. Que ya sabía qué podíamos hacer para que yo empiece a dormir sin tomar pastillas.
- ¿Qué?
- Dormir con Bautista todas las noches.
- ¡Já! ¿Lo dijo delante de él?
- ¡Sí! Eso es lo peor.

Pilar rió con ganas.

- O sea que... te mandó en cana con pito y cadena. ¡Esa Pitusa! Ves, es especial. Esa nena tiene algo. Hablando de nenes... Male, ¿y si te pido que seas la madrina de Valentino?

Fue ahí cuando Malena recordó a Diego: “*Male, quiero que seas la madrina de mi hijo*”. ¿Qué sería de su vida? ¿Cuánto tiempo faltaba para que nazca *Malena*? ¿Se llevaría bien con su mujer? ¿Tendrían un buen matrimonio?

- ¿Yo?– preguntó Malena, sorprendida.

Jamás imaginó que iba a pedírselo sabiendo cómo era.

- Carajo, voy a tener que tomar la primera comunión, ¿no?
- ¿Eso es un sí?
- ¡¿Y cómo voy a decirte que no?! Si a ese feto lo amo más que a nada en el mundo. Wow, voy a ser madrina de alguien.

Pilar sonrió y puso su mano sobre la de Malena que acababa de tocar su panza.

- ¿Vos crees que Catalina piensa en el bebé?
- Obvio. Todos los días.

Entonces, fue ahí cuando lo sintieron. Una patadita, justo donde ellas tenían ubicadas las manos. Se miraron directo a sus ojos que ya estaban inundados con lágrimas imposibles de disimular.

- ¿Lo sentiste?– preguntó Pilar, llorando de emoción.
- Dios, ¿sentiste eso? Pili, esto es... wow... lo sentí. Hola, Valen. ¿Hola? Soy tu... madrina. Madrina. Sí. Y vos sos mi ahijadito chiquitito y lindo. Y... ¡hola, Valenchu! Hola, mi amor. ¿Hola? ¡Ay, de nuevo! Se movió otra vez, amiga.

Pilar no dejaba de reír y llorar al mismo tiempo, y ni siquiera se preocupaba por secar sus lágrimas porque como decía Pablo, éstas eran de felicidad. Y cuando ese par de amigas volvió a mirarse, las dos pensaron lo mismo: Catalina debería estar ahí con ellas. Y en ese instante desearon volver a ser la ciega y la sorda, porque a veces es mejor disimular y engañar sentimientos y emociones, a perder a alguien que aman. Sí, su naranja estaba incompleta.

Capítulo 17

Catalina seguía sin ganas de aparecer.

Capítulo 18

Hacía un mes y medio que Catalina había desaparecido de su vida y Malena no sabía qué hacer. Se sentía desesperada... como cuando falleció su mamá. Y se enojó por tener que comparar esas dos situaciones con el mismo sentimiento. ¿Qué estaba haciendo? Le había enviado mil mensajes, la había llamado no solo a su celular sino que también al consultorio, y nunca atendió. Fue hasta a la casa y las luces estaban apagadas. Quiso ir a ver a Agustín, pero le pareció una tontería porque... ¡vamos! Catalina y él se habían conocido solo hacía unos pocos meses para ir a verlo y preguntarle... ¿qué podía preguntarle? Si él no tenía la culpa de nada, si era ella quien...

– ¿Qué te pasa, *Malena atropellada*? Estás tan silenciosa que me das miedo.– dijo Bautista, interrumpiendo sus pensamientos mientras le daba un beso en el hombro y se acostaba a su lado.

– No entiendo.

– ¿Qué?– la agarró de la mano para empujarla encima de su cuerpo.

Entonces, Malena se ubicó sobre él mientras sentía esas manos fuertes que le apretaban las nalgas.

– No entiendo cómo pudo desaparecer así... cómo no me extraña, cómo hace para estar lejos de nosotras cuando nos veíamos todas las noches. No entiendo qué fue lo que hice mal para que ella se aleje tan violentamente de mí y... y no me puedo sacar de la cabeza todo lo que me dijo y...

– ¿Qué te dijo?

– Bauti, te lo conté.

Bautista sonrió porque parecía que ahora estaba enojada con él.

- No me lo contaste, si no me equivoco estabas más preocupada por hablar sobre la charla que tuviste con tu papá que lo que había pasado con ella.
- Tenés razón. Bueno.- Malena respiró-: dijo que yo no podía darle consejos de nada porque hace cinco años que murió mi mamá y todavía no la dejé ir. Me dijo que traté de ocupar su lugar en la casa de mi viejo y le hago de sirvienta a él, a su mujer y a la Pitusa. Hizo un énfasis en que me cogí a mi mejor amigo en su despedida de soltero sabiendo que se iba a casar y que iba a ser papá. Y no solo bastó con eso, que me metí con un tipo que tiene una historia de mierda con su ex mujer, que todavía la sigue amando y que, para peor, no quiere nada serio conmigo...
- Eso es mentira...- trató de defenderse, pero a Malena no le importó.
- Y dijo que ni siquiera me habías presentado al único familiar que tenés, tu hijo, cuando yo te presenté hasta las plantas del fondo de mi casa...
- No... estoy seguro que eso de las plantas no lo hiciste.
- Y...
- Carajo, ¿hay más?- estaba sorprendido, muy sorprendido por esas altas acusaciones a su persona.
- Y dijo que yo te quería. Y la peor parte de todo esto es que agregó, y voy a citarlo tal cual: *“Ni siquiera sos tan importante para que alguien quiera pasar la vida con vos, Malena. Ni siquiera para Diego. Ni siquiera para Bautista”*.

¿Y si eso también lo pensaba ella?, se preguntó él. ¿Y si ella lo había ido a ver esa noche de sorpresa porque quería saber si todo era verdad? Y peor aún, ¿y si había hablado con Diego? ¿Se habrían encontrado? Y si lo hizo, ¿por qué no se lo contó? ¡Qué le pasaba!

- Y... ¿vos qué pensaste cuando Catalina dijo eso?
- No me acuerdo.
- ¿Cómo que no te acordás?
- No, es que yo estaba muy preocupada por Pilar y su bebé. Rogué

que Pilar siga tan sorda como siempre, pero no... ella había escuchado todo y traté de tranquilizarla, le dije que no era verdad, que...

– ¿Y qué le dijo a ella?

– Uf, con ella fue peor. Mucho peor. Creo que Catalina se mantuvo en silencio toda su vida y eligió el peor momento para empezar a hablar. Y lo eligió estando enojada.

– Exacto, Male. Las personas enojadas a veces decimos cosas que no queremos y...

– A ver, ganale a Catalina. Decime algo que hayas dicho estando enojado. Muy enojado. Y que después hayas querido volver el tiempo atrás.

Bautista recordaba ese instante con toda la claridad del mundo, y aunque mil veces trató de borrarlo, nunca pudo. Jamás.

– *“Si fueras hombre, ya te hubiera cagado a trompadas. Y sino fueras la madre de mi hijo, te hubiese matado”*.

Malena se separó un poco porque todavía se seguía sorprendiendo. Odiaba a Colette, la odiaba por lastimarlo tanto.

– Bautista.

– No, Male. No digas nada.– llevó una mano hacia el pelo de Malena y le sonrió–. Trato de borrar esa frase de mi cabeza, pero no puedo. Estaba tan enojado con ella y...

Dejó de hablar porque vio algo en los ojos de Malena que no le gustó. En esos preciosos ojos celestes vio la rabia, el enojo y la bronca contenida. Ella no era así, nunca dejaría que otra persona vea sus sentimientos tan claros.

– ¿Male?

– Estoy...

– ¿Enojada?

– Estoy harta.

– ¿De mí?

– Sí.

Cuando Malena quiso despegarse de él, no la dejó. La dio vuelta, pegando su espalda al colchón, subiéndose encima y apretando las manos de ella sobre su cabeza para que no se escape.

- No te vayas.- le pidió.
- ¡Sí! Quiero irme, quiero... ¡basta! Basta, Bautista.
- Fuiste vos la que me pediste que diga algo...
- ¡Basta de hablar de Colette! Siempre lo mismo, siempre la volvés a traer.
- Ya la solté, Male. Solté a Colette desde que estoy con vos.
- ¡Ella te quiere!
- Sí, lo sé. Colette siempre me va a querer, pero no de la forma en que vos pensás.

Malena negó con su cabeza porque no solo se trataba de un amor hacia el padre de su hijo, era algo más...

- No es por Pedro.
- No.- admitió él-. No es por él, es por mí. Y lo sé, Male. Sé que hay una parte de Colette que piensa en mí y nada puedo hacer. Es más, ella me dijo que ojalá en otra vida nos encontremos...

Lo sabía.

- ¡¿Y tengo que vivir a tu lado sabiendo que ella quiere encontrarte en otra vida y que vos pensás en eso?!- hasta sonaba como una loca.
- Pero yo no la quiero en otra vida, ni en esta ni en otra, ni nunca. ¡No la quiero más!- apretó más su agarre y enganchó las piernas de Malena con las suyas porque había empezado a patalear-. Male, ¡te amo a vos! Ni siquiera sabiendo que tendría la posibilidad de estar con ella en otra vida lo haría. No pienso en ella... Male, Coli es la mamá de mi hijo, está casada con Simón, tienen una hija, ¡por Dios! Pero, es mi familia, y nada puedo hacer. Ya lo hablamos.

Malena apretó sus dientes y cerró los ojos porque estaba cansada de volver a rondar en el tema una y otra vez y...

- Es difícil, Bauti. Es difícil estar con una persona que constantemente recuerda a su ex mujer. Decime una vez que yo te haya dicho algo de Diego. Una sola y te juro que cierro el culo y no hablo más.
- Nunca.- admitió él, sin quitarle la mirada de encima.
- ¿Cómo te sentirías si yo trajera a nuestras charlas algún momento que pasé con Diego? Porque yo jamás te dije que me digas algo que

hayas dicho en una situación de bronca contra Colette. Vos siempre volvés a traer su fantasma al presente y ya no puedo más. ¡No puedo vivir constantemente pensando en que cada puta cosa de la vida cotidiana te hace recordarla!

Bautista se mordió los labios y asintió con su cabeza porque Malena tenía razón.

- Perdón.– susurró–. Perdón, Malena. Perdón.
- Quiero irme.
- No. No... vos no te vas más de acá.

¿Qué había querido decir?

- Bauti, es tarde, voy a irme.
- No, Malena, vas a quedarte a vivir acá, conmigo.

Entonces, lo que había dicho hacía unas noches atrás... eso de tener un hijo, ¿era verdad?

- Bautista, ¿es que no entendés? Yo... no trabajo, no estudio, no...

Entonces, él comenzó a reír.

- ¿Y por qué pensás que eso me importa? ¿Crees que se me cruza por la cabeza que podés quererme por mi dinero? O sea, con toda la guita que tiene tu viejo, ¿crees que de verdad puedo pensar en eso?
- Bauti, es que vos no entendés. Estudié mil carreras porque no sabía qué quería, no trabajé porque no me veo fuera de mi casa haciendo otra cosa que no sea cuidar de mi familia, y... vos tenés sueños, cumpliste tus objetivos. Te convertiste en un arquero reconocido en el mundo, ganaste premios increíbles, jugaste cuatro mundiales y...
- ¡¿Y qué?!– preguntó él, con los ojos bien abiertos–. Uno no es mejor persona por su currículum. Para mí atajar pelotas en un arco es un juego que afortunadamente hago bien, me divierto y...
- ¡Y yo solo pienso en formar una familia, quedarme en casa, cuidar de mis hijos, de mi marido, esperarlo con un abrazo y con la comida hecha! No tengo sueños importantes como todas las mujeres que tal vez conociste. No soy una chica divertida porque mi vida es aburrida, no tengo objetivos y metas por cumplir. No quiero ser alguien importante, solo quiero una familia... mi sueño es cuidar de mi familia, amarla y... preparar el desayuno, cocinarles cosas ricas y

dormirlos a la noche... quedarme viendo televisión con vos hasta tarde y...

Bautista tenía los ojos llenos de lágrimas porque siempre había querido una mujer así para él. Y no por ser machista, pero siempre había soñado con alguien que lo espere en casa al llegar de entrenar, que le cocine porque amaba la cocina casera y comer algo que sus manitos habían hecho... ¿estaba loco?

– *Malena atropellada*, sos mi sueño hecho realidad. ¿Y decís que no querés ser alguien importante? Ya sos la mujer más importante de mi vida y lo serás para nuestros hijos.– Sí, él estaba confirmándole que quería todo eso y más.– Y no por querer ser la cabeza de una familia, ni por mandar, ni... solo quiero una mujer a mi lado que me acompañe a donde yo quiera ir, que me ame con locura y me espere en casa con algo casero para comer. Y... no busco una sirvienta, solo quiero una mujer a mi lado que se quede conmigo cuando yo decida retirarme del fútbol. Quiero a alguien que piense igual que yo y que si no lo hace, me contradiga y... sé que si te pido que vivamos toda la vida de vacaciones no vas a decirme que no...

– Bautista, no quiero vivir de vos. Es tan difícil explicarte lo que se me pasa por la cabeza...

– Es difícil que me entiendas...– la interrumpió.– Es difícil explicarnos y entendernos, pero los dos queremos lo mismo sin ponerle título de nada. ¡Querer tener hijos, formar una familia y cuidar una casa no está mal, Malena!

– No es un sueño inspirador para nadie.

Bautista sonrió y dejó que esa lágrima juguetona se escape de su ojo derecho y caiga sobre la mejilla de Malena.

– Lo es para mí, amor. Quiero tu sueño. Quiero que quieras el mío y lo hagamos uno.

– ¡¿Te das cuenta lo complicado que es esto?! Si fuera tu cumpleaños tendría que hacerte un regalo con tu propia plata porque no trabajo. ¡Ay, Dios mío! Ya estoy volviéndome loca, no de verdad, estoy loca. ¡Loca! Estoy diciendo cualquier estupidez. Ay, ¡Dios mío! Te estarías regalando algo vos mismo, solo que lo elegí yo.

Entonces, Bautista comenzó a reír porque sí, era verdad, Malena estaba

loca.

– Ni siquiera había pensado en eso del regalo.– admitió él, riendo más.

Malena dejó de hablar y lo miró.

– Es como si me mantuvieras. Y hoy está mal visto. Toda mi vida hice mierda la tarjeta de mi viejo y nunca dijo nada, estoy acostumbrada a eso porque...

– Y yo quiero darte eso, Malena. Es decir, no me gusta gastar más plata de la que dono a mis obras de caridad, pero no creo que hagas un lío con todo mi dinero. ¿Ves? Si tuviéramos un hijo... o si viviéramos juntos...

– ¿Qué estás diciendo, Bautista? Me estás enloqueciendo peor que mis pensamientos.

Bautista hizo más presión sobre las manos de Malena.

– Solo digo que no me molesta compartir todo lo mío con vos. Quiero llevarte a conocer el mundo entero, quiero mostrarte cada recoveco de Argentina, quiero llevarte a las playas de México, que compartas unas vacaciones con tus amigas y... no sé, recorrer Europa... ir a una playa escondida en Tailandia y... no sé, Male. Quiero hacer tantas cosas con vos que no me va a dar el tiempo de toda una vida.

¿Por qué? ¿Por qué la vida le había puesto un hombre tan bueno a sus pies?

– Bauti...

– Male, te acordás cuando estábamos merendando ese día que nos conocimos y... yo te dije que si me dieran a elegir estaría con vos... entonces, dijiste algo como que...

– Sí, si no te daban a elegir, ¿estarías conmigo?

– Bueno... eso mismo. Male, no hacía falta que me den a elegir nada porque cuando te vi... Dios, lo que te dije, de hacerte tantas cosas... Male, no tenés idea en lo que se convirtió mi cabeza esa tarde. Me volví loco solo con curarte las heridas... y...

– Estamos locos.– admitió ella, sonriendo.

– Por eso estamos juntos, Malena. No pensemos, no pongamos

títulos de nada, solo seamos vos y yo... y Pedro, perdón. Obviamente está él.

– No me había olvidado de Pedrito.

Bautista se acercó y besó esos labios carnosos en forma de corazón que tanto le gustaban.

– Casate conmigo, Malena. Vivamos juntos. Hagamos de esta vida nuestra vida. Confiá en mí, Malena, cerrá los ojos y confiá en mí.

– ¿Patines?– preguntó Malena.

– ¡Listos!– gritó Pedro.

– ¿Rodilleras?

– ¡Listas!

– ¿Coderas?

– ¡Nooo, las coderas son para nenas!– se quejó el pequeño demonio.

– ¡¿Coderas?!– volvió a preguntar y Bautista sonrió por la insistencia de Malena.

– ¡Listas!– gritó Pedro, mordiéndose el labio inferior.

– ¿Casco?

– ¡Listo! ¡¿Podemos irnos, por favor?!

– Ay, chiquito, cómo te gusta pelearme eh. Después te enojás cuando te gano en el *Fifa*.

– ¡Papá, Malena me está gastando!

– Entonces, hacele caso. Yo sé de qué hablo, hijo.

Malena escuchó esa voz gruesa que le hacía poner piel de gallina y sonrió, mirando hacia atrás. Los ojos de Bautista estaban clavados en su culo y sonrió más, cuando él levantó la vista para guiñarle un ojo y ella negando con su cabeza dejó escapar una carcajada. Malena creía que Bautista debía ser declarado “*El arquero más hermoso del planeta*”. ¡No podía estar tan bueno sin remera y esa V que se le marca al final de su estómago!

Oh, había rascado su panza.

Miró a Pedro y aseguró que su cabeza estaba colgando de algún árbol porque parecía ido.

– ¡Hey!– Pedro la miró–. ¿Vamos? ¡El que llega último al lago

contaminado lava los platos hoy a la noche!

Entonces, Malena comenzó a patinar seguida por Pedro que no le daban las piernitas para ir más rápido y Bautista, prefirió la vista desde atrás. No tenía intenciones de pasar a Malena porque eligió mirar ese culo redondo que le hacía la calza blanca desde un mejor ángulo. El top rosa fucsia le dejaba libre su cintura y esa colita de caballo que se había hecho en el pelo iba de un lado a otro con un vaivén alucinante que...

Bautista dejó de patinar porque sintió una presión muy fuerte en su corazón, seguido de un dolor punzante que lo dejó sin aire. Vio un banco de cemento vacío y tomó lugar porque se asustó. Ya no le dolía, solo había quedado el eco de la punzada. Buscó a Malena y a Pedro y los vio en el lago; agradeció que no lo hayan visto porque no quería asustarlos y que se preocupen. Los últimos estudios que se había hecho le habían dado bien y además, necesitaba jugar en las eliminatorias para Rusia 2018.

Escuchó la risa de Pedro y miró hacia el lago. Malena se estaba quitando los patines, ¿por qué? Entonces, sacó su teléfono y comenzó a hacer un video en vivo en su cuenta de *Instagram*. No era fanático de las redes sociales, pero cuando algo le parecía gracioso le gustaba compartirlo con sus millones de seguidores. Y eso definitivamente era muy gracioso.

- Y acá tenemos a mi mujer confiando en mi hijo de solo cinco años para ser sostenida de su manito y no caer al agua contaminada y...-
- Bautista no pudo seguir hablando porque explotó en carcajadas.

Malena cayó de cabeza al lago y Pedro tapó su boca dando varios pasos hacia atrás. Cuando vio que la novia de su papá estaba bien, se dio vuelta para avisarle y él ya venía patinando con su teléfono en la mano.

- ¿La empujaste?
- ¡No, papi! ¿Cómo voy a empujar a Malena? Se cayó.

Bautista y Pedro se dieron vuelta porque un policía comenzó a hablarle a la chica que estaba metida en el agua.

- Señorita, no puede nadar ahí. Ese lago está contaminado.
- ¿Oficial, usted me ve con cara de querer nadar por este lago?-
- preguntó Malena irónicamente, sacándose un pedazo de alga de su cabeza-. Bien, ahora tengo olor a podrido. ¡Bien! ¿Ves, Pedrito? ¿Y vos qué hacés filmando?
- Es un vivo, *Malena atropellada*.- contestó él, riendo.

– Yo te voy a dar un vivo si seguís filmando, apagá eso.– ordenó, mientras aceptaba la mano de Bautista para salir–. Bauti, apagá eso.

Pero él no le hizo caso, siguió filmándola hasta que su culo apareció en la pantalla de su teléfono y una tanga roja se marcaba a través de la tela blanca de la calza.

– Bien, ¿vamos a merendar?– apagó el teléfono y sonrió por el olor a podrido.

– No, prefiero ir a tu casa y bañarme.

– Ay, Male, tomamos algo afuera. Eso te pasa por seguir las travesuras de un nene de cinco años.

– Es que...

- Malena, lo siento. No tuve que soltarte, tenía mi mano transpirada y...
- No te preocupes, Pedrito, mi hermanita me hace cosas peores.
- ¿Tu hermanita?

¿Nunca le había hablado de la Pitusa?

- Sí. Tengo una hermanita de tu edad, se llama Bianca y yo le digo la Pitusa. Es preciosa y...

De esa forma, se sacaron los patines y comenzaron a caminar hacia el lugar donde Bautista quería merendar. Y Malena le contó a Pedro sobre su hermanita, le dijo que le gustaba jugar mucho a la *Play* y que seguramente, si le enseñaban, podía aprender a jugar al *Fifa*.

En un momento, se acercaron varios hombres hasta la mesa y le pidieron a Bautista una fotografía en grupo.

- ¡Seguro! Vamos a sacarnos una foto.– dijo él, riendo por un chiste que habían hecho.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué, de repente, Bautista, catalogado el arquero más antipático con sus fans, accedía para sacarse fotos con un grupo de casi veinte hombres? Algo no andaba bien, él no era así. Y no por mala onda, sino porque prefería pasar desapercibido y... ¿qué había cambiado? Hasta Pedrito lo había mirado medio raro.

- Malena, ¿vas a venir a Rusia, no? La vamos a pasar re bien. Mamá y Simón también vienen.

Esa pregunta ya se la había hecho antes, a diferencia que en la anterior, Pedro no había nombrado a Colette, solo a Simón. Y además, no iba a ponerse mal porque la mamá del nene quería ir a ver a su ex marido al mundial. No, eso tenía que ser algo normal y común para ellos. ¿No?

- No lo sé. Supongo que si Bauti no tiene problema...
- No tengo problema, amor. Ya te lo dije antes.
- ¿Y por qué a Malena no le decís *mi vida* como a mamá?

No, definitivamente no iba a ponerse mal porque a la mamá de su hijo le decía mi vida, ¿o sí?

Un segundo.... Además de darle la llave, ¿Bautista le decía *mi vida* a Colette?

Entonces, Malena miró a Bautista y él solo observaba a Pedro sin saber

qué decir. ¿Le decía o no *mi vida*?

– Supongo que es una costumbre.

¿Una costumbre? ¡¿Una costumbre?!

¡A la mierda con las costumbres! A la mierda con él, con su hijo, con su ex mujer, con el marido de su ex mujer, con la nena y con toda su familia.

¡A la mierda con todo!

– Chicos, me van a disculpar, pero yo tengo que irme a sacar este olor. Quedé en ver a Pilar y...

– Pero, Malena, dijiste que el último en llegar al agua lavaba los platos hoy a la noche.

El nene de verdad parecía muy afligido porque ella se iba, pero Malena se puso tan ciega que ni siquiera la torpeza de un nene de cinco años pudo ser perdonada. Además, Bautista le decía *mi vida* a Colette.

– Era un chiste, Pedrito. Chocó la mano.– dijo ella, mientras levantaba su mano y la chocaba contra la de él.

Luego, se acercó a Bautista y le besó la mejilla.

– Chau, *mi vida*, después hablamos.

Acaso, ¿todo lo que le había dicho Bautista la noche anterior no había servido de nada? ¿No le importó?

Malena caminaba hacia... ¿hacia dónde? ¿Qué había hecho? ¿Qué le pasaba? ¿Por qué actuaba así? Y cuando dio media vuelta para volver, Bautista caminaba hacia ella con su rostro colorado por los nervios y por el enojo.

– Todo lo que te dije ayer te entró por un oído y te salió por el otro, ¿no, Malena?

– Bauti...

– ¡No! Ahora me vas a dejar a hablar a mí. Estoy hasta los huevos con tus escenas estúpidas, tus planteos pelotudos y... ¡Malena, tengo treinta y cuatro años! Ya no estoy para estas cosas, para tu personalidad chiquilina y... basta, mujer. Si querés estar conmigo, bancate *mi vida* y *mi relación* con la mamá de mi hijo, sino pegate la vuelta y tomatala. No vuelvas más, Malena. Porque si cada vez que te demuestro mis sentimientos vas a actuar así y no te van a importar, entonces no me querés como yo te quiero. No me amas como yo te

amo, Malena, y no estoy dispuesto a esto. Ya me cansé... ¡ya sufrí demasiado una vez apostando por alguien que me lastimó y con la que no quiero volver nunca más! Nunca más. Y con vos no quiero pelear, no quiero...

– Basta.– susurró ella, abrazándolo por el cuello y pegando sus labios a los de él–. Perdón, no sé qué me pasa, no entiendo por qué cuando se trata de vos me pongo loca. Perdón, Bauti, yo también te amo y... creo en vos, en todo lo que me dijiste anoche... no sé por qué no puedo controlarme cuando se trata de vos. Perdón.– volvió a besarlo y él la aceptó.

Pasó sus brazos por la cintura de su mujer y levantándola del piso, la besó más fuerte. Y no se dieron cuenta, pero unos periodistas que estaban por la zona habían visto todo y tomado fotos de cada instante. Sin embargo, ya no le daban importancia a las fotos, a los chismes... ya ni siquiera se sorprendían cuando aparecía algo de ellos.

– Te amo, Bauti, te amo. Perdón... perdón, con vos todo es el doble de fuerte, la intensidad aumenta, los nervios se me ponen de punta y... perdón, no sé por qué no logro controlar mi ira cuando se trata de vos.

– Supongo porque estás loca de amor por mí, creo que eso causo en las mujeres como vos.

– Idiota.

– Vamos, Pedro nos espera.– un beso más y volvieron con su hijo.

El tiempo estaba pasando muy rápido. Malena había dejado un poco de lado sus rabietas y planteos tontos y decidió disfrutar, quiso hacer a un lado sus miedos y sus dudas para poder vivir tranquila y disfrutar al lado de Bautista. Él, cada día que pasaba, le demostraba cuánto la quería y cuánto la había extrañado los días que no se habían visto.

– ¿Hola?– atendió Pilar.

– Amiga, ¿vas a venir?

– Ay, mujer, tu ahijado hizo que mi panza se ponga dura y al estar ya de siete meses tengo miedo porque... bueno, no sé, tal vez le pasa algo... estoy en la clínica, estamos en la clínica, y todo está bien, pero me tienen controlada. No te asustes.

- Ay, Pili, qué susto. Bueno, no importa. ¿Querés que vaya a verte?
- ¡Que no, mujer! Estoy con Pablo, olvidate.

Claro que no se iba a olvidar.

- ¿Me avisas cualquier cosita?
- Obvio, amiga.
- Bien. ¿Sabés algo de Cata?

Silencio.

Pilar no contestó porque no sabía qué decir.

- ¿Pili?
- No, no sé nada. No me contesta así que, dejé de insistir. Le mandé un mensaje diciendo que al final Pablo tenía razón, que iba a ser un nene, pero... nada.
- Bueno. Después seguimos charlando, cuando termine el partido te llamo. Te amo, amiga. Un beso a la panza.
- También te amo, mujer. Besotes.

Volvió su mirada al frente y la cancha del club Boca Juniors se abrió a sus pies. Ese día jugaba Argentina contra Perú, y ella estaba en el palco junto a Pedrito y Simón. Sí, cuando había ido a buscar a Pedro para llevarlo a la cancha, Simón preguntó si podía ir y ella no pudo decirle que no.

- ¿Estás nerviosa, Malena?— preguntó él.
- No. Bueno, un poco... No imagino quedarnos fuera del Mundial. No podemos.
- No, no podemos. ¿Te imaginás un Mundial en Argentina sin Mundial?— volvió a preguntar, riendo más fuerte.

¿Qué le pasaba? Acaso, ¿Cuándo se ponía nervioso hablaba de más?

- No, no lo imagino.
- Y contame, ¿cómo te trata Bauti?

¿Por qué le preguntaba algo así?

- Bien, muy bien.
- Si algún día necesitás algo, lo que sea... podés pedírmelo. ¿Sí? Lo que sea.

¿Eh?

- Ajam, claro. Sí, gracias Simón. El otro día Pedro me mostraba unas fotos de cuando fuiste con Colette a ver la Aureola...
- ¡Dios! Fue increíble. Queremos arreglar otro viaje así, estamos pensando en decirle a Bauti y a Pedro, y claro que si vos querés venir, estás invitada. Queríamos ir a Islas Fiyi, precisamente a la isla principal llamada *Viti Levu*.

¿Por qué estaban hablando de eso?

- Sí, me encantaría. Pero... perdón, Simón, perdóname si te molesta mi pregunta, pero...
- Ya sé lo que vas a decir.– dijo él, clavándole los ojos.

Oh, que lindos ojos, nunca le había prestado tanta atención.

- Ah, ¿sí?
- Sí, y lo único que puedo decirte es... Coli no es mala persona, es una mujer muy buena que... es una historia muy larga, Male, pero me gustaría poder contártela así nos entendés. Coli y yo éramos novios y... por un motivo no pudimos estar más juntos. Un motivo verdaderamente complicado... entonces, ella conoce a Bautista, viaja a Canadá, se casan, tienen un hijo, viven tres años en ese país y cuando muere mi abuela ella vuelve a Argentina. Nos encontramos y sí, estuvimos juntos mientras ella estaba casada con Bautista, pero a su defensa debo decir que... nuestro amor siempre fue fuerte, muy fuerte y peleó contra todo. Tal vez, nuestro error fue estar juntos y engañar a Bauti, pero se dio así y... ella volvió a Canadá, a Bautista le dan el pase a River otra vez, y Colette le cuenta toda la verdad. Ellos pelean y... Bauti le dijo que era igual a Andy.

- ¿Andy?– preguntó Malena en voz baja.
- El motivo por el cual no podíamos estar juntos era Andy, mi hermano. Mi medio hermano. Él me había amenazado con matar a Coli si estábamos juntos, me mataba a mí y luego se mataba él... yo no podía hacerle eso a mi mamá, entonces tuve que dejarla. Andy muere y Coli, ya con Pedro de un año vuelve a mí, pero... nos volvimos a separar. Y... yo sé que Coli siempre va a querer a Bautista, lo tengo asumido, pero sé que no es un amor como el nuestro. No es tan fuerte, es más como... como el de una amiga, una mejor amiga que ama a alguien más. Lo ama bien...

- Simón, esto es muy...
- Lo sé, Malena, lo sé más que nadie. Pero, a veces el amor triunfa y yo creo mucho en el amor. Y lo veo bien, Bautista está feliz y hace mucho tiempo que no lo veo con esa estúpida sonrisa impregnada en la cara que te dan ganas de pegarle... ¡te lo juro!- admitió, sonriendo
- Pero, creo que te encontró... después de buscar tanto, de ver qué hacer, te encontró y... apuesto a esto que tienen. Sé que te ama, no hay dudas sobre eso. Solo tenés que confiar, como yo elijo hacerlo todos los días de mi vida junto a ella. Solo nos queda confiar.

Malena clavó la vista al frente porque no quería hablar más. No quería saber nada más, esto al final era más complicado de lo que ella pensaba. Mucho más jodido y rebuscado de lo que imaginó. No solo era una tonta historia de amor, era más que eso. Mucho más...

- ¡Ahí está papá!- gritó Pedro y el seleccionado argentino salió a la cancha y se ubicó para cantar el himno.

Era la primera vez que Malena veía en vivo a Bautista. Y cuando el partido empezó, el equipo contrario no dejaba de apuntar al arco. Ver a Bautista Olmedo saltar de un lado a otro, caer al césped, volver a ponerse de pie al segundo de caer y saltar otra vez, era alucinante. Esa postura que tomaba de doblar las piernas y encorvar un poco la columna, fijar su mirada al frente y... era la única que lo estaba mirando a él, supuso ella, porque todos seguían la pelota. Fue ahí cuando lo vio ponerse una mano en el pecho y caer... Bautista se había desplomado y comenzó a temblar, tirando los ojos hacia atrás, perdido, completamente ido.

Bautista temblaba y su cuerpo parecía estar duro.

No debía morir así. No tenía que morir.

El partido se paró, todo el equipo corrió hacia él, los técnicos, camilleros, el plantel, mientras que el corazón de Malena se detuvo.

- Simón.- susurró.
- Male, llevate a Pedro.

Entonces, Simón salió corriendo y Malena alcanzó a agarrar en brazos al nene y subirlo encima de su cadera. Pesaba, pesaba muchísimo, sin embargo hizo su mayor esfuerzo y lo sacó de ahí. Fueron directamente hacia el estacionamiento, entraron al auto y Pedrito no dejaba de preguntar.

- ¿Pasa algo, Malena?

Él no se podía morir.

- No, campeón. ¿Qué va a pasar?
- Es que nos fuimos antes...
- Sí, porque ya está por terminar el partido, entonces como no quiero que se junte tanta gente, prefiero salir antes y...
- Ah, entiendo. ¿Lo viste, Male? ¿Viste cómo ataja mi papá? Es alucinante. ¡Es un capo! Es mi ídolo.

Él no se podía morir, era su ídolo.

- Sí, es increíble. Creo que voy a hacerme de River.
- Naaaah, gallinas hipócritas no queremos.

¿De dónde sacaba la palabra hipócrita un nene de cinco años?

- No, pero lo hago por tu papá.
- Naaaah, hazelo por vos, no por mi papá.

Malena sacudió su cabeza porque hubiese dado su vida por él si hacía falta.

- Tenés razón, soy una mentirosa.
- Y... ¿y viste cuándo saltó y casi toca el arco? ¿No es un Dios?

¡Él no se podía morir!

- Sí, lo creo.

Fue ahí cuando vio una ambulancia estacionar en la puerta de atrás del estadio y segundos después, una camilla llevaba a Bautista y Simón más otro hombre subieron con él. Malena encendió el auto y siguió a la ambulancia.

- ¿Por qué estamos siguiendo la ambulancia, Malena?
- No... no, Pedro, no la estamos siguiendo, solo veo a dónde va. Nada más. Y contame, ¿siempre ataja tan bien?

Esa pregunta hizo que Pedro no dejara de hablar en todo el camino hacia una de las clínicas más importantes de Buenos Aires. Al llegar, enseguida vio cómo los médicos bajaron a Bautista y Simón los siguió.

¡¡¡Él no se podía morir!!!!

Cuando quiso darse cuenta, Simón salía de la clínica y hablaba por teléfono. Malena le hizo luces y caminó hacia ellos.

- Tomá, Pedro, usá mi teléfono.

Malena salió del *Smart* rojo y corrió hacia Simón que la envolvió con sus brazos y la apretó contra él.

- ¿Cómo está?
- Lo estabilizaron. Él... tuvo un paro.- Malena subió la mirada y se separó de Simón-. Un paro al corazón... no entiendo cómo no se dio cuenta antes... o los médicos, o...
- ¿Y ahora?
- Está en terapia intensiva y... Coli.

Malena miró hacia atrás y Colette corría hacia ellos.

- Pequeña.- dijo él, mientras la acercaba a su pecho.
- Male. ¿Estás bien?
- No lo sé... Pedro está en mi auto y yo...
- Gracias. Gracias por sacarlo de ahí, gracias por no dejar que vea todo eso y...- Colette no podía hablar, rompió en llanto.

Y cuando Malena quiso darse cuenta, estaba abrazando a Colette. Sí, estaba consolando a la ex mujer de su novio.

Él no se podía morir.

- Intentemos ver si nos dejan pasar. ¿Te parece?
- Sí.
- Bien. Vamos.

Corrieron hacia la clínica tomadas de las manos y al llegar, subieron directamente hacia la zona de terapia intensiva.

- Ya les dije que si no son un familiar directo no pueden pasar.

¡Mierda!

- Ella es la mamá de su hijo. Tendrían que dejarla pasar. ¿No?
- Están divorciados. Solo familiares directos.

Malena tenía ganas de romperle la cara y...

- ¿Cómo es tu nombre?- preguntó Colette.
- Leticia.
- Leticia, ¿sabés que trabajo en la embajada? Podría ayudarte en lo que necesites, cualquier trámite o... lo que sea. Si vos dejas pasar a la mujer de Bautista Olmedo, yo te prometo ayudarte en lo que me

pidas.

Leticia miró primero a Malena y luego a Colette, entrecerró los ojos y...

- Mi marido quiere la custodia del nene y hace cuatro años que no lo ve. ¿Podés ayudarme?
- Claro que puedo, y más si se trata de nenes.- luego, miró a Malena
- . ¿Ves? Todos tenemos un precio, corré Malena, entrá a ver a Bauti.
- Gracias, Coli. Gracias.

La abrazó por última vez y luego metió la tarjeta y las puertas se abrieron. El olor a desinfectante se impregnó en sus fosas nasales e hizo que se acuerde de su mamá, pero igual siguió caminando hasta la habitación 14. Y ahí estaba él, acostado en una cama con una pantalla a su lado, chupetes pegados en el pecho y respirando. Bautista estaba respirando.

Él no estaba muerto.

Se acercó y muy espacio acarició su mejilla. ¿Por eso estaba tan raro? ¿Por eso ese día en Palermo comenzó a sacarse fotos con los demás? ¿Sabía que iba a pasarle algo?

- Ay, Bauti. ¿Por qué no me contaste que te sentías mal? Mirá si te perdía.- susurró, observándolo con los ojos cerrados, dormido-. ¿Qué hago si te pasa algo? ¿Qué hago con mi vida y con todo esto que siento por vos? ¿Qué hubiese hecho Pedrito y Colette? Y Simón... todos están tan preocupados y Pedrito no para de hablar de vos y... ay, Bauti.- Cerró los ojos y apoyó su cabeza sobre las manos de Bautista.
- Male.

Y cuando escuchó su nombre se largó a llorar. Malena ya no podía contenerse. No pudo derramar una lágrima cuando estaba con Pedro, ahora ya no importaba nada, no hacía falta disimular la tristeza, la preocupación y los nervios porque él estaba bien.

- Bauti, pensé que...
- ¿Qué me moría? Que mala. No llores tanto, che. No pasó nada, amor.

Pero ella no podía dejar de llorar, sus lágrimas caían como cascada sobre su rostro porque se había dado cuenta que todo ese tiempo había sido una egoísta en cuanto a emociones... fue en ese instante en el cual Malena cayó

en la cuenta de que no importaba ser primera, segunda o tercera, lo que verdaderamente resaltó fue que era una mujer amada y había un hombre en el mundo que sentía lo mismo. Eso era lo que importaba de verdad, a pesar de todo. Bautista estaba sano y salvo, bien, y eso resaltaba sobre todas las cosas.

- Bauti...
- No hables.
- Idiota, sos vos el que no tiene que hablar.

Bautista sonrió y mordió su labio inferior.

- Male, quiero retirarme del fútbol. ¿Me seguís a donde sea? A cualquier lugar...

Malena asintió con su cabeza reiteradas veces y luego besó los labios de él.

- A donde sea. Vayamos a Islas Fiyi.

Bautista se quejó del dolor por la risa que dejó escapar.

- No estaba pensando específicamente en eso, pero... creo que estaría bueno.
- Bauti, ¿te querés casar conmigo y vivir de vacaciones toda la vida? Tener hijitos que se parezcan a vos y tengan el color de mis ojos, y...
- Malena seguía llorando, pero podía hablar y reír-: y que sean muchos así no nos aburriríamos nunca. Y compremos una casa grande así tenemos muchos perros en el fondo y...
- Male, no quiero laburar de más... eso de cortar el pasto no me va...
- admitió, riendo.
- No es laburar, es... es formar algo, una familia, una vida juntos, para siempre.
- ¿Vos y yo, *Malena atropellada*?
- Vos y yo, para siempre.

Y sí, el amor, esa fuerza poderosa es imposible de disimular.

Y cuando quiso darse cuenta, Simón estaba insoportable porque quería entrar a verlo, así que tuvo que dejarlo pasar y salir. Cuando salió a la sala de espera, vio un hombre sentado en el piso, con la espalda apoyada contra la pared y agarrando su cabeza entre las manos... le dio pena porque veía como su espalda se movía por la forma en que lloraba. Fue ahí que lo reconoció. Ella conocía esa camisa, conocía esas *Converse* grises porque se las había regalado. ¿Se acuerdan?

Caminó hacia Diego, que no dejaba de llorar. Se arrodilló delante de él e hizo que la mire.

- Muñeca.– susurró, casi sin voz.
- Hey, ¿qué pasa? ¿Está todo bien?

Diego negó con su cabeza y secando sus lágrimas, dijo:

- No la sentíamos moverse y... vinimos a la clínica y... y... y estaba muerta hacía dos días. Mi hijita está muerta... Malena dejó de moverse.

Sí, a veces hay cosas que no se pueden disimular. El dolor, por ejemplo, también es imposible de disimular.

Capítulo 19

- Mi problema principal es... no entiendo cómo las personas pueden llegar a quererme sabiendo que soy tan... cansadora. Soy como una máquina: repito una y otra vez las mismas situaciones y mis amigas siguen ahí... sentí que tenía que activarlas.
- ¿Activarlas?– preguntó la psicóloga.
- Dar vuelta una perilla y encenderlas. Que se den cuenta lo que yo les estaba haciendo a sus vidas, anclándolas a mis problemas sabiendo

que nunca voy a poder salir a la superficie. No puedo dejar que las personas sigan cuidándome con casi treinta años. Y mis amigas son eso... yo no necesito a un hombre que me cuide ni me salve porque sé que están ellas, mis amigas son mis héroes y... todos los días me vuelvo a preguntar cómo pude decir todo eso... de dónde saqué fuerzas para poder hablar y gritar...

Catalina levantó la mirada para enfocarla en esa mujer que la observaba sin transmitir una emoción. Eso tal vez era lo que había estado necesitando todo ese tiempo, una persona neutral que no trate de levantarle el ánimo y además, que no le cuente a nadie lo que se hablaba ahí.

– Catalina, voy a preguntarte algo. ¿Vos en verdad pensás todo eso de ellas? Porque uno cuando dice algo así es porque verdaderamente lo piensa; es decir, algunas personas dicen una verdad escondida a través de una mentira o de un chiste, pero yo siento que vos no lo inventaste en el momento para que ellas salgan corriendo de tu vida. ¿O sí?

– Lo pienso, pero... – le costaba hablar, era la verdad. Pero estaba haciendo un esfuerzo enorme para poder explicarse y darse a entender –. A veces uno tiene una opinión de una amiga y no se lo dice por miedo a que se enoje... yo sé que, si se los hubiese dicho en otro momento, ellas no lo hubieran tomado mal. A ver... no estoy enojada con Pilar por el simple hecho de haber elegido tener un hijo con un hombre que no conoce y tampoco estoy enojada con Malena por acostarse con su mejor amigo, pelearse y perder tantos años de amistad y luego, meterse con un jugador de fútbol que tiene una historia súper comprometida con su ex mujer.

Entonces, ahí estaba, esa mirada, esos ojos achinados que la observaban como si la estuvieran culpando.

– Catalina, ¿te gustaría que te cuente qué haría yo si fuera vos, después de estos tres meses de terapia?

¿Quería saberlo?

– Yo... no lo sé.

– Bueno.– La psicóloga se rascó la nariz y enderezó su espalda–: ¿y si dejamos de preocuparnos por los demás y comenzás a preocuparte por vos misma? Es decir, todos tenemos problemas, pero cada uno se hace cargo de ellos y si tus amigas necesitan ir a terapia, yo tengo

muy buenos colegas... pero, el caso es que la que más necesita solucionar algo sos vos y estás acá. Sos la que tiene que aprender a...

– Pero, ¿cómo?

– Primero empecemos por dejar de esconderte. Dejemos de lado ese armario, hay que tirarlo... es como dejar el cigarrillo. Al principio, la nicotina que está alojada en tu cerebro te pide más, más, más y vos hacés lo posible para no darle ese más. Y ahí es cuando empiezan las batallas, hay que ganar una a una cueste lo que cueste para poder salir adelante.

¿De qué estaba hablando?

– Pero yo no tengo batallas.

– ¿No?– Entonces, ahí estaba, esa mirada otra vez acusándola de algo que no sabía qué era-. Bien, veamos. Voy a nombrarlas una a una, recopilando información después de todo lo que me estuviste contando estos meses. Primero: enfrentar a tus abuelos, por más que no puedan hablar estaría buenísimo que puedas decirles lo que sentís frente a frente, no hace falta que los mires a los ojos, pero estaría buenísimo que te comportes como lo hubieses querido hacer en ese entonces y demostrarles que a pesar de todo lo que hicieron, vos sos diferente a ellos. Segundo: dejar de estar enojada con la vida. Tenés que perdonar, dejar ir, soltar esas emociones y esos sentimientos que te tienen atada al rencor, porque si no dejás ir estas cosas, no vas a poder avanzar. Tercero: hablar con tus amigas, contarles lo que sentís por ellas, explicarles bien qué pasó esa noche cuando te enojaste y dijiste cosas que sentías, pero de la forma incorrecta. Fue un error y por ser humanos cometemos torpezas constantemente y aprendemos a perdonar. Ellas van a saber perdonar. Cuarto: ir a buscar a Agustín, con carácter urgente. Quinto: hay que eliminar ese mecanismo de defensa, dejar de encerrarte en un armario, tirarlo a la calle y que se lo lleven... buscar otra cosa, una ducha. El agua siempre hace bien, limpia y purifica el alma... el agua limpia, por lo tanto, probá con una ducha. Y sexto y más importante: empezar a hablar. Tenés que dejar de ser muda, Catalina. Tenés que saber comunicarte con los demás porque no pueden estar adivinando qué es lo que te pasa la mayor parte del día. Sé que cuesta, pero tenés que hacerlo para estar bien vos y con el resto de las personas que te quieren. Todas las batallas que

vayas ganando día a día son las que te van a convertir en la persona que vos querés ser en realidad... vas a ser feliz, Catalina. Y eso es lo que importa, a pesar de todos los problemas que en algún momento tuvimos que enfrentar, decir que somos felices es el mejor resultado. Pero, tenés que dejar de ser muda.

Era como un ultimátum, así lo sentía Catalina.

Dejar de ser muda.

- Y, ¿Cata? Hay que empezar a eliminar de tu vocabulario la frase “*esto es muy bueno para ser cierto*”, porque si llega a tu vida, es porque te lo merecés. Disfrutá las cosas buenas que te pasan. Bien, por hoy terminamos.
- Gracias, doctora.

Su panza dolía tanto que pensó que eran los nervios por saber que iba a verlo, por las ganas que tenía de abrazarlo y la emoción de querer besarlo. Sí, había ido a buscar a Agustín. Esa misma tarde, cuando salió de la psicóloga, juntó fuerza y amor, todo ese cariño que había aumentado en los meses que no lo vio, se hizo un bollo enorme y comenzó a empujarla hacia Agustín.

Entonces, Catalina estaba de pie frente a la estación de bomberos. Podía escuchar el grito de los hombres que hablaban dentro y reían a carcajadas. Se preguntó cuánto tiempo hacía que no se reía de esa forma, que no compartía, aunque sea un vaso de agua con alguien más. Tres meses... habían pasado tres meses desde esa última noche.

Al principio de esta historia mencioné que Catalina tenía un error: no podía lograr expresarse cuando algo le molestaba, simplemente desaparecía; se iba de la vida de esa persona como si nunca lo hubiese conocido y ése, era su mayor error. Hacer como si nada hubiera pasado. En vez de hablar y arreglar las cosas, prefería callar y no hacer sentir mal al otro, quedándose ella devastada por dentro. Entonces, pregunté si algún día iba a explotar y cuándo. Bueno, hacía tres meses que Catalina había entrado en erupción como el peor volcán de la historia y hacía solo unos días, había comenzado a calmarse. Por eso estaba ahí, porque con él había cometido un error irreparable y no sabía qué hacer para solucionarlo. Hablar... debía hablar.

Antes de cruzar la calle, miró su teléfono. Ni pilar ni Malena le habían contestado el mensaje. Era entendible, seguramente estaban enojadas y no

querían verla. Pero, paso a paso... tenía que solucionar una cosa por vez.

Se acercó despacio y los gritos iban en aumento. Pasó por el costado de un camión rojo y respiró. Había varios hombres sentados a una mesa comiendo y riendo, y otros de pie jugando al pool. Aplaudió, chocó sus pequeñas manos y comenzó a aplaudir. El silencio fue abrumador.

– Lo siento, no quise molestar. Estoy buscando a Agustín.

Todos los hombres miraron hacia la mesa de pool y ahí estaba él, observándola con un palo en la mano y la tiza en la otra. Su metro noventa, en ese instante, parecía aterrador.

– Hola.– susurró ella y dio un paso al frente–: ¿Podemos hablar?

Agustín bajó la mirada hacia la mesa y luego, dudando, dejó el palo sobre la alfombra verde que la cubría. Y cuando comenzó a caminar hacia ella, Catalina susurró un:

– Buenas noches.– Y salió a la vereda.

Lo esperó apoyada contra la pared, pero él no se ubicó a su lado. Después de tanto tiempo de esperarla, su inesperada presencia lo había dejado atónico. Le parecía mentira estar frente a Catalina y verla tan entera le dio satisfacción, pero también envidia porque hacía tres meses que él estaba metido en una oscuridad absoluta.

– Te queda bien el pelo corto.– admitió Agustín, mientras observaba su pelito rubio que caía en ondas sobre sus pequeños hombros y contenía las ganas de abrazarla y besarla–. Estás más hermosa desde la última vez que te vi.

¡Qué idiota era! ¿Cómo podía decirle algo así a la mujer que lo había echado de su vida peor que a un perro? Pero, lo hecho, hecho estaba y con ella siempre había sido complicado mantenerse quieto y callado, en su lugar. Siempre había tenido esa necesidad de tocarla y besarla, y hacerla reír, jugar y...

– Gracias... son cambios. Sé que un corte de pelo no significa nada, pero... tal vez... paso a paso.

Y no solo el pelo, pensó Agustín, ese vestidito floreado le quedaba precioso.

– Entiendo, Catalina.– respondió él, mientras se pasaba una mano por su cabeza rapada y suspiraba, tratando de acomodar un par de ideas en su cabeza.

– Agus... estoy trabajando en esto, estoy haciendo mi mayor esfuerzo para poder decirte lo que...

No, no tenía que ser así.

– No quiero que te esfuerces conmigo, Catalina. Si tenés que esforzarte para comunicarte conmigo, ya no lo quiero.

Entonces, Catalina se dio cuenta que esto iba a ser más difícil de lo que pensó. Pero, si quería que Agustín confíe en ella, debía sonar segura, tan segura como lo estaba su corazón.

– Agus, no dejé de pensarte en todo este tiempo...– subió la mirada y lo enfrentó, encontrándose a un Agustín con ojos atentos y expectantes-. Perdón por tratarte tan mal, demostrarte que no te amaba cuando lo hacía con todas mis fuerzas y... lamento mucho haberte echado de mi vida de esa forma tan cruel, eliminando todas las esperanzas y el amor... pero no podía dejar que me veas en ese estado... me dio vergüenza no tener el valor para ponerme de pie y seguirte y no quería que cayeras conmigo. No entiendo cómo podías quererme, cómo podías amar a alguien como yo...

– Te quiero, Catalina. Todavía te quiero, no me olvidé de vos en estos tres meses.

Ahí fue cuando el corazón de Catalina comenzó a latir como si fuera el trote de un caballo en plena carrera. Hasta el dolor en su estómago se acentuó, a pesar de que él no le había dicho que la *amaba*.

– ¿Por qué, Agustín? ¿Por qué elegirías quererme sabiendo todos los problemas que tengo en mi cabeza?

Entonces, él resopló y sus manos volaron a su cabeza rapada. Se lo veía confundido, hasta irritado. ¡Sí, Agustín estaba enojado!

– ¡¿Y qué se supone que estás haciendo?! Perdón.– susurró, había olvidado que no debía gritar-. Es que... no sé qué hacer Catalina, no sé qué hacer con vos, conmigo, con toda esta mierda... no sé si quiero esto, pero a la vez extraño todo lo que venga de vos y... nunca me sentí tan indefenso y triste en mi vida como estos putos meses. Y justo cuando decido empezar a olvidarte y dejarte ir, pensando que ya está, que no vas a volver, te presentás acá... como si nada, como si nunca me hubieras rajado de tu vida y, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Olvidar todo? ¿Tengo que olvidar tu imagen cuando estabas metida

en ese armario de mierda y dijiste todo eso?

– Por favor. – pidió ella, y dio dos pasos hacia él, quien se mantuvo rígido como una piedra–. Por favor, Agus, olvídate de todo... estoy yendo a terapia, lo estoy intentando.– su voz se entrecortó y tomó aire –: y supongo que intentar es lo que importa, ¿no? Aprender a hablar, a comunicarme y... lo nuestro fue desde el principio algo divertido, alegre, lindo y necesito eso para mí. Sé que puedo darte más que esto... sé que puedo ser un poco chiquilina y... pero lo estoy trabajando... Agus, te juro que...

– No jures, Cata... no jures. ¿Vos tenés idea de todo lo que sufrí este tiempo? ¿Tenés la mínima idea de lo que yo cambié para estar con vos? ¿En algún momento dejaste de pensar en vos y te fijaste en mí? En cómo era antes de conocerte, qué pensaba, qué hacía... yo no quería una novia, Cata, no quería una familia, un compromiso de por vida... quería ser un soltero eterno porque pensé que mi trabajo no me lo permitiría y... apareciste vos, con ese pelo rubio, esas pecas y esos ojitos celestes, casi un angelito... un ángel había bajado a la tierra y me eligió a mí... ¿cómo podía ser que una chica tan linda se haya fijado en mí? No te importó mi laburo, ni que voy armado todo el tiempo y... no sé qué hacer con vos, Catalina. ¿Qué se supone que tengo que hacer? Olvidar todo, hacer borrón y cuenta nueva, eliminar los meses que estuvimos juntos, la escena del armario, estos meses separados... Catalina, esto es la vida real. Esto es real... yo soy real. Y no sé si voy a poder...

– Agus.– Catalina dio un paso al frente–. ¿Te acordás cuando una vez te pregunté si siempre se sentía así cuando besábamos a alguien? Y vos me respondiste que no, nunca era así. Y después dijiste que...

Agustín sonrió porque Catalina estaba tan nerviosa que se confundía al hablar y tartamudeaba. Entonces, se dio cuenta a dónde quería llegar.

– Te dije que desde ese instante te deseo con todo mi cuerpo.

– Sí... yo... desde el segundo en que apareciste en mi casa para apagar un fuego que no existía, te deseé con mi cuerpo, mi alma, mi corazón y mi vida. Y sí, lo sé... sé que en los momentos extremos tomo las peores decisiones, y que no me creo lo suficiente para que alguien como vos pueda amarme y...

Agustín cerró el espacio que los separaba y la empujó contra la pared, para

asegurarse que esta vez, no iba a salir corriendo.

– Una sola cosa.– dijo, mientras apoyaba un dedo sobre esos preciosos labios que lo tenían enamorado–: dejame elegir a mí a quien amar, Catu. Y yo a vos te amo, y no me importa si te cuesta creerlo, porque si vos me das el sí ahora, te juro que nunca más voy a permitir que nos separe.

Dicho eso, acercó su boca a los labios de Catalina y comenzó a besarla como llevaba tres malditos meses imaginándolo. Chupó, tiró, mordió, jugó con su lengua, mientras que sus manos atrevidas y degeneradas comenzaron a manosearla por debajo de ese vestidito floreado. La euforia y la adrenalina hicieron que Agustín pierda la conciencia por unos segundos, hasta que volvió y frenó. Dejó sus labios suspendidos a unos milímetros de distancia, sintiendo la respiración caliente que salía de esa preciosa boca.

– Dios, Catalina, vas a matarme. Querés matarme.

– No.– Catalina abrió los ojos, subió la cabeza un poco y acunando el rostro de Agustín entre sus pequeñas manos, susurró–: te necesito. Sé que hice todo mal, pero... te necesito, ahora. Ahora, Agus, por favor.

Lo vio dudar y apretar la mandíbula, las fosas nasales se agrandaron porque respiraba con brusquedad, y la nuez de su cuello subía y bajaba porque se estaba conteniendo. Entonces, esos ojos oscuros se abrieron y la miró. Luego, la tomó de la mano y salió caminando hacia el lado de la casa de Catalina, que quedaba a dos cuadras de la estación de bomberos. No hablaron en todo el camino, solo caminaron a paso rápido y antes de llegar, ella corrió y abrió la puerta. En seguida, sintió las manos de Agustín en su cintura que la hacían girar y sentándola sobre la mesa de la cocina, abrió sus piernas y acomodándose entre ellas, hizo que sus bocas se abrieran para besarse y darle paso a sus lenguas. Trataron de respirar las veces que hizo falta porque se ahogaban entre cada chupón y mordisco porque no querían separarse.

Sí, estaban desaforados, hambrientos, histéricos de placer y esta vez, ese amor loco que los unía, verdaderamente era imposible de disimular. Esa fuerza tan poderosa y única los unió con la intención de no volver a separarlos.

Tanto Catalina como Agustín sabían que esta vez iba a ser para siempre. Ya no se trataba de conocerse y empezar una nueva relación, no, al

contrario... ellos habían vuelto porque se conocían lo suficiente y aún así, querían permanecer uno al lado del otro. Iban a darle una segunda oportunidad a ese amor que se tenían y que desde el comienzo, como dijeron ellos, fue especial, lindo y divertido.

Entonces, Catalina trató de quitarle la musculosa blanca porque necesitaba tocar ese pecho que la volvía loca, el cual estaba transpirado y...

- Cata.- susurró él, sin saber muy bien por qué decía su nombre.
- Qué... qué pasa... decime.

Agustín logró dejarla desnuda y tuvo que desconectar sus bocas porque esos pezones duros y rosas que tanto le gustaban, lo estaban llamando.

- Agus... por favor, te quiero adentro. Te necesito.

Entonces, sacó su pene y escupió en la punta, pasó la mano para desparramar su saliva y luego, volvió a escupir sobre sus dedos para mojar a Catalina. No hizo falta, ella se humedecía solo con verlo.

- ¿Preparada?
- Sí, por favor.

Catalina lo miró directo a los ojos cuando sintió el pene de Agustín entrar, mientras que una mano la sostenía de la nuca para que se quede quieta. Y tuvo que cerrar los ojos porque el placer aumentó tan rápido que fue imposible seguir conectados con las miradas.

- ¿Te gusta?- preguntó él, no creyendo en todo lo que estaba pasando.
- Sí... más, Agus, necesito más.

Carajo, no era mentira. Catalina estaba delante de él, sentada sobre una mesa con las piernas abiertas, mientras que su pija entraba y salía provocando gemidos inocentes que lo volvían loco.

Era ella. Era Catalina. Y por favor, ¡qué lindo le quedaba el pelo corto! La había extrañado tanto, tanto que le dolía el pecho.

- Te amo, Catalina.
- Y yo... yo también. ¡Ay! Aaaaah.... Más.

¡¿Más?! Es que ya no podía darle más en esa posición. Entonces, salió y la dio vuelta, pegándole las tetas sobre la mesa y...

- Respirá, Catalina. Respirá porque lo vas a necesitar, mi amor.

Catalina respiró hondo justo cuando el pene de Agustín se clavó en lo más profundo de su interior y una especie de cosquilleo, mezclado con un calambre le corrió desde la punta de los pies hasta el centro de su cuerpo. Sus piernas se pusieron duras y el placer fue inaguantable... explotó, claro que lo hizo. Los orgasmos que tenía con Agustín nada tenían que ver con los que se proporcionaba ella sola... todo era mejor con él. Todo.

Los minutos pasaron y después de media hora, Catalina cerraba sus ojos al sentir el chorro de agua que le pegaba en su espalda. Era solo agua... sí, su nuevo clave a tierra era el agua, el agua de la ducha junto a Agustín.

- ¿Estás bien?- preguntó él, mientras la abrazaba y la pegaba a su cuerpo.
- Sí... es solo que...
- Está bien, Catu, no me expliques nada, lo entiendo.
- No... es que...- levantó la mirada y se encontró esos preciosos ojos oscuros brillando con intensidad-. Agus, dos cosas... la primera: mi nuevo clave a tierra es esto, una ducha con vos. Necesito que me ayudes, necesito que me prometas que esto va a seguir estando por siempre.

Agustín le acarició la mejilla y sonrió.

- Lo prometo, siempre y cuando te quedes conmigo, Cata.
- Bien. La segunda es... necesito ir a la clínica, urgente. Me duele mucho la panza... pensé que eran los nervios, pero...
- Pero, ¿qué?
- Pero... tengo muchos cólicos y... ¡ay!

No la hizo esperar. Luego de ayudarla a cambiarse de ropa, corrió hasta la estación de bomberos para buscar su auto y volver a la casa de Catalina lo más rápido que podía. Una vez que la subió, fue directo a una de las clínicas más importantes de Buenos Aires. La atendieron rapidísimo porque los fuertes dolores demostraban que podía llegar a ser apendicitis, pero no. Catalina tenía tantos gases acumulados en su panza que le provocaban esos retorcijones que sentía.

- No me vas a pinchar, por favor.- chilló cuando vio la aguja.
- Es solo buscapina, para que haga efecto más rápido.
- ¡No! No... no quiero. Por favor, no me pinchen.

Agustín no podía creerlo. Miraba al enfermero y luego a Catalina y no entendía nada.

- Catu, mi amor, es solo una aguja.
- No... no, me va a doler.
- No, no te va a doler. Es... una simple inyección.
- ¡No!

Mierda. Ella, más que nadie, tenía que estar acostumbrada a esas cosas. Era dentista, ¿o no? Fue ahí cuando Agustín se dio cuenta que las personas no cambian, por más que lo intenten y traten, es imposible cambiar. Catalina seguía siendo la misma mujer inocente con alma de nena que había conocido esa noche cuando salvó a su gatito, con la diferencia que en ese instante lo estaba intentando, y eso valía más que cualquier otra cosa. Pudieron hablar sin problemas y decir sus sentimientos sin sentirse expuestos y, la realidad era que él no quería que ella cambie porque le había gustado así desde un principio. ¿Entonces?

- Tranquila, mi amor. Tranquila.
- Pero, que me la dé cuando yo le diga.... Yo te digo. ¿Sí?
- Sí, Catu, cuando vos digas.

Catalina hipaba y eso lo hizo reír, miró al enfermero que levantó sus hombros dando a entender que... ya no importaba, Agustín solo quería que ella se sienta mejor.

- Bue... bueno... ahora. Despacio... despacio, por favor. Despaciíiiiiito.

Agustín sintió la fuerza y la presión que ejercían las manitos de Catalina en su brazo y cuando quiso darse cuenta, ya estaba sentada, un poco adolorida, pero sentada.

- ¿Mejor?

Catalina comenzó a reír con ganas a la vez que se quejaba por el dolor en su culo.

- Perdón... perdón.- repetía, mientras reía-. Soy una tonta... es que... le tengo tanto miedo a las agujas. Perdón.
- No pasa nada, Catu. Solo... me causó gracia. Es todo.
- Agus, tenés que saber una cosa más.- él asintió con su cabeza-. No sé si va a haber otro momento de decir todo lo que siento, tal vez

haya días en los cuales no quiera hablar y...

– Y ahí voy a estar yo para hablar por los dos. Vamos, mi amor, vayamos a casa.

Cuando salieron de urgencias, Agustín la abrazó para pegarla a su cuerpo y ella, al levantar la cabeza, se encontró cara a cara con Pilar. Sí, Pilar estaba ahí y... bajó la mirada a esa panzota enorme y sus ojos se llenaron de lágrimas porque al fin, una de sus mejores amigas, había cumplido el sueño de ser mamá. Era verdad... Pilar de verdad estaba embarazada y se la veía brillante y más hermosa que nunca. Desprendía una energía feliz y verla al lado de Pablo, quien parecía estar atento a cada movimiento de su mujer, la puso contenta. Pilar estaba bien cuidada.

– Pili.– susurró y vio cómo ella se aferraba más a Pablo.

– Ustedes... ¿se ven? Todo este tiempo, ¿estuvieron juntos?

¡No!

– No, Pili, no... yo... hoy fui a buscarlo para hablar y...

– Chicas, creo que deberíamos sentarnos a hablar, ¿no les parece?– dispuso Pablo, preocupado por su mujer y por su hijo.

– Sí, vayamos al bar.– coincidió Pilar.

Cuando llegaron al bar de la clínica, Pablo y Agustín se sentaron en una mesa, comenzaron a hablar mientras pidieron dos café, siempre y cuando sin quitarle ojo a sus mujeres. Catalina fue la primera en hablar.

– Te mandé un mensaje... hoy a la tarde. Pensé que...

– ¿Qué pensaste? ¡¿Pilar está enojada y no quiere hablar?!– Pilar estaba gritando y ya no le importaba-. ¡¿Sabés qué estaba haciendo?! Te voy a contar qué mierda estaba haciendo, mujer. Acompañando a Malena... Bautista tuvo un paro cardíaco en medio del partido y estuvo inconsciente, ahora está mejor y cuando Male salió de terapia intensiva, se encontró a Diego. Su bebida falleció en la panza de su mamá y Malena está destrozada. Y yo estaba en la clínica porque tuve contracciones y... la encontré a Malena llorando en la puerta y... vos tuviste que estar con nosotras todo este tiempo acompañándonos como nosotras lo hicimos todos estos años con vos incondicionalmente. ¿Vos me diste consejos a mí la última vez que me viste? Ah, no. ¡Yo no soy Malena, Catalina! Yo sí estoy enojada por cómo te manejaste con nosotras y me importa muy poco, mujer,

todo lo que sufriste en tu vida. Porque todos en la vida sufrimos, todos. Todos guardamos recuerdos que quisiéramos borrar y no por eso nos encerramos para escondernos de la puta realidad que nos rodea... no por eso tratamos como una mierda a las personas que más amamos. ¡No por eso las lastimamos y le clavamos palabras que nunca más vamos a poder borrar!

Catalina vio por el rabillo del ojo cuando Pablo se ponía de pie y clavándole la mirada, hizo que vuelva a su lugar. Él no tenía que meterse, esto era de ellas.

– Tenés razón, Pili.–susurró Catalina y tomó fuerza para hablar–. Te pido perdón, no por lo que dije, sino por la manera en que te traté. No puedo, y tampoco quiero mentirte... y sí, pienso todo eso, pero creo que si yo lo hubiese dicho de otra forma, tal vez no te enojabas conmigo...

– ¡Es que no estoy enojada, mujer! Estoy dolida. Me partiste el corazón al hablarme de esa forma. ¡Yo sé cómo soy! Yo sé cómo pienso, cómo me manejo y me importa tres carajos lo que piensen los demás de mí porque yo sí sé lo que quiero para mí, para mí vida y para mí familia. Pero no voy a permitir que vuelvas a faltarme el respeto de esa manera nunca más... con Malena hacé lo que se te cante el orto, pero conmigo y con mi hijo, no.

Y ahí estaba el punto de su enojo. Su hijo.

¿Se acuerdan el día que presenté a Pilar? Dije que era egoísta, un poco individualista y... bueno, ya no más. Catalina se dio cuenta que Pilar por su hijo había dejado esa forma a un lado. Es que, cuando uno comienza a priorizar, se da cuenta de muchas cosas. Cuando uno comienza a darse cuenta de las cosas que de verdad valen la pena, madura y crece. Eso les estaba pasando a ellas, habían comenzado a crecer y madurar.

– Amo a tu hijo, Pili...

– No, no lo amas.– Pilar quiso llorar, pero se contuvo–. Ni siquiera lo sentiste mover una piernita... ni siquiera me preguntaste por él una vez en todo este tiempo.

– No porque no haya preguntado por él significa que no lo quiero, amiga. Sé que te cuesta entenderlo, pero no podía seguir al lado de ustedes porque así nunca iba a avanzar. Sabía que tanto vos como

Malena iban a cuidarme siempre, pero no era lo que necesitaba. Ustedes eran mis héroes... yo necesitaba ser mi propio héroe. Y ese cambio tenía que hacerlo sola. No podía permitir que caigan cada vez que yo caía...

– Pero queríamos ayudarte... las amigas hacen eso, carajo.

Ayudamos a la otra cuando está mal, la acompañamos y...

– Y yo quería ayudarlas a ustedes... – la interrumpió Catalina, sonriendo. Estuvieron siempre, en cada momento de felicidad y tristeza, y no podía permitir que me cuiden como si fuera una nena... yo tenía que crecer, Pili, tenía que madurar y...

– Entiendo. – Admitió Pilar. Te entiendo, Catalina, porque yo no sé si con mi bebé iba a poder seguir cuidándote de la misma forma. – Se puso de pie y la miró: de verdad espero que hayas cambiado, pero solo para que vos seas un poco más feliz.

Se alejó de Catalina, en busca de Pablo. Ni siquiera amagó a saludarla, o darle un abrazo o... es que, Pilar era así, cuando se enojaba prefería seguir de largo y cuando se le pase, volver a hablar.

Segundos después, Agustín ocupó el lugar que minutos antes era usado por Pilar.

– Ya se le va a pasar. – dijo ella, sonriendo.

– Ojalá sea rápido.

– Que sea cuando tenga que ser, Agus. No voy a apurarla, ya me va a perdonar. Vamos, quiero ver a Malena.

Caminaron hacia terapia intensiva y cuando doblaron en la esquina de un pasillo, vieron a Malena frente a la puerta de una capilla, la virgen que cuidaba al Hospital privado. Catalina no lo dudó, se adelantó y ubicándose al lado de Malena, le tomó la mano y entrelazando sus dedos, se quedó a su lado.

Claro que Malena se había dado cuenta de que era ella y cerró los ojos. Era momento de empezar a creer...

– Sé que aunque me cueste creerlo, hay una fuerza muy poderosa allá afuera que maneja todo esto... se ocupa del bien y del mal, y no entiendo por qué pasan éstas cosas... por qué hay alguien que se empeña en hacer sufrir a los demás quitándole la vida a personas especiales, buenas e inocentes. – Malena giró su cuello y miró a

Catalina-. Estás muy linda, Catita. Te queda precioso el pelo corto... estás... diferente.

- Parezco diferente, pero entre nosotras, quise cambiar un poco y no sé si lo logré. Estoy en eso...
- Estás en transición.- volvió a susurrar.
- Puede ser... ¿cómo está Bauti?
- Ay... ahora está mejor, ya comió y se sentó en la cama... no me puedo quedar a dormir con él porque es terapia intensiva. Pero, voy a dar vueltas... voy a esperar a ver si Diego me necesita para algo... no lo sé.

Malena sonaba tan triste. Y era entendible, tenía en un mismo lugar al hombre que había querido por años y al hombre que amaba en ese momento.

- Male, ¿estás bien?

Entonces, Malena miró hacia todos, buscando algo...

- Es que... tantas veces pensé en qué tenía esa mujer que yo no... y... lo que pasó y... entonces, ahora me encuentro con esta tristeza de... de que ella lo tenía todo y yo la envidiaba por eso y... ¿ahora? ¿Cómo hacen para recuperarse de algo así? Ahora ella no tiene nada... nada y Diegui... todo pasó tan rápido y... yo ahora estoy muy feliz y él ahora está muy triste.- habló en voz bajita, por las dudas de que alguien la escuche.
- Male, ¿te estás echando la culpa? Es decir... ni Diego, ni su mujer tienen la culpa de que haya pasado ésta desgracia. Nadie puede echarse la culpa de nada y solo nos queda acompañarlos. Si podés, acompañá a Diego, creo que, a pesar de todo lo que pasó entre ustedes, él te necesita. Necesita a su amiga.

Catalina abrazó a Malena tan fuerte que la escuchó gemir.

- ¿Dónde estabas?-preguntó, sin disimular la angustia en su voz -. Te estuve esperando todo este tiempo, Catita.
- Perdón...
- No. No me pidas perdón.- Malena se separó-. Sé que tal vez necesitabas ese espacio, ese tiempo, esa explosión y está bien... vos me hiciste dar cuenta de cosas que no quería ver y...
- Es que, sos un poquito ciega.

- Y vos un poco muda... pero, hey, estás hablando.

Entonces, los ojos de Malena volaron hacia un hombre que estaba a unos metros de ellas. ¿Agustín?

- ¿Se arreglaron?
- Sí... en eso estamos. Male... perdón...
- Que ya te dije que no me pidas perdón. Somos amigas, y no solo estamos para escuchar cosas buenas, también tenemos que bancarnos cuando estamos de mal humor, cuando no queremos saber nada con el mundo y como me dijiste una vez... si caes, yo me acuesto al lado tuyo porque te adoro y no quiero separarme nunca más de vos.
- Lo prometo, amiga.
- Prometido. Ahora, te va a costar un poquito solucionar las cosas con Pili...
- Lo sé, me la crucé y... ¿por qué no estás enojada conmigo?

Malena sonrió.

- Porque me hiciste ver la verdad y eso hacen las personas que nos aman, nos dicen las cosas tal cual son. Claro que si estaba en tu lugar, no hubiese sido tan injusta, pero... lo dijiste bien, amiga. Bueno, voy a ver a Bauti, seguramente estará caminando por las paredes porque no quiere quedarse un segundo más acá y... querrá ver a Pedrito y...
- Tranquila, ya vamos a tener tiempo para sentarnos a hablar. Solo quería abrazarte y...
- ¿Podés quedarte conmigo toda la noche en los pasillos deambulando?

Catalina sonrió porque debía decirle a Agustín que se vaya y además, la panza todavía le dolía un poco, pero cómo podía decirle que no a su amiga cuando sabía lo mal que estaba.

- Toda la noche, hasta el mediodía porque trabajo.
- Te amo, Catita, y te extrañé horrores.

Malena la abrazó y las dos suspiraron en el mismo instante.

- Y yo también, Male, te extrañé tanto.

Y ahí estaba la que no era tan ciega y la que no era tan muda. Malena pensando en cómo solucionar todos los pensamientos que estaban dando vueltas en su cabeza y Catalina pensando en Pilar... y deseó que ese dicho:

“Cuando algo se rompe, se rompe”, no existiera. Porque Pilar era de esas personas que pensaban que un elástico se podía estirar, tensar, volver a su lugar, estirar otra vez y tensar más fuerte, pero no se rompería. Pero, por cómo la había tratado y las cosas que había dicho, no creía en la fuerza del elástico, no creía que aguantara tanto. ¿Y si las amigas tienen un tope para perdonar? ¿Y si ese elástico se había roto y no podía unir los hilos?

Cuando algo se rompe, se rompe, Catalina.

Capítulo 20

¿Y qué se suponía que tenía que hacer ahora? ¿Perdonarla y que vuelva a su vida y a la de su hijo de la misma forma en que se fue? ¿Así de rápido? ¡Claaaaro! Como si fuera tan fácil. Y para peor, le dijo que no se arrepentía de lo que había dicho, pero sí de cómo la trató. Siempre debía entenderla, sus ataques de ansiedad, sus encerradas en el armario... ¡Quería que alguien le explique cómo se hacía para olvidar!

– *¿Ustedes me van a decir a mí lo que tengo que hacer? ¡¿Ustedes?!
– rió irónicamente y se puso de pie–. Vos, Pilar... justo vos que estás juntando plata desde los dieciocho años para comprar semen como si fueras a comprarte un jean, pretendés llenar un espacio vacío que dejan día a día tus viejos con un hijo indefenso, inocente y que seguramente no querría estar en el medio de esto. ¿No te pusiste a pensar el futuro que podías darle estando sola? ¿Lo egoísta que estás siendo? Y resulta que... ¡conseguí laburo y le decís a tu jefe que vas a ayudarlo! ¡Ayudarlo a garchar y trayendo un bebé al mundo! Te aprovechaste de su vulnerabilidad con respecto a su hijita muerta y sacaste tajada para tu favor... te lo cogiste el segundo día de trabajo y resulta que quedaste embarazada. Te vas a vivir con él y...– oh, no, no Catalina...– ¿Qué viene ahora? ¿Te va a pedir casamiento o qué mierda? ¿Se supone que van a vivir un felices para siempre? ¡¿De verdad te lo estás creyendo?!*

Sí, se lo estaba creyendo porque eso era verdad.

Hizo fuerza porque su panza le pesaba horrores y poniéndose de pie, caminó hacia la oficina de Pablo. Abrió la puerta sin golpear y lo encontró de espaldas a ella, con el brazo en alto y su cabeza apoyada en la mano pegada contra el vidrio, estaba mirando hacia la avenida y hablando por teléfono. Vestía un pantalón de lino color beige, una camisa blanca con rayitas celestes y el cinturón marrón oscuro le hacía juego con los zapatos. Se quedó en la puerta observando su espalda ancha, ese culo parado y bien formado, y los

músculos del brazo que tenía doblado hacia arriba. Y suspiró porque ese hombre que estaba de pie era suyo y estaban viviendo un feliz para siempre.

Sí, estaban en la mejor etapa de su pareja. Eran felices, sonreían siempre, reían de chistes tontos, cocinaban juntos, eran cariñosos, comprensivos y... ¿y si Pablo era así porque ella estaba embarazada? ¿Y si no la aguantaba más por su carácter e igual seguían juntos por el bebé?

¡¿Dónde había quedado esa Pilar segura?! Nunca dudaba, jamás. Hasta se consideraba impulsiva porque actuaba sin pensar, nunca le dejaba lugar a la duda. ¡Jamás! ¿Y por qué, entonces, estaba permitiendo que las palabras de Catalina vuelvan al presente? Si no le había dado lugar antes, ¿por qué hacerlo ahora?

Estaba tan perdida que no se dio cuenta que Pablo ya había terminado la llamada y la estaba observando desde el escritorio. Todavía no podía creer lo hermosa que estaba con esa pancita redonda y en punta.

– Señorita, está perdiendo mucho tiempo de trabajo ahí parada. –
Quiso bromear, pero el tiro le salió por la culata.

Pilar levantó la mirada y sus ojos estaban llorosos. Wow, sí que las hormonas hacían un trabajo terrible. No le gustaba verla mal, odiaba verla triste y caída porque ella tenía que estar de buen humor como la había conocido. La prefería gritando y enojada antes que triste. No le gustaba que las personas cambien, y menos por hormonas. Entonces, cuando la vio venir, tiró el sillón de ruedas hacia atrás y ella apoyó su culo sobre el borde del escritorio, ubicándose frente a él. Pablo comenzó a acariciar esas piernas que tanto amaba.

– ¿Qué pasa, Pili? ¿Necesitás hablar de algo?
– ¿Por qué me besaste?

¿Eh?

– Cielo, siempre te beso....
– No... te hablo del primer beso. ¿Por qué me besaste? Estábamos discutiendo muy fuerte porque yo estaba enojada por las cosas que me decías y... y todavía no habíamos hablado sobre tener un bebé... y me besaste. Me subiste al escritorio y...
– Porque amo verte enojada... es como un imán, tu enojo y yo nos atraemos.

Entonces, Pilar sonrió.

- ¿Estás diciendo que te calienta verme enojada?

Pablo asintió con su cabeza mientras se acercaba moviendo el sillón con ruedas.

- Me encanta... me encanta que grites y que la vena de tu cuello se hinche, y tus ojos se pongan rojos y...
- Entonces, yo te sigo gustando... aún enojada, te sigo gustando.

Él sonrió y volvió a asentir con su cabeza.

- A ver... ¿cómo decirlo? Me ponías nervioso, muy nervioso... estar frente a vos significaba que toda mi seguridad se disolvía y tenía que parecer fuerte y rudo, y darte a entender que conmigo no podías hacer lo que querías...
- Bueno, hombre, te salió mal porque con vos hago lo que quiero.- los dos dejaron escapar risas.
- Lo sé... pero eso es ahora, en ese momento yo tenía que llevar la delantera. Y cuando te vi tan enojada, gritándome, eufórica, decidida a dejarme... ibas a dejarme sin nada y me sentí vulnerable. Tenía que hacer algo para retenerte conmigo y entonces, miré tu boca... no parabas de gritar y... pensé en darte más plata, pero luego ese pensamiento se disolvió y solo quería besarte, cogerte y hacerte mía... quería que seas mía, Pilar. Y ese beso fue un motor de arranque para todo esto.

Pilar bajó la mirada porque estaba un poco avergonzada por esa declaración. A pesar de que iban a casarse y ser papás, todavía le daba un poco de pudor sentirse deseada y observada por Pablo.

- ¿Crees en esto que tenemos? ¿Me crees cuando te digo que te amo y que no podría imaginar todo esto sin vos? ¿Me crees?
- Claro que te creo.- Pablo se puso de pie y acunó la carita de Pilar entre sus grandes manos-. Te creo porque confío en vos... sé que no vas a mentirme nunca jamás, porque lo único que te pedí a cambio de todo esto fue la verdad. Que siempre me digas la verdad.
- Está bien... entonces, ¿vos nunca pensaste en que yo me aproveché de la pérdida de Maia para poder tener un hijo? O sea... nosotros tuvimos relaciones a los dos días de conocernos y... yo te conté mi plan de vida mucho después y...
- Y dijiste que yo hacía posible *todo*. Pensaste que en realidad iba a

complicarte tu vida, pero era al revés... estaba haciendo posible nuestro mayor sueño. Y eso es más importante que cualquier otra cosa porque me amas. Pili...- acentuó su fuerza en las mejillas de Pilar y la miró directo a los ojos-: nos amamos. ¿No es una locura saber que la otra persona nos ama como la amamos? Coincidir en el amor y...

Ya no hacía falta nada más. Pablo le devolvía la seguridad que las palabras de Catalina le habían robado y agradeció al cielo por haberle dado un hombre tan bueno como él.

- Así que, cuando estoy enojada te dan ganas de tener sexo.

¿Tan rápido cambiaba de tema?

- Sí... muchas ganas.

- ¿Sabés? Estoy muy enojada ahora.

Él se mordió los labios para ocultar una sonrisa.

- Ah, ¿sí?

- Sí, muy, muy, muy enojada...

- Por favor, espero no haber sido yo quien te hizo enojar de esta forma.- Pablo sonrió y la mirada en sus ojos cambió-. Cuando estás enojada me dan muchas ganas de besarte... por acá.- bajó la cabeza y besó el cuello de su mujer-. Y acá también.- sus manos abandonaron el rostro de Pilar para apretarle las tetas-. Y acá...

Entonces, el teléfono de recepción sonó y Pilar sonrió cuando Pablo se detuvo.

- ¡Bien! A trabajar, jefe. Es pleno mediodía.- Pilar bajó del escritorio y se acomodó el vestido, luego acarició la piel de su panza y vio cómo Pablo se acomodaba el pene erecto hacia un costado, frustrado-. ¿Sí, Víctor?

Del otro lado del teléfono, el guardia de seguridad le avisaba que habían llegado unas cajas y que había firmado.

- Bien... ya bajo, no te preocupes. Vamos a solucionarlo.- mintió, una vez que Víctor cortó-. Bueno, tengo que irme.

- ¿Pasó algo?- el mal humor sonaba en su voz.

- No te preocupes, voy a solucionar el problema ya mismo.

Pilar volvió a ubicarse frente a él, pero esa vez se arrodilló entre las piernas y comenzó a bajarle el cierre del pantalón, luego, subió y bajo su

mano sobre el pene de Pablo y lo último que escuchó fue:

– Carajo... ¡aah! Pili...

Había ido al shopping a comprar un faro de madera que tenía la función de perchero y unos faroles que servían para la mesita de luz, últimas cosas que le faltaba para la habitación de Valentino; durante el fin de semana se encargó de darle los últimos detalles de pintura a unos dibujos de veleros y barcos que estaban hechos sobre la pared frente a la puerta. Cuando ingresó en la casa, vio a Pablo aparecer desde el living y la cara que traía no le gustó. Entonces, pensó que estaba enojado por el peso que traía en las bolsas.

- Pili.
- Perdón, lo sé, pero no pesan mucho...
- Pili, tengo que decirte algo.

Fue ahí cuando se asustó. Nunca lo había visto tan preocupado. Sí, lo conocía feliz, lo conocía triste, lo conocía excitado, pero... ¿Preocupado? Bueno, tal vez sí, por su panza y por ella, pero ésta vez era diferente.

- Me estás asustando...
- Cielo, tu papá vino a visitarnos.

No le había quedado muy claro.

- ¿Qué querés decir con que vino a visitarnos?
- Está acá, en el living.
- ¿Sentado en nuestros sillones?
- Lo juro, cielo. Está acá...

Entonces, eso quería decir que habían estado hablando... Pablo y su papá estaban esperándola y mientras, habían conversado. Eso le daba muchísimo miedo porque su papá tenía un poder de persuasión increíblemente efectivo y daba vuelta a las personas en cuanto a sus opiniones, intereses, gustos y... ella no estaba preparada para discutir con Pablo sobre algo así, no estaba dispuesta a que por culpa de su padre, su pareja quiera cambiar todos sus planes y...

- Amor.– volvió a susurrar él, un poco inquieto porque Pilar no reaccionaba.

Carajo, de verdad le hacía mal ver a su papá. Era como que nunca iba a estar preparada para un momento así, aún sabiendo que ese día iba a llegar.

Bueno, ese instante había llegado y Pilar tenía que enfrentarlo.

– Cielo, estoy acá... no va a pasarte nada si yo estoy al lado tuyo.– susurró y la tomó de las manos cuando dejó las bolsas en el piso–. Hey...

– ¿Y vos? ¿Qué va a pasarte a vos?

– ¿Qué querés decir?

– Nada... nada. Vamos.

Caminaron hacia el living unidos por sus manos y al ver a René pararse solo al verla, a Pilar se le cortó la respiración. Ella no le había contado nada... y cuando digo nada, es nada.

– Pilar, estás...

– Embarazada.– terminó la frase y enseguida sintió la mano de Pablo que la apretaba–. Sí, estamos esperando un bebé... Valentino.

– Valentino.– susurró él.

Entonces, Pilar miró a su papá. Un hombre de sesenta y dos años vestido con un traje gris y una camisa blanca, su pelo canoso y corto peinado hacia un costado y mucha barba en su rostro, prolija y peinada. Seguramente seguía teniendo su barbero de confianza. Y esos ojos, esos ojos color turquesa que le recordaban el océano, un verano en particular. Ese hombre de sesenta y dos años podría enamorar a cualquier mujer y desenamorarla en un abrir y cerrar de ojos... eso podía pasar con Pablo.

Y tembló cuando su papá se acercó, dudando si debía abrazarla o no, o por lo menos saludarla con un beso en la mejilla... en cambio, se arrodilló frente a ella y subiéndole la remera, besó su panza. Luego, apoyó el oído derecho y cerrando los ojos se quedó inmóvil.

Bueno, al parecer, Valentino, aún en la panza de su mamá, estaba cambiando a las personas.

Y cuando lo escuchó hablarle a su nieto, Pilar cerró los ojos porque era muy fuerte. ¿Habría hecho eso alguna vez con ella? ¿Su mamá lo habría dejado tocar la panza para hablarle?

– Hola nietito, soy el abuelo René. ¿Vamos a jugar cuando salgas de ahí? ¿Eh? ¿Vas a querer jugar conmigo?– entonces, Valentino dio una patada, justo en la cabeza de su abuelo–. Me pegó una patada... me pegó una patada. Eso quiere decir que... ¿vamos a jugar, Valen?

Valentino continuó moviéndose, mientras su abuelo le hablaba. Y Pilar... bueno, Pilar no podía creer cómo ese hombre podía decir cosas tan lindas y tener tantos buenos deseos para una personita que todavía no conocía. ¿De verdad ese bebé estaba cambiando a las personas?

Minutos después, René se puso de pie y volvió a su lugar, y Pablo y Pilar se sentaron frente a él.

– Perdón por venir de sorpresa, Pili, es que no me contestabas los e-mails y...

– Es que... estoy trabajando mucho.

Pablo la miró de reojo, pero a los segundos volvió su mirada al frente. ¿Trabajando mucho? Se la pasaban cogiendo en la oficina... si eso era trabajar mucho, bueno entonces sí, estaba muy ocupada.

– Claro... ¿y qué estás haciendo ahora?

¿Por qué se hablaban de esa forma? ¿Por qué no había confianza entre ellos para mantener una conversación de corrido sin suspenso? Pablo no entendía nada.

– Estoy de secretaria... en la empresa de él.

– Jefe y secretaria... y sí, esas cosas pasan.– un comentario que estaba fuera de lugar, sin dudas.

– Sí, vos estás acostumbrado a estas cosas.

– Claro, las veo todos los días. A mí me ha pasado...

Pablo miraba a uno y a otro y de verdad no entendía cómo una relación entre padre e hijos podía llegar a ser tan tensa. Dios santo, si solo tuviera a Maia diez minutos más, no la soltaría. La abrazaría y la llenaría de besos, le diría cuánto la amaba y... él no quería que Pilar le enseñe ese tipo de relación a Valentino. ¿Y si tal vez ella había aprendido de los errores de sus padres?

Y mientras escuchaba la conversación, seguía sin creer en la poca información que se transmitía. Palabras sueltas, puntos suspensivos... Pilar no lo quería ahí, de eso estaba seguro. Su mujer no quería a su papá ahí. Y por más loco que suene, él debía ayudarla, aunque le parecía mal cómo se comportaban.

¿Por eso Pilar una vez le dijo que su familia no tenía idea de su vida?

¡Oh, por favoor! ¿Qué estaban haciendo?

– René, ¿se queda a comer? Hago un asado, u otra cosa... lo que

prefiera.

– No, yernito, está bien. Una amiga me espera para cenar y después tengo que hablar con mi esposa, así que... no, otro día.

¿Una amiga? ¿Su esposa?

– Claro, suegrito.– susurró, pero Pilar no sonrió. Estaba tan dura como una piedra–. Lo acompañó a la puerta.

Pablo vio el beso que le dio René a su hija en la frente y luego lo guió hacia la salida. Cuando volvió al living, Pilar lo miraba con cara de... ¿de qué?

– Pili, ¿qué fue todo eso?

– Nada... no es nada. Nada... entre mi papá y yo no hay nada... y cuando digo nada, es nada.

– Es tu viejo, Pili. ¿Cómo no va a haber *nada*?

– ¿Qué te dijo mientras yo estaba fuera de casa?

– Nada. Dios... quiero decir, no hablamos mucho.

Pilar lo vio dudar. ¿Lo había hecho?

– ¡¿Qué te dijo?!– se puso de pie, gritando y sosteniendo su panza.

– Pilar, por favor, no hablamos casi nada... ¡Dios! Odio esa palabra.

– Cuando yo te digo *nada*, es porque pasó una vida entera por ese mismo *nada*... ése es mi *nada*. ¿Y el tuyo?

Nada... que palabra tan vacía, pero a la vez tan fuerte. ¡¿Y por qué se enojaba con él?

– Cielo, por favor... solo le pregunté dónde había encontrado tu nueva dirección.

– ¡¿Y cómo la consiguió?!

– Por el papá de Malena. Me dijo que se habla con él...

Malena... necesitaba a su amiga. Cerró los ojos y respiró. De verdad, necesitaba hablar con ellas y... sí, ellas, las necesitaba a las dos por igual. Se sentía muy nerviosa y solo Malena y Catalina podían calmar el cúmulo de sensaciones que tenía adentro, solo ellas sabían todo lo que había sufrido en su vida por el desprecio que sus padres le hacían. ¿Para qué la habían tenido? Simple... un heredero para toda su fortuna. Debían tener a alguien que el día de mañana se hiciese cargo de cada dólar, de todas las casas, autos y...

- Pili, ¿qué pasa?
- ¿Te acordás cuando la otra vez te dije que necesitaba a mis amigas?— él asintió con su cabeza—. Bueno, las necesito... ahora.

Y para la sorpresa de Pilar, en vez de ver a su futuro marido enojado y con ganas de irse, marcó un número de teléfono en su celular y a los segundos...

- ¿Male? ¿Qué hacés? Sí, todo bien, tranquila... Valentino está muy bien. Solo quería saber si pueden venir a cenar con Catalina, es que el papá de Pili nos visitó hoy y... genial, gracias Male. No quiero que Pilar salga a altas horas... gracias. Te debo una.— cortó y mirando a Pilar, dijo—: Pensé que habíamos sido honestos desde el principio...
- No hay nada para contar sobre él...
- ¿Seguimos con esa palabra? Lo único que te pedí fue la verdad, siempre.— susurró, arrodillándose entre las piernas de Pilar—. Y ahora necesito esa verdad... la quiero.

¿Cómo le explicaba ese sentimiento que sentía cuando veía a su papá sabiendo que nunca había sido buscada con amor?

- El diez por ciento de los bebés del mundo son deseados y buscados... el noventa por ciento, no. Yo soy parte de ese diez por ciento, pero no lo hicieron con amor, sino que... mis papás me tuvieron para dejarle todos sus millones a alguien que sea de su misma sangre... en cambio, yo sí quise buscar un bebé para amar porque dicen que el amor de un hijo es...
- La fuerza más poderosa.— concluyó él—. Y cuando lo abrazas, el mundo deja de funcionar con normalidad y esa suavidad, ese olorcito y... la inocencia, la bondad y el amor están juntos en una misma persona. En Maia... y mañana van a estar en Valentino. ¿Y sabés qué es lo mejor? Que cuando lo mirás a los ojos te das cuenta que siempre, toda tu vida, lo estuviste esperando y buscando...
- Pablo.— Pilar susurró su nombre porque no supo qué decir.
- Solo espero que esto es lo que quieras enseñarle a nuestro hijo... el amor, la bondad y la inocencia. Pero el amor por sobre todas las cosas, Pilar. Y no me importa si tus viejos hicieron tal cosa, vos y yo somos diferentes y estamos haciendo las cosas bien, como mejor podemos.

Pablo suspiró y poniéndose de pie, caminó hacia el baño. Pilar pudo

escuchar que trabó la puerta desde adentro, luego abrió la ducha y ésa fue la primera vez que él quiso estar solo y pensar.

Oh, oh, no estaba bueno que las personas se tomen un tiempo para pensar, eso siempre resultaba mal.

– A veces, amiga, las personas creen que nuestros problemas tal vez no son tan importantes o grandes como nosotras lo vemos. Tal vez, Pablo piensa que... que lo de tu papá no tendría que ser así, que deberías darle una oportunidad... o peor, mirá si cree que vos vas a ser igual con Valentino.

– Pero, mujer, él sabe que yo no soy así...

– Todos sabemos que no sos así.– admitió Malena–, pero él tiene el derecho a pensarlo... además, ¿no podías actuar diferente frente a Pablo?

– Pero, Male, mi papá consiguió mi nueva dirección, entró en mi nuevo terreno sin permiso, estuvo solo con Pablo, se arrodilló en el piso y besó mi panza... le habló a su nieto y Valenchu se movió y...

– ¿Crees que puede cambiar?– preguntó Catalina, que hasta el momento se mantuvo callada.

Entonces, Pilar la miró y asintió con su cabeza.

– Por un momento, creí que había cambiado. A ver, yo no quiero hablar más de este tema porque es algo terminado, lo superé, me lo creí, lo dejé a un lado todos estos años, lo entendí y ahora quiero hacer mi vida con normalidad. Punto. No hay más explicación que eso...

– ¿Y si hacés algo para que la actitud que tuvo tu papá con Valentino siga? Continúe hasta que su nieto nazca y tal vez vas a sentirte mejor si...

– ¿Solucionar con mi hijo lo que me hizo a mí? ¿Vos estás loca? ¿De verdad pensás que puedo llegar a permitir algo así?

– Pili, la idea no está tan errada... a veces nuestros padres...– coincidió Malena con Catalina.

– No, mujeres, no. No quiero, no quiero a mi papá en mi vida... no quiero. Es más, no sé ni por qué vino hasta acá. No entiendo. Basta,

no se habla más del tema.

No se dieron cuenta, pero Pablo estaba apoyado en la arcada que daba al comedor, escuchando todo. Cada palabra, sentimiento, enojo y fue ahí cuando verdaderamente se dio cuenta de que Pilar más que nunca necesitaba a su papá...

– Para mí tampoco la idea está mal...– susurró y las tres lo miraron–. Es más, deberíamos hacerlo. No por él, sino por vos... tal vez así encontrás la paz y lo perdonás en vida. No hagas como yo, guardarte palabras que nunca más a poder confesarle y... no esperes a querer hablar cuando él ya no esté, cielo. No quiero que te pase lo mismo que a mí... ¿será que perdí personas muy importantes en mi vida y por eso soy así? No lo sé... pero es tu papá, tu viejo... y si volvió es por algo. Las personas no te buscan por *nada*.

Y ahí estaba esa palabra otra vez: *nada*.

Malena y Catalina miraron a Pilar y luego, volvieron a observar a Pablo sin poder creer el poder que tenía ese hombre sobre ella... la vieron asentir con su cabeza y sonreír, mientras continuaban observándose con amor. Eso que ellos sentían... esa fuerza que los atraía, esa conexión que los unía, ese sentimiento era tan fuerte y verdadero, que ni siquiera un ciego podía dejarlo pasar por alto.

– Bien, me alegro que hayas entrado en razón, cielo.

Sí, tal vez Pablo era el complemento que le faltaba a Pilar y hacía que todo funcione. Cuando lo vieron irse, Malena le clavó los ojos a su amiga.

– ¿Cómo lo hace?

– ¿El qué?– preguntó Pilar.

– ¿Cómo hace para persuadirte tan fácilmente?

– No es persuadir, es más como... entender. Entiendo lo que él me quiere decir y... sé que es raro, pero Pablo es un hombre que hace las cosas bien y si él me dice que ver a mi papá me va a hacer bien a mí, es porque es así...

– Ah, ¡claro! Y te lo decimos nosotras y pasa un carro con ochenta y cinco camellos volando...

– Creo que son renos, Male.– admitió Catalina, sonriendo–. Los renos son los que vuelan pero con trineos, no carros...

- ¡Es lo mismo! Además, estoy hablando en serio...
- Male, ¿cuántas veces me dijeron que tenía que dejar de encerrarme en el armario? E hizo falta que me lo diga una desconocida para que yo pueda entenderlo. Y hablando de eso... chicas, me gustaría admitirles una verdad... algo que estuve escondiendo por mucho tiempo y...
- Ay, Catita, por amor de Dios, habla.- pidió Malena, acercando su culo al filo del sillón.
- Yo... no quería contárselos porque tal vez ustedes pensaban que estoy haciendo lo mismo que hicieron mis abuelos conmigo y...
- ¡Mujer!

Catalina miró a Pilar, que tenía sus ojos bien abiertos y...

- Tengo a mis abuelos internados en un geriátrico desde que me llamó una vecina hace como cuatro años atrás y me dijo que estaban muy mal... entonces, vendí la casa y con esa plata los tengo internados en un asilo... es un buen lugar, tienen enfermera las veinticuatro horas del día, servicio de cama, los bañan, les dan de comer, les hacen masajes, les cortan el pelo, y juegan a la lotería y...
- Yo pensé que estaban... pensé que no estaban más. ¿Y ellos cómo se sienten?- preguntó Malena, en voz baja-. ¿Los vas a visitar? ¿Los viste?
- No... yo solo los miro por detrás de un vidrio y...
- Catu.- Pilar se sentó al lado de Catalina y le tomó la mano, olvidándose de todas sus diferencias hasta el momento-. ¿Te gustaría que te acompañemos al geriátrico así los ves? Nosotras estaríamos ahí con vos...
- Mi psicóloga dijo que... yo debía enfrentarlos y decirles todo lo que sentí durante toda mi vida, que a pesar de que ellos no puedan entenderme o escucharme, debía sentarme frente a ellos y hablar... solo hablar. Supongo que es algo así como perdonar en vida.

Tanto Pilar como Malena asintieron con sus cabezas entendiendo cada palabra. Catalina había empezado a hablar y debía seguir haciéndolo. Y como vieron que se puso triste...

- ¿Qué les parece si hacemos sección peluquería como en los viejos tiempos? Ando necesitando un corte de puntas y vos, Male, también.

Cata nos pasó el trapo con ese corte nuevo, pero...

– Sí, hagámoslo.

Y mientras Catalina le cortaba las puntas del pelo a Pilar, Malena aprovechó para arreglarle las uñas de los pies, ya que con la panza le era imposible hacerlo ella misma. Esa noche, casi a las once y cuarenta y cinco, volvieron a ser las mismas de antes, con la diferencia de que ya no eran tan ciegas, ni sordas, ni mudas.

Y como siempre digo, las verdaderas amigas aceptan las diferencias y tratan de acomodarlas lo mejor posible para poder convivir con ellas el resto de sus vidas, porque aman más a sus personas favoritas en el mundo y odian menos esos sentimientos que, con el tiempo, pierden la fuerza y el empuje.

– ¿Cuándo vamos a volver a tomar alcohol?– preguntó Malena, riendo.

– Cuando Pilar deje de tener hijos.– dijo Catalina y estalló en carcajadas.

– ¡Já! Esperen, porque cuando vean a Valentino, vamos a ver cuánto duran hasta que empiezan a buscar un bebé. Ya nos veo en unos años, tiradas en reposeras en una playa paradisíaca, gordas, con tres pibes cada una y nuestros hombres lejos de nosotras tomando una cerveza. Pero siempre con nosotras...

– ¿Y nosotras?

– Las naranjas siempre van a estar juntas, mujer.– le dijo, mirando a Catalina-. A pesar de todo lo que tengo hoy en día, no imaginaría nada de esto sin ustedes.

Capítulo 21

Malena estaba mirando la repetición por televisión. Todavía no entendía el por qué no había querido acompañar a Bautista en su última conferencia de prensa. Su papá, José, estaba sentado a su lado, en el sillón del living de su mansión en Lomas de Zamora.

– El fútbol está triste.– anunció el periodista deportivo–. El reconocido arquero, Bautista Olmedo, le dijo adiós al fútbol profesional en las últimas horas. Ahora les mostramos el emotivo mensaje.

En la pantalla apareció Bautista, vestido con la remera y campera del equipo, se lo veía nervioso... eso percibió Malena. Lo vio rascarse la panza, luego la cabeza y tomar agua. Segundos después, cuando los periodistas hicieron silencio, se acercó al micrófono.

– Mañana, por última vez, voy a atarme los botines, ajustarme los guantes para caminar por el túnel y salir a jugar mi último partido como profesional. Voy a sentir, por última vez, esos nervios, cosquillas y entusiasmo que me han acompañado toda mi carrera antes de un partido.

El lugar rompió en aplausos, gritos, los periodistas se pusieron de pie y el Director Técnico tuvo que pedir silencio. Bautista se aclaró la garganta y siguió.

– Me espera una nueva etapa y voy a dedicarme aún más de lo que hice como jugador.– volvieron a interrumpirlo con gritos–. Por favor, les pido silencio. ¿Quieren que me agarre otro ataque al corazón?– entonces, el lugar se silenció porque ahí estaba el motivo de su retiro –. El fútbol es mi vida, mis compañeros son mis amigos y mis hermanos, mi DT es como un papá... pero si el fútbol es mi vida, tengo que cuidarla. No quiero morir, tengo un hijo y...

Los periodistas interrumpieron una vez más, pero esa vez, Bautista fue el que se puso de pie y agarrando el micrófono con su mano, volvió a hablar:

– Les di veinticuatro años de mi vida, en los cuales siempre fui feliz. Es a mi carrera a la que le debo todo lo que soy, a la cual me entregué por completo cada día de mi vida. Seguramente, nada de lo que haga de acá hacia adelante, va a ser igual, nada me va a hacer sentir tan pleno como salir a la cancha y caminar hacia un arco. Pero, siempre nos espera algo mejor, y cada vez que mire hacia atrás voy a hacerlo con orgullo y cuando mire hacia adelante, será con ilusión. Como dije hace unos minutos, voy a sentir las últimas cosquillas, nervios y entusiasmo, y sé que no los volveré a sentir así de fuerte porque no hubo, no hay, ni habrá nada más lindo que jugar al fútbol.– asintió con su cabeza mientras el lugar rompió en aplausos–. Siempre voy a estar agradecido con mi mamá por hacerle caso a esos dos tipos que vinieron a buscarme a la Villa 31 cuando tenía solo once años y vieron algo en mí que les gustó. A mis compañeros, entrenadores, ayudantes, preparadores físicos, entrenadores de arqueros, utileros, cuerpos médicos, auxiliares, prensa e hinchas de cada uno de los equipos que me ha tocado defender. A los clubes, por darme la posibilidad de formar parte de sus instituciones y... un gracias especial a mi familia y amigos por acompañarme toda la vida. A mi hijo, por festejar mis triunfos y sufrir mis propios fracasos... y a mi mujer, que es incondicional y sé que va a seguirme en todas. Y sé que todo lo que haga a partir de ahora va a cambiar mi vida, por eso necesito estar sano. Gracias a todos. ¡Gracias fútbol! Hasta pronto.

Bautista no quiso responder ninguna pregunta, solo se limitó a sus palabras que fueron espontáneas y sinceras. Malena vio cómo abrazó al DT de River y luego, bajaron juntos del escenario.

– Este chico nos sorprendió a todos.– dijo José, limpiándose las

lágrimas.

– Sí... no sé qué decirle cuando lo vea.– Malena miró a su papá, mientras él le pasaba un brazo por su espalda para acercarla y abrazarla.

– Vas a decirle que sí... que sos incondicional y que vas a seguirlo en todas. Si eso es lo que querés, hija.

Malena cerró los ojos y suspiró.

– ¿Hablaste con Diego?

– Male, Diego va a estar bien. Él está muy bien con su mujer y esto van a poder sobrepasarlo y seguir con sus vidas... seguramente les costará tomar la decisión de tener otro hijo, pero lo harán... el dolor nunca lo van a poder tapar, pero van a saber manejarlo. Diego es un chico muy inteligente, fuerte y responsable, confío en que va a saber salir adelante. ¿Y si le decís a la pareja de Pilar que hable con él? Los dos perdieron una hija... tal vez, se entiendan.

Malena se separó de su papá y lo miró.

– Te amo, papi. Voy a llamar a Pablo.

Besó la mejilla de su papá y subió las escaleras para encerrarse en la habitación. Eligió el contacto de Pilar y su amiga la atendió a los dos tonos.

– ¿Amiga?

– Pili, ¿todo bien?

– Sí, trabajando, en mis últimos días. ¿Vos?

– Bien... escuchame, ¿está Pablo por ahí?

– Sí, ¿querés hablar con él?

– Por favor.

– Claro, esperame.– escuchó el gemido de Pilar al ponerse de pie–. ¿Hola?

– Pablo, soy Male.

– ¿Cómo va todo?

– Bien... escuchame, ¿te acordás que hace poco me dijiste que me debías un favor?

Lo escuchó reír.

– Lo recuerdo.

– El tema es que quiero cobrarme ese favor... tengo un amigo que perdió a...

– ¿Es el que me contó Pilar? ¿El que vimos en la clínica?

Claro, él había estado ahí. Malena se puso de pie, alejándose y dándole la espalda a la puerta de entrada de su habitación.

– Sí... exacto. Yo pensé que... pensé que tal vez podrías hacerme el favor de hablar con Diego y no sé, darle palabras de aliento por la pérdida de su hija, ustedes pasaron por algo parecido y tal vez lo ayuda a ponerse mejor, darse un poco de tiempo y buscar otro bebé...

– Claro, Male. Decime vos cómo querés hacer y arreglamos. En una semana me voy a Entre Rios, pero estos días puedo hacerme un lugarcito.

– Genial... entonces, llamo a Diego y le pregunto si quiere merendar y...

– Dale, arreglá con Pili.

- Gracias Pablo, Pili tiene razón. Sos un gran tipo.

Lo escuchó reír otra vez.

- Eso parece. Nos vemos, Male. Y un abrazo a Bauti, me enteré que...
- Sí, se retiró. Es lo mejor.- ¿Por qué no sonaba tan segura?
- ¿Sí?
- Supongo...

Luego de despedirse y cortar, Malena apoyó el teléfono contra su pecho y cerró los ojos porque su cabeza siempre le jugaba en contra y se sentía mal por estar pensando algo así. ¿Y si no alcanzaba? ¿Y si su nueva vida no era suficiente? ¿Y si Bautista se aburría? ¿Y si...?

- No me contaste nada de Diego.

Malena saltó por el susto y se dio vuelta, para encontrarse a Bautista apoyado contra el marco de la puerta de su habitación, llevaba las manos dentro de los bolsillos y parecía enojado, las facciones de su rostro estaban serias y...

- No quería preocuparte.
- ¿Preocuparme? Ni siquiera lo conozco.
- No seas injusto... perdió a su hijita.
- Sí... lo siento, debe ser terrible. El caso es que... llamaste a Pablo para hablar de Diego, pero no me llamaste a mí para saber cómo estaba después de la conferencia. Tuve que venir a verte yo...

¿Por qué parecía estar tan enojado con ella? ¿Era un planteo justo?

- Es que... no sabía qué decirte, Bauti.- admitió, y un dolor punzante comenzó en la boca de su estómago. Estaba nerviosa.

Pero, Bautista tenía razón, debió llamarlo, o un mensaje, algo... mínimo que sea. Una señal de que todo iba a estar bien.

- Me hubiera conformado con un audio... no sé.- la voz de Bautista sonaba ruda y ronca y eso la desesperó.
- Bauti, perdón. No sabía cómo manejar todo esto...
- ¿Estás dudando, Malena?
- ¡No!- respondió, sin dudar-. No, nunca... yo...

Bautista dio un paso dentro de la habitación y cerró la puerta. Eso, hizo

que la piel de Malena se ponga de gallina y un escalofrío recorra todo su cuerpo, de punta a punta. Parecía decidido, con un propósito, un objetivo... cerró los ojos cuando Bautista le quitó el teléfono de las manos y lo dejó sobre una mesita. Y cuando lo sintió contra su espalda, el aliento caliente contra su oreja, unas manos frías que se metían bajo su buzo y apretaban su cadera, tembló. Tembló mucho porque nunca lo había visto tan enojado.

- Bauti... ¿por qué estás enojado?– alcanzó a susurrar.
- Porque no sé si sos tan incondicional como pensé.

Sí, Bautista podía ser cruel con sus palabras cuando estaba furioso, pero le había dolido tanto que ella no vaya a acompañarlo en un momento tan importante y decisivo de su vida, y encontrarla en su casa hablando con Pablo por teléfono para ayudar a Diego, lo enloqueció peor. Estaba poseído, eufórico, un nudo en la garganta que no lograba desarmar y ese dolor en el pecho que le oprimía el alma. Sin embargo, no era el mismo dolor de la otra vez, éste era diferente, era parecido a la desilusión... se sentía extraño porque Malena no había estado para él cuando más la necesitó y ella, lo entendía.

Por eso dejó que él se descargue, que hiciera lo que tenía hacer.

Malena se quedó quieta mientras unas manos rudas y rápidas la desvestían, mientras sentía cómo manoseaba su cuerpo, cómo la mordía y pasaba esos labios gruesos por su piel, su lengua suave y resbaladiza y... sintió un tirón en el pelo y al segundo estaba arrodillada frente a él, con el pene de Bautista en su boca.

Atinó a abrir grande los labios porque sabía que esto no iba a ser suave, no era hecho con amor, sino con enojo, bronca y hasta celos. Lo peor.

Bautista se hundía hasta el fondo de su garganta, impidiéndole respirar y, cuando volvía a salir, Malena tomaba una buena bocanada de aire, escupía saliva y volvía a sentir el pene de él en su garganta. Fueron seis veces. Seis descargas eléctricas que, por más loco que suene, le habían encantado. Al fin estaba conociendo al verdadero Bautista.

Una vez, hacía unos meses, Bautista le había admitido que el sexo normal no le alcanzaba, que necesitaba más. Ella había aceptado porque era una chica a la cual le gustaba experimentar y en ese entonces, sintió que con Bautista podía hacerlo. Resultó que en ese instante, mientras él se comportaba como un loco, ella estaba excitada, tan caliente al punto de tocarse y acabar, con el pene de él en su boca.

Pero, cuando Bautista se dio cuenta que Malena se había adelantado, la levantó con fuerza y empujándola sobre la cama, la ubicó en cuatro. Escupió en su ano y comenzó a meter sus dedos.

– No grites, Malena. No queremos que tu papá se entere que te estoy haciendo el culo.

Malena no sonrió, al contrario, esas palabras la habían excitado más. Se preparó para la invasión en su ano y tomó una buena bocana de aire justo cuando sintió cómo la penetraba por detrás, sin cuidado. Encorvó la espalda, tiró la cabeza hacia atrás y se dedicó a escuchar los gruñidos de placer que dejaba escapar Bautista, quien estaba muerto de deseo y el enojo ya había pasado a un segundo plano.

Con sus manos clavadas en la cadera de Malena, la embestía con fuerza y ganas, rápido y... ¿qué estaba haciendo? ¿Por qué se comportaba como un idiota? ¿Por qué estaba tan enojado? Entonces, dejó de moverse, observando su pelvis pegada contra la cola de Malena, su pene ni se veía... pasó el dedo índice marcando la columna de ella de abajo hacia arriba y vio cómo la piel de su mujer se hacía de gallina.

Era hermosa. Malena era tan hermosa que no merecía que él le esté haciendo eso... ella no tenía la obligación de ir a las conferencias de prensa, ni de llamarlo, ni enviarle un mensaje o...

– Perdón.– susurró, pasándose una mano por el pelo y saliendo de Malena.

Se sentó en la cama y refregó su rostro. ¿Qué le pasaba?

A los segundos, tenía a Malena con las piernas abiertas encima de él, le sostenía la cabeza entre sus preciosas manitos y lo miraba directo a los ojos.

– Tengo miedo... estoy muerta de miedo porque no sé si vas a aburrirte de mí, si somos nosotros dos solos y nadie más... no sé si... si voy a ser suficiente, más que el fútbol para mantenerte ocupado y... ¿y si te vas? Y si... ¿yo qué hago, Bauti? Estás dejando todo y... es como si tuviera mucha carga y...– Malena hablaba entrecortadamente porque le faltaba el aire.

– Perdón, Male.– dijo él, pegando su frente contra la de ella y apretando sus dedos en esa cintura que lo volvía loco.

Entonces, Malena subió y como sabía que a él le encantaba, ubicó el pene en su ano y poco a poco fue clavándose en él, comenzó a subir y bajar. Quiso

besarlo, entonces pegó sus labios a los de él y abriendo muy despacio su boca, lo besó.

Ahora sí, lo que hacían era con amor. Podían hacerlo por cualquier lado, en cualquier lugar, a cualquier horario, pero lo hacían con amor.

Malena levantó los párpados y él la observaba con esos ojos oscuros que la mataban.

- Te amo, Bautista Olmedo. Te amo.
- Y yo a vos, *Malena atropellada*. Cogeme, por favor.

Bautista: ¡Dale, Malena! Vivamos juntos.

No era la primera vez que Bautista le decía algo así. Es más, ya habían hablado sobre casarse cuando estaba internado, pero Malena sentía que todavía le faltaba una vuelta más. Un ajuste de tuerca y su nombre era Colette.

Sí, debía enfrentarla y hablar con ella porque no podía entrar en el círculo de Bautista sabiendo la relación que lo unía con su ex mujer. Si bien las cosas entre ellos habían quedado un poco tirantes desde la última discusión que tuvieron en la casa del papá de Malena, ella quería terminar este tema lo antes posible y de esa forma lograr estar mejor. Entonces, esa noche cuando Bautista le dijo que vaya a comer a su casa porque iba Pedro y quería jugar al *Fifa*, le pareció la mejor oportunidad.

Colette había entrado en el departamento sin avisar y usando la llave, otra vez. Malena esperó a que Pedro vaya al living a encender la Play para poder hablar con ella.

- Coli, ¿podemos hablar?
- Sí, ¿pasó algo?– preguntó Colette, con cara de preocupada.
- Es que... Dios, no sé cómo decirlo, pero... necesito que me aclares un par de cosas, porque si yo no resuelvo esto con vos, no voy a poder armar una relación con Bautista lo suficientemente fuerte. Y perdón, tal vez te parezco una loca de mierda, pero... necesito saber qué pasa entre ustedes... qué te pasa a vos cuando ves a Bauti y...
- Ay, Male.– susurró, mientras tomaba asiento en la banqueta de la cocina-. Tendríamos que tomarnos un café y...
- Bautista no va a llegar dentro de una hora, podemos hablar

mientras Pedrito juega.

La vio tomar aire, juntar coraje y cerrar los ojos. Cuando Colette levantó los párpados, Malena estaba más que preparada para escuchar lo que tenía para decir.

- Bien... primero quiero que me digas qué es lo que pasa por tu cabeza para necesitar esta conversación.
- No me va que entres en su casa en cualquier momento del día sin avisar, porque él me pidió que vivamos juntos y yo no estaría dispuesta a aceptar una cosa así. Odio que Bauti siempre te nombre, y cada vez que puede me cuenta una parte de tu relación con él y lo mal que la pasó cuando lo engañaste... yo ya no sé qué pensar. No sé cómo seguir porque pienso que... no lo sé, tal vez te sigue queriendo.

Colette asintió con su cabeza y sonrió.

- Male, hay algo que tenés que entender. Bau y yo siempre vamos a estar unidos porque la vida lo quiso así. Primero por Pedro y segundo por Alí... cuando yo me enteré que estaba embarazada, él se enojó muchísimo... cuando firmamos el divorcio, pensé que iba a pedirme que no lo haga, aún sabiendo que estaba embarazada de otro hombre, que lo había engañado, él me seguía queriendo... sentí que él todavía esperaba que yo cambie de opinión.

No podía decirle algo así. ¿Qué carajos le pasaba a esa mujer?

- Colette...
- Male, vos me pediste que hablemos, así que voy a hablar.– la cortó tajante–. Mi error con él fue tratar de cambiar un *te quiero* por un *te amo*. Yo siempre amé a Simón, y al no poder estar juntos tuve que rehacer mi vida. Lamentablemente, cayó Bauti para darme lo que siempre estuve buscando: un hijo, y por ese motivo lo voy a querer con todo mi corazón hasta el día en que me muera. Él siempre dejó todo por mí y yo lo valoré, y ese era el motivo por el cual me mantuve a su lado... porque él siempre me elegía a mí por sobre todas las cosas.

Malena se quedó dura porque pensó en que si hoy le daban a elegir entre ella y Colette... ¿a quién elegiría?

- Entonces, un día me preguntó cómo supe que lo amaba a Simón y no a él... le dije que lo sentí en mi estómago. Y cuando yo le pregunté

dónde sintió su amor por mí, me dijo en su corazón. Él estaba equivocado. El amor se siente en la panza y luego se estira como agua por el cuerpo... él no me amaba como pensaba, él solo se aferró a mí porque me idealizó. Y cuando le pregunté dónde lo sentía con Cudo... ¿sabés de Cudo, verdad?

– Sí. Pero, no entiendo qué tiene que ver.

¿Cómo se le había ocurrido hablar con Colette? ¡¿Y por qué le nombraba a Cudo?! ¿Y si Malena no lo sabía?

– Él me dijo que lo sentía en el estómago, pero que le encantaban las mujeres. Y dijo que no podía empezar algo con un hombre sabiendo que le gustaban ambos sexos. Y Cudo lo dejó porque... porque nunca entendió que Bauti no iba a poder estar solo con él... Bautista necesita de una mujer. Siempre. Yo creo que él me quería a su lado por eso... porque yo era una mujer. Y con vos lo veo diferente...

– ¡¿Eh?!– gritó Malena, un poco impactada y sin entender a qué iba todo.

¿Por qué Colette le contaba algo así? ¿Por qué le hablaba de Bautista como si no lo conociera? ¿Por qué le hablaba de Cudo?

Y ahí estaba la gran duda... una inseguridad que no era de ella, sino que fue provocada por las palabras de Colette.

– Coli, ¿y si él necesita de un hombre como en su momento necesitó de una mujer?

– Ay, Male... creo que el viaje a Canadá te va a servir para pensar bien las cosas. Estar alejados siempre ayuda.

– ¿Viaje a Canadá?

Entonces, Colette miró hacia atrás y su cara perdió color. Cuando Malena vio el rostro de la mamá de Pedro, se dio cuenta de que Bautista estaba detrás de ella, que había escuchado todo, que ahora él sabía el verdadero motivo... el miedo. Su miedo. Pero, el orgullo le ganó. Bautista se iba a Canadá y nunca se lo había contado. Y además, estaba cansada de que siempre aparezca de la nada y escuche conversaciones privadas. ¿Qué manía era esa?

– ¿Qué viaje a Canadá, Colette?– le preguntó, sin importar lo que podía llegar a decir Bautista.

– Yo...

- ¡¿Qué viaje?!
- Nos vamos a Canadá en dos semanas.
- ¡¿Se van?! ¡¿Cómo que se van?!

Fue ahí cuando Malena se puso de pie y se dio la vuelta para mirarlo a la cara.

- ¿Pensás que quiero estar con un tipo?– la pregunta que acababa de hacer Bautista ya no importaba.
- ¡¿Te vas a Canadá con Colette y no me lo dijiste?!
- Colette, ¿por qué no me dejás hacer mi vida tranquilo? ¿Por qué tenés que estar metida en el medio de todo?– le preguntó a su ex mujer, agarrándose la cabeza con ambas manos, casi gritando. Parecía desquiciado.

Pero Colette permaneció callada.

- ¡¿Te das cuenta lo retorcido que es todo esto?!– gritó Malena, y las lágrimas comenzaron a caer por sus ojos-. ¿Qué mierda es esto, Bautista? ¡¿Por qué no podés despegarte de ella?! ¡¿Por qué no me llevás a mí a Canadá?!
- Porque trabajo en la Embajada y tengo muchos conocidos en Canadá para sacar a su mamá de la tierra y traerla a Argentina.

¿Sacar a su mamá de la tierra? ¡¿Iba a traer a su madre muerta desde Canadá y no se lo había dicho?! El corazón de Malena se quebró. Ya no soportaba la impotencia y el fracaso. Se sentía tan enojada, porque ella sabía que él la amaba y que quería formar una familia, pero al mismo tiempo, no la dejaba entrar en su vida totalmente.

- Siempre vas a elegir a Colette, ¿verdad?– dijo Malena, mientras agarraba su cartera y salía de ahí.

Ya no soportaba todo ese círculo de mierda de mentiras y atrocidades. ¡Estaban todos locos y ella no quería ser parte de todo eso! Por Dios, quería una vida normal, un novio normal sin una ex mujer tan hija de puta.

- ¡Malena!– escuchó el grito de Bautista justo cuando las puertas del ascensor se abrieron. Rogó que se cierren antes que él entre, pero no hubo caso.

Bautista metió la mano y las puertas frenaron. Y cuando entró, pulsó el botón rojo y el ascensor dejó de funcionar.

- Por favor, hablemos Malena. No dejemos que todo esto se vaya a la mierda...
- ¡Ya se fue a la mierda! Todo esto ya no existe. ¡Quedate con tu ex mujer y quédate con su marido, su hija y tu hijo! Y a mí déjenme tranquila. No quiero una vida así... no puedo. No soporto que ella sepa todo y yo no. Que le cuentes todas tus cosas y... ¿Y yo qué? ¿Cuándo entro yo en escena? ¿Es porque todavía no vine a vivir con vos?

Bautista tiró la cabeza hacia atrás y apoyó su espalda contra el espejo del ascensor, rascándose la panza con ambas manos.

- Ay, Male... fue una idea de Colette... traer a mi mamá y... ¿qué significa eso de que tenés miedo que necesite a un hombre? ¿No confiás en el amor que te tengo? En lo que yo siento por vos.- trataba de explicar, señalándose el pecho y sacudiendo sus manos al aire, desesperado-. ¡Malena, tenemos algo hermoso! Por favor, no dejemos que se arruine por inseguridades y tropiezos que no son nuestros...
- ¿Y Colette?
- Colette solo quiere cuidarme. Cree que cagó mi vida y ahora tiene la obligación de actuar como una mamá, cuando no lo es. Es solo mi ex mujer, la mamá de mi hijo... ¡No la amo! No quiero estar con otra persona, ni mujer, ni hombre... solo quiero estar con vos. Quiero que estemos juntos, Malena. ¡¿Tenés idea cuánto tiempo hace que no me sentía tan bien?! ¿Sabés cuánto hace que no tomaba una decisión para mí porque me sentía solo? Ahora sé que estoy con vos, que todo puede ir bien, que nosotros encajamos... sé que no me mentirías y... Male, por favor, creeme.- pedía gritando, mientras se agarraba la cabeza con ambas manos al ver a Malena llorar y no poder hacer nada para entrar en su cabeza y cambiarle la forma de pensar, porque sabía que ella tenía razón.

Bautista sentía que cada cosa que decía era para embarrar peor la situación y que ninguna explicación era válida porque Malena estaba confundida. Si ella lo amaba como decía...

- ¿Me amas?

Malena secaba sus lágrimas y miraba al piso porque estaba desbordada. No sabía qué contestar... sentía que sus sentimientos habían sido pisoteados por

Colette y todo lo que escuchó había borrado por completo las cosas que Bautista le había admitido durante ese tiempo que llevaban juntos.

– Bautista.– levantó la cabeza y lo miró–: yo no sé qué quiero.

Dejó de hacer puchero y volvió a secar sus lágrimas, debía juntar fuerzas para poder hablar.

– Dios, no puede ser. No me digas que esto se terminó.– dijo él, mientras se mordía el labio superior para contener las lágrimas.

– No puedo decirte nada porque... vos te estás dando cuenta de todo esto... de toda la mierda de Colette y... Bauti.– volvió a susurrar su nombre en medio del llanto–. Creo que necesitamos separarnos y pensar qué es lo que quiere cada uno... empezar a dividir y...

– Malena.– quiso acercarse a ella, pero no lo dejó.

– Bauti, un mes... nos damos un mes. Si en un mes cada uno pensó bien qué es lo que quiere, nos volvemos a encontrar en el mismo lugar donde nos conocimos, donde nos chocamos esa tarde en Palermo... si vamos ahí es porque nos amamos y supimos resolver todas nuestras inseguridades. Pero, tenés que entender que no soy feliz si ella está en el medio todo el tiempo.– admitió su verdad y volvió a romper en llanto–. Puedo aceptar que tengas un pasado que dejaste atrás y un presente que compartís, un hijo... y lo adoro, ¡adoro a Pedrito! Pero, no es normal que se meta de esa forma en todo... que esté metida hasta en tus pensamientos cuando estás conmigo. Porque si ella es así es porque vos lo estás permitiendo.

Malena tapó su boca para amortiguar el llanto, porque no podía creer estar rompiendo con Bautista.

– Un mes, Malena. Te doy un mes.– dijo él, sorbiendo su nariz.

Bautista se separó del espejo, cerró el espacio que los separaba y acunando el rostro de la mujer que amaba, abrió los labios y la besó suavemente en su boca. Luego, se separó y apretó el botón. Las puertas se abrieron y salió, dándole la espalda, caminando hacia su departamento.

– ¡Te doy un mes!– volvió a gritar, levantando el dedo índice.

Capítulo 22

– Hoy vinieron a ver la casa y supuestamente les gustó.– dijo Catalina mientras se sentaba en el borde de la cama y enroscaba su pelo con una toalla.

Agustín levantó su mano y tiró del cordón de la bata de baño, la cual se abrió dejando al aire libre los pechos de Catalina. Rosó uno de los pezones y se puso duro solo con su tacto. Ella sonrió y cuando quiso alejarse para vestirse, él la sostuvo de la mano y empujándola sobre la cama, se acostó a su lado. Aprovechó para seguir con su recorrido, el estómago, la cadera, las piernas y volvió a subir hasta el centro de su pequeño cuerpo, el cual adoraba. Paseó los dedos hacia atrás y adelante, varias veces, mientras escuchaba cómo su novia ronroneaba y se retorció a su lado.

Le encantaba cuando revoleaba los ojos hacia arriba y se perdía entre sus caricias. La amaba. La quería tanto que todavía le parecía mentira estar con ella otra vez, y para siempre.

- Agus.
- ¿Qué?– acercó su boca a los labios de Catalina y sonrió cuando atinó a morderlo.
- Te amo.

Volvió a sonreír.

- Yo también te amo, Catu.
- ¿De verdad vamos a vender nuestras casas y comprar una entre los dos? Es decir, ¿de verdad estamos haciendo esto juntos?
- Sí, te lo juro.
- Tengo que ver a las chicas... tengo que irme...– otra vez quiso zafarse, pero él no la dejó–. Me están esperando. ¡Agustín!
- Una vez más.

La giró para ubicarla de costado y haciendo cucharita, la embistió desde atrás.

Una hora después, Pilar y Malena la pasaron a buscar por la puerta de su casa para ir juntas al geriátrico. Habían estado hablando en el grupo “*Las naranjas*” y al final la terminaron convenciendo. Catalina pensaba que ya estaba lista para dar ese paso.

Paso a paso.

Empezar a hablar.

Decir lo que pensaba.

Descargarse.

– ¿Qué es esa cara, Male?– le preguntó, cuando apenas la vio.

Por favor, su amiga se veía fatal.

– No te preocupes, todo bien. ¿Nerviosa por hablar con tus abuelos?

– No... estoy tranquila. ¿Segura estás bien?

– Dejó a Bautista.– contó Pilar.

– ¡¿Y vos cómo sabés?!

– Pablo.

– ¿Dejaste a Bauti?

Malena suspiró y frenó en el semáforo.

– Sí... es todo muy complicado. Una cosa por vez, chicas, por favor. Primero lo de Cata y luego lo mío.

– Está bien. Tranquila, todo va a estar bien.– dijo Catalina, mintiendo. ¿No era hora de hablar?–. ¿Sabés qué, Male?

– ¿Qué?– le respondió, mirándole por el espejo retrovisor.

– Sos una boluda. ¡Sí, una re boluda! ¿Por qué dejarías a Bautista? ¡¿Por qué dejarías a alguien que amas?! ¡¿Qué te pasa, Malena?! Con lo difícil que es hoy en día encontrar a un buen tipo...

– ¡Es que no lo sé!– frenó el auto y apoyó su frente contra el volante –. No sé qué me pasa con él y con su ex mujer. Dijo tantas cosas irreproducibles... justo cuando quise enfrentarla y pedirle una explicación, salió hablándome de Cudo, de dónde se siente el amor cuando es verdadero, de por qué ella y él siempre se van a querer y van a estar unidos de por vida...– levantó la cabeza y se sentó frente a ellas, pegando su espalda contra la puerta del auto–. ¡Y lo peor de

todo es que Bautista aceptó el mes de distancia que le pedí! Lo aceptó... y me gritó: te doy un mes. Así que, ahora, tengo un mes de tiempo para pensar qué tengo que hacer, si quiero esto, si podré soportarlo... y le dije que yo lo amaba, pero no toleraba que Colette esté todo el tiempo presente en nuestra vida hasta cuando no está. ¿Pueden creer que todavía sigue entrando en el departamento de Bautista con la llave y sin llamar? Hasta se van juntos a Canadá para traer a la mamá de Bautista y enterrarla en un cementerio de acá... ¿Y si les vuelven los recuerdos de su vida allá? ¡No entiendo por qué no me pidió que lo acompañe o mínimo que me lo cuente! Chicas, díganme la verdad, ¿estoy confundida?

Catalina suspiró.

– Creo que Bautista no tiene los huevos suficientes para enfrentarla y pedirle la llave. Pero, acá su hijo es Pedro, él debería tener la llave cuando sea más grande y entrar solo... sí, definitivamente, a Bautista le faltan los huevos para frenarla y dejar de hacer todo lo que ella dice.– dijo Catalina.

– Sí, creo lo mismo. Es más, tal vez en un principio no le decía nada porque esa era su forma de seguir conectado a Colette, pero ahora que ya formó pareja con vos, ¿por qué le cuesta tanto separar?– preguntó Pilar, tocándose la panza.

– Yo... chicas, yo creo que todavía la quiere. Por más que diga que me ama y que no quiere estar con nadie más... él la quiere y este mes no es para mí, yo tengo muy en claro todo... el tema es él...

– No soy yo, sos vos.– susurró Catalina y sonrió–. Perdón, siempre quise usar esa frase.

– Es verdad.– sonrió Malena–. No soy yo, es él. Es él quien debe solucionar sus lazos familiares. Ay, chicas... era tan lindo todo... y la pasábamos tan bien, y... solo espero que de verdad, el día que nos volvamos a encontrar, él haya solucionado todo. Y que la hija de puta de Colette lo deje hacer su vida de una vez por todas. ¿Sabén qué me dijo Bautista? Que Colette cree que le cagó la vida y que por eso se comporta de esa forma, que quiere cuidarlo y protegerlo.

– Esa Colette debe de ser terrible...

– ¡Eso es lo peor! No sabés la cara de buena que tiene, pero cuando

habla...

- Tal vez es metida, solo eso. Tal vez busca ayudar a Bautista... tal vez solo quiere lo mejor para él y además, está su hijo en el medio...- Catalina parecía dudar-. ¿Y si cree que no sos lo mejor para él?

Malena abrió tanto los ojos. ¿Le gustaba ésta Catalina que decía todo lo que se le venía a la mente?

- Eso es porque no me conoce.
- Entonces, hacé que te conozca.
- Catalina, yo no necesito mostrarle nada a nadie y Bautista menos. O acaso, ¿Colette le pidió permiso para empezar una relación con Simón? ¿Qué te pasa, Cata? ¿Desde cuándo tenemos que demostrarle a alguien que somos lo mejor para la persona que amamos?

Listo, Malena se había enojado. Encendió el auto y salieron otra vez rumbo al geriátrico. Catalina estaba sentada detrás de Pilar y se pegó a la ventanilla, observando el lugar. Tal vez en este último tiempo el lugar había cambiado en algo o... estaba tan nerviosa.

Pilar y Malena bajaron y esperaron a que Catalina haga lo mismo. Esperaron. Esperaron. Esperaron hasta que la vieron suspirar y bajar del auto. Caminaron hacia la puerta de entrada y tocaron el timbre. Jenni, la enfermera de siempre, las atendió con una sonrisa. Luego de las presentaciones, comenzaron a caminar hacia el pasillo de ventanales que rodeaba el comedor más grande, donde siempre se sentaban sus abuelos a mirar televisión.

Y ahí estaban, las tres juntas, mirando hacia una misma dirección. La mujer de pelo canoso tenía la mirada clavada en un punto fijo del suelo y un hilo de baba caía de su boca. El señor, también canoso, miraba la televisión.

Pilar y Malena intercambiaron una mirada intranquila y luego, observaron a Catalina.

- ¿Sabes qué? Creo que voy a ir sola... un segundo. Solo voy a tardar un segundo.- dijo, mientras ingresó al comedor, cerró la puerta y se paró delante de ellos.

Sus amigas no podían escuchar nada, ya que había cerrado la puerta. Y mirarlos así no le dio lástima; no sintió pena cuando ellos le clavaron la vista; no se preguntó si la reconocieron; si sabían quién era; si estaban contentos por verla tan bien; si esa media sonrisa que le regaló su abuela era por ella; o si las manos de su abuelo se movieron porque quiso tocarla... solo los miró.

Catalina creía en que una persona tenía lo que merecía; que la vida era una rueda y que siempre lo malo o lo bueno que dábamos nos volvía. Y en ese instante, ella se conformó con eso. Se conformó con saber que sus abuelos estaban así por todo el daño que le habían hecho. No quiso imaginar en qué hubiera pasado si la criaba su mamá, o cómo sería ella si sus abuelos hubieran sido buenos. No... no quiso pensar ni imaginar. Ahí estaba para una sola cosa... perdonar.

– Los perdono. De verdad, los perdono desde mi corazón.

No quiso darles un beso, ni tocar sus manos. Solo asintió con su cabeza y al salir del comedor, les sonrió a sus amigas. Entonces, se preguntó qué había hecho en la vida para merecer dos personas tan buenas como ellas.

– ¿Estás bien?

– Sí, muy bien. ¿Vamos a merendar?

– Claro.– respondieron al unísono.

Y así como habían entrado, salieron, juntas.

Malena manejó directamente hacia una confitería que les gustaba muchísimo, se llamaba “Las Vegas”.

– Pili, creo que deberíamos hablar sobre lo que pasó...

– No, no, no, mujer, no. Ya está... no pasó nada. Está todo bien.

– Pili...

– No... solo voy a decir algo sin que se enojen... quiero que las dos sean las madrinas de Valentino. Las dos... necesito que mis mejores amigas, mis medias naranjas, sean las madrinas de mi hijo. Sé que si algún día me pasa algo, ustedes van a saber cuidarlo porque saben cuánto tiempo lo busqué y se imaginen cuánto lo amo.

Entonces, Malena sonrió porque le gustaba esa idea de un madrinazgo doble, no iba a sentir tanta presión si era algo compartido.

– Obvio, amiga.– dijo y miró a Catalina.

– Yo... claro que quiero ser la madrina. ¡Claro que sí! ¿Cómo pude alejarme tanto tiempo de ustedes?

– Te dije que ya está, mujer. No voy a reprocharte nada...

– Perdón. Perdón.

Pilar suspiró, pasó un brazo por la espalda de Catalina y acercándola, la abrazó. Después, por encima de la mesa, estiró su mano y tomó la de Malena.

– ¿Se acuerdan? Juntas, sin importar qué.– les recordó Pilar.

Todo lo que estaba viviendo Catalina era nuevo. Sentía que en su vida había un antes y un después, una vieja Catalina y una nueva Catalina... pensaba que todo lo mejor de su vida estaba por llegar y se reprochó por no intentarlo mucho antes.

Su casa se había vendido y el departamento de Agustín también. Tenían un mes más para entregarlos a la inmobiliaria y todo era una locura. Buscar casa nueva, barrio nuevo, vecinos nuevos... hasta se había tomado vacaciones en el consultorio porque sentía que no iba a terminar de embalar todas sus cosas. Y tenía miedo... miedo porque las cosas estaban saliendo muy bien y un presentimiento extraño invadía su pecho, una duda, una pregunta, algo... no sabía qué era.

Sacudió su cabeza porque Agustín iba a pasar a buscarla para recorrer tres viviendas. Cuando se hizo la hora, Catalina estaba en la puerta con Pepito en sus brazos, alerta por si veía el auto blanco de Agustín. Efectivamente lo vio doblar en la esquina y salió corriendo a recibirlo. Y como él era todo un caballero, bajó del auto y pasándole un brazo por su pequeña cintura, la levantó en el aire y besó sus labios.

– Ay, cómo te extrañé, mi amor.– dijo, pegado a su boca.

– Y yo más. Creo que no tendríamos que separarnos por mucho tiempo.

Los dos rieron como la primera vez que se vieron. Esas miradas pícaras y sonrisas contagiosas.

– Bien, vamos a ver esas casas. A ver si ya nos decidimos por alguna, por favor. No soporto más al dueño de la inmobiliaria. ¡Hoy me quiso vender un barco! ¿Nos imaginas viviendo en un barco? Está loco.

– ¿Un barco? ¿Podríamos vivir en un barco?

Entonces, Agustín se alejó del rostro de su novia y la miró a los ojos como si estuviera loca.

– ¿De verdad te gustaría vivir sobre el agua? No sé si...

– No... no... solo pensé que sería lindo tener un barquito.

Agustín volvió a sonreír, pensando seriamente en comprar un barco para

los dos.

– ¿Te imaginás si Pepito se quiere escapar? Te lo aseguro, no se iría muy lejos. Es más...– susurró, acercándose más a ella–: no me desagrada la idea de tenerte...

– ¡Agustín! Vamos, tenemos que ver esas casas y luego cenar con toda su familia. Vamos a llegar tarde, como si eeeeeempre.

Subieron al auto y durante dos horas estuvieron recorriendo casas. Ninguna de las tres que tenían en la lista les había gustado, pero cuando estaban por despedirse, el señor de la inmobiliaria les dijo que había una casa antigua que estaba a la venta hacía muy poco. Pero que él no se las había recomendado porque era muy vieja y debían hacerle muchas reformas. Claro, Catalina siempre le remarcó que buscaban algo nuevo porque debían mudarse en un mes. Aún así, quisieron verla. Era una sorpresa y Agustín estaba seguro que iba a gustarle. Estaba preparado para dar el siguiente paso.

Cuando llegaron y Catalina vio el frente, quedó encantada. Esa casa tenía algo que llamó su atención. Todavía no sabía qué era, pero algo muy adentro de su corazón le decía que ese lugar era para ellos. Ventanales grandes con marcos hechos de sello, puertas enormes de rejas con vidrios de colores, un aljibe en el medio de una galería, puertas que daban al patio, habitaciones con techos altos, una cocina antigua que parecía salida de un cuento de princesas y una puerta más que daba paso hacia el fondo. Cuando Catalina abrió, su corazón comenzó a latir con mucha fuerza.

El fondo era tan largo como la casa y un césped verde y uniforme cubría cada parte del suelo. Pero lo que llamó su atención fueron las miles de millones de margaritas, esa flor tan pura e inocente llenaba cada rincón y recoveco, cubriendo todos los cimientos de las paredes.

Ésa era su casa. Debía ser su casa.

Era el destino.

La vida.

La naturaleza.

El destino era él, Agustín, su bombero preferido.

– ¿Te gusta?

– Es...– se dio vuelta y encontró a Agustín sonriendo y observándola con tanta dulzura–. Hermosa. Es nuestra casa. Nuestra...

- Tuya y mía.
- ¿De verdad?

Agustín caminó hacia ella y tomándola de la mano, la llevó al centro del parque. Había un banco de plaza blanco y le pidió que tome asiento porque debía decirle algo.

- La compré porque sabía que iba a gustarte. Y éste fondo, éste parque lleno de margaritas puede ser un cable a tierra... mejor que una ducha conmigo. Creo que éste podría ser tu lugar, Catalina.
- Yo también lo creo.- sonrió y se le escapó una lágrima.

Entonces, quitó a Pepito de sus piernas que corrió y saltó, sintiéndose libre. Y cuando lo miró otra vez, Agustín estaba arrodillado frente a ella con una cajita en sus manos. Enseguida, Catalina puso una mano en su pecho y otra en su boca, por si su corazón tenía la idea de salir corriendo. Es que, latía tan fuerte, iba tan rápido que le dio miedo.

- Catalina.- dijo y levantó la tapita de terciopelo, tomando mucho aire, conteniendo las lágrimas-. Éste anillo era de mi abuela y... ella me habló, me pidió que... el día que yo te proponga casamiento, lo haga con éste anillo.
- Agus...- susurró ella, contra la palma de su mano.

Agustín volvió a sonreír, más fuerte esa vez, más feliz, más decidido que nunca.

- Acá estoy, acá me ves... frente a vos, la mujer que más amo en la tierra, arrodillado y pidiéndole que sea mí esposa. Quiero que pasemos toda una vida juntos, que sea nuestra... que seamos vos y yo, Catalina, para siempre.
- ¡Sí! Sí. ¡Sí, quiero! Quiero una vida con vos, para siempre.

Agustín agarró esa manito pequeña que tanto amaba y dándola vuelta, besó la palma. Luego, puso el cintillo con la piedra rosa hacia arriba y la besó. Giró otra vez su manito y volvió a besar sus preciosos dedos.

- Te amo, Agustín.

Él levantó la mirada y ya no la veía tan muda. Catalina lo amaba y lo mejor de todo era que se lo decía.

- Yo también te amo, Catalina. Te amo con toda mi alma.

Entonces, hay veces en las cuales tenemos una duda, sentimos una

incógnita en el medio de nuestro pecho que nos avisa que algo está por pasar. No sabemos si es bueno o malo, no sabemos de qué trata, si es con nosotros o con alguien más, pero algo extraordinario está por ocurrir. Eso había pasado con Catalina, ese presentimiento que había estado alojado en su cuerpo casi un mes, había desaparecido. Se había extinguido porque Agustín permitía que pasen solo cosas buenas.

Sabemos que si no nos queremos a nosotros mismos, menos vamos a dejar que los demás nos quieran. Sin embargo, con Catalina había pasado al revés. Ella tuvo que aceptar que podía ser querida por sus amigas y amada por un hombre, para aceptarse a sí misma.

Capítulo 23

Pilar se sentía pesada, hinchada y agotada. Ya ni siquiera podía caminar, y cuando trataba de pararse o levantarse de la cama, le costaba un triunfo. Ni hablar de ponerse las sandalias, no valía la pena siquiera intentarlo porque sabía que era en vano. La palabra *sexo* ya no se escuchaba y eso la hacía sentir peor porque él ni la tocaba. Solo la abrazaba de noche mientras dormían, un besito antes de irse a trabajar y otro cuando volvía. Sí, era cariñoso, amoroso... pero no le alcanzaba.

Y para colmo, Pablo salía de viaje en una semana. Iba a dejarla sola con la panza, con la casa, con su suegra y su papá. Es que, se había acostumbrado tanto a la compañía de él que no imaginaba estar sola.

Bueno, no iba a estar tan sola, Valentino estaba con ella y sus amigas también. Hasta podía pedirle a Malena que vaya a dormir a su casa ya que había dejado a Bautista, seguramente no tenía nada que hacer. Oh, Dios, qué mal se sentía por pensar de esa forma.

¡Estaba embarazada, no enferma!

Se puso una calza negra y una remera blanca bastante grande, zapatillas cómodas y salió a caminar para poder matar el tiempo. Hacía dos semanas que había dejado de trabajar con Pablo y además de sentirse pesada, hinchada y agotada, también se creía inútil. Pasaba la mayor parte de su tiempo estimulando sus pezones para que, cuando nazca Valentino, no se le lastimen al succionar. También había estado practicando los ejercicios que le habían enseñado en el curso de pre parto. De dónde sacar la fuerza para pujar, la respiración, hasta una coreo se sabía para dilatar más rápido mientras estaba en el trabajo de parto.

Sí, estaba feliz. Se sentía plena y orgullosa de sí misma por llevar su embarazo tan bien. Por dejar el miedo de lado, las dudas atrás y enfocarse en su hijo. Sin embargo, Maia estaba tan presente... un día, hacía muy poco, había ido al cementerio porque quería pedirle un favor. Sí, un favor a Maia. *“Necesito que seas el ángel de la guarda de tu hermanito”*.

Una vez había escuchado que cada uno elige el ángel de la guarda que quiere y puede ponerle el nombre que desee. Bueno, Pilar había elegido a Maia. Al terminar la frase, sintió un escalofrío y luego se recostó sobre el césped porque ya se había hecho una costumbre llegar, sentarse al lado de la tumba, preparar el mate y entre galletitas, pasar la tarde con la hija del hombre que amaba.

Mientras caminaba y recordaba, no se dio cuenta que alguien la seguía. No la seguía, la cuidaba. Hizo diez cuadras y vio una plaza. Decidió sentarse y descansar, para luego retomar la caminata. Y justo cuando estaba abriendo una botellita de agua, su papá tomó lugar a su lado.

- ¿Cuánto hace que me seguís?- preguntó, y le dio un sorbo largo al agua.
- No te seguía, te cuidaba, hija.

Hija, dijo hacia adentro. ¡Hija! Ahora se acordaba que tenía una hija.

– Já.– rió sarcásticamente–. Cuidarme... ay, papá, lo hubieras hecho cuando era chica. Ahí necesitaba que me cuides, no ahora que estoy por cumplir treinta años.

– No podés culparme, Pilar, hice lo mejor que pude. Y seguramente, si hacía todo lo que vos querías y necesitabas, también ibas a recriminarme. Nunca estamos contentos con nuestros padres.

Pero, por los menos me hubiese sentido amada, pensó.

– Quedate tranquilo, papá, que tu nieto va a estar muy feliz con los papás que va a tener y la familia hermosa que le voy a dar.– se puso de pie y lo miró–. No necesito que vengas a hacerte el papá ejemplar o el abuelo presente, hombre. Sabemos muy bien cómo sos y...

¿Qué estaba haciendo? Oh, Dios, ¿qué estabas haciendo Pilar?

Entonces, recordó: “–*Para mí tampoco la idea está mal...– susurró Pablo y las tres lo miraron–. Es más, deberíamos hacerlo. No por él, sino por vos... tal vez así encontrás la paz y lo perdonás en vida. No hagas como yo, guardarte palabras que nunca más a poder confesarle y... no esperes a querer hablar cuando él ya no esté, cielo. No quiero que te pase lo mismo que a mí... ¿será que perdí personas muy importantes en mi vida y por eso soy así? No lo sé... pero es tu papá, tu viejo... y si volvió es por algo. Las personas no te buscan por nada.*

– Hija, lo siento tanto.

– No... ay, perdón, es que las hormonas me tienen matada. No es con vos, hombre... es con mi cuerpo y esta revolución... no quiero pelear más, papá. Yo... no sé por qué volviste, pero si estás acá es por algo y... espero que de verdad te quedes.– admitió, mientras levantaba la mirada y lo observaba.

Fue ahí cuando se dio cuenta de que no necesitaba hablar más. Además, le había prometido a Pablo todo lo contrario a lo que estaba haciendo. Pero, ¿si salía lastimada?

– ¿Tenés un tiempito para tomar unos mates? Podemos ir a casa y...

– Sí, te traje unos regalos para mi nietito... sé que...

– Ya, hombre, ya. No nos pongamos sentimentales. Lo único que voy a pedirte es que si vas a estar presente en el embarazado, también lo estés cuando nazca y durante su vida, actos escolares, comunión,

confirmación, no te vas a ir de viaje para sus cumpleaños y si llegás a viajar, le traes los mejores regalos. Pero, si vas a desaparecer de un día a otro, prefiero que te vayas ahora. ¿Está bien? Así no me acostumbro a esto que estás intentando hacer...

Los ojos de su papá brillaron y tuvo un flash. Un momento rápido. Era chiquita, muy chiquita. Su papá le había traído una muñeca de uno de sus viajes y estaban sentados en el piso del living, jugando. Ella y él, juntos. Entonces, Pilar escuchó a su mamá gritar: “*Vamos, René, ya es hora*”. Su papá la había mirado con lástima, le besó la frente y siguió a su mujer.

¿Y si tal vez siempre había sido su mamá? ¿Y si él quería quedarse con su hija mientras su mujer lo obligaba a hacer otra cosa?

Pilar sacudió la cabeza y le sonrió.

- ¿Alguna vez me amaste, papá?
- Siempre, cada día de mi vida. Solo espero que no sea tarde.

Los ojos de Pilar se llenaron de lágrimas y parpadeó muchas veces seguidas para tratar de ocultar la emoción. Entonces, ¿él siempre la había amado?

- Vamos a tomar unos mates, pero caminemos despacio. ¿Sí?
- Claro, hija, despacio.

Mientras retomaban la caminata hacia la casa, Pilar quiso saber cosas de él. ¿Estaba mal querer preguntarle a su papá qué había hecho todos esos años?

- ¿Y cómo están con mamá?
- Nos divorciamos hace cuatro meses.
- Oh. Lo siento... lo siento mucho.
- No...– respondió él, mientras le agarraba la mano a su hija y la colocaba en su brazo para que se sienta contenida en su caminata–. No lo sientas, es mejor así... siempre fue mejor estar separados. Al fin y al cabo, nosotros nunca fuimos una pareja consolidada y cada uno hacía lo que quería. Ahora, ella es libre y no tiene que esconderse de nadie, ni preocuparse por hacerme quedar mal delante de nuestros amigos... por eso volví, porque me di cuenta que con ella nunca tuve amor... el único amor que me dio fuiste vos y... no sé si trataba de alejarme o qué, pero siempre buscaba algo para hacer y estar alejados

de vos. No la culpo, porque también es mí...

– Ya, papá. Decime, de todos los lugares que conocés, ¿a dónde volverías a ir y por qué?

– ¡China!

– ¡¿China?! ¿De verdad? Pensé que ibas a decirme París, Roma, Nueva York...

– Nah, esos lugares son fáciles. Ir a China es difícil. Sobrevivir a cosas que no estás acostumbrado es lo fascinante de una aventura y... Oh, hay una playa en Rusia, que cuando hace muchísimo frío, las olas llegan a la orilla y se congelan.

– ¡¿De verdad?!

– ¡Lo juro! Tengo un video en mi computadora, voy a mostrártelo. El agua llega en forma de ola y se congela. ¡Es alucinante!

Caminaron más de treinta cuadras. Recorrieron el barrio de Pilar de punta a punta y se dieron cuenta de que había muchas plazas para seguir conociendo, muchas más cosas para preguntar y saber de cada uno, abrazos, apretadas de mano, risas y emociones. Había cientos de cosas que querían compartir. Lo invitó a cenar, le dijo que seguramente Pablo podía ir a comprar un poco de carne para tirar a la parrilla y hacer un rico asadito.

– ¿Te gustaría hacerme compañía mientras Pablo se va de viaje?

– Claro. Pero, ¿no está muy cerca de la fecha de parto?

– Sí, pero Valen lo va a esperar... creo.

Los dos rieron justo cuando Pilar abrió la puerta de su casa y se encontró con un Pablo muy preocupado, como para no perder la costumbre, ¿no? Tenía que dejar de preocuparse, tenía que relajarse, tenía que dejarla vivir un poco. Además, estaba con su papá.

– Ay, carajo, Pilar. ¿Por qué no te llevaste el teléfono?

Pilar miró de reojo a su papá y sonrieron.

– Porque no me hacía falta, estaba con mi papá.

Entonces, Pablo cayó en la cuenta de que su suegro también estaba en su casa.

– Perdón. Soy un poco exagerado cuando se trata de su hija. Nunca le grito... jamás le grito, solo me preocupé. Pensé que mi hijo se había adelantado y...

– Tranquilo, yerno, no pasa nada. ¿Vamos a comprar un vacío y lo hacemos a la parrilla?

Pablo miró a Pilar y ella asintiendo su cabeza le dijo que sí. Hasta estaba sonriendo. Wow, su mujer estaba sonriendo delante de su propio padre. Ni siquiera lo dudó.

– Claro. Está mi mamá... me gustaría presentártela.

Los tres caminaron hacia el living y tanto Pilar como Pablo fueron testigos de esas miradas cruzadas. Las mejillas de Mirta se tiñeron más rojas y René empezó a apretar sus manos porque se puso nervioso.

– Hola, soy...

– René, el papá de Pilar. Yo soy...

– La mamá de Pablo. Sí... ¿tu nombre?

– Mirta.– dijo, sonriendo.

– Qué lindo nombre, Mirta. Es digno de una reina.

– Ay, René.– se tapó la boca y comenzó a reír por vergüenza.

¿Qué carajo estaba pasando? ¿Qué era todo eso? ¿Estaban coqueteando?

– Por favor, permítame agasajarla.

¡¿Agasajarla?!

– Ay, René.– Mirta volvió a tapar su boca y su cara se puso toda roja

–. Qué hombre tan educado...– se acercó más a él y le tendió la mano.

Entonces, René besó la mano de Mirta. Pablo y Pilar se miraron y no pudieron ocultar la sorpresa, el asombro, la vergüenza y... ¡Eran sus papás! Sus papás se gustaban y se decían cosas delante de ellos. Dios santo, ¿qué era todo eso?

– Amor, ¿te parece si vamos a comprar nosotros dos?– le preguntó Pablo.

– Sí, vamos. Necesito seguir caminando.

Esa noche, antes de dormir, Pablo estaba acariciando el vientre de Pilar porque Valentino no dejaba de pegar patadas. La piel se estiraba tanto que parecía de goma y eso lo hacía feliz.

– ¿Y si sale jugador de fútbol?– preguntó.

- Que salga como quiera, pero que salga.- susurró ella, riendo.
- Imaginate si tiene tus ojos.
- Que los tenga, pero que salga.
- Ay, cielo. ¿Qué pasa?

Nunca jamás hay que preguntarle a una embarazada qué pasa.

- Es que... no entendés. Necesito que salga porque necesito que vuelvas a mirarme como antes. Que me desees, que quieras hacerme el amor en cualquier parte de la casa sin pensar que podés lastimar al bebé. ¡Como si tuvieras una pija enorme que pueda tocar mi útero! Y no, hombre, no la tenés taaaaaan grande para que traspase la bolsa, la rompas y puedas darle en la cabeza o en un brazo a nuestro hijo.

Entonces, Pablo comenzó a reír con ganas, tiró la cabeza hacia atrás y reía sin parar, tentado. Ella también reía mientras hacía caricias en su panza porque Valentino había empezado a moverse más. ¿Escuchar la risa de su papá lo enloquecía de amor?

- Sos una guacha. ¡¿Estás diciéndome pito corto?!
- No... solo dije que no es taaaaan grande como para que puedas llegar a tocar al bebé. Una cosa es una pija chica y corta sin forma, y otra cosa es tu pija gruesa que no es larga... sabés usarla, sos un experto en el momento de meterla, pero nunca vas a llegar al bebé.

¡Cómo lo excitaba cuando se enojaba!

Mostrándole todos los dientes en una sonrisa picarona, él la ubicó de costado y le bajó la bombacha hasta las rodillas. Luego, le dio una pequeña nalgada en el culo, escupió en su mano y pasándola sobre la vagina de Pilar, la hizo estremecer. Un escalofrío recorrió toda su columna vertebral... pudo diferenciar el coxis, sacro, lumbar, dorsal y cervical porque la corriente eléctrica iba marcando cada vértebra. Dios santo, hacía tanto tiempo que no la hacía vibrar de esa forma.

- Voy a cogerte, cielo. No voy a ser rudo con vos, solo porque me da miedo... pero voy a cogerte y tenés prohibido gritar. ¿De acuerdo?
- Pablo.- susurró, desesperada, hambrienta.

Mientras, unas manos manoseaban su vagina y sus tetas, alentándola y excitándola.

- Chssss... no vas a gritar, Pilar. Te la vas a bancar como yo me la

estuve soportando este último mes.

¿De verdad?

Pablo fue cuidadoso, como siempre solía ser. De momentos, se le iba la mano pero volvía a normalizarse porque de verdad no quería hacerle daño a su bebé. Tanto tiempo buscándolo, esperándolo, y ya desde la panza de su mamá deseaba cuidarlo como lo más preciado de su vida. Ya iban a tener tiempo para tener sexo, ahora solo quería cuidarlos.

Cuando terminaron, Pilar lo abrazaba con tanta fuerza que eso lo hizo sonreír. Sabía por qué estaba así, seguramente ella tenía miedo porque en una semana se iba de viaje a conocer unos terrenos nuevos en Mendoza para crear un *country*.

- Te voy a extrañar tanto... te vamos a extrañar.
- Y yo. Te juro que te llevaría, mi cielo, pero si te pasara algo allá, tan lejos de tu obstetra, me muero. Prefiero que estés acá, sabiendo que todos nuestros familiares y amigos pueden ayudarte. Y yo volvería volando en el primer avión. Literalmente volvería volando.

Pilar levantó la cabeza y lo miró.

- ¿Y si te pasa algo?
- ¿Qué me va a pasar?— preguntó, tocándole la mejilla.
- No sé... tengo miedo.
- No tengas miedo... no hay que atraer las cosas malas, Pilar. Siempre hay que ser positivos, mirar hacia adelante y, además, Maia va a estar cuidándote. Lo prometió.
- A mí también me lo prometió.

Pablo sonrió al escucharla decir eso.

- Te amo, Pilar.
- Y yo también te amo, Pablo.

Una semana después, Pablo viajó a la provincia de Mendoza. Cuando la vio por última vez en la puerta de la casa, supo que no iba a llegar a tiempo porque tenía los labios hinchados, el rostro manchado y estaba muy cansada. Se enojó consigo mismo por tener que viajar en esa fecha, pero no iba a poder hacerlo ya con el bebé en sus vidas.

Sí, Valentino iba a adelantarse, solo rogaba que todo salga bien porque merecían ser una familia, merecían ser felices.

Capítulo 24

Abrir los ojos a la mañana significaba volver a caer y tocar fondo como todos los días. Malena creyó que estar lejos de Bautista iba a alivianar ese sentimiento de inseguridad que tenía, pero no. Todo lo contrario. Lo extrañaba con todo su cuerpo.

Se sentía vacía.

El sol había salido hacía varias horas y suspiró, dando la vuelta, mirando hacia la pared, queriendo dormirse otra vez. Era capaz de volver a tomar otra pastilla y... volvió a suspirar, porque le molestaba saber que su amor dependía de alguien más, que su felicidad era por un hombre; se sintió poco al saber que todo lo que tenía, su familia, sus amigas y su ahijadito que llegaba en dos semanas, no eran suficientes.

Nada era suficiente para borrar a Bautista Olmedo, ex arquero de River, de su mente, de su corazón y de su alma. Si su vida antes era aburrida, ahora ni

siquiera la quería. Y solo habían pasado dos semanas... quince días en los cuales sufrió dolores de cabeza por llorar tanto; cólicos estomacales por los nervios; taquicardia porque su corazón se desesperaba.

Pero, si ella volvía... si Malena volvía otra vez a Bautista, si salía corriendo a buscarlo, si le pedía perdón por el tiempo que le había pedido... Si Malena se permitía ser feliz con él, ¿qué iba a pasar con todos sus pensamientos? ¿Qué iba a pasar con Colette? ¿Qué iba a pasar con esa inseguridad que tenía al pensar que tal vez él necesitaba de un hombre? Sin embargo, sabía que si volvía con él iba a sufrir más que estando sola.

Cerró los ojos con fuerza y pensó en esos siete meses que habían pasado juntos, recordó el día que lo conoció, el asado que habían compartido, su primera vez, la suelta de globos, la fiesta de ex alumnos y...

Escuchó unos pasos que subían muy rápido la escalera y se sentó en la cama de golpe. Algo había pasado. La puerta se abrió y José, muy nervioso, le gritó:

- ¡¿Por qué tenés el teléfono apagado?!
- ¿Por qué estaba durmiendo?— contestó con otra pregunta.
- Pilar... ¡Pilar va a tener al bebé!

Pero si faltaban dos semanas para tener al bebé.

Y mientras ella encendía el teléfono y llamaba a Catalina, José le preparó ropa, un jean azul que hacía mucho no se lo veía puesto, una remera blanca y unas zapatillas de colores que él le había regalado.

- ¡Catu! ¿Hablaste con Pili?
- ¡Hay que pasarla a buscar!— contestó Catalina, del otro lado.
- Bien, en cinco minutos estoy en la puerta de tu casa y vamos de Pili. ¿Pablo no volvió de su viaje?
- ¡Ay, no!—Malena cortó y refregó su rostro porque era la primera vez que Pilar estaba sin Pablo y en el momento más importante de sus vidas—. Papi, me llevo tu auto, en el mío no entramos las tres.

Se vistió con la ropa que su papá le había dado y luego de lavar su cara y sus dientes, salió corriendo de su casa. Tres minutos después, pasaba a buscar a Catalina, quien también aportó su cuota de nerviosismo por la falta de Pablo.

Valentino estaba en camino. Ese bebito pequeño que ya había empezado a

cambiar las vidas de muchos estaba por llegar.

ENTONCES, continuó... hay una canción que dice algo así como que no importa el lugar, porque el sol es siempre igual, no importan los recuerdos o si es algo que vendrá. Dice que la vida es un camino para andar y que siempre, esos buenos momentos estarán en nuestros corazones. Que si hay algo que esconder o algo que decir, un *amigo* es el primero en enterarse porque los momentos vividos son los que perduran en el tiempo. Dice que un amigo es una luz brillando en la oscuridad y nunca va a importar nada más...

Entre nosotros, es en los momentos más importantes y hermosos de nuestras vidas, incluso en los peores, cuando caemos en la realidad del enorme significado de la palabra "*amigo*". Así les pasó a Malena, Pilar y Catalina. Esa mañana en la cual Pilar las llamó y les dijo que ya estaba preparada, lista para ir a parir. Sus amigas salieron corriendo, porque sabían que Pablo no estaba en la ciudad y que seguramente, como era Pilar, el bebé seguía sus pasos e iba a hacer lo que quería, sin importar la fecha probable de parto. Se había adelantado dos semanas, contracciones espaciadas durante la madrugada y ya cuando llegaron sus amigas, alrededor de las nueve, Pilar estaba en la puerta de su casa esperándolas con las dos valijas en las manos y feliz. Muy feliz. Irradiaba emoción, contagiaba buen humor, y a pesar de estar nerviosa, transmitía una paz tranquilizadora.

Sus amigas, en cambio, no sabían qué hacer: si agarrar las enormes valijas o sostener de los brazos a Pilar porque parecía que iba a explotar y además, nunca habían estado en un momento así. Sentían que las que iban a parir eran ellas.

– Tranquilas, mujeres, estoy bien. ¡Muy bien!

Las tres sonrieron y fueron directo a la clínica. Al llegar, la revisó su obstetra y haciéndole tacto, les informó que tenía nueve de dilatación. ¡Nueve! El trabajo de parto había sido excelente... bueno, casi.

– Pilar, tu bebito viene en camino. ¿Contenta, mami?

– ¡Muy contentaaaaaa! ¡Aaaaaaaaay! ¡Sacameloooo! ¡Sacalooooooo!.

A ese punto, con contracciones cada un minuto, no transmitía tanta paz.

– Tranquila, mami. Tranquila.

– ¡Tranquila las pelotas! ¡¿Vos tuviste un hijo?! ¿Tuviste

contracciones alguna vez? ¡¿Tenés idea la intensidad del dolor que siento en mi vagina?!

Bueno, tal vez estaba un poco eufórica por la situación, había que entenderla.

– No, no tuve.– respondió el médico.

Sonreía, acostumbrado a que las mujeres lo increpen de esa forma como si él tuviera la culpa de que ellas se hayan embarazado. Sin embargo, la peor parte se la llevaba el padre que en ese entonces estaba ausente, para su mayor suerte. Y como los buenos amigos son los que se quedan aún cuando perdemos la cabeza...

– ¡Doctor, haga algo!– gritó Catalina, desesperada.

– ¡Está sufriendo!– agregó Malena, muerta de miedo.

Lo que le faltaba.

– ¿El papá no va a venir?

Al segundo, se arrepintió por su pregunta.

– ¡¿Usted ve al padre de mi hijo en esta puta habitación?! ¡¿Lo ve?!

– No, mami, no lo veo.

– Entonces...– le apretó la mano y lo acercó a ella–: ellas son mis mejores amigas y van a estar conmigo en la sala de parto, le importe o no. ¿Queda claro?

– Clarísimo. Vayan a vestirse, chicas. No se habla más.

Minutos después, luego de un gran alboroto y gritos, Catalina se ubicó a la derecha de Pilar y Malena a su izquierda, las tres estaban conectadas por sus manos, soportando el dolor que les provocaba el apretón de Pilar.

– Bien, mami, a la cuenta de tres... uno, dos, ¡tres!

– ¡Aaaaaaaaah!– gritó Pilar, haciendo el mayor esfuerzo posible para traer su hijo al mundo.

Mientras tanto, Catalina y Malena también hacían fuerza y gemían, tratando de pasarle a su amiga la energía que necesitaba. ¿Qué podían hacer en un momento así?

Cuando la contracción pasó y estaba por empezar la siguiente, el médico le volvió a pedir que haga fuerza otra vez.

– ¡Vamos, Pilar! Ahora.

– ¡Aaaaaaaaah!– gritó al mismo tiempo en que ejercía fuerza y...

Fue en ese preciso instante en el cual Pilar comenzó a escuchar lo que siempre estuvo esperando: el primer llanto de su hijo, convirtiéndola en la mejor canción del mundo y en mamá. Malena empezó a ver, porque mirar a su sobrinito de corazón cubierto de sangre y algo blanquito, le pareció lo más hermoso de la vida. Y Catalina, dejó de esconder sus sentimientos y emociones y expresó:

– Bienvenido al mundo de los mortales, pequeño Valentino.

A veces, solo a veces, hay que ver y escuchar los milagros de la vida y dar respuestas con palabras. *Porque para ser feliz hay que dejar de ser ciegas, sordas y mudas.*

Dos horas después, las tres estaban sentadas en el borde de la cama observando a un bebito precioso llamado Valentino. Estaba ubicado de costadito, vestido con un body blanco de algodón y un gorrito con una punta redonda haciendo juego. Su naricita era tan paradita que daba risa, igual a la de Pilar; sus ojitos achinados y un poquito hinchados por todo el trabajo de parto; tenía las mejillas coloradas al igual que su abuelita Mirta, y el color del pelo era igual al de Maia, igual al de Pablo. Pilar le miraba los deditos de las manos porque eran largos y gorditos al igual que los de René.

- No es porque sea mi hijo, pero es hermoso.
- No es porque sea mi ahijado, pero es hermoso.
- No es porque sea mi sobrino-ahijado, pero es hermoso.

Las tres se miraron, sonrieron y suspiraron por décima vez desde que lo habían traído de Neo. Estaba un poquito amarillo, pero no era para preocuparse.

Valentino se movió y las tres volvieron a sonreír.

- Creo que tiene hambre.– dijo Malena.
- Tal vez le duele la panza.– agregó Catalina.
- Está esperando a Pablo.

Malena miró a Pilar justo cuando escuchó unos gritos que provenían fuera de la habitación. Luego, la puerta se abrió para dar paso a un Pablo nervioso, transpirado y...

– Mi cielo.– susurró y corrió hacia donde estaba Pilar, que lo abrazó

y se fundieron en un apretón lleno de amor-. Perdón, mi amor, perdón.- se separó de su mujer, mirándola directo a sus ojos-. Te juro que nunca más voy a irme de viaje... nunca más.- volvió a besarla y Pilar ya no pudo contener las lágrimas.

- No importa... ellas, ellas supieron acompañarme muy bien.
- Gracias chicas, les debo todo.- susurró él, mirando hacia todos lados, buscando a su pequeño bebé.
- Creo que voy a irme.- dijo Malena, mientras se ponía de pie acompañada por Catalina.

Las dos salieron sin ser vistas y antes de cerrar la puerta, se quedaron observando por el espacio que había quedado. Vieron cuando Pablo levantó en brazos a su bebé, mientras Pilar lo filmaba porque se estaban conociendo... Pablo estaba conociendo a su bebé y al fin eran una familia. Una hermosa familiar. Claro que no pudieron contener la emoción y se largaron a llorar porque ese era el comienzo de algo precioso, un milagro.

Cerraron la puerta y cuando Catalina se dio vuelta, fue abrazada por Agustín.

- Felicitaciones, tías. Qué lindo, ¿no? Un bebé.
- Sí, es precioso.- admitió Malena, sonriendo-. Bueno... yo tengo que irme...
- Male, Bautista está dando vueltas por acá. Es más, lo trajo a Pablo. Fue a buscarlo al aeropuerto para hacer más rápido. No sé... tal vez querías verlo.

¿Ellos se estuvieron viendo?

- Vos... él y vos, ¿se están frecuentando?
- Sí. Nunca perdimos contacto... ni cuando me separé de Cata, ni ahora. Está en el buffet del Sanatorio...
- Claro, tal vez tenía hambre.
- Seguramente.
- Y, ¿ustedes hablan?

Entonces, Catalina miró a Agustín y sonrieron.

- Creo que ustedes dos tienen que hablar. ¿No?
- Claro, qué tonta. Por supuesto... el tema es que no... no pasó el mes...

– ¿Y? ¿Para qué esperar cuando uno sabe lo que quiere?– preguntó Agustín, torciendo su boca en una sonrisa.

– Sí... supongo que pasa eso... sí... es más complicado.

Agustín se había dado cuenta que Malena trataba de sacarle algún tipo de información. Y por supuesto que él sabía todo, pero, ¿qué podía decirle? Era tema de ella y Bautista, él no debía meterse. Sin embargo...

– Male, creeme, les va a hacer bien hablar. Creo que vas a sacarte un par de dudas.

¿Dudas?

– Gracias, Agus. Catita, nos vemos más tarde. Voy a recorrer el Sanatorio.

– Claro, amiga. ¡Suerte!

Los saludó moviendo la mano y se alejó, queriendo encontrar el buffet. Subió dos pisos y cuando llegó al lugar, se quedó mirando hacia adentro a través del vidrio. Buscó a Bautista entre las personas del lugar y lo encontró en la mesa del fondo, solo... se agarraba la cabeza entre las manos, se refregaba el pelo, después los ojos y se quedaba quieto, mirando hacia un punto fijo del piso. Entonces, lo vio agarrar el teléfono y segundos después, el celular que tenía en el bolsillo comenzó a vibrar. ¿La estaba llamando?

Lo sacó y miró la pantalla.

Bautista.

No contestó. Volvió a guardarlo y vio cuando él suspiraba, frustrado, enojado y triste. Bautista estaba tan triste como ella. Pudo verlo.

Malena tragó con fuerza porque quería hablarle, acercarse y... miró el suelo, luego el techo y volvió a mirarlo. Podían hablar, claro que podían, eran adultos. Y con pasos dudosos, caminó hacia él, que se estaba apretando los ojos con las yemas de sus dedos.

– ¿Puedo?– susurró.

Bautista subió la mirada y asintió con su cabeza, mientras la observaba correr la silla y sentarse frente a él.

– Felicidades... me enteré que está todo bien.

– Sí... es un nene sanito, precioso, y... tiene dos hoyuelos a cada lado de sus mejillas y... si a mí me enamoró de esa forma, no sé cómo se debe sentir Pili.

– Es hermoso... no se puede comparar ni explicar. Como esto...

Malena tragó con fuerza porque Bautista se puso de pie y se sentó a su lado. Estaba serio, hasta incluso parecía enojado. No debió acercarse a él para hablar. Tal vez todo terminaba peor.

– ¿Qué querés decir?

– Esto, Male...– respondió, tocando su pecho–: lo que siento cuando te tengo cerca, cuando sé que estás conmigo... ¿cómo te sentís vos? Por favor, decime la verdad.

– Yo... siento que mi cuerpo está vacío.

– ¿Vacío?– repitió él, sin entender una palabra.

– Sí... no sé cómo se hace, Bauti, pero no me gusta esto de depender de las personas para ser feliz. Yo...

– Dios. ¿Qué estoy haciendo?– preguntó él, mirándose las manos, tocando su cabeza otra vez–. Me dejaste y estoy como un estúpido esperando un mensaje, una llamada o que vengas a verme... si vos me quisieras, no estarías tomándote este tiempo lejos de mí... después de lo que pasó...

¿Hablabas del infarto? ¿Por qué Malena era tan egoísta? ¿Por qué ni siquiera una vez le preguntó cómo se sentía?

– Es que... yo te amo, Bauti, y de verdad me siento vacía si no estás conmigo. Pero creo que soy demasiado egoísta para compartir y lo sabés. Desde el primer día que nos conocimos y te conté todo lo que me había pasado...

– ¿Lo decís por Colette?

Sí, Bautista.

– Siempre es ella. Y aunque vos no lo quieras ver, no sos capaz de soltarla del todo como a mí me gustaría...

Entonces, la interrumpió.

– Le saqué la llave de mi departamento y ahora me avisa cuando está por llegar, hasta me pide permiso. Simón me dijo que me olvide porque él no va a devolverme su llave...–admitió, mientras sonreía, pero luego endureció su rostro–. Colette no se mete más en mi vida, ni siquiera dejo que me pregunte por vos... y sé que se muere por saber si volviste porque le gustabas para mí, aunque no lo creas... Coli no

es mala, Malena. Coli siente que me debe algo y la entiendo. Sin embargo, creo que se pasó un poco de la raya y yo al estar sin pareja dejé que pase esto y después se me hizo una costumbre. Creo que la consideré más que la mamá de mi hijo, es como una hermana, más que eso... y sé que te cuesta entenderlo, pero... no puedo sacarla de mi vida porque la quiero. Es mi familia, y yo no quiero que me separes de mi familia. Y ojalá algún día lo comprendas, Malena.–no le importaba ser repetitivo–. Ojalá puedas entender que ellos son mi familia y me gustaría mucho que te tomes el tiempo para conocerlos, si me amas, quiero que quieras conocerlos. ¿Está mal?

Malena sintió que había perdido una batalla. Colette había ganado. Ella siempre ganaba.

¿Qué tenía Colette que ella no?

Entonces, cayó en la cuenta de que siempre volvía a empezar, retrocedía una y otra vez porque así era Malena. Daba dos pasos y retrocedía cinco. Nunca avanzaba, nunca progresaba y...

– Está bien, Bauti.

– ¿Está bien?

Se puso loco, ¿qué quería decir con “está bien”?

– Yo nunca voy a entenderte y vos nunca vas a entenderme a mí. Por eso no funcionamos... por eso te pedí un mes. Y por eso estoy disolviendo ese acuerdo.– levantó la mirada y clavó sus ojos en los de él–. Juntos no funcionamos. Yo lo lamento muchísimo, pero...

– ¿Te animas a decir que nosotros no funcionamos?– preguntó él, en voz baja.

– Yo...

– ¡Malena, me tenés a mí! A mí... soy tuyo, Male. ¡Soy tuyo desde que me atropellaste! Ésa es la diferencia que hay entre vos y Colette, y no querés entender. Vos me tenés a mí. Mirame, Malena, mirame porque soy tuyo.– volvió a repetir poniendo una mano en su pecho.

¿Y si ahí estaba la respuesta que ella siempre estuvo buscando? ¿Y si la que siempre *tenía* era Malena y las demás no? ¿Y si la diferencia de todo era Bautista Olmedo?

Él no la dejó terminar de pensar porque la besó. La tomó por la nuca y la cintura, y acercándola a él, devoró esa boca que no paraba de hablar y decir

cualquier cosa. Malena sonaba tan insegura... y ese beso, esa respuesta inmediata que tuvo Bautista por parte de ella, confirmó sus sospechas. Malena lo seguía amando al igual que él.

Y si ella creía que juntos no funcionaban, entonces que ponga un espejo y vea ese reflejo, porque juntos eran amor, tensión, lujuria y...

- ¿Me amas?
- Sí. Ese es el problema... te amo.- contestó Malena.
- Entonces, no me dejes.- se separó un poco y la miró directo a los ojos-. No me dejes, Malena. Peleemos juntos, vayamos hacia adelante y tratemos de solucionar las cosas que nos traban... hablemos y gritemos, terminemos cogiendo como siempre hacemos... pero no retrocedamos. No me dejes por una tontería como ésta... no me dejes por Colette. Yo te amo a vos y sos la *persona*... no la mujer, sino la persona que elijo para mí y no te cambiaría, no te dejaría, ni engañaría jamás. Te lo juro... jamás haría algo para lastimarte, mi amor.

Malena cerró los ojos porque volvió a sentirse llena, completa y satisfecha otra vez. Y podían decirle que no estaba bueno dejar que una persona sea su felicidad, pero eso era Bautista para ella. La hacía feliz y nada podía hacer contra eso.

- Voy a intentarlo...- dijo, mientras subía los párpados y se encontraba con un Bautista sonriente, nada que ver al hombre que había estado espiando hacía un rato-: porque te amo y porque para mí mala suerte, sos esa persona que me hace feliz. No sé si va a funcionar, Bautista. De verdad...
- Chssss.- la hizo callar, besándola otra vez-. Va a funcionar porque nosotros vamos a hacer que funcione. Te quiero en mi vida para siempre... no te alejes más, por favor.
- Vos no hagás cosas para que me aleje.- susurró ella, sonriendo.
- Lo prometo, *Malena atropellada*. Prometo hacer que todo a nuestro alrededor funcione porque voy a dedicar mi vida para hacerte feliz. Quiero todo con vos... todo. Cada cosa que imagino con vos es...
- Chssss. No hablemos más.
- ¿No?
- No... basta de hablar, vayamos a tu casa. Estamos cerca, ¿no?

Entonces, Bautista sonrió y se separó un poco.

- ¿Qué está insinuando, señorita?
- No estoy insinuando nada. Voy al grano, como siempre...
- Ay, Dios, Malena. Las cosas que voy a hacerte.

Se puso de pie, tomó la mano de Malena y salió del buffet y del Sanatorio con una amplia sonrisa, victorioso porque habían empatado. Ninguno de los dos había ganado. No se trataba de eso, era más que una batalla, un duelo o una guerra. Era amor, esa fuerza tan poderosa imposible de disimular.

Y Malena y Bautista, jamás pudieron disimular.

Epílogo

En nuestra vida nos topamos con personas que no quieren escuchar, otras que no quieren hablar y otras que no quieren ver. Sordas, mudas y ciegas, en cualquier orden, no interesa cuál. Lo importante es saber llevarlas, seguirles la corriente, ir para donde disparen; o podemos contradecirlas, esquivarlas... o mejor aún, tenerlas de amigas. O podemos *cambiar*.

Así *eran* ellas. Eran el tercio de una naranja, se complementaban, eran inseparables, casi hermanas, por poco almas gemelas. Tres amigas que lucharon por el amor porque ese sentimiento se hace, de construye, se vive, se siente y a la vez, se odia porque es lo que nos hace feliz.

El amor siempre nos hace más felices y por amor cambiamos. Aprendemos a ver, escuchar y hablar para que todo a nuestro alrededor funcione. Porque queremos que funcione, creemos que el amor es la fuerza más poderosa y el sentimiento más noble y transparente, imposible de disimular.

Dicen que Navidad se pasa con la familia y Año Nuevo con amigos. Dicen que en Noche Vieja hay que vestirse con ropa nueva y de blanco porque representa el positivismo, buenas energías, pureza, paz, nacimiento, bondad y limpieza. Dicen que todo es mejor con amigos porque encontramos el equilibrio.

Después de un año y días del nacimiento de Valentino, Malena, Pilar y Catalina estaban sentadas en el banco de plaza del fondo de la casa de Catalina, ese nuevo cable a tierra que se había convertido en su nuevo lugar de juntadas, mirando los fuegos artificiales que algún loco quiso tirar antes de las doce para llamar la atención del barrio.

– ¿Nunca se pusieron a pensar en cómo distribuyen la pólvora para que cuando explote haga dibujos en el aire?– preguntó Malena, sonando muy confundida.

Catalina la miró y sonrió porque amaba los comentarios de Malena.

– ¿Y vos nunca te pusiste a pensar cómo es que un bebé crece en el cuerpo de una persona? ¿Cómo es posible que una mujer dé vida y por qué un hombre no?

Entonces, Malena se miró la panza grande y redonda y sonrió.

– ¿Uno solo?– preguntó Pilar–. Imagínense dos bebés.

Las tres clavaron sus ojos en la panza de Catalina y carcajearon de risa.

- Dios mío, si llegan a salir tan grandes como su papá, a los seis meses van a pasarme de altura.

Suspiraron y escucharon gritar a Valentino, que corría desnudo por el parque lleno de margaritas y era perseguido por Pedrito que reía a carcajadas y Pablo, un papá feliz que amaba jugar. Volvieron a reír a carcajadas cuando Pablo le dio un beso rápido a Pilar y prometió atraparlo y vestirlo. ¿La verdad? La veían muy difícil, Valentino solo le hacía caso a Pilar porque manejaba a Pablo como quería.

- ¿Cuándo le digo que estoy embarazada otra vez?
- Hoy a la noche... a las doce.– sugirió Malena.
- Sí, tenés razón.

En ese momento, Agustín apareció con tres copas llenas de sidra sin alcohol y le dio una a cada una. Se arrodilló al lado de Catalina y tocó su panza.

- ¿Cómo te sentís, mi amor?
- Bien. Hinchada... creo que tienen hambre.
- ¿Y qué tienen ganas de comer?
- No sé... ¿sobró algo?

Agustín carcajeó de risa porque Catalina había comido muchísimo y todavía seguía con hambre.

- Creo que sí... puedo ir a buscarte algo.

Se besaron en los labios y Catalina lo vio desaparecer en el interior de su casa, esa que estaba reformada con emoción, con objetivos, metas y muchos sueños por seguir cumpliendo.

- ¿Cómo se puede querer tanto a alguien?
- Ay, no sé. Lo único que puedo decir es que... el amor chicas, el amor es lo que mueve todo. Si algún día pregunté si existía una fuerza poderosa que nos rodeaba, era el amor.– dijo Malena.

Bautista la escuchó y sonrió.

- Si hubieras tomado, pensaría que estás en pedo. Pero, por lo visto, solo estás enamorada.– dijo él, mientras se acercaba y besaba los labios de Malena.

- Ay, Dios... tanto amor me confunde.- anunció Pilar, sonriendo.
- Bueno, toda esa pelota que tenés en la panza, es amor.

¿Bautista lo sabía?

- No, Bauti, es un bebé.
- Lo sé... es amor.

Bautista besó los labios de Malena y volvió con Agustín, Pablo, Pedrito y Valentino, que estaban sentados bajo la carpa blanca, comiendo parte de la mesa dulce.

- Lo prometimos.- dijo Pilar.
- Sí.- coincidió Malena-. Lo prometimos, lo hicimos y...
- Lo cumplimos. Siempre juntas, siempre.- aseguró Catalina, levantando su copa.
- Por nosotras... por la ciega, la sorda y la muda.- sonrió Malena y levantó su copa cuando escuchó que eran las doce.

Entonces, sus pieles se hicieron de gallina y chocaron los cristales.

- ¡Chau 2017!- gritó Catalina.
- ¡Bienvenido 2018!- gritó Malena.
- ¡Estoy embarazada otra vez!- gritó Pilar.

FIN.

Agradecimientos

¿Cómo explicarles lo que siento al terminar un libro?

¿Cómo se los cuento?

Bueno... por un lado siento una gran satisfacción al poder darles un final feliz a todos mis personajes, y por otro lado, me siento muy triste porque ya no voy a volver a vivir y soñar con ellos. Les di todo lo que pidieron, todo lo que quisieron, los hice felices y encontraron el amor. Como Bautista, con quien tenía un sentimiento de culpa terrible porque sentí que no se merecía todo lo que le había hecho Colette, y meses después, no me pude contener porque él, como todos, merecía un final feliz. Sí, a veces es difícil y me cuesta desprender y soltar historias, pero creo que lo hice bastante bien y confío en que Malena y Bautista van a ser muy felices.

Todos los personajes de este libro van a ser verdaderamente felices y los voy a extrañar con todo mi corazón. Sí, estoy loca, amo a mis personajes y sé que ustedes también lo

hacen.

En cuanto a mis agradecimientos, solo voy a nombrar a dos mujeres guerreras de nacimiento, leonas, reinas y princesas. Pris y **Anat**. Gracias Pris, por dejar que el nombre de tu angelito esté en la primera página de este libro, y por permitirme hablar de ella, que no solo se quede en fotos y recuerdos, que también esté presente en un libro, porque *Maia* siempre fue Anat. Porque Anat se merece jugar hasta la eternidad.

Gracias por leerme, los quiero con mi alma. Un beso fuerte y un abrazo apretado, con todo mi amor, Estefi.



Estefanía Scioli

Es escritora de novela romántica y periodista, nació el 3 de octubre de 1989, en Lanús, Buenos Aires, Argentina. Comenzó a escribir a temprana edad, lo cual se convirtió en su profesión. Leyó su primera novela a los trece años, convirtiéndola en una romántica empedernida. Continúa escribiendo, combinando sus grandes profesiones: autora y mamá. Títulos de la autora: “Bienvenidos a Italia”, “Un sueño cumplido”, “¿Y si nos volvemos a enamorar?”, “Hasta nuestro próximo beso”, “Ocho años”, “¿Qué harías por un mensaje?”, “Quería besar su risa” y “Él quería besar mi risa”, “Última vuelta” y “Ciega, sorda y Muda”.